



JÓ VE AMISTAD NES

Dirección:

Mayte Ortiz Vélez (Fundación SM)

Beatriz Martín Padura (Fundación Fad Juventud)

Autoría: Ignacio Megías Quirós

Coordinación de la investigación:

Ariana Pérez Coutado (Fundación SM)

Anna Sanmartín Ortí (Centro Reina Sofía de Fad Juventud)

Trabajo de campo y análisis cualitativo:

Sociológica Tres

Diseño: Equipo diseño Fundación SM

Maquetación y gráficos: Laura Escobedo

Fotografía: Shutterstock

© Fundación SM, 2024 y

© Fundación Fad Juventud, 2024

Impresores 2 – 28660 Boadilla del Monte, Madrid

<http://www.fundacion-sm.org/>

<https://www.observatoriodelajuventud.org/>

ISBN: 978-84-1182-709-6

Impreso en UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

JÓ VÉ A M I S T A D NES

Índice

1	Presentación	6
2	Introducción	8
3	Metodología	12
CAPÍTULO 1		15
	<i>La importancia de la amistad</i>	
CAPÍTULO 2		33
	<i>La conexión</i>	
CAPÍTULO 3		53
	<i>Los pilares</i>	
CAPÍTULO 4		77
	<i>Amigos y amigas, ¿para qué?</i>	
CAPÍTULO 5		101
	<i>El grupo como referente</i>	
CAPÍTULO 6		135
	<i>La mediación tecnológica</i>	
CAPÍTULO 7		155
	<i>Algunas diferencias en relación con el género</i>	
CAPÍTULO 8		181
	<i>El discurso de las lecciones aprendidas</i>	
CAPÍTULO 9		211
	<i>Conclusiones</i>	
CAPÍTULO 10		235
	<i>Anexos y bibliografía</i>	

1 *Presentación*

La falta de bienestar en muchos jóvenes sigue siendo una de las mayores preocupaciones en nuestra sociedad. Desde el Centro Reina Sofía de FAD Juventud y la Fundación SM tratamos de conocer y comprender las causas de ese estado emocional. Es indiscutible que su grado de bienestar, como el del resto de los seres humanos, depende directamente de la calidad de sus relaciones con los demás. Por eso, si queremos acercarnos mejor a los jóvenes, hemos de profundizar en su modo de relacionarse, considerando la amistad un pilar fundamental en sus vidas, puesto que influye en sus interacciones, experiencias y en la configuración de su identidad.

En este informe nos hemos propuesto entender cómo conciben, practican y vivencian la amistad. Hemos analizado los tipos de amistad que experimentan los jóvenes, desde amistades verdaderas hasta conocidos casuales, así como los valores asociados a estas relaciones. Lo hemos abordado desde los discursos y percepciones juveniles en torno a la amistad y las relaciones personales, teniendo en cuenta la perspectiva de género, la influencia del contexto tecnológico y los posibles efectos derivados de la pandemia de COVID-19 y su obligado confinamiento.

Dada la naturaleza del presente estudio, ha sido necesario analizar el valor de la amistad empleando como técnica principal el grupo discusión, y sumando, de manera complementaria, la realización de grupos triangulares y una prueba de carácter etnográfico en forma de diarios digitales.

Los y las jóvenes que han participado en este estudio reconocen la trascendencia que tienen los amigos y las amigas como referente esencial fuera de la familia. A través de la amistad, los jóvenes pueden compartir gustos, emociones y sentimientos de pertenencia, que los ayuda a sentirse importantes y valorados.

Las amistades también desempeñan un papel crucial en el autoconocimiento y la autoaceptación. Los amigos son un reflejo de lo que somos y pueden mostrar aspectos de nosotros mismos que no percibimos. Además, las amistades son un magnífico apoyo emocional en momentos difíciles, y permiten establecer conexiones significativas basadas en la confianza y la lealtad.

Sin embargo, más allá de este “ideal” de amistad, los jóvenes también reconocen que las amistades duraderas requieren trabajo, tiempo y dedicación. Son conscientes de que deben aprender a manejar

Son conscientes de que deben aprender a manejar expectativas y equilibrar diferentes tipos de amistades, desde las más superficiales hasta las más profundas, aceptando que muchas relaciones de amistad pueden llegar a terminar. Es aquí donde hallamos un resultado relevante. Los testimonios que oscilan entre la resignación y la amargura no ocultan algo que parece evidente: no se educa para la pérdida de la amistad ni para afrontar el duelo correspondiente.

Atentamente,

Mayte Ortiz Vélez

Directora General de la Fundación SM

Esperamos que este informe brinde una visión valiosa de las complejas y diversas formas en que los jóvenes españoles experimentan la amistad en la actualidad. Estamos convencidos de que comprender estos aspectos es fundamental para poder acompañar a los jóvenes en su desarrollo personal y social.

Agradecemos a todas las personas que han contribuido a este estudio, especialmente a los jóvenes que compartieron sus experiencias y perspectivas.

Beatriz Martín Padura

Directora General de Fundación Fad Juventud

2 Introducción

2.1 Punto de partida

Acercarse a los y las jóvenes es, en buena medida, hacerlo a la manera en la que se relacionan. Por ello es fundamental analizar la forma en la que entienden, ponen en práctica y proyectan la amistad, que siempre está entre los valores que las personas jóvenes en España consideran como más importantes. Desde tal premisa, el Centro Reina Sofía de FAD Juventud y la Fundación SM han puesto en marcha una investigación que pretendía dar respuesta a preguntas como las siguientes: ¿Cómo entienden los jóvenes la amistad? ¿Cómo se mantiene en el tiempo? ¿Cuáles son los pilares o valores unidos a ella (confianza, sinceridad, lealtad, reciprocidad, etc.)? ¿Qué diferencia a una buena amistad de otra que no lo es? ¿Se establecen jerarquías en las relaciones de amistad? ¿Cómo influye el contexto tecnológico en la gestión de los vínculos de amistad?

El marco de referencia inicial del presente estudio se asienta sobre cuatro pilares esenciales.

En primer lugar, todos los aprendizajes que ha aportado un estudio dirigido por el equipo investigador de Sociológica Tres, y que se ha convertido en un interesante referente a la hora de abordar las relaciones grupales y de amistad de la población adolescente y joven en España: Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio (Fad / Injuve, 2002). Así, han sido revisados y puestos al día, veinte años después, los discursos y percepciones juveniles en torno a la amistad y las relaciones personales. Entonces, el análisis abarcaba los siguientes

bloques temáticos, que ahora se han constituido en puntos de partida:

A. La importancia de relacionarse:

- La vida en sociedad, las habilidades sociales, la necesidad de tener amigos y amigas.
- El riesgo de quedarse fuera de los círculos de amistad (exclusión, marginación, etc.).

B. Relaciones y grupo de pares:

- Tipos de amistad: “verdadera”; “colegas”, “conocidos y conocidas”, “compañeros y compañeras”.
- La selección de los amigos y las amigas: afinidades, compartir cosas; amigos y amigas, ¿para qué? (diferentes amigos y amigas para diferentes cosas).
- Distintos contextos, distintos grupos de amistad: diversión/ocio, estudio/trabajo, etc.
- Dinámica de las relaciones dentro del grupo; roles, liderazgo.
- Grupos “fijos” y “cerrados”.

C. La amistad como valor:

- Pilares: confianza, sinceridad, fidelidad/lealtad, intimidad, respeto, afecto, cariño, etc.

- Piedras en el camino: traición, celos, distancia, procesos personales/vitales, etc.
- Otros elementos esenciales: tiempo, equilibrio/reciprocidad, presencia, exigencia, etc.

Todos estos ejes temáticos han sido convenientemente revisados y puestos al día, desde la experiencia de más de veinte años realizando estudios de juventud, y atendiendo especialmente a las cuestiones que determinan nuevos escenarios de análisis y perspectivas más ajustadas a las circunstancias presentes.

El segundo de los pilares esenciales tiene que ver con el **contexto tecnológico**, que obviamente ha redefinido la manera de relacionarse y de encarar el estudio de un valor como la amistad, que ahora ha de observarse a partir de la disyuntiva y la complementariedad entre lo online y lo offline. Para ello, el equipo investigador ha contado con el conocimiento y la experiencia analítica obtenidos a través de estudios que han puesto el foco en la relación de adolescentes y jóvenes con la tecnología y las redes sociales como forma esencial de relacionarse, como son *Tecnologías, incertidumbres y oportunidades en la integración online/offline. Una aproximación cualitativa a los y las jóvenes durante la pandemia* (CRS, 2021), *De puertas adentro y de pantallas afuera. Jóvenes en confinamiento* (CRS, 2020), *Jóvenes en el mundo virtual: usos, prácticas y riesgos* (CRS, 2018), *La influencia de las TIC en la socialización de adolescentes* (CRS, 2018) y *Jóvenes en la red: un selfie* (CRS, 2015).

En tercer lugar, la **perspectiva de género**, que sin duda puede ayudar a entender distintas formas de comprender y abordar la amistad y las relaciones, o la manera en que se generan algunas expectativas al respecto. Para ello, el equipo también ha

contado con el bagaje de investigaciones como *Masculinidades juveniles en la Comunidad Valenciana. Procesos de construcción identitaria y percepciones sobre la masculinidad* (CRS, 2022), *Barómetro Juventud y Género 2019. Identidades y representaciones en una realidad social compleja* (Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad, 2019), *Informe Jóvenes y Género. La (in)consciencia de equidad de la población joven en España* (CRS, 2019), *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia* (CRS, 2015); o con la propia tendencia a afrontar la perspectiva de género como eje analítico esencial en todos los estudios de juventud realizados en los últimos años.

El cuarto pilar tendría que ver con la prolongada experiencia en el estudio de los **valores sociales**, muy especialmente en relación con el sector adolescente y joven de la población (*Jóvenes y valores I: Un ensayo de tipología* [CRS, 2014]; *Jóvenes y valores II: los discursos* [CRS, 2014]; *Jóvenes, valores, drogas*, [Fad Juventud, 2006]), y en los retratos periódicos sobre la juventud española (*Jóvenes españoles 2021. Ser joven en tiempos de pandemia* [SM / Observatorio de la Juventud en Iberoamérica, 2021]; "Protagonistas y espectadores. Los discursos de los jóvenes españoles" [SM, 2019]). Tal experiencia ha permitido al equipo investigador entender cómo encaja la amistad en el conjunto de los valores sociales, si la misma proporciona visiones diferenciales entre las personas más jóvenes, y si la perspectiva ofrece en la actualidad características distintas para ese sector poblacional. Así, parece conveniente tirar del hilo que ya se apuntó en *Jóvenes y valores II: los discursos* (Megías, 2014), investigación en la cual se constataba claramente, entre las y los jóvenes, una tendencia a mostrarse mucho más exigentes con respecto al valor de la amistad, que sigue estando en lo alto de la jerar-

quía de los valores necesarios, deseados y mejor considerados, pero respecto del cual se adopta un discurso bastante más crítico, que aparentemente le hace perder peso frente a otros valores (como la familia, por ejemplo).

Finalmente, no se puede pasar por alto la proximidad en el tiempo de una circunstancia histórica tan excepcional como ha sido la de la pandemia causada por la covid-19, y el obligado confinamiento que conllevó. Es momento de observar si las duras **experiencias vividas durante 2020 y 2021** han tenido consecuencias en la forma de abordar y entender el valor de la amistad, o en la manera de relacionarse de la juventud. Ya en acercamientos como el realizado en el estudio *Tecnologías, incertidumbres y oportunidades en la integración online/offline. Una aproximación cualitativa a los y las jóvenes durante la pandemia* (Lasén y Megías, 2021) se hablaba, desde los propios discursos de los y

las jóvenes, de la necesidad de levantar la mirada de las pantallas y recuperar una cierta manera de encarar las relaciones sociales. Ahora toca ver si esas palabras, emitidas aún en un escenario de evidente impacto social, han tenido un recorrido real o se han quedado en el plano de lo deseable o de los aprendizajes a medio asimilar.

Todas estas cuestiones componen una parte esencial del marco de análisis sobre la amistad que se desarrolla a lo largo de los ocho capítulos de los que se compone el presente estudio. La investigación también se adentra en factores probablemente menos abordados y reseñados, como pueden ser la forma en la que los y las jóvenes dan contenido a algo tan etéreo y variable como la conexión que propicia las relaciones de amistad, o a la perspectiva del aprendizaje personal en relación con el propio valor.

2.2 Objetivos

Objetivo general:

- Analizar cómo entienden y vivencian actualmente las personas adolescentes y jóvenes la amistad.

Objetivos específicos:

- Observar la manera en la que la amistad se inserta, entre la población joven, en el sistema y la jerarquía de los valores sociales.
- Poner al día el análisis de los discursos de los y las jóvenes en torno a los siguientes conceptos:

- Los tipos de amistad.
- Los pilares de la amistad (confianza, sinceridad, lealtad, etc.)
- La manera en que se experimenta y percibe la amistad en función de los contextos (ocio/ estudio y trabajo) y las funcionalidades (amigos y amigas, ¿para qué?).
- Las dinámicas relacionales en el seno de los grupos de pares.
- Las dificultades para mantener la amistad.

- Acercarse a la manera en la que las personas jóvenes ponen en juego y gestionan las emociones en torno a sus relaciones sociales y de amistad.
- Observar la forma en la que el contexto tecnológico presente puede ofrecer una manera diferencial de percibir y experimentar la amistad entre adolescentes y jóvenes, y si existe una ruptura real entre los contextos online y offline a la hora de relacionarse y gestionar y vivir las relaciones de amistad.
- Estudiar las diferencias por género a la hora de abordar, experimentar y analizar la amistad entre adolescentes y jóvenes.
- Considerar si la reciente crisis ocasionada por la pandemia de la covid-19 ha tenido algún tipo de influencia entre los y las jóvenes a la hora de percibir y experimentar el valor de la amistad.

3 METODOLOGÍA

Dada la naturaleza del presente estudio, era claramente necesario que el acercamiento al valor de la amistad fuera de carácter cualitativo. Para ello se empleó principalmente la técnica de los grupos de discusión, especialmente adecuada para analizar los discursos, las expectativas y las percepciones grupales, así como las emociones latentes al hablar de temas tan significativos para adolescentes y jóvenes como los que se proponen. Ade-

más, se completó el análisis con la realización de algunos grupos triangulares, a partir de los cuales también se llevó a cabo una prueba etnográfica en forma de diarios personales. Con la combinación de estas técnicas, la investigación cuenta con la perfecta complementariedad entre los discursos grupales, los discursos a medio camino entre lo grupal y lo personal, y los relatos en primera persona.

3.1 Grupos de discusión

Se realizaron un total de cinco grupos de discusión, compuestos cada uno de ellos por ocho personas que no se conocían previamente.

El diseño de los grupos fue el siguiente:

	GRUPO MIXTO	GRUPO DE CHICOS	GRUPO DE CHICAS
15-17 años	Barcelona		
19-23 años	A Coruña		Córdoba
25-29 años	Barcelona	Córdoba	

De forma previa a la realización de los grupos se elaboró una guía sobre los temas a tratar en los mismos, en función de los objetivos de investigación (véanse los anexos 1 y 2). Dicha guía fue, en

cualquier caso, flexible y adaptable según el desarrollo de cada grupo, buscando en todo momento aprovechar al máximo las dinámicas espontáneas y la generación de discursos grupales.

3.2 Grupos triangulares

Se realizaron tres grupos triangulares, cada uno de ellos compuesto por tres personas a las que les unen lazos de amistad contrastados. El objetivo era explorar el espacio que hay entre los discursos grupales analizados en los grupos de discusión, y lograr un acercamiento más personal, dado el vínculo de las personas participantes. Además, los

grupos triangulares han constituido el punto de partida para la elaboración de los diarios personales que se describen a continuación.

Los perfiles fueron los siguientes:

- **Grupo mixto** (dos chicas y un chico), 16 años, Madrid.
- **Grupo de chicos**, 21 años, Madrid.
- **Grupo mixto** (dos chicas y un chico), 22 años, Madrid.

3.3 *Diarios personales*

El objetivo de esta técnica fue acercarse a las relaciones de amistad vividas en primera persona, frente al predominio de lo grupal en los grupos de discusión, y el espacio liminar de los grupos triangulares. Para ello, se pidió a las nueve personas que componían las dinámicas triangulares que, durante cinco o seis días, realizaran un breve diario personal en torno a las vivencias de ese día, sobre todo, en sus relaciones personales y de amistad. Se trata de diarios individuales y anónimos, que buscaban registrar los hábitos y actividades que se realizan con los amigos y las amigas, los momentos y contextos y, sobre todo, las sensaciones, expectativas y emociones asociadas a las interacciones tanto personales como grupales.

Dado que las personas que realizaron los diarios formaron parte antes de los grupos triangulares, al final del desarrollo de estos, el moderador aprovechó para exponer el objetivo y las características de la labor que se les encomendaba. A partir de ahí, cada persona participante recibió un correo electrónico introductorio de presentación (véase el anexo 3), sobre el cual fueron escribiendo consecutivamente sus diarios, durante cinco o seis días (con un día de margen, por si sus responsabilidades o circunstancias personales así lo requerían). Los diarios debían abarcar tanto días del fin de semana como entre semana, en el buen entendido

de que las dinámicas relacionales podían variar en ambos contextos.

Como suele ser habitual en los grupos de discusión, previamente a la realización de las dinámicas triangulares se elaboró una guía orientativa (véase el anexo 2). En este caso, menos general y focalizada en las circunstancias de su relación personal, además de más breve y dirigida.

Como cabe deducir de la composición de los grupos triangulares, realizaron diarios nueve personas: cinco chicos y cuatro chicas; tres de 16 años, tres de 21 años y tres de 22; todos residentes en Madrid.

Cabe reseñar que algunos de los diarios (sobre todo los que redactaron personas de 21 y 22 años) se vieron afectados por un período de exámenes que condicionó su producción y su contenido. A efectos de la presente investigación solo se han empleado fragmentos que hacen referencia a los temas y objetivos de interés para la consecución del estudio.

Los diarios recopilados ofrecieron notables diferencias, tanto en el fondo como en la forma, desde una mayoría tendente a la descripción y un planteamiento más plano hasta una minoría que ofrecía perspectivas más extensas y reflexivas.

En lo que respecta a los diarios, el moderador podía realizar sugerencias y proporcionar indicaciones para sucesivas entregas (haciendo hincapié en temas o perspectivas, o en la necesidad de poner el foco en las sensaciones y los sentimientos

más que en las rutinas); pero el resultado final ha respetado en todo momento la libertad de cada

participante para reflejar lo que creyó conveniente en su diario.

3.4 *Calendario y transcripciones*

El trabajo de campo en el que se basa el presente estudio se llevó a cabo entre finales de marzo y finales de mayo de 2023.

Los testimonios de los grupos de discusión y los grupos triangulares se grabaron en audio y luego transcritos. De los diarios personales se contaba con el texto escrito recibido a través del correo electrónico.

El análisis desarrollado en este informe se basa en los extractos literales de las transcripciones de las dinámicas grupales (grupos de discusión y grupos triangulares) y de los diarios personales recibidos, con la conveniente identificación del grupo o diario al que pertenecen.

Para preservar el anonimato, se modificaron los nombres de las personas que redactaron los diarios y las menciones en sus textos a personas concretas. Se ha aplicado el mismo criterio en los grupos y las dinámicas triangulares.

CAPÍTULO 1

La importancia de la amistad



No es necesario adentrarse demasiado en la investigación y la bibliografía de la última década (por acotar temporalmente la perspectiva) para concluir que la amistad es un valor que adquiere gran relevancia entre las y los jóvenes, y que los amigos y las amigas se constituyen en figuras especialmente relevantes en las vidas de las personas y en sus procesos de socialización. Tampoco se puede negar que, en los últimos años, existen datos que indican que la visión juvenil sobre la amistad apunta, cuando menos, a cierto espíritu crítico o no tan benevolente con la misma, cuando no disminuye directamente la importancia que se le concede en el conjunto de valores y necesidades sociales. Así, en el último estudio de juventud llevado a cabo por la Fundación SM (González-Anleo, Ballesteros, Megías, Pérez y Rodríguez, 2020) se incluye la amistad dentro de los “ítems para los que se registran pérdidas significativas en la columna correspondiente a la valoración de ‘muy importante’ y en la suma de las de ‘muy importante’ y ‘bastante importante’”; o dicho de otra forma, aquellas cuestiones que decaen de la máxima importancia para los jóvenes sin que esa pérdida sea asimilada por la categoría de la valoración relativa. En este segundo grupo encontramos, en primer lugar, a los “amigos y conocidos”, que experimentan una espectacular pérdida de relevancia en solo cuatro años, de 13 puntos porcentuales. Además, analizando los lugares en los que “se dicen las cosas más importantes”, los amigos y las amigas se encuentran en el cuarto puesto (26,3%), tras los centros educativos, la familia y los libros; resultando reseñable que tanto la familia

como los amigos, pese a seguir de manera destacada como los más valorados, experimentan una bajada sobresaliente en sus porcentajes: respecto a 2016 (año en el que ambas opciones alcanzaron su mayor porcentaje), “en casa, con la familia” baja del 61,6 % al 29,9 %, y “entre los amigos” desciende del 48,2 % al 26,9 %”¹.

En el capítulo 8 del presente informe, titulado “El discurso de las lecciones aprendidas” se analizan en detalle algunos de los matices de esta visión más crítica, fundamentalmente desde el enfoque de los aprendizajes en relación con la amistad. En el presente capítulo nos centraremos en la manera y los motivos en torno a los cuales conceden importancia a la amistad. Porque, con independencia de todos los matices que se puedan analizar en el estudio, la amistad y las personas que la representan, son, sin ningún género de duda, valores considerados muy importantes.

La relevancia de la amistad y su caracterización como necesidad vital parte de la analogía con la familia, en relación con su propia conceptualización: como la familia, la amistad es aquello que siempre está, que no te abandona, que no falla. Pero ¿realmente no falla? Ante la evidencia de que en algunas relaciones de amistad existen desencuentros, conflictos o incluso traiciones, el precepto parece claro: la amistad no falla, lo que fallan son las personas, que en ocasiones no merecerían el calificativo de “amigas”.

¹ *Op. cit.*, págs. 18-19 y 143-144. En esta investigación también se constata que, en relación con los “aspectos importantes de la vida”, las personas jóvenes señalan que los “amigos y conocidos” son “muy importantes” (el 49,1 %) y “bastante importantes” (el 41,6 %), valoración que, tomada en conjunto, resulta muy significativa, pero que se sitúa claramente por detrás de la que conceden a otros aspectos como la salud, la familia y la educación; y también por detrás, aunque con cifras muy similares, del trabajo, la igualdad social, y el ocio y tiempo libre.

Siguiendo con la analogía, las amistades serían la familia que se escoge y que se hace merecedora de ello, pues la experiencia y la vida te hacen escoger a quien no falla. Precisamente desde esa percepción ideal de la familia, las y los jóvenes llegan a afirmar que la propia palabra “amigo” o “amiga” puede resultar insuficiente por dos razones:

- Por un lado, porque se usa generalizadamente para calificar tipos muy diversos de relaciones.

- Por otro lado, porque puede traicionar esa idea sublimada de lo que siempre está presente y siempre es fiel, desde la evidencia de que muchos amigos y amigas se pierden a lo largo de la vida.

Ello provoca que entre muchas personas jóvenes se normalice el referirse a los amigos y las amigas como “hermanos y hermanas”, como queda reflejado en los siguientes testimonios:

—Tengo como dos o tres personas en mi vida que son ¿eh? Que cuando digo: “Es mi amigo, tal...”, se me hace hasta raro, porque yo no lo siento como si fuera un amigo, es como una extensión de mí, ¿sabes?, es otro rollo. O sea, lo entiendo un poco de una manera más, es parte de mi familia...

—Un hermano o...

—Como un hermano.

—Sí, justamente. Pero es mi familia, es como... Me resultaría muy raro decir: “Sí, he quedado con mi amigo, tal...”. Es como si yo digo: “He quedado con mi amiga”. No, es mi hermana...

—Sí.

—Claro.

—Pero claro, luego ya por eso creo que a la palabra “amistad” le tengo bajado un nivel, ¡jejeje! ¿Sabes?, como amigo en muchas cosas y, luego eso, ya eso es quizá... es más mi familia.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Como la familia que uno escoge... alguien que puedas confiar, te conozca... también pueden ser amigos que estén dentro de la familia, pero... ¿no?

—Sí, la familia que uno escoge

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Durante la adolescencia y primera juventud se destaca especialmente que, pese a que la familia ocupa el trono de los valores más importantes, las

amistades llegan a donde no llega la familia, por dos razones fundamentales

- En primer lugar, porque desempeñan un papel socializador e identitario de primer orden, que transcurre paralelamente a la progresiva adquisición de autonomía con respecto a la familia.
- En segundo lugar porque, precisamente durante ese proceso, brinda un apoyo diferencial, fundamentado en la cercanía y la empatía que propicia el compartir aprendizajes, vivencias, dudas,

problemas, ilusiones, etc., ligados a momentos concretos del desarrollo personal y social.

La labor esencial de las amistades, además de como modo de descargar de preocupaciones y conflictos a la familia, se aprecia desde un reparto de roles que todos los y las jóvenes y la sociedad en general tienen interiorizados y aceptados (con la familia se habla de algunas cosas, con los amigos y las amigas, de otras):

Hay cosas que a un amigo sí que se las cuentas, pero luego, a la familia, a lo mejor te da un poco más de corte. Entonces, yo creo que es muy importante para eso, para confiar y tener un apoyo aparte de casa y de la familia, ¿no?

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Llega un momento en el cual los amigos que tú llevas perdurando sobre todo durante mucho tiempo, o con los cuales tú has hecho vínculos muy fuertes, son aquellos que al final tú consideras en ese momento parte más de tu familia; que es a quien tú les estás pidiendo un apoyo, que les estás pidiendo el consejo o... algo para... eso, para subsistir. Si yo me planteo una situación muy crítica, yo llamaría o a mi pareja o a un amigo mío. A lo mejor no me saldría tanto llamar a mi madre y preocuparla.

—Yo eso sí, yo a mi madre la preocupo. (Risas). Pero de contarle cosas íntimas, a mi madre no.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Más allá de lo que supone como elemento para combatir el fantasma de la soledad, uno de los aspectos que más se destaca en relación con lo que aporta la amistad y las personas que la encarnan, y seguramente el que más calado tiene en los discursos de las personas jóvenes, es el hecho de sentirse valoradas, tenidas en cuenta, constatar

que las tienen en consideración, las escuchan y las respetan. En definitiva, notar que “importan”. Esto constituye una vía directa para sentirse integradas en el entorno, algo que resulta tremendamente importante en momentos vitales de inseguridad y búsqueda, en los que se persiguen referentes y asideros ajenos a los familiares. Así, los amigos y

las amigas representan la “casa” fuera de la familia, encarnan la comodidad, el equilibrio y la tran-

quilidad, que abarcan sensaciones que van desde “sentirse alguien” hasta “sentirse importante”.

Que pongan así como interés en mí, ¿sabes? Que sienta, joé, que les importo, que me quieren.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Estuve mucho tiempo muy acostumbrado a que hablaba pero la gente no me escuchaba, o empezaba a hablar de otras cosas, hasta que llegó un punto como que mi mejor amigo le estaba explicando una cosa, no sé qué, y le miraba y me estaba atendiendo... “¡Buah, me está escuchando un montón, buah...!”. Fue como superbonito y eso ahora lo aprecio un montón.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Sí, yo, por ejemplo, en mi grupo de la uni., la verdad es que son totalmente distintos a mí y me siento pues... ¿eh?, me siento más importante con ellos [...].

—Moderador: ¿Qué es eso de “sentirse más importante”?

—Pues que..., que veas que estás integrado en el grupo y que.... Y que participas porque hay a veces que... que no te sientes que... Sí, es eso, que no... no participas, no... Bueno, no te dan pie a participar, más bien. Entonces, claro, no te sientes cómodo y eso te hace, un poco, pues alejarte de ese grupo [...]. El que te tengan en cuenta, el que sepan... Vale, esto a lo mejor te va a gustar menos, pero que te vean y te digan: “Oye, tú. Si quieres, no hacemos esto”. Pero el tenerte en cuenta yo creo que también es esa parte de sentirte importante. O yo lo entiendo así, como el tenerte en cuenta y entenderte.

—Sí, como si no fueras un mero espectador. De, en plan, también estás aquí, ¿sabes? No sé... Creo que es importante. De no ver como si fueran tus amigos una película y tú un extra.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Cuando se percibe el respeto que te profesan y la relevancia que te otorgan las amistades, la simple presencia física se interpreta como apoyo y genera seguridad, además de compañía y diversión. Se trata de un “estar” como aspecto esencial de la

amistad, más allá de los momentos en los que se requiere ayuda puntual ante problemas o bajones anímicos. Estar en las rutinas, en las labores cotidianas, también en los ratos de aburrimiento, que así serán menos tediosos; estar incluso sin hablar,

porque la compañía física centra y da tranquilidad. Proporcionar apoyo y seguridad en labores académicas que compartidas parecen menos, en una época vital en la que encarnan lo que entienden las personas jóvenes por responsabilidad. Y acompañar cuando no hay nada trascendente o aparentemente relevante en juego, porque lo trascendente es encontrar a las personas que transiten contigo

un camino desconocido hacia la vida adulta. Evidentemente, este discurso es característicamente adolescente, años en los que se percibe más que nunca la empatía de los pares frente al resto de las personas, y en los que sentirse parte de algo (un grupo de amistad, del grado que sea) genera la seguridad y la confianza que tanto anhelan.

A primera hora me ha entrado un poco de dolor de cabeza y mis amigos de clase me han ofrecido acompañarme a la enfermería y han estado atentos a como me encontraba, lo que me ha hecho sentirme muy bien.

(Lorena, 16 años)

Alrededor de las 20:00 me he ido al gimnasio, donde me he encontrado con gente de mi curso y les he pedido ayuda para poner peso en una barra. Me han ayudado con una sonrisa y eso me ha alegrado el entreno.

(Carlota, 16)

—Yo creo que tener amigos pues, sobre todo a nuestra edad, es fundamental porque creo que..., al final, los amigos pues es como nuestra base de apoyo diariamente, y ya sea pues en el instituto o fuera del instituto o donde sea. Y no sé... al final pues creo que es alguien con quien puedes confiar y contarle todo y... pues eso. Un punto de apoyo sobre todo. A nuestra edad, más que nada.

—Pues sí.

—Yo, como ha dicho ella, también creo que son un punto de apoyo muy importante, porque también tenemos la familia, pero los amigos es... a quien le vas a contar primero las cosas y a quien ves más; al menos en el cole, y con quien pasas más rato.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

En el recreo he acompañado a una amiga a comprarse un bocadillo al puesto, que siempre está llenísimo de gente, y, aunque no apetezca meterse en esa marabunta de niños empujándose e intentando hacerse un hueco, yo

no querría hacerlo sola para nada, así que suelo acompañar a mis amigos, para al menos aplastarnos juntos.

(Lorena, 16 años)

Hoy tenía un examen de física y por tanto estaba algo nervioso, así que en el recreo también he aprovechado para preguntarle a un amigo como ha preguntado en el examen, sinceramente hablando con él he sentido algo de alivio y tranquilidad.

(Carlos, 16 años)

Se trata de una presencia que es necesaria tanto en los momentos de diversión como ante problemas y dificultades, y que, en sí misma, genera tranquilidad, desde una compañía física que trasciende el mero acompañamiento. El hecho de que

implique más, a nivel de apoyo, de integración y de identidad provoca que, en muchas circunstancias, ni siquiera sea necesario hablar ni explicitar nada: entre amigos y amigas se está a gusto, a todos los niveles.

Puedo llamarlos, como tú has dicho, para todo: tanto para evadirme como si quiero hablar de algo serio o simplemente estar, que eso a mí me ha costado mucho, en silencio, pero estar a gusto. A mí eso me ha costado muchísimo.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Este acompañamiento se vive tanto desde la esfera personal e individual como desde la grupal. En cuanto a lo personal se habla de que la existencia y presencia de amigos y amigas permite no solo sentir que eres “tú mismo” o “tu misma”, sino también descubrir cómo eres como persona. Es decir, que se plantea un paso más allá, en el sentido de que esas personas, además de generar el clima y propiciar el equilibrio y la tranquilidad necesarios para poder estar y comportarse con naturalidad y en función de los valores y principios que se consideran como propios, permiten “sacar cosas de ti” que pueden estar ocultas o tienen dificultad para aflorar en otros contextos, otras situaciones o con otro tipo de personas (precisamente porque no

se genera ese clima de confianza y seguridad que hace que emerjan).

Percibir la existencia de ese ambiente de respeto, aceptación y empatía da pie a una sensación de libertad personal e integración en el grupo que se traduce en lo que se suele definir como la capacidad para “ser uno mismo o una misma”, desde la seguridad que otorga sentir que te aceptan como eres y no te juzgan. Propiciando, además, que la persona pueda aprender sobre sí misma, su identidad y su manera de relacionarse con las demás personas, y gestionar sus emociones y sentimientos. En este sentido, las amistades se constituyen

en agentes de primer orden en la construcción identitaria durante los años de juventud.

Cada día siento que estoy más integrada y es algo que me hace sentir muy bien [...]. Siento que puedo ser yo, que es algo que me suele costar bastante cuando estoy empezando a conocer a alguien.

(Manuela, 22 años)

Yo iba a balonmano, y tenía una amiga que me hice allí, yo soy un poco que parezco borde, entonces (risas) me cuesta un poco. Con ella era como que me estaba todo el rato riendo, todo el rato haciéndome bromas, y yo también. Y era como que era una persona diferente con ella a como era yo con otras personas. Luego ya entendí que no es que yo fuera una persona diferente, es que yo era así, pero me costaba más sacarlo con esas personas.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Siguiendo la analogía con la familia, en un entorno de amistad “te sientes en casa”. Y, desde la seguridad de que “te entienden”, las amistades refuerzan la aceptación personal, te recuerdan quién eres, reconfortan, ayudan a relativizar y a superar inseguridades. Se construye de tal manera la relación entre amigos y amigas y la propia expresión de la identidad personal que las y los jóvenes hablan de que las personas que tienen más cerca son capa-

ces de descifrar su personalidad, encontrando o aclarando recovecos que les resultan más difíciles de dilucidar individualmente, pues no encuentran la distancia necesaria para ello: un amigo o una amiga sabe qué necesitas, qué vas a hacer o cómo te comportas ante determinadas circunstancias sin tú decírselo, sin necesidad de mayores explicaciones.

Que te entiendan, y sin tú decirles cómo... cómo estás, o algo así, que identifiquen o que más o menos sepan si estás animado, o si no estás animado. Creo que, un poco, los detalles esos también son bastante importantes. Que te lo muestren, que te vean mal y, sin tú decir nada, que te envíen un mensaje o cualquier cosa.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Por primera vez en mi vida me siento inútil, torpe, un estorbo. El lunes salí del laboratorio llorando y llamar a mi amiga me ayudó un poco a recordar

mis virtudes. Un poco, porque más bien siento que lo escuchaba pero no me calaba. Desde ese día, ella me ha mandado un mensaje cada vez que recordaba algo que se me da bien, para hacerme sentir mejor y ayudarme a aguantar bien el día. Así que tengo muchas ganas de poder hablar esto con ella en persona y poder sentir del todo el confort de sus palabras [...]. Es capaz de ver mis inseguridades más escondidas, cogerlas, y hacerlas para mí casi tan inexistentes como lo son para ella. Espero serle igual de útil a ella.

(Elvira, 22 años)

Por todo ello se habla de que los amigos y las amigas te enseñan cosas y te mejoran como persona. Cosas que pueden tener que ver con cuestiones concretas del día a día y de las responsabilidades cotidianas y cómo afrontarlas (saber organizarte mejor, rendir mejor en los estudios o en el trabajo, etc.), o sobre la manera de encarar las relaciones sociales y personales (“saber decir que no”, encarar mejor en el grupo de pares, etc.). Pero que,

más allá de esos ejemplos concretos ligados a acciones y comportamientos (todos señalados en los grupos como cosas que les han enseñado los amigos y las amigas), tienen que ver con aprender cómo son realmente como personas, desde la seguridad de que los aprendizajes basados en lo que transmiten los amigos y las amigas se asientan sobre la sinceridad y la búsqueda de lo mejor para cada cual.

—Tener gente e ir conociendo gente es lo que te hace desarrollarte a ti mismo como persona.

—Exacto.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Desde la concepción ideal de la amistad, desde su proyección como valor absoluto que encarna lo mejor del ser humano, se le atribuyen características que resultan difícilmente explicables, y que precisamente hacen que sea considerado como algo tan exclusivo, tan difícil de alcanzar y de conservar y tan merecedor de una alta valoración. El hecho de que esas personas te conozcan tan bien, actúen intuitivamente en pos de tu bienestar, generen sensación de tranquilidad y equilibrio, y todo ello basado en conexiones personales que a veces resultan difícilmente explicables, provoca

que muchos análisis sobre lo que significa la amistad se realicen sustentados en argumentos que intentan transmitir, precisamente, lo inexplicable, es decir, la amistad como cuestión “filosófica” o “metafísica”; en cualquier caso, una conceptualización que se escapa a la simplificación, desde la intuición de que algo tan importante no debe ser explicado desde argumentos excesivamente terrenales.

Yo estaba como en clase, pasó una movida y yo me tuve que ir... Me tuve que ir, en plan, en mitad de la clase. Me voy al baño...". Mentira, me iba... Y me tenía que ir corriendo, coger un autobús corriendo, dejar allí todas mis cosas y todo eso, y él llegó... Y, o sea, y me cogió el móvil. O sea, una de "es que me tengo que ir ahora mismo". Y él supo a dónde.... Yo no sé cómo coño lo hizo, pero él apareció donde yo estaba. Además, yo estaba tirado en un parque, como en el césped, allí, diciendo: "Bueno, ya se ha solucionado todo y ya está". Y apareció por ahí en un parque que creo que no había estado en la puta vida. Y le dije: "¿Cómo has llegado aquí, cabrón?". O sea, en plan de... a las dos horas después. Cómo lo habrá hecho, cómo...?". Supongo que él supo más o menos por dónde iban los tiros y dijo tal, tal, tal. Y llegó con mi ordenador, llegó con mi tal, nosequé, nosecuantos... y ¿Sabes?, lo traía todo. Y yo: "¡Buah, tío! Gracias". Es como que cierro los ojos, me voy a tirar por un acantilado y voy a rezar por que este aparezca detrás y tire de mí para... Y que pase y que te agarre y diga... ¡Buah! No sé. Este es un poco un metafísico de la vida.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Como se ha apuntado, uno de los requisitos fundamentales para poder ser uno mismo es el hecho de no sentirse juzgadas, y de encontrar el ambiente de libertad y seguridad que propicia que aflore la propia personalidad en la forma de expresión con la que cada persona se encuentre más identificada. Esto sería precisamente lo que caracterizaría los entornos de amistad, que se mueven en el difícil equilibrio entre favorecer ese clima de

libertad en el que cada persona puede "ser como es", y la necesidad de no faltar a la consabida sinceridad que se atribuye precisamente a la amistad como valor; es decir, tener la libertad para hablar con sinceridad respecto de lo que no gusta del comportamiento, las acciones o la personalidad de cada amigo o amiga, siempre desde el respeto y la empatía, y sin prejuizar antes de escuchar o intentar entender.

No sentirme juzgada, que me escucha aunque le importe una mierda lo que esté explicando... Cuando hablo de emociones, que me entienda y tal.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

El hecho de que afloren todas las aristas de la personalidad no quiere decir que hayan de ser aceptables sin más en función de los valores que se consideran como adecuados, o a las normas sociales de relación o convivencia que rigen entre las

personas, y más entre personas que se consideran amigas. Esto requiere de un doble esfuerzo entre personas que se consideran amigas: el de ser fiel a la debida sinceridad como forma de respeto a la propia amistad, desde la confianza, la empatía

y desprovistas de prejuicios; pero también el de asumir la posibilidad de crítica o desencuentro, sin que esa posibilidad merme la capacidad para sentirse libre en la relación con los amigos y las amigas, precisamente como prueba de la confianza mutua que se profesan. Porque de una amistad se acepta el lado menos bueno, y se trabaja conjuntamente para que esa parte menos buena sea lo

más pequeña posible, con respeto, sin recelos, y con la predisposición a otorgar una oportunidad que procuran los lazos de confianza. Entonces se genera la sensación de que te tienen en cuenta, de poder expresarse sin ser juzgado como persona, y de que te entienden (o al menos lo intentan), todo lo cual genera gran tranquilidad y confianza en los y las jóvenes.

A esta chica la conozco desde la infancia y la verdad es que se nota muchísimo la complicidad que tenemos y lo cómodas que nos sentimos las dos. Podría contarle cualquier cosa y sabría que ella nunca me juzgaría, lo que me parece muy importante en una relación de amistad.

(Manuela, 22 años)

En una amistad lo que valoro mucho es que te puedan comprender cuando estás pasando por un mal trago. Como que puedas hablar con esa persona y que no te juzgue directamente, sino que te pueda comprender y tal.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

A mí me gusta pues porque con los amigos me lo paso muy bien y, cuando me pasa algo, pues tampoco se burlan de mí, ni nada de eso, ¿sabes? Me respetan.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

De la misma manera que se asume la relevancia que tienen los amigos y las amigas en la construcción y el asentamiento de la propia personalidad, se reconoce la responsabilidad que implica serlo. Se trata de una responsabilidad para estar a la altura de la importancia otorgada a un valor que se interpreta como exclusivo, y que encarnaría una parte esencial de las cosas buenas o deseables que se persiguen en la vida (por ello, fallar como amigo o como amiga es considerado como una de las mayores traiciones posibles). Y esa responsa-

bilidad implica la necesidad de decir con sinceridad las cosas que no son agradables de escuchar, o para dar un paso a un lado cuando se cree no ser la persona adecuada para proporcionar tal o cual consejo, o para ayudar en circunstancias que sobrepasan las propias capacidades; todo ello sin dejar de “estar”, porque la simple presencia ya reconforta y resulta imprescindible.

—Tu mejor amigo tiene un problema y te pide consejo... También tienes la responsabilidad de que a lo mejor le das un consejo que no es del todo lo que deberías. Y a lo mejor hay otra cosa, a lo mejor tú también estás equivocado. Entonces es verdad que con esas cosas hay que tener mucho cuidado.

—Sí.

—Yo soy muy sincero decir que no tengo un consejo para ti, pero que estoy aquí para lo que necesites. Yo creo que es muy sincero decirlo, de verdad, es...

—Claro.

—También.

—Es decir, de hecho, eso sí denota amistad, porque eso... Al final es un acto decir “Yo no llego a nivel de entendimiento hacia donde tú quieres que llegue, pero a nivel de acto yo estoy aquí”.

—Eso es la confianza.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Más allá de las relaciones individuales, desde un punto de vista grupal, la amistad se revela esencial como valor que refuerza la identidad y genera adscripciones que en determinadas etapas vitales se entienden como fundamentales. Se relatan entonces los momentos en los que el hecho de compartir gustos, carácter, sentido del humor, o simplemente rutinas y espacios, propician lazos y reconocimientos a partir de los cuales se cons-

truye la vivencia de pertenecer a un grupo de referencia, frente al resto. Un “nosotros y nosotras” frente a otros y otras que otorga seguridad e identidad, y que acompaña en las búsquedas y aprendizajes a lo largo de la vida. Personas con las que compartir las diferencias, en una época vital en la que las diferencias marcan, de forma en ocasiones traumática, la frontera entre la aceptación y la integración.

—Como es un colegio concertado-privado en un barrio bueno, pues es como que hay mucha... Pues yo qué sé, mucha apariencia, mucha... No sé, mucha superioridad, muy de quedar muy por encima. De “yo tengo más”, de... No sé, muy..., por todo como muy podrido. Y de puertas para fuera super happy flower, no sé qué..., y luego en verdad hay mucha mierda ahí. Entonces, nosotros somos un poco, yo creo, en plan... Entre muchas comillas, un poco “la resistencia”, como que nunca nos hemos identificado con esa burbuja, yo creo. Y, por eso, yo creo también que por eso nos hemos llevado siempre muy bien, ¿sabes?

—Moderador: O sea, ¿eso puede ser lo que afianza la amistad?

—Sí.

—Sí, pues en su momento, sí.

—Como estás ahí, en el colegio, no conoces otras cosas. Entonces, pues... cuando yo creo que conoces algo en general, que te cuadra un poco más con tus ideas y tu... tu forma de vida y tu todo. Que no es como el resto de las cosas que sí que ves en tu día a día. Vamos, en ese colegio no conoces gente de fuera, no te mueves del barrio, no..., ¿sabes? Pues yo creo que eso sí que afianza bastante.

(Grupo triangular, de chicos, 21 años)

En la siguiente hora teníamos Informática, donde, mientras terminaba un programa, he escuchado música con un amigo con el que suelo compartir cascos, ya que tenemos un gusto musical muy parecido. Esto es algo que se valora mucho, porque yo no tengo un gusto musical muy corriente, así que cuando encuentro a alguien al que le gusta la misma música que a mí me hace bastante feliz.

(Lorena, 16 años)

En épocas de dudas e incertidumbres, los amigos y las amigas ayudan a tomar decisiones, a encontrar estabilidad y a situar lo que cada cual quiere, entre otras cosas, porque encarnan el camino más corto para descubrir quién se es realmente como

persona, desde esa perspectiva de que junto a las amistades es cuando resulta más sencillo expresar la verdadera personalidad, que en otros contextos puede quedar invisibilizada.

Él y ella son las primeras personas con las que recuerdo tener conversaciones y pensar: “Esto es lo que quiero a mi lado”. Las primeras personas con las que, al terminar una tarde juntos, me hacían llegar a casa y querer contarles a mis padres todo lo que habíamos hecho, de lo que habíamos hablado y de lo que nos habíamos reído. Creo que son las dos personas que más me van a ayudar a tomar decisiones ahora que me siento tan perdida, además de mi madre.

(Elvira, 22 años)

No cabe duda de que el hecho de conocer gente abre las perspectivas vitales y personales. Entonces, las personas jóvenes entienden que, a partir del mínimo común denominador que las une (que

tiene que ver con gustos, diversión y valores), está bien encontrar terrenos comunes y complementarse con personas diferentes, porque amplía las miras. Y también se asume que no solo es inevi-

table diversificar personas y grupos (la propia trayectoria vital te conduce a ello al emprender caminos educativos, formativos, laborales, sentimentales, etc.), sino que además es absolutamente necesario como parte del aprendizaje y la evolución individual, que determinará los pilares sobre los que se asiente la personalidad madura y adulta. Por ello interpretan que las personas que te vas encontrando y a las que te vas acercando cuando

tienes mayor edad tienen más que ver con lo que tú eres, pues compartes aspectos más cercanos a tu auténtica personalidad, que aquellas con las que creciste y te desarrollaste como persona, sin duda esenciales, pero asentadas sobre lazos cambiantes, circunstanciales, propios de épocas vitales que se acaban quedando irremediabilmente atrás.

Al final, cuando estableces muchas relaciones con diferentes grupos... No con tu grupo de toda la vida del colegio, sino cuando vas creciendo en la universidad, en el trabajo... encuentras diferentes personas con las que puedes encajar en algunas cosas, e igual en otras no, pero te ayudan a ver diferentes puntos de vista. Entonces, para mí, en ese sentido, sí que tiene mucha importancia, porque te ayudan igual a pensar de otra manera que no pensaba igual hace dos o tres años.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Mantengo tres amigos de la infancia, que somos personas totalmente diferentes. Claro que tenemos algún gusto en común, pero puede ser muy escaso, somos personas muy diferentes. Y a mí eso no... no me disgusta de decir, yo no son personas que vea diariamente, por supuesto, a lo mejor quedamos en las fiestas una vez para comer o cualquier cosa, pero a mí me aportan mucho, porque sus diferencias me hacen aprender a mí y... pues no sé, mi vida también es muy diferente a la suya, poder hasta aprender de ellos.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Desde el punto de vista individual, el hecho de compartir amistad con personas distintas se concibe como una complementación necesaria que equilibra y permite salir del ensimismamiento que puede caracterizar algunas etapas de la juventud. Además, se manifiesta que el contrapunto que ofrecen las amistades en términos de optimismo/pesimismo, acción/pasividad, etc., procura mayor

estabilidad emocional. De igual forma, se entiende que es esencial lo que ofrecen en relación con la manera en que se compensan los tiempos de seriedad y diversión, de reír y de aprender, de hablar de emociones o de preocupaciones, y de asuntos banales. En todas esas esferas están los amigos y las amigas, pues todas son necesarias e importantes.

Yo soy una persona de personalidad un poco pesimista, ¿vale?; entonces, mi mejor amiga sabe que soy así y entonces, cuando yo le explico alguna situación o algún problema, para mi parecer, me ayuda a quitar un poco ese optimismo/pesimismo y poder ver las cosas más objetivamente, y digo: “¡Ah!, pues me relajo, porque no es tan como yo pensaba...”. Cosa que, si lo explicase quizá a una persona externa que no me conoce, o que es un conocido y no un amigo o una amiga, se basaría en sus experiencias y no tan en lo que yo necesitaría.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Mis amigos y yo tenemos nuestros momentos de coña y nuestros momentos serios. Y sabemos separarlos porque, yo qué sé, cualquiera dice una cosa seria, y pues... sabemos que es serio y no es para tomárselo a risa.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

—Puedo estar hablando de algo superreflexivo, podemos hablar del tiempo y reírnos de un meme, en plan, tanto evasión como... o sea, que haya de todo, vaya. Y no sentirme juzgada, que es lo que más me suele costar, ¿eh? Hoy día, independientemente de la relación interpersonal que tenga.

—[...]

—Yo creo un poco eso, también un poco la zona esta... un poco híbrida, ¿no?, de todo el abanico que va desde reírte hasta entenderte.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Los discursos más reflexivos de los y las jóvenes y que ahondan más en la trascendencia de la amistad como factor que fomenta el crecimiento y el equilibrio personal manifiestan que las personas que representan ese valor son el reflejo de quiénes eres, pues encarnan los principios y las preferencias que compartes, y los aspectos que te complementan como ser humano y que contribuyen a

estar más cerca del bienestar y la estabilidad personales. Para alcanzar este punto se interpreta que es necesario tener amor propio, y estar abierto o abierta al autoconocimiento, desde el planteamiento de que no todo serán risas y diversión, y que el conflicto y el aprendizaje forman parte esencial de las relaciones personales y del propio desarrollo individual.

—Yo creo que también tienes que tener amor propio para tener una amistad. Es como un... es como una relación de pareja, tú tienes que quererte a

ti mismo si tú quieres mantener sana una relación con tus amigas. Porque si tú no trabajas tu interior y tú tienes tus sentimientos desbocados y tienes los celos también ...

—Si tú conoces a una persona y es tu amiga, tú vas a cargar todo lo que sientes en esa persona, quieras o no, porque tú estás así, y entonces yo creo que primero también eso; ahora, es verdad que hay que trabajarlo. Y poco a poco creo que lo estamos trabajando.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Como se puede observar en el testimonio anterior (y es algo que resulta recurrente en buena parte de los grupos analizados en el presente estudio), las personas jóvenes tienden a establecer una clara analogía entre la amistad y la relación de pareja. Así, en numerosas ocasiones se afirma que la atracción física constituye el único factor que diferencia el tipo de experiencias que unen con las amigas o con la pareja, pues la relación se puede asentar sobre los mismos valores (confianza, lealtad, sinceridad, reciprocidad, etc.) y los mismos puntos de encuentro (gustos, principios, experiencias, búsquedas y expectativas comunes, etc.).

En lo que respecta a esta analogía conviene atender a dos especificaciones importantes:

En primer lugar, estos argumentos suelen ser abanderados fundamentalmente por las chicas, y no suelen aparecer tanto entre los chicos. Ellas son quienes muestran sin rubor el “enamoramiento” que pueden llegar a sentir con sus amigas, con quienes pueden percibir una conexión

muy cercana a la que experimentan (o creen que pueden experimentar) con sus parejas, pero sin el componente de la atracción física.

En segundo lugar, a ciertas edades (adolescencia y primera juventud), en las conversaciones abundan los ejemplos de cómo se puede llegar a dejar de lado al grupo de amistad cuando se encuentra una pareja, desde el arrebato de apreciar el mismo bienestar que se tiene con las amigas y los amigos, pero, además, con el componente de la atracción sexual. En este sentido, y contando con lo afirmado en el punto anterior, parece consecuente que sean las chicas quienes se muestren más empáticas por la situación que puede generar el hecho de encontrar pareja, en relación con el posible distanciamiento con las amigas. La otra cara de la moneda es que este hecho alimenta el estereotipo social en torno a que las mujeres son menos leales que los hombres, tanto con respecto al grupo como con las amistades en general.

—Es como una pareja. Por ejemplo, estás enamorado, que te guste esa persona, es como estar enamorado, pero de tu mejor amiga.

—Porque el amor al final es que es lo mismo.

—La diferencia... la diferencia entre una amistad así buena y una pareja es lo físico.

—Sí.

—Básicamente, yo creo.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Pese a que los y las jóvenes (ellas, principalmente) reconocen que en algunos momentos el tener pareja puede arrebatar y hacer que se alejen del grupo de amistad, en general, el discurso parte de la premisa de que la amistad genera vínculos mucho más duraderos y confiables, ya que, sin la atracción física, el resto de la relación sentimental se suele desmoronar, pero los valores que encarna la amistad se interpretan como absolutos. Evidentemente, se sabe (y no se pierde de vista, de hecho) que las relaciones de amistad también fallan y se terminan. Pero en el momento en que se vive la amistad como algo eterno (como valor

absoluto que no se termina ni falla, pues lo que fallan son las personas), la sensación que te une a una amiga o un amigo implica una incondicionalidad muy especial, cercana a un enamoramiento que aporta seguridad y felicidad y que impulsa a confiar en ella. Desde esta perspectiva, el hecho de que el amor incluya aspectos tan desestabilizadores, cambiantes e imprevisibles como el deseo y la atracción física propicia precisamente que sea más sencillo definir la línea imaginaria que demarcaría la amistad, precisamente por la ausencia de tales componentes.

Cuando fuimos las dos al baño, ella me dijo que me quería mucho, más que a toda la gente de aquí. Nos lo decimos mucho. Hablamos de que era raro, porque me quería más que a su novio y que sabíamos que siempre iba a ser así. Y no nos preocupa, hemos llegado muchas veces a la conclusión de que no vamos a encontrar en nadie más lo que encontramos la una en la otra. Y, aun así, lo que tenemos no es amor romántico. Eso nos hace muchas veces dudar de dónde está la línea del amor, que nos cuesta mucho definir. Pero pensándolo ahora, esto hace más borrosas las líneas del amor, pero más definidas las de la amistad. Para nosotras, lo máximo a lo que pueden aspirar dos amigos es a una relación como la nuestra.

(Elvira, 22 años)

Sea como fuere, las analogías con la familia y con la pareja, que aparecen constantemente en los argumentos y reflexiones de los grupos de jóvenes, sitúan adecuadamente la importancia concedida a la amistad, desde la visión de que se constituye en un valor que, en su concepción más idealizada, aglutina buena parte de lo mejor de los otros dos

valores. Por ello, comúnmente se puede escuchar referirse al amigo como “hermano”, y a la amiga como “novia”, por ejemplo.

CAPÍTULO 2

La conexión



Una de las cuestiones más interesantes y que inspira más conversaciones en el seno de las dinámicas grupales realizadas en el presente estudio es la de intentar desentrañar por qué se tienen los amigos y las amigas que se tienen, qué es lo que hace que se forje amistad con unas personas y no con otras, si esas personas se buscan o se encuentran, y, en definitiva, a partir de qué cuestiones se genera la conexión sobre la que se asienta algo que los y las personas jóvenes consideran tan importante como la amistad.

En primer lugar, principalmente refiriéndose a los años de infancia y adolescencia (pero no solo a estas dos etapas vitales), la juventud sostiene que las relaciones se entablan por lo que tienden a

llamar “casualidad”, en cualquier caso, “pura temporalidad”: estar en el mismo lugar en el mismo momento vital. Es decir, compartir centro de estudios, clase, barrio, entorno; cruzarse en un instante que no se elige, y que suele depender de las circunstancias familiares y educativas. Incluso dentro de esos espacios compartidos, el hecho de comenzar a entablar relación con algunas personas es algo que “no ves venir”. Se entiende que, al llegar a un entorno nuevo, hacer amigos y amigas también depende de la suerte, del azar de con quién hablas el primer día, con quién te sientas, el orden en el que se pasa lista, el método de transporte que usas, qué personas comparten actividades contigo, etc.

—Yo considero que es suerte.

—O sea, primero las... primero encuentras a la gente y luego eliges si quieres ser tu amigo o no.

—Sí, yo igual.

—En nuestro caso, joé, es que dependía mucho de con quién ya empezaste a hablar los primeros días...

—Ya, total.

—Ya, no significa que ibas a acabar con esa gente llevándote bien, pero como que sí que influía bastante. Entonces, si a lo mejor yo, en vez de hablar con equis persona el primer día hubiera hablado con otra, bueno, hubiera acabado en otro grupo.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Yo aún conservo amigos desde P3, entonces nos pusieron juntos en clase porque nadie nos conocía y pues, desde ahí, pues aún seguimos siendo amigos. Pero también durante el tiempo, como ha dicho ella, cuando te cambian de clase o haces alguna extraescolar o lo que sea con otra gente, pues también te vas encontrando con gente nueva que no conocías y ves que sois muy iguales o que os lleváis muy bien y al final pues son también nuevas amistades.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

—*Estábamos como por orden de lista muy juntas, y somos ocho en total en el grupo.*

—*Sí. Entonces, pues yo recuerdo como que hubiese como núcleos así un poco distintos los dos primeros días. Y de esto que te vas juntando y te vuelves con alguien a casa, y vas conociendo más.*

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Cuando se habla de “casualidad” aludiendo a lo circunstancial de encontrarse en un mismo centro educativo o un mismo bloque de viviendas, por ejemplo, se están obviando todos los condicionantes socioestructurales que hacen que se tienda a conocer gente de la misma clase social, o situaciones económicas y culturales similares, o

al menos no lejanas. Esto resulta más evidente en edades tempranas, al tiempo que provoca análisis más conscientes entre jóvenes de mayor edad, con mayor autonomía con respecto a sus núcleos familiares y sociales, y que comienzan a compartir espacios con personas de orígenes más diversos y, sobre todo, con experiencias vitales distintas.

Es verdad que ahí el tema de la elección es curioso, ¿no? Porque por... Puedes decir que se elige la amistad, pero, joder!, tú estás en equis momentos de tu vida en un entorno social y ahí surgen las amistades que hay en función de las personas que haya, ¿no?

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Las personas jóvenes hablan de que el componente inicial de la casualidad (que no se niega) ha de ir necesariamente acompañado de la intención de conocer gente, la cual está mediada por la percepción, al menos la expectativa, de que existen determinadas afinidades. Es decir, que se elige la pretensión de compartir cosas, pero la aparente sensación de que esas cosas se pueden compartir (por estética, por la forma de hablar, por el tipo de temas de los que se habla, por la actitud que

se adopta ante las personas, etc.) facilita el acercamiento. Ahí cabe preguntarse si es primero el huevo o la gallina, pero los argumentos de los y las jóvenes dejan claro que, tras los encuentros iniciales, las personas que permanecen se eligen (¿se puede llamar “elegir”?) por afinidades contrastadas. Trascendiendo las cuestiones estéticas y los condicionantes sociales, tales afinidades implicarán actitudes, formas de ser, valores y principios.

—*Por ejemplo, ella el primer día vio que tenía una pulsera del Orgullo. Y pues me vino: “Tienes una pulsera, tal... Yo, tal...”. Entonces sí. Luego, también... O sea, muchas veces es suerte, pero también pues como ir encamionado.*

—Sí.

—Sí, saber guiarte un poco en con quién te quieres relacionar.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

—Hay veces que te ves más compatible con alguien y entonces quieres hablar con esa persona, ¿no? Si veo a este, que este no me transmite buen feeling, pues tampoco...

—No, yo lo que quiero decir es que surgen tipo... No es que si, por ejemplo, ahora os veo yo a vosotros y digo: "Ah, pues yo voy a ser tu amigo.". Así, pues... Eso es imposible...

—De: "Oye, ¿quieres ser mi amigo?". Simplemente tú empiezas a hablar. A lo mejor hablas un día un poquito con él, otro día un poquito con él y luego tú te vas sintiendo un poco más suelto con tal persona. Qué crees que puede compartir más cosas con esta persona, con esta puedes compartir otras... Pero te sientes como más unido, con un vínculo más fuerte que con otra persona. No sé...

—Sí, pero yo pienso que en cierta manera ahí estás eligiendo. Porque si yo, a lo mejor, hablo con vosotros dos y en cierta manera mis gustos encajan más con él, o veo que lo que él hace concuerda más con lo que a mí me gusta, pues a lo mejor en cierta manera... Si yo ahora busco acercarme más a él para entablar una relación, ahí estoy eligiendo, ¿no?

—Pero entonces no estás eligiendo a lo mejor la amistad, a lo mejor lo que tú eliges es el conocer a una persona. Cuando tú ya la conozcas ya se verá si sois amigos o no.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—De primeras sí que encuentras amigos. Pues en Primaria, todos los de la clase. En el equipo de baloncesto, todos. Entonces esos los encuentras y luego vas eligiendo a los que de verdad pues te lo pasas bien con ellos, o a los que de verdad te importan o les importas.

—Yo creo que cuando entras en un grupo... O sea, pues cuando entras en una clase, o en un grupo, cual sea, o de deportes o tal. Tú, al final... Bueno, yo creo que casi todos hablamos con todo el mundo, ¿no? Y entonces empiezas a hablar con la gente y empiezas a ver. Y cuando pasan los días y pasa el tiempo te vas dando cuenta, yo creo, de con quién tienes más afinidad o no sé. O sea, creo que de esas cosas al final no te das cuenta. Quiero decir,

tengo que pensarlo para decir cómo llegué a esa amistad con esa persona que conocí aquel día, donde había dieciséis personas más. Pues supongo que por los mismos valores o porque cuadrarnos en muchas cosas, coincidimos en muchas cosas.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Desde algunas posiciones, las personas jóvenes destacan el sesgo que supone que muchos condicionantes y caminos vitales conducen a juntarte con lo propio, con personas cercanas en ideología, clase social, pero también en gustos y aficiones. Sin embargo, estos relatos no adoptan necesaria-

mente una perspectiva crítica, y se emplean en mayor medida para relatar lo satisfactorias que resultan las experiencias que genera conectar con personas que se sitúan fuera de la esfera de lo cercano.

—Cuando alguna vez que he tenido que irme a algún sitio random y tal y... A lo mejor no he tenido que ir a estudiar, a lo mejor he tenido que irme por alguna razón y, como que he tenido que hacer amigos un poco en plan de debajo de las piedras, pues me ha gustado. Porque me he juntado con gente que no tenía nada que ver conmigo, pero yo qué sé... Parece que me han cambiado un poquillo el chip hacia un lado, hacia otro. Y me aporta, está guay. Es verdad que igualmente uno tiende hacia donde sea un entorno seguro, cómodo... Pero si por alguna razón acabas con gente superdiferente a ti, siempre te añaden.

O sea, de si vas con la mente abierta de decir...

—Vas con los ojos puestos.

—Lo ves desde distintos puntos de vista. Y a lo mejor eso también te puede aportar, ¿no?

—Sí, sí.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Me parece que vas creando un sesgo, esa gente te presenta gente, te presenta gente, pero están más o menos en el mismo juego...

—En tu rango, porque yo creo que al fin y al cabo todos tenemos un grupo de amigos y... Pero ese mismo grupo de amigos tuyos es como... Siempre somos de la misma manera, ¿no? Es muy difícil encontrar a alguien que rompa con la regla de no ser igual a todo el círculo.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Esto es algo que las personas jóvenes ligan irremediabilmente al proceso de crecimiento y maduración personal, y forma parte de lo que se considera como vida adulta. Porque entienden que crecer conlleva tener las cosas más claras (con quién te quieres juntar y con quién no), pero también una manera de relacionarse que se interpreta que es distinta a la que se tiene durante la adolescencia. Se habla entonces de dos formas de entender la “intensidad” de las relaciones:

- Desde un punto de vista adolescente, más cercano al “drama”, los celos y la sensación de montaña rusa emocional.
- Desde una perspectiva más adulta (a partir de la cual se construyen los discursos, aunque sean jóvenes de corta edad), priorizando pasar tiempo de calidad frente a compartir tiempo sin más, partiendo de una actitud más abierta a diversificar los grupos de amistad según los espacios vitales, necesidades y afinidades.

—Puede llegar una persona que conozcas de dos meses y que te llene muchísimo más que una persona con la que lleves cinco años.

—Totalmente, totalmente.

—Por... no sé por qué será, por una conexión o por...

—Yo creo que es complicidad y conexión.

—Porque también..., yo creo que las nuevas relaciones de amistad muchas veces como que nos llenan mucho.

—Es que somos más intensas, yo creo, ahora.

—Cuando conoces a una persona nueva, a lo mejor, por ejemplo, yo cuando he entrado a la universidad he conocido a mi grupo de clase, y me he hecho una piña y ya, es que son amigas que pienso que son de toda la vida, porque les puedo con... sé que les puedo contar cualquier cosa. Ahora, los conozco de poco y por eso todavía sé que no puedo tampoco pasarme o confiar más en ellas, porque... da ese miedo de que, si te ha fallado una persona con la que has estado cinco años, no te va a fallar con una que has conocido cinco meses ...

—Yo creo que esa es la diferencia con la universidad de cuando somos más pequeños, como tenemos menos drama y menos importancia, como que vivimos las relaciones de amistad como menos intensas, más...

—Exactamente.

—Sí, y por eso duran más.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

A pesar de que los argumentos están plagados de alusiones a lo condicionado o sesgado de muchos encuentros, la juventud habla de la conexión como un elemento casi mágico, como si el tipo ideal de valor que encarna la amistad precisara de un halo especial que lo sitúe en ese pedestal desde el que reconforta. Se entiende entonces que en muchas ocasiones no resulte posible argumentar por qué son amigas las personas que lo son, y que los nexos que las acercan y unen a ellas son instinti-

vos, emocionales, y trascienden los propios actos, la presencia constante o la dedicación (de ahí que se pueda sentir más conexión con alguien que se acaba de conocer que con personas que se conocen desde hace años). Cuestiones difícilmente explicables que hacen que se reconozca que es posible elegir a qué personas acercarse, pero no con qué personas sentir esa unión especial. La conexión surge, no se fuerza ni exige un esfuerzo.

Si me paro a pensarlo, las mayores amistades que tengo no me acuerdo como llegamos a ser amigos. O sea, yo creo que es eso a lo que te refieres de encontrarse o elegir. Yo, mis... los que considero mi grupo más cercano, no recuerdo un punto de decir: "Ah, vale, este es mi amigo". Yo creo que ahí es cuando da pie más a llevarte chascos de: "Vale, yo quiero ser amigo de este". O, a lo mejor, él no quiere ser amigo tuyo. Pero sí, las amistades, de primeras, yo creo que no las ves venir.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Yo, cuando me he sentido muy en conexión con alguien, me he dado cuenta de que muchas veces no tenía mucho que ver tanto con hablar. Creo que hay algo más subliminal. Tiene que ser una cuestión de gestos, de expresiones faciales, algo así...

—Sí.

—Pero no tiene nada que ver con la conversación que tenga con esa persona. Me lo está transmitiendo. Puede... puede ser por cualquier cosa.

—Es una cosa que se nota, ¿no? [...].

—Claro. Es más emocional...

—Sí.

—Pero hay quien tiene una conexión más mental con una persona, ¿no? Y hay otras que tienen una conexión más instintiva, ¿no?

—Claro.

—De ahí que la diferencia también que tú, a lo mejor, te hagas colega o seas amigo. Porque un colega tiene una conexión más de un plan, una idea, y esa persona comparte ese plan, esa idea contigo: "Pues mira, vamos a

hacer tal plan para este fin de semana". Pues, a lo mejor, colegas. Pero, en cambio, cuando tienes..., cuando va más allá, que es la conexión emocional de que no tienes ni que decir: "Oye, ¿qué te parece si hacemos esto?". Simplemente estamos aquí tomándonos una caña, y a lo mejor estamos cinco o diez minutos sin hablar...

—Y estás a gusto, como has dicho tú. Estás a gusto.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Desde esa perspectiva dotada de una cierta fascinación cuesta recordar cómo surgió la chispa de las relaciones más lejanas y duraderas. Incluso se justifica que existan amistades con personas que en principio no caían bien. Aunque la distancia temporal y la experiencia vital inciden en la evidencia de que las relaciones personales evolucionan, las prioridades cambian, y los gustos y descripciones adolescentes y juveniles también, por lo que muchas primeras impresiones quedan en el olvido. Es decir, que de la misma forma que el roce puede hacer el cariño, el tipo de conexión y

las búsquedas personales varían, y se pueden ver y encontrar cosas que, en principio o en otras épocas, no se apreciaban. Porque se aprende que las amistades fluyen, no son estáticas ni responden siempre a los mismos patrones y circunstancias. Y también porque las personas pueden cambiar, y se puede apreciar en ellas cosas que no se apreciaban en el pasado. Entonces, la conexión se despoja de ese halo mágico para justificarse en función de características particulares de las personalidades que conectan entre sí.

—Y entonces, pues eso, que nos llevábamos fatal. Pero luego como que nos reconocimos porque nos veíamos en los campamentos del antiguo colegio, que yo seguía yendo, y nos veíamos ahí y nos llevábamos. Bueno, pues porque íbamos todos juntos, ¿no?, pero ya está. Y, luego, pues como reconocerse, por así decirlo, al coincidir en clase y tal y al estar todos los días juntas, pues nos empezamos a llevar superbién.

—Sí, la verdad. Sí, yo en mi primer contacto en el colegio, yo le dije: "Bueno, pues aquí me quedo" Y al final me salió bien. Pero...

—No, sí, sí. Al final nos llevábamos superbién.

—Yo de pequeña no me acuerdo mucho... A ver, éramos muy pequeñas. Yo solo me acuerdo de que era como muy tiquismiquis, y me ponía muy nerviosa.

—Y tú me caías fatal, porque venías a chincharme.

—Moderador: Pero ¿cómo es eso? ¿Por qué de repente pasar de caer mal a caer bien? ¿Qué es lo que pasó? ¿Cambiasteis vosotras o cambió lo que buscabais en las personas?

—A ver, claro, llevamos años sin vernos o casi sin vernos. Porque, claro, ella se fue mucho antes del colegio que yo. Yo no sé si... Tampoco me acuerdo...

—Sí, pero tú ya no eras tan toca... Ella era muy tocanarices, le encantaba chinchar, y yo no me chinchaba tan fácil. Entonces fue como que ya nos empezamos a llevar mejor y, al tenernos al lado todo el día en clase, pues al final nos conocimos más. Y yo creo que...

—Somos vecinas. Vivimos literalmente al lado.

—Sí. Sí, o sea, hay un edificio de diferencia. Entonces...

—Claro, y ahí nos veíamos siempre, íbamos juntas a clase, todo.

—Éramos pequeñas, tampoco nos dejaban salir muy lejos de casa. Entonces dices: “Tengo una amiga que vive literalmente al lado”. Pues tus padres te dejan ir a su casa.

—Sí. Estábamos la una en casa de la otra.

—Y al final, por eso, pues nos llevamos bien.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Las personas jóvenes suelen referirse a menudo a las dificultades que implica el hecho de fraguar amistades durante la infancia y la adolescencia, casi siempre desde relatos que asumen que tal escollo ya es algo superado. Aluden principalmente a la inseguridad que experimentan como consecuencia de no disponer de una personalidad consolidada, que hace que se conceda excesiva importancia a la manera en que son percibidas por la gente que las rodea. Pero incluso a edades

superiores, puede llegar a abrumar mucho llegar a un entorno nuevo en el que los grupos de amistad ya están conformados (se asume que es más fácil entablar amistades si llegas a un contexto en el que no se conoce a nadie), y se duda de a quién acercarse y qué imagen ofrecer. Encontrar y encajar con alguien o en un grupo se constituye entonces en una prioridad, y estrechar lazos lo más rápido que sea posible garantiza la tranquilidad.

A mí me agobiaba también, o sea, el ver a gente de clase que de hecho, ya desde el primer día... En plan, la forma en la que ya se hablaban... En plan como se notaba mucho ya... Pues como si conociesen de toda la vida y se habían conocido de un día. Porque hay gente, a mí no me pasa, que ya desde el primer momento como que cogen mucha confianza y tal. Entonces, como que veía que la gente ya se llevaba superbién o parecía que eran superamigos. Y sí que me agobió eso un poco al principio.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Los principios son muy difíciles y cuando sales de tu círculo diario, pues ya no... No sé, te suelen entrar muchas dudas. Y si..., si está..., si ellos están cómodos contigo y si tú estás totalmente integrado con ellos.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Es que, claro, al principio de carrera, pues, aunque hubiera gente que se conociera y tal, estábamos como todos igual. En plan de que venimos aquí nuevos y no conocemos a nadie o a casi nadie, entonces al final te lanzas un poco a hacer amigos y sabes que todo mundo está igual que tú. Entonces, pues más o menos en esos contextos es fácil. Luego pues también, según...; si llegas a un sitio donde están los grupos hechos y tal, pues a lo mejor sí que puede dar un poco más de palo.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Esa inseguridad, y la necesidad de integrarse entre los pares, puede conducir a dos cosas. Por un lado, a acercarse a personas insospechadas, que no tienen mucho que ver con la propia forma de ser, gustos y valores. Es decir, amoldarse para encajar. Por otro lado, a sobreactuar la conexión al entrar en un entorno nuevo, en la búsqueda de aceptación, en detrimento de ser uno mismo o una misma. En ocasiones, esta circunstancia se justifica como forma de exploración y búsqueda, más como sobreestimulación frente a la necesidad, que como interpretación de un papel.

Frente al imperativo de conectar e integrarse, algunas voces jóvenes hacen hincapié en la certeza de que la amistad requiere de tiempo, que no resulta natural coger confianza tan rápido (es más, puede generar sospecha), y que los grupos se van conformando a su ritmo, de manera que los lazos y contactos iniciales pueden derivar en otros, de una forma que no les resulta en absoluto traumática.

Recuerdo como ver enseguida muchos grupos de mucha piña en clase y sentirme un poco como abrumada de que fuesen muy rápido en eso. Y la primera vez que soy consciente como de estar con ellos ocho, pensar: “Qué bien que los que nos hemos descolgado un poco como que nos hemos hecho más grupo”. O sea, que igual me llamó un poco eso, el que no fuese tan rápido hacer amistades, sino de dar más tiempo y como que nos encontramos en un tiempo muy parecido [...]. O sea, yo no creo que tenga problemas haciendo amistades, pero sí que es verdad que creo que les dedico como mi tiempo. Y me acuerdo que todos mis amigos de la infancia son de mi edad, de mi mismo curso. Entonces empezábamos todos curso universitario a la

vez y yo veía que mis amigas hacían muchísimas amigas en la carrera de repente y yo veía a la gente... Pues eso, de repente íbamos a tomar algo cincuenta. Y yo pues conocí a mucha gente, pero como que no llegaba a conocer a nadie. Entonces, no... En parte tenía prisa porque me comparaba con otras amigas que sí que estaban haciendo amigos en la carrera, pero no era como algo natural a mí.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

No sé si os ha pasado, pero yo mis primeros años de uni me notaba muy sobrestimulada de: "Es que salgo un montonazo y conozco un montón de gente y estoy guay, pero realmente...". No es que no estuviera consciente, pero como que no estaba conectada conmigo misma. En vez de decir: "Vale, obviamente voy a explorar, voy a conocer a pues verdaderamente a toda mi facultad porque es pequeñita al final.". Pero no sé, es como que eso, cuando empiezas algo nuevo estás sobrestimulado y con tantas sensaciones y tantas emociones cuesta a veces, pues eso, decir: "Pues igual estoy mejor en este grupito de estas cuatro o cinco personas con las que, lo que dices tú, me siento yo", ¿sabes? No tengo que interpretar ningún papel ni tengo que gustar a nadie. Simplemente sentirme cómodo y sentirme apoyado.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Cuando el deseo de conectar se pone por delante de la pretensión de compartir resulta más fácil que engañen las primeras impresiones. Entonces, la búsqueda de elementos concretos y el condicionamiento de los estereotipos sociales pueden privar de conocer gente interesante. Esto se explica desde la convicción de que los inicios de una relación no tienen por qué marcar definitivamente el curso de la misma, de que se pueden producir sorpresas,

como conectar con personas aparentemente distintas, o que se percibían de manera negativa previamente, y de que se pueden encontrar conexiones con el paso del tiempo (frente al ideal de esa conexión inicial, instintiva y casi mágica). A partir de algunos relatos se intuye que tales conexiones pueden surgir entre las y los jóvenes cuando dos formas de madurar y crecer como personas se cruzan en algún punto del camino.

—¿Pero sabes qué pasa después? Que hablas con esa persona y dices: "¡Hostia!, pues mira, no es tu amiga". Y te llevas superbién con esa persona.

—A mí me ha llegado a pasar de decir: "Si es que no sé por qué, pero es que no me cae bien". Y luego, por lo que sea, ¿eh?, Queda bien en tu grupo de amigos, lo conoces y dices: "¡Hostia!, pues no es como yo pensaba, fíjate".

—Claro, ¡ajá!

—Y eso también influye en el tema de... Pues es como los estereotipos, ¿no? Tú ves a una persona que dices: “¡Uh!, pues este no lo veo yo de mi estilo, de mi rollo, ¿no?”. Y es como que dices: “Con esta persona no voy a hablar, voy a hablar con los que son más afines a mí o con los que yo creo que puedo congeniar mejor”.

—[...]

—Y a lo mejor resulta luego que con el que no has querido hablar es más parecido a ti... A mí me ha ocurrido también.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Ante esta circunstancia, que en cualquier caso se entiende como algo natural en determinados momentos de la vida, se abanderan dos aspectos de la amistad “verdadera”: cuando se pretende ser una persona que no se es, la amistad no dura, porque la amistad sólo se basa en conexiones perso-

nales reales; y las amistades no juzgan y te aceptan como eres realmente, por lo que la necesidad de adaptarse a la forma de ser que esperan de ti no encuentra sentido en la búsqueda de la amistad auténtica.

Yo el año pasado me fui a Polonia de erasmus. Al final, es una experiencia muy guay, en la que conoces mucha gente nueva. Un poco mezclando lo que dijisteis tú y tú, al final me pasó que llegué y tanta emoción de conocer a gente nueva y de querer integrarme en el grupo que acabé estando los primeros días con gente que realmente era todo lo contrario a mí. Y al final me intenté amoldar a esa situación diciendo: “Bueno, a ver, vamos a darles una oportunidad”. Cuando realmente no estaba siendo yo, estaba siendo una persona totalmente diferente. Hasta que te das cuenta y dices: “Qué necesidad tengo, si al final es gente que acabo de conocer hace unos días. No tengo la necesidad de estar haciendo un papel”. Porque no hacía nada más que un papel. Voy a buscar a otra gente que se amolde más, pues eso, a mis valores, a mi forma de pensar, porque realmente... O sea, me pueden caer mejor o peor esas personas, pero realmente no piensan como yo y no me voy a sentir a gusto durante un año conviviendo con esa gente.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

También se habla de las dificultades para relacionarse una vez superada la etapa adolescente y, presuntamente, la época marcada por las inseguridades y las búsquedas: Por un lado, cuando se

emprenden nuevos caminos vitales (un ejemplo claro es cambiar de entorno formativo o laboral), y se llega a lugares en los que los grupos de amistad ya están conformados, y se pueden percibir como

cerrados y poco permeables a nuevas relaciones. Esa expectativa asume que, cuando se acaba la vida de estudiante, resulta mucho más difícil conocer gente; algo que provocaría que se ponga toda

la carne en el asador durante determinados años, para sentir que se forma parte de un grupo antes de que estos se vuelvan cerrados.

Llega un momento... O sea, mientras que estudiamos todo es muy fácil, entre comillas, al final. Tenemos mogollón de oportunidades para conocer gente [...]. Entonces sí que creo que, a partir de cierta edad y a partir de ciertos momentos, lo veo más complicado el cómo llego a una ciudad y... si la gente en mi trabajo no tiene mi edad, dónde puedo encuentro ese... O sea, y ahí al final también las barreras que nos ponemos de: "¿Qué hago? ¿Salgo yo solo de fiesta, me pego a la barra y le digo 'hola qué tal' al de al lado y...?". Son cosas que, lo que decías tú, que a veces nos ponemos muchas barreras y, al final, pues... Bueno, a mí me tiene pasado, que te da vergüenza. Es como: "¿Cómo entablo una conversación? ¿Salgo yo sola a la calle o a un bar? ¿Y cómo entablo una conversación con alguien?".

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Por otro lado, cuando ya se siente que se tiene un grupo de amistad de referencia, se apunta que se puede producir cierto acomodamiento social, de tal manera que "desaprenden" a relacionarse,

como consecuencia de la dificultad de enfrentarse una vez más a las inseguridades que supone abrirse de nuevo a personas con las que no existe confianza.

Bueno, yo llegué en septiembre aquí y llegué solo. Y sí que es un poco lo que decías tú de que estás acostumbrado ya a tener tu grupo de amigos. Y es como que desaprendes eso de cómo se hacen amigos nuevos, como que tienes miedo de... de qué va a pasar. Y también como que intentas caer bien a todos para ir tanteando todas las opciones.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

De forma paralela a los testimonios de jóvenes que inciden en lo difícilmente explicable del tipo de conexiones que conducen a la amistad, lo cierto es que se desgranar factores concretos a partir de los cuales sí se encuentra sentido y se entiende que se produzca cierta sinergia entre dos personas que no se conocen previamente:

- En primer lugar, los gustos personales (en relación con la música, la moda, el tipo de ocio, de actividades culturales o artísticas, etc.). Compartir gustos y aficiones puede ser el factor que dé pie a entablar conversaciones y compartir el tiempo necesario para que se establezca una relación de confianza; incluso proyectar la ima-

gen de que se tienen ciertos gustos o se es afín a determinadas tendencias (por cómo se viste, por ejemplo) puede ser la mecha que encienda la llama del interés por conocer a alguien. Es decir, acercarse a personas porque se intuye

que pueden tener gustos o prioridades similares, pero también cribar y elegir, dentro de un grupo al que se ha llegado, a las personas que se ha comprobado que comparten gustos y afinidades.

Para mí es importante y más concreto pues como la conexión que haya, los tipos de gustos que tengas y que compartes con esa persona, pues tiene mucha relevancia a la hora de la amistad y tal.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

- El segundo factor que los y las jóvenes apuntan expresamente como importante a la hora de generar esa conexión es el sentido del humor. Compartir un sentido del humor parecido acerca mucho a las personas y genera conversaciones basadas en la diversión y la relajación, todo lo cual proporciona confianza y seguridad, y afianza las relaciones. Atendiendo a la capacidad de la amistad para procurar que las personas se sientan libres y a gusto, fundamentada

en la posibilidad de que sean realmente ellas mismas, el sentido del humor destaca, sin duda, como uno de los rasgos que, al mismo tiempo, posibilitan ese estado de confianza, y, además, son el claro reflejo del mismo. Se trata del sentido del humor, o del tipo de sentido del humor, como espejo de la persona y, por ello, como capacidad que acerca a jóvenes que pueden compartir determinadas maneras de encarar o entender las cosas.

A mí el humor es algo que me une muchísimo con las personas, que tengamos el mismo tipo de humor y reír con la otra persona.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Es muy importante el tipo de humor. Yo, si estoy con gente que me hace reír de repente muy rápido, ya me da como una buena señal.

—Justo.

—Sí, yo es que ya no es que piense, yo qué sé: “Han dicho esto, me gusta...” Es más como las..., no sé, las vibra que me transmiten, ¡je, je, je!

—¡Ja, ja, ja, ja!

—O sea, no sé, las... las sensaciones.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Nuestra personalidad y humor son tan parecidos que al final hacen que nos llevemos pues tan bien. O sea, puede ser que yo esté pensando una cosa y que ella lo mismo... Entonces, pues, ese nivel de conexión hace que conectes mejor con esa persona.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

En el instituto, el primer día que llegué a primero de la ESO, pues me sentaron en un sitio por orden de lista y me sentaron con una chica que yo al principio pensaba, pues como has dicho antes por la apariencia o por la primera impresión que tenemos sobre esas personas, yo pensé: “Bueno, tampoco me voy a llevar mucho con ella”, nosequé... Y, al final, a día de hoy sigue siendo mi amiga, porque al final la acabé conociendo y teníamos un sentido del humor muy... muy igual, y así, al final nos acabamos llevando muy bien. Y llevamos ya cinco años siendo amigas.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Aunque menos tangibles que los anteriores factores de compartir gustos y del sentido del humor, las personas jóvenes manifiestan que perciben la conexión de la amistad cuando “te hacen sentir bien”, “libre”, “segura” o “en paz”. Sensaciones que procuran que cada cual se reconozca como ser humano, se sienta natural y con la seguridad de que lo que percibe la otra persona es lo que se muestra, sin necesidad de escenificar lo que no se es, porque no se tiene miedo al juicio ni a la

censura. Evidentemente, alcanzar este estado será más propio de relaciones de amistad con cierta trayectoria, y de lazos de confianza contrastados. Pero también se habla de momentos puntuales de conexión con jóvenes que se han conocido recientemente, en los que se sienten fogonazos de tales sensaciones que se traducen en la capacidad de estar en el aquí y en el ahora, desde la convicción de ser la persona que realmente se es en todo momento.

—Yo creo que la conexión es tipo..., más que hablar de tener conexión en un tema de conversación o algo, es que simplemente tú te sientes a gusto con esa persona...

—Tranquilo, sí. Sí, sí, sí.

—Estás en paz. No te sientes alterado, no estás nervioso.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Es lo mejor, cuando conoces a alguien el primer día y es como si lo conocieses de toda la vida.

—Sí...

—Sin darte cuenta... No te sientes insegura.

—Ella está bien contigo, ¿sabes?, es tener como esa confianza sin haber pasado tiempo con ella, eso es..., a mí me parece superraro, la verdad.

—Yo el día de mi cumpleaños conocí a un chico que literalmente era el primer día que lo conocía y estuvimos literalmente cinco o seis horas hablando. Y fue como: "Es imposible, tía, nunca me ha pasado esto..."

—Moderador: ¿Cómo explicarías la conexión?

—Es que es como que empiezas a hablar con una persona...

—Y estás a gusto.

—[...] Y estás tan a gusto que no quieres terminar de hablar, que acabamos a las tres de la mañana.

—Sientes paz, sientes paz..., paz interior...

—Sí, sí.

—Sí, y... decir y hablar de lo que quieras.

—Claro.

—Es como que la conversación...

—Fluye.

—Totalmente, totalmente.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Con ella fue... a la semana yo ya tenía una conexión con ella y una confianza que sabía que... como que le podía contar cualquier cosa. Y a ella le pasó lo mismo conmigo. Entonces, y mira que a mí eso no me había pasado ni con chicos ni lo que sea. Pero es como con ella, al final, tuve como conexión. Es que no sé cómo decirlo. Pero como que sentí que podía contar con ella o contarle cualquier cosa. Y..., pues eso, y mucha gente se sorprendió de ver que yo cogía confianza con ella tan rápidamente.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

En una etapa algo más avanzada de las relaciones, las personas jóvenes verbalizan la conexión

como una forma en la que dos personas se complementan y se aportan mutuamente las capacidades

des que les proporcionan equilibrio. Por ejemplo, ofreciendo tranquilidad ante el nerviosismo, orden ante el desorden, emoción ante el exceso de razón, aventura frente a la apatía o el acomodamiento, etc. Se trata de un ejercicio de complementación a partir del cual los y las jóvenes interpretan que aprenden y crecen, desde la perspectiva de que puede hacer que afloren rasgos de la persona o la

personalidad que de otra manera sería más complicado que entraran en juego. Pero que, paradójicamente, en la máxima expresión de la amistad, esto posibilita el hecho de que alguien se pueda sentir completo como individuo, en el sentido de que no le falta nada y está a gusto, en el presente, la persona que es.

Me llama más la atención algo que tú a lo mejor no tienes, o que no te gusta, que ellos te animen a hacerlo y que lo hagan y que a ellos les guste. O sea, lo que no tienes tú, que lo tengan..., que te lo complemente otro o que más o menos te empujen a tú tenerlo. Por ejemplo, a mí me... me cuesta... me monto muchas películas en la cabeza o en algunas situaciones pues soy un poco más echado para atrás. Pues, normalmente, mis amigos hay varios que me gusta estar con ellos por el hecho de ellos ser un tanque, para delante: "Bueno, sí, pueden pasar cosas, pero me da igual. O sea, tira, ven conmigo", ¿sabes? Yo creo que en cierto modo también se busca o te llama más la atención en un amigo algo que tú no tienes o que eres más inseguro. Tener al que te complemente en ese aspecto.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Soy como una persona muy nerviosa y me pasa que tengo varias amistades que son muy amigas mías porque me aportan la tranquilidad que a veces yo necesito para no volverme loca.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Con las amigas pues..., a ver, yo es que soy muy cariñosa también, y un abrazo de un amigo de verdad, como que te llena, es como que te sientes entero, no sientes que te falta nada.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Cuando se alcanza ese estadio de la amistad ideal (cuando menos en el presente, otra cosa es cómo evolucione...), algunos y algunas jóvenes reconocen que se logra también una situación de equi-

librio en virtud de la cual se puede expresar con naturalidad y sin vergüenza la necesidad de compartir aspectos íntimos de la propia personalidad (además de otras vivencias), al mismo tiempo que

se tiene la capacidad para, si se desea y surge así, estar en silencio, simplemente acompañando al amigo o la amiga. Así, la mera presencia física se enriquece con una energía (que algunas personas

caracterizan como la “conexión”), que hace que sea innecesario “llenar huecos” puntuales, ya sea con palabras o con actividades.

Tus amigos son personas a las que... con las que te puedes abrir perfectamente; y, luego, por otro lado, el que sean capaces de hacer cosas por ti tanto a nivel emocional como si pueden obviamente a nivel..., yo qué sé, de ayudarte económicamente o lo que sea, ¿no? Pero... yo creo que para mí lo más importante es el poder compartir la intimidad con alguien para que llegue a ser mi amigo.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Para mí es como muy importante, pero porque me ha costado el poder estar en silencio con alguien y no sentirme incómoda. Y sentirme segura.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

CAPÍTULO 3

Los pilares



Tras glosar la importancia que le conceden los y las jóvenes al valor de la amistad, y la dificultad que entraña explicar el origen de algunas de las conexiones sobre las que se asientan las relaciones amistosas, existen muchos factores que, en conjunto, dan forma a lo que mayoritariamente entienden por amistad, y proporcionan sentido al hecho de que se viva de una manera tan intensa y trascendente, como un valor de valores que engloba otros como confianza, lealtad, sinceridad, presencia, empatía, equilibrio, etc.

No cabe duda de que la confianza y la lealtad constituyen el binomio que vertebra los discursos de las personas jóvenes. Además, en muchos momentos la frontera entre ambos valores se difumina y se confunde, a pesar de que, aparentemente, representan cosas distintas.

En principio y de forma general, la confianza se asimila con el estado que se genera entre dos per-

sonas por el cual sienten que existe libertad para que puedan ser ellas mismas, mostrarse naturales, y hablar de lo que quieran o necesiten sin temor a ser juzgadas; en definitiva, sentir que alguien te escucha y te entiende (o al menos lo intenta), te tiene en cuenta y te valora. Se trata de un valor que genera tranquilidad, y que tiende a plantearse más en torno a cuestiones serias o relevantes, a dificultades o dudas (tener confianza para compartir problemas, inseguridades, preocupaciones, secretos, etc.), y quizá no tanto en relación con cosas buenas (para lo cual parece más sencillo encontrar a más personas, con las que el nivel de exigencia será menor). Ello, a pesar de la importancia de compartir diversión y sentido del humor, aspectos que, sin duda, también se basan en la confianza, pues muchas claves de entendimiento en torno al humor y al festejo dependerán de los lazos de confianza generados.

La confianza. O sea, si por ejemplo tú tienes problemas con tu familia o con otros amigos..., o yo qué sé, en la escuela o lo que sea, pues que puedas ir a hablar con él y como sentirte que te comprende. O sea, no solo que te escucha, porque a lo mejor alguien que te escucha no te está intentando entender... Pues alguien que te intenta entender, y te da consejos y eso, y que está a tu lado, sobre todo, no solo cuando estás bien y feliz, sino también cuando tienes una mala época.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Es precisamente a partir del estado de tranquilidad que propicia la confianza cuando se entremezclan las descripciones del valor de la amistad con otras más propias de la lealtad. Porque los argumentos de las personas jóvenes no inciden tanto en la tranquilidad que origina ser conscientes de que alguien te valora, te tiene en cuenta, te escucha

y te entiende, sino en la que propicia el saber (o tener bastante o mucha seguridad acerca de ello) que la persona merecedora de confianza no develará a otras personas tus secretos, problemas, dudas, conflictos, etc. Es decir, que será leal al pacto de intimidad compartida que supone comunicarse en confianza entre dos personas que se

consideran amigas. Se trata de la asimilación de la confianza con la lealtad (como tándem inseparable), que procura la seguridad de sentir que la

amistad constituye un espacio propio (entre dos personas), intransferible e inquebrantable frente a terceras personas.

—Ser capaz de hablar de todo, de cualquier tema. No tener, así, como temas tabú, por así decirlo.

—Y saber que si le dices algo como que no..., que, de verdad, que si le dices algo no lo va a estar diciendo y puedes ser sincero con él y no estar preguntándole todo el tiempo “¿Y se lo habrá dicho a otra gente?”.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

—Si no hay comunicación y no hay confianza...

—Moderador: Pero ¿qué significan la confianza y la comunicación?

—Pues una persona con la que puedes hablar y llegar a... a algo.

—Que le puedas contar tus cosas con toda confianza de que no lo va a decir.

—Y no te va a juzgar.

—O sea, para mí también es una sensación que tú tienes... de tranquilidad.

—De tranquilidad.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Mientras que las y los jóvenes entienden la confianza *hacia dentro* (como el espacio de intimidad personal e intransferible que se genera entre dos personas), el discurso sobre la lealtad encuentra sentido *hacia fuera*, y de la mano del imperativo de la demostración (no hablar mal a las espaldas, no desvelar secretos, salir en defensa ante agravios de otras personas, etc.). Entonces, en la percepción de su unión como binomio inseparable,

la confianza se asimila con la seguridad de que la persona considerada amiga va a ser leal, más en el sentido de que no va a traicionar los principios de la amistad frente a terceras personas que en lo que tiene que ver con la necesidad de acompañamiento o sinceridad debida, por ejemplo. Como si la carga de la prueba de la amistad recayera en lo que reflejan terceras personas de la misma.

—Para que se llame “amistad” tiene que haber confianza, si no eres más bien un “conocido”. Si no, es una persona que no sabes que... si te la va a clavar, que dudas así de ella o no.

—Moderador: ¿Y qué es la confianza?

—Pues puede referirse a muchas cosas, tanto si de a la hora de hablar sobre distintos temas, que sepas que no... Tampoco llegando a puntos muy íntimos, pero que se pueda contar con esa persona. Sin saber que te puede hacer luego daño, se pueda contar a otro amigo suyo o amiga suya...

—Para mí la confianza sería el tener a una persona y que a mí me pase algo grave y saber que yo le puedo decir a esa persona: “Me ha pasado esto”. Y que no vaya a decirle a otro: “Quillo, a este le ha pasado... ¿Tú sabes lo que me ha dicho...?”. Y si no, que yo sepa... Yo qué sé...

—Sí, que puedas confiar.

—Sí, que una cosa que a ti te importa pues la respeta, esa intimidad tuya, ¿no?

—Respeta esa intimidad. De “me ha pasado esto con mi pareja” o “he tenido un problema familiar porque mi madre ha hecho esto”. Que luego no llegue y le cuente a otra persona. [...]

—Eso es lealtad. Eso es lealtad, ¿no? Sería lealtad.

—Confianza.

—Yo creo, yo creo que es un poco distinto las dos cosas.

—Moderador: Según estáis contando, no entiendo muy bien en qué se diferenciaría la confianza de la lealtad.

Para mí... Yo la diferencia que yo veo entre confianza y lealtad es que confianza es que yo a mi mejor amigo le cuento una cosa y él no va a contar delante equis de algo.

—No va a ir pregonándolo.

—Y, para mí, lealtad es que, si delante de... Si yo no estoy en un grupo de personas, si se habla de mí, esa persona, por lealtad, me va a defender o va a decir: “Oye, es mi amigo, delante de mí no habléis así de él”. No que se pelee, ni mucho menos, pero que defienda en cierta manera.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Cuando necesitas ayuda de verdad, pues te ayuda y todo eso.

—Y no habla mal a tus espaldas, que tiene lealtad...

—[...]

—Moderador: ¿Qué significa la lealtad?

—Pues que esté a tu lado siempre y que te ayude con todo lo que necesitas.

—Y que cuando no estés con ellos no hablen mal de ti. Aunque tú no estés ahí, pues que, si alguien habla mal de ti o algo, que te defiendan...

—Claro.

—O que no digan nada malo sobre ti y después te vengan a ti como de buenas.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Desde el momento en el que la experiencia vital conduce a entender que las amistades pueden terminar, y que la confianza puede ser traicionada, o simplemente diluirse cuando los caminos se bifurcan, los testimonios de las personas jóvenes coinciden en que se siente más tranquilidad y seguridad desde la lealtad contrastada que desde la percepción de confianza. Como ocurre con la familia (sobre todo con la figura materna, enmarcada en los roles y estereotipos sociales tradicionales), que se presume que siempre va a estar ahí y no va a fallar, aunque en muchas ocasiones no sepan muy bien cómo relacionarse con ella o de qué hablar

con ella. Entonces se aprecia también una manera de entender la lealtad hacia dentro, concebida como el apoyo incondicional, la presencia constante y acrítica, incluso por encima de la sinceridad o la coherencia. Desde esta perspectiva, la lealtad ni siquiera requiere de confianza. Evidentemente no responde al modelo ideal de amistad, pero en las constantes similitudes que traza el discurso general de los y las jóvenes entre los valores de la amistad y la familia, estas cuestiones ayudan a entender bastantes matices, sobre todo vinculados con los conflictos y la visión más crítica con respecto al valor de la amistad.

—Imagínate, no sé, una persona que haya estado en la cárcel y que haya cometido crímenes o que haya hecho cosas malas, tiene una madre y tiene un padre, y tiene una familia, y tiene unos amigos que le dan esa lealtad. Que pese a que, a lo mejor, digan: “Pues mira, este es un cafre, o un sinvergüenza, pero... pero lo queremos, porque...”.

—Y a pesar de eso...

—Claro.

—Y ahí ya hasta entra un poco la confianza. Sí, es más lealtad, sí, sí. Pero hasta se puede considerar confianza, porque tienes como esa confianza de que van a estar ahí, ¿no?

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Todas mis amistades me aportan muchísimo, pero no hay nadie que me entienda como ella, ni que me haga sentir tan bien de forma tan incondicional.

(Elvira, 22 años)

La lealtad se define como que, pase lo que pase, esa persona se queda a tu lado. No significa que tú le tengas mayor o menor confianza. Yo tengo gente con la que a lo mejor no tengo la máxima confianza, pero sé que les tengo y que me tienen esa lealtad. Entonces, pese a que no tengamos un alto nivel de confianza, sé que puedo confiar en esa persona sin necesidad de tratar, a lo mejor, temas que lleguen a un punto muy íntimo. Pero al final, para mí, yo pienso que la lealtad es que esa persona se quede a tu lado pase lo que pase. Porque tú, como ser humano, como cualquiera de los que estamos aquí, podemos cometer errores, podemos hacer cosas mal y al final eso puede condicionar que la gente quiera o no seguir a nuestro lado. Pero es esa persona que sigue a tu lado, como por ejemplo la madre de cada uno de los que estamos aquí. Cuántas cosas malas hemos hecho, cuántas cosas ha visto o sabe nuestra madre que hemos hecho... ¿y qué hace nuestra madre? Sigue a nuestro lado, ¿verdad?, porque al final es la máxima expresión de lealtad.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

La lealtad es fácilmente contrastable, y de forma inmediata (estar, apoyar, defender, etc.). La confianza, sin embargo, se trabaja y se gana con el tiempo; incluso aceptando el hecho de que es el propio paso del tiempo el que puede terminar con la confianza. Desde el presente, y precisamente porque se asume que no es sencillo asentar unos

pilares de confianza que generen la seguridad y la tranquilidad suficientes para que una relación de amistad crezca, las personas jóvenes tienden a desconfiar de las relaciones que sobreactúan o exageran la expresión de la conexión y la confianza, como si quisieran quemar con rapidez etapas que deben seguir su propio ritmo.

—A mí lo que tampoco me gusta mucho es que ya en el primer momento, lo que te decía antes, te traten, pues eso, como si te conocieran de toda la vida, como si fueras...

—A mí igual, me crea como desconfianza.

—Total. Uhm.

—Como si fueses su superamiga, ¿sabes? Me gusta que al principio que sea un poco más... más distante, pues es que es lo normal que sea así.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Si precisamente el paso del tiempo asienta la confianza y la lealtad, la presencialidad en ese tiempo constituye el factor que, para los y las jóvenes,

contrasta y suele otorgar carta de validez a valores que consideran tan importantes. Se trata de la presencia como el acto de estar pendiente de la

persona, preocuparse de sus inquietudes, prestar atención a sus problemas, debilidades, flaquezas, mostrar disposición a compartir alegrías y penas, siempre que se necesite, como forma de demostrar el vínculo de amistad.

Es cierto que la presencia, por sí misma y sin complementarse con otros valores, no sustenta lo que las personas jóvenes entienden por amistad; aunque hay relaciones de muchos tipos cercanas a la amistad, y la presencia constante puede ser un factor que dote de sentido a esas relaciones. Es decir, que, aunque sean relaciones que no se consideren las más profundas ni las que encajan en el tipo ideal de amistad (porque no hay tanta confianza, fundamentalmente), pueden aportar muchas cosas (compañía, seguridad, entreteni-

miento, desahogo en las rutinas, etc.), que pueden compensarles o simplemente hacer que se olviden de las carencias.

Cuando la presencia se vincula con la confianza y la lealtad es cuando más clara resulta la frontera entre la “verdadera” amistad y el resto de las relaciones. Y es innegable que también hay amistades asentadas en unos lazos tan fuertes y una confianza tal que pueden sobrevivir al paso del tiempo, la distancia y la ausencia. Sin embargo, la mayoría de los y las jóvenes tienden a interpretar que tales apegos son excepcionales y no constituyen la norma, pues sin presencia (en lo bueno y en lo malo, y no solo en momentos puntuales) existen más posibilidades de que los lazos se vayan diluyendo.

Yo creo que la diferencia entre conocido y amigo es que, a un amigo, tú estás para esa persona; a un conocido, pues... tú vives tu vida, y el conocido vive la suya, y os veis de vez en cuando, pero ya está.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

No quiero no mencionar a Ana, la persona con la que más hablo en mi día a día (siempre que podemos en persona y a cada hora por WhatsApp), ya que parecería que no me aporta nada. Aunque ahora siento que necesito hablar con más amigos, ella es la que ha estado ahí a cada momento. La que me permite el lujo de poder olvidarme de lo que me causa mal, ya sea hablando de ello o sin mencionarlo. Lo bueno de vernos tanto es que no me hace falta ni comunicar lo que necesito.

(Elvira, 22 años)

Muchos de los relatos de las personas jóvenes cargan el peso de la presencia sobre los “actos” concretos que se realizan (estar físicamente mientras ocurre tal o cual cosa) más que sobre la muestra palpable de “cariño”, que puede ser imperceptible

por personas ajenas a la relación. Aun así, el cariño tiende a asociarse con lo físico (tocar, abrazar, etc.), en un ejercicio que teóricamente alimenta la confusión en aquellos discursos que inciden en la dificultad para diferenciar la amistad de la

atracción entre personas heterosexuales (y estos argumentos son generalmente esgrimidos por chicos heterosexuales, como se verá en el capítulo 7, titulado “Algunas diferencias en relación con el género”). En cualquier caso, forme parte o no de lo que se entiende por cariño, es cierto que la presencia cuenta con elementos que van más allá de los comportamientos proactivos, fundamen-

talmente en torno a problemas (los y las jóvenes hablan a menudo de “ayudar”, “aconsejar”, etc.), y halla su sentido en lazos entre las personas que pueden ser imperceptibles para el resto, dentro de los cuales se encuentran capacidades como “saber escuchar”, “estar ahí”, “tener en cuenta”, “mostrar interés”, o, simplemente, acompañar el momento.

—A mí no me gusta el contacto físico y ni yo lo doy, ni... Y, también, pues supongo que por eso de que al final con las amistades tienes muchas cosas en común. Pues mis amistades, en la gran mayoría, tampoco, ¿eh? Hay otras que sí y ya saben que yo no... O sea, al final es lo que decía. Yo creo que demuestro cariño y de otras maneras. Contacto físico no, pero creo que, y ojalá lo piensen así, que cualquiera puede decir que saben que las quiero y que los quiero, y yo siento lo mismo de ellas y de ellos. Así que hay otras maneras, supongo, de demostrarlo.

—Moderador: ¿Y qué maneras son esas?

—Yo, lo que decía ella... Bueno, lo que venimos diciendo todo el rato, el estar ahí y el... el estar cuando se necesita, el estar para los momentos buenos, para los malos. Estar pendiente, al final, de tus amigas y de tus amigos. Y lo mismo al revés. Es eso, tener en cuenta a tus amigos.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Sí que me han dicho que se me da bien escuchar, y entiendo que la gente quiera quitarse el peso de encima hablando sobre las cosas.

(Lorena, 16 años)

—Cada uno tiene su forma de dar cariño. Entonces, si más o menos lo captas no hace falta que te estén dando achuchones todo el día o que te estén recordando lo mucho que te quieren. Al final vas calando a una persona y vas viendo comportamientos que dices: “Vale, sí, este ahora mismo es su manera de decir ‘gracias’, o su manera de decir ‘te quiero’”. Pues, más o menos, como es algo tan subjetivo que no... Yo no sería capaz de definirlo de una manera ni de ponerlo tan en la mesa.

—Sí, yo creo que, al fin y al cabo, la amistad se demuestra por actos.

—A mí lo que me pasa... es que creo que también le pasaba a más gente. Es como que el contacto físico y el cariño lo tienen asociado a la pareja, no tanto a los amigos. Los amigos están para otras cosas, ¡je, je, je!, no para dar achuchones. O por lo menos en mi círculo de amistades.

—A ver, una cosa es contacto físico y otra afecto y cariño que tengas por la persona. Yo creo...

—Sí, yo creo que ahí depende de la persona... O sea, yo tengo amigos que cada vez que me ven me cogen, me dan achuchones, me dan besos y otros que simplemente me dan una palmadita. Otras amigas que me dan achuchones, otras que me saludan normal y ya está. Pero que al final cada uno tiene su forma de... Pero sí que tienes razón, que a lo mejor hay gente que puede asociar más el cariño físico con la pareja o una relación que sea más que de amistad.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Sin dejar de valorar el carácter imprescindible de esa presencia y esa dedicación, las personas jóvenes admiten que también depende del tipo de persona y de los lazos que se establezcan, además del propio momento vital. Porque hay gente que requiere de más compañía y gente más desaparecida, y hay momentos en los que se reclama una cercanía constante y otros en los que se valora mucho más la distancia fundamentada en el respeto por los espacios personales y de intimidad. Entonces lo importante es que la relación encuentre el equilibrio entre sus partes, de tal manera que no se frustren expectativas y cada cual encuentre su lugar óptimo para poder preservar sus momen-

tos de distancia y soledad deseada, sin que la misma destruya los cimientos sobre los que se asienta la relación. Además, la tecnología y la posibilidad de comunicarse y de estar online ha cambiado sustancialmente las reglas y las estrategias en ese sentido, de tal modo que dicho equilibrio puede jugar también con la complementariedad entre los espacios *offline* y *online*, a partir de la cual se puede configurar de manera mucho más personalizada la forma en que se gestiona la intimidad y el espacio personal (cuándo estar disponible y cuándo no, cuándo estar presente sin necesidad de hacerlo físicamente, etc.).

Depende de la persona, porque, por ejemplo, mi amiga esta que tiene una necesidad de que vea ella que estás ahí, pues eso como que a lo mejor lo necesita, o sea, verte de vez en cuando. Y yo, por ejemplo, con mi otra amiga, pues es que ya te digo que nos tiramos tres meses sin hablar y da igual; que cuando nos vemos nos tiramos treinta mil horas hablando, eso sin el móvil... y ya está. Pero claro, hay personas que tienen unas necesidades y...

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Algunas personas jóvenes sostienen que existe cierta reticencia a asumir la realidad de las relaciones de amistad sin que el paso del tiempo sirva de contraste y de prueba, y se establezca la confianza necesaria. Pero suelen tener más presencia los relatos que trazan cierta analogía con el axioma que afirma que lo difícil no es alcanzar el éxito, sino mantenerse en la cumbre. Siendo la amistad el éxito por sus bondades y su cualidad de imprescindible, argumentan que la conexión inicial (como expusimos en el capítulo anterior) puede surgir de

forma espontánea y sorpresiva, y hacer que germine rápidamente una complicidad que es interpretada como amistad. Entonces, la importancia que otorgan al tiempo (entendido en términos de recorrido vital) no parece tanta, ya que admiten que en muy poco tiempo se puede llegar a sentir una relación de amistad muy intensa. Sin embargo, se trata de un tiempo que sí se exige para que esa amistad perdure, desde el mencionado imperativo de dedicación y trabajo, y una exigencia que no fue tal a la hora de prender la llama inicial.

A lo mejor hay personas que son tus amigas durante doce años y luego conoces a una persona, yo qué sé, en la universidad, en el trabajo y se vuelve tu amiga. Y, a lo mejor, en tres años, has llegado a tener una confianza o un nivel de complicidad que a lo mejor con esa persona de doce años no la has tenido. Entonces tampoco es el tiempo, es la calidad, ¿no?, y cómo te... Y, a lo mejor, esa persona que lleva contigo dos años siendo tu amiga ha tenido más gestos hacia ti que la otra persona de doce años. Y dices: “¡Hostia!”. Que te sientes como: “Pues me valora”.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—A mí me cuesta, porque yo concibo la amistad como algo muy... privilegiado. O sea, yo tengo como cinco personas o seis y las cuido mucho, ellas me cuidan a mí, y todo lo que sea fuera de eso son colegas [...]. Entonces para mí esto es como algo muy... y me cuesta, me estoy dando cuenta de que me cuesta mucho como que alguien me considere ya amiga de primeras, y bueno... espera, que esto no se... esto no se trabaja todo un año, ¿sabes? Que..., o sea, tenemos que tener cosas en común, bueno, es como una serie de requisitos que para mí tienen que tener mis amistades

—O sea, la amistad se trabaja con el tiempo, ¿no?

—Sí.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Cuando las y los jóvenes hablan del equilibrio en las relaciones de amistad, aunque sea de forma

implícita, lo hacen en función de dos cuestiones fundamentales:

- En primer lugar, la presuposición de que la relación es recíproca, de tal forma que las dos partes saben y sienten que mantienen una relación de amistad, algo que generalmente es refrendado por la mirada de quienes los rodean. Es

decir, que no se concibe que alguien piense que tiene una amistad con una persona que no considera lo mismo recíprocamente, salvo que se crea que esa primera persona carece de ciertas habilidades sociales.

—Decir que “eres mi amigo” y decirte que no es tu amigo es muy raro. Porque no se comportaría igual contigo que un amigo tuyo, entonces ya lo verías que no es tu amigo. No sé.

—Moderador: Pero a lo mejor no todo el mundo entiende lo mismo por amigo o amiga. Quiero decir: ¿a lo mejor tú consideras que alguien es tu amigo y esa persona no lo considera porque tenéis maneras distintas de entender la amistad?

—A ver, puede ser. Es decir, yo, hay gente de mi clase que me llevo bien y tal, hablo, pero no estoy con ellos en el patio ni quedo fuera. O sea, yo eso no lo considero tampoco amistad. O sea, me llevo bien, pero no sé, sin más... Y yo creo que ellos también lo interpretan así.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

- En segundo lugar, que dicha reciprocidad debe ser contrastada, de tal modo que mantener el equilibrio es algo que supone cierto esfuerzo por ambas partes: atender, mostrar interés, hacer caso, etc., en definitiva, no decepcionar. Se trata de un “estar ahí” que, a pesar de que los y las jóvenes asumen la teoría de que la amistad verdadera resiste el paso del tiempo, implica una dedicación sin la que se entiende que la amistad no perdura. Tan es así que llegan a dar a entender que, si esa dedicación se complica

o no se hace efectiva, por los motivos que sea, puede forzarse (“para no hacer el feo”); desde la responsabilidad que se asume como parte del valor de la amistad, porque es lo que se espera de un amigo o de una amiga; y desde la convicción de que la amistad es un privilegio (escaso, valioso, enriquecedor, necesario, exclusivo) que siempre conviene conservar. Entonces, después de mucho trabajo y mucha dedicación contrastada, quizá, la amistad puede superar para ellos y ellas la prueba del tiempo.

También influye que sea recíproco, porque yo puedo querer pues... que esa persona esté bien, ayudarla o lo que necesite. Pero si yo veo que llega un momento que yo me estoy esforzando un montón... Que es verdad, eso me pasó. Y que esa persona no se preocupa por mí, pues supongo que llegará un momento en que digo: “Oye...”. Ya te digo que he visto varias cosas... No avisaría, supongo. Supongo que ya presupones que va a ser recíproco. No

porque yo te dé tú me tienes que devolver al instante. Pero yo intuyo que, si yo me preocupo por ti y, jobá, desde el amor que te tengo te voy a ayudar en todo lo que necesites, que, si yo lo necesito, también estás ahí. Y en caso de que no, pues seguramente acabes cortando eso si esa persona no tira también un poco por ti.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Los humanos, yo creo, también somos de por sí también un poco egoístas a veces, y, a lo mejor, imaginaos, una amiga que consideréis de verdad una amiga os pide algo que tenéis que hacer un esfuerzo o algo, y decís: “Qué pereza”, nosecuantos... Pero luego lo pensáis, recapacitáis y decís: “¿Y yo no voy a hacer nada por esta amiga que de verdad siempre está para mí?”. Y lo haces. Lo haces porque te sale de ti, aunque al principio pienses que no, pero luego te sale, porque... lo piensas.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Que no sean siempre que estén para salir de fiesta y en los momentos buenos. Sino que, cuando pasas un mal momento, que también sientas que están ahí. Y eso, y tú también estar. O sea, al final, que sea una relación recíproca.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Cuando se fueron mi padre y mi madre aproveché para jugar un rato con mi amiga para no hacerle el feo y así entretenernos un rato.

(Carlos, 16 años)

—Moderador: *Pero ¿qué es lo que creéis que es lo más importante de la amistad?*

—La reciprocidad.

—Sí.

—Eso de que yo te doy, tú me das, y tú recibes lo que yo te doy. Y ya yo recibí lo que tú me diste, ¿sabes?

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

Mientras que las personas jóvenes interpretan la confianza y la lealtad como los valores esenciales que pueden contener el resto de los componentes imprescindibles de la amistad, y el equilibrio y la reciprocidad se asumen de manera implícita, el factor que redondea el discurso en torno a la amistad es la sinceridad. Más allá de lo que supone como prueba de honestidad y de no mentir, entienden la sinceridad como la lealtad (de nuevo) a los valores compartidos, y a los lazos que unen a las personas que se consideran amigas. Y ello está por encima de la benevolencia o la condescendencia

con la persona. Es decir, que la sinceridad implica también la exposición de las cosas malas y los desencuentros, aunque generen tensiones. Partiendo del respeto a la amistad, incluso por encima de la tranquilidad o la estabilidad, se tendrán que poner sobre la mesa, desde la perspectiva de cada cual, las percepciones sobre las equivocaciones, los errores o los márgenes de mejora de amigos y amigas. Los y las jóvenes conciben la sinceridad desde la pretensión ideal de generar una dinámica constructiva y no castigadora, pero sin dejar de expresar lo que piensan verdaderamente.

—Si yo soy un cafre, yo quiero que vengan y me digan: “Tío, eres gilipollas”. Que van a seguir estando ahí, sí. Pero, si yo sigo siendo gilipollas, sigo siendo gilipollas. Que un día digan: “Yo era leal a ti. Sí, era leal en ese momento de tu vida”. Pero, si tú empiezas a liarla y empiezas a hacer las cosas mal, te vas. No es que... Sigues siendo leal a mí, a mi versión de cuando me conociste, de cuando consideraste que yo era una persona a la cual había que ser leal. Si yo ahora ya no estoy siendo esa persona, pues...

—Claro, es que eso es honesto, es decir, una persona leal...

—Exactamente, yo prefiero que sea sincero, es que si no...

—Una persona leal a ti es una persona honesta. Es decir, una persona que, cuando quiere decirte algo y quiere parar algo de ti que no le resulta sano para ti ni para el resto, pues te lo dice claro y entonces te pone ese límite, ¿no? Eso yo sí lo considero lealtad.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

También qué me gusta, o sea, a mí, de la amistad, ¿eh? Pues que, cuando lo haces mal, te lo digan. O sea, sí, sin rechazarte. Pero ni castigarte, ¿no? Decir las cosas de manera empática, pero decirlas: “Oye, mira, aquí no lo hiciste bien”. En la amistad,, algo que tampoco me gusta es el “todo lo haces bien”, ¿sabes? O sea, igual hice una cosa que sé que está mal, y mis amigos: “Ah, no, pues no, no pasa nada. No te preocupes”. No, o sea, tu punto de vista de una manera empática, pero dame tu punto de vista: “Mira. No, esto no está bien. Ya está. Te voy a ayudar. Lo que sea. Pero sabes que esto no está bien. Intenta, pues eso, no volver a hacerlo”. Hablándolo, ¿sabes? No el

típico amigo o amiga que te dice todo el rato: “Ah, no, pues genial, ¿eh? No, no te preocupes. Muy bien”.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Sin embargo, una cosa es la teoría y otra la práctica. Las y los jóvenes reconocen que cuesta encajar las críticas, las desaprobaciones, las opiniones sobre lo que piensan de uno mismo o una misma, y más aún cuando provienen de personas con las que une una relación tan estrecha. En consecuencia, interpretan la sinceridad como una de las mayo-

res pruebas de madurez a las que les somete la amistad, tanto por parte de quien emite las opiniones menos favorables como de quien las encaja. Cuando tal estado de sinceridad respetuosa se alcanza se estará en la mejor disposición para que la amistad resista el paso del tiempo. Y entienden que eso es difícil.

—Yo es que, en ese sentido, sí que sé que tengo la capacidad de poder hablar y decirle las cosas claras..., pero, por ejemplo, tiene el resto de las amistades de su vida, y que por eso me hacen dudar de esto, que no son capaces de decirle las cosas claras. Que es que, precisamente, la conocen de más años que yo y no tienen la capacidad de decirle las cosas como son.; de que: oye, tía, que te estás equivocando en esto”. Prefieren callarse y dejar que se equivoque en vez de decirle: “Tía, que te estás equivocando. Porque ella luego en verdad no quiere equivocarse, quiere corregirlo. Pero claro, si nadie a su alrededor se lo dice...

—Claro, se supone que no les importa a ellos, al final.

—Pero se supone que somos su grupo de amigos.

—Pero no les importa o es que no quieren crear... tensiones.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—También algo superimportante para mí es que mi amigo, mi amiga, me diga lo que piensa, no lo que cree que quiero escuchar. Porque, en la adolescencia sobre todo, que es cuando tenía más personas al lado, yo explicaba alguna situación o lo que sea, y me decían lo que creían que quería escuchar. Entonces ahí había dos vertientes: una, que luego me enteraba de que a la espalda hablaban lo que pensaban realmente; y dos, que si te estoy pidiendo un consejo, algo importante o no, me gusta que me digas lo que piensas, para eso lo estoy compartiendo contigo [...].

—Para mí también es superimportante eso. Lo que pasa que también hay que saber, que a mí también me ha costado mucho, encajar las verdades.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Frente a esta prueba de madurez, las personas jóvenes reconocen que en épocas adolescentes se pueden callar determinadas cosas por temor al rechazo, y por la necesidad de integrarse en un grupo que marca el paso de muchas actitudes, y engulle parte de las opiniones encontradas y los desacuerdos, ya sean pequeños o grandes. Desde una perspectiva temporal (que asume que esa etapa ya se ha superado), algunos y algunas jóvenes destacan las consecuencias negativas de que la sinceridad y los posicionamientos individuales

se diluyan en el grupo, pues se pueden retroalimentar actitudes nocivas con otras personas (por ejemplo, mostrar la fuerza del grupo metiéndose con alguien, aunque individualmente no exista animadversión por esa persona), o en relación con los propios hábitos del grupo (hacer cosas que no gustan y no manifestarlo, simplemente por participar de las actividades del grupo). Entonces, entienden desde esa perspectiva temporal, la amistad se asienta sobre pilares equivocados.

Se retroalimenta todo el grupo y, al final, pues acaban surgiendo casos de bullying y cosas así, porque al final es eso. Igual una persona dentro del grupo piensa que está mal, pero es eso de no decir al resto del grupo: "Mira, esto no está bien". Y al final te acabas retroalimentando entre todos.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Incluso habiendo superado esa etapa de inmadurez, los y las jóvenes manifiestan que hay personas a las que les cuesta decir cosas negativas o emitir opiniones encontradas. Personalidades que se conocen y se pueden entender, y que, precisamente desde ese conocimiento personal (apreciar lo bueno de las personas, sin obviar lo menos

bueno), se pueden valorar en la medida en que representen un tipo de amistad; operativa para otras muchas cosas, pero quizá no para establecer determinados lazos personales o emocionales (en el siguiente capítulo se abordará la manera en que se entiende que hay amistades diferentes para cosas diferentes).

—Es que hay tipos de personas que les cuesta decir la verdad porque se sientan mal, decir la verdad que no quieras escuchar esto no quiere decir que no te aprecien ni te quieran ni... ¿sabes? Es que les cuesta a ellos mismos.

—Sí, claro, ahí entra la personalidad de cada uno.

—Y tampoco tú lo valoras como amistad, porque tú a lo mejor hablas mucho de tu vida emocional, que tú valoras el vínculo y tal, y a lo mejor ella valora esa sinceridad. Es lo que hablábamos antes: esos valores que tú pones sobre la mesa en el momento que tú dices qué es lo que más valoras de una amistad.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

En el lado contrario habrá personas que optan por no guardarse sus opiniones sinceras y las expresan lo antes posible, y lo hacen desde una perspectiva personal: aliviar el desasosiego que conlleva no exteriorizar esas cosas, que se sienten como

un peso sobre los hombros; para no hacer “la bola más grande”, por uno mismo o una misma, pero entendiendo que ello contribuye a reforzar mejor la relación de amistad, si es lo suficientemente fuerte como para resistir a determinados envites.

—Yo creo que también es muy importante intentar ser asertivo. O sea, como dices tú, que si hago algo mal me lo digas y no te retroalimenes y luego explotes conmigo. Pero que me digas: “Oye, mira, esto me sentó mal, esto me pareció mal. Pero, jo... O sea, no me lo vuelvas a hacer”, pero de buenas. Y si te tienes que cabrear también, pues cabrearte, porque prefiero que te cabrees y sueltes todo antes de que te lo aguantas y luego lo acumules”.

—Sí, yo creo en eso de decírselo cuando se te pase por la cabeza y no guardártelo. Yo creo que es importante, porque luego... A mí me ha pasado, ¿eh?, alguna vez, no exageradamente, pero sí, que me parece algo mal, me lo callo y, luego, como que me da vueltas en la cabeza y esa persona ya no me cae tan bien. Entonces, a lo mejor, por una tontería que me la he guardado yo y ha ido creciendo en mi cabeza, una amistad que, a lo mejor, por algo que no era tan grave, se acaba. También me parece importante el decir las cosas así de primeras.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Al hilo de la capacidad para manifestar opiniones y perspectivas distintas de las cosas y de la vida se habla de la empatía como otro sentimiento que compone y alimenta la amistad. Precisamente, desde tal punto de partida, como la capacidad para entender que esos desencuentros se pueden producir, que la persona a quien consideras amiga puede tener una forma distinta de ser o de enfrentar según qué cuestiones; pero que, aun así, el apego que une está por encima de esas diferencias. Y se asume que muchas veces no resulta fácil, y que hay que tener temple y confiar en la amistad. Pero las personas jóvenes explicitan la relevancia de la empatía, sobre todo, desde una perspectiva en primera persona que incide en lo importante

de sentirse entendidas y valoradas, incluso en las diferencias y los desencuentros, que es algo que constituye uno de los lazos más fuertes y aparentemente inquebrantables de las relaciones de amistad.

Empatía para entender cómo es una persona, qué necesita en cada momento, de qué manera hacer que se sienta acompañada, escuchada, respetada. Cuando la amistad define la relación, esa empatía, ante posibles desencuentros, hará que se centre el foco de atención en las sensaciones y emociones de quien tiene el problema, más que en otros aspectos del problema en los que quizá es más complicado encontrar puntos en común. Enton-

ces, una persona amiga puede hacer propio un problema que no le toca individualmente, y puede

sacar sonrisas en momentos complicados, o saber qué decir para distraer de una preocupación.

Me han sabido hacer reír criticando la actitud de este chico... Intentando poner sentimientos en palabras. Creo que son mis amigos porque siempre saben qué decir. Parece que para ellos lo importante no es tanto analizar si él está actuando bien o mal, sino que, si yo siento que lo está haciendo mal, mis amigos me dan el apoyo para poder sentirnos mal juntos, criticarlo juntos y al final hacerlo más trivial.

(Elvira, 22 años)

Estuve hablando con un amigo que estudia Ingeniería Informática y me estuvo explicando cosas muy interesantes. Me gusta que me las enseñe, porque siempre he sido muy curiosa y aprender cosas nuevas siempre está bien. Además, es muy gracioso y no me hace sentir inferior por no entender algo cuando me lo cuenta, así que me fui a dormir muy contenta.

(Carlota, 16 años)

—Una amistad de verdad es eso, que tiene que entender tus emociones. Vamos, ponerte en su lugar, aunque te cueste [...]. O, por ejemplo, si tenemos pensamientos diferentes, no intentar que una tenga la razón tajante, sino decir: “Mira, tú piensas esto, yo pienso esto, vamos a dejarlo aquí porque no vamos a cambiar de opinión, no me intentes convencer”. Y yo creo que eso es la amistad, comprender que una tiene un punto de vista, otra otro... [...]

—En una buena amistad es algo bonito porque puedes aprender de su opinión, esa persona puede aprender de tu opinión, pero ya está, no que haya personas que son egoístas porque no se ponen en el lugar de los demás.

—Claro.

—Porque... no son capaces de entender que tú puedas sentirte de una manera o que hagas las cosas de una manera o... No lo entienden, solo entienden su razonamiento y de ahí no pueden salir, entonces, ahí es donde falla la amistad.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Como se especificó anteriormente entre los aspectos que pueden encender la llama de la conexión entre dos personas jóvenes, compartir es otro factor que sustenta las relaciones de amistad. Sin embargo, mientras que en los inicios es fundamental para ellos y ellas compartir gustos, diversión, humor, aficiones, etc., en una relación de amistad asentada se habla de compartir otro tipo de cosas. Empezando por compartir rutinas,

algo que implícitamente se acepta que es básico durante los años de colegio o instituto. La época lectiva se caracteriza por muchas actividades que se repiten un día tras otro, y la compañía de una persona amiga puede hacer que resulten más distraídas y entretenidas, por la capacidad de centrar la atención en otras cosas, o simplemente por la presencia, y por la sensación de no estar en soledad.

Por la mañana he ido a clase, como cada día, acompañada de mi mejor amiga. Me encanta ir con ella por las mañanas, porque siempre nos reímos mucho con cualquier tontería.

(Carlota, 16 años)

Me vino bastante bien, me ayudó a despejarme de estar todo el día con la tensión de estudiar, y eso que estaba por decirle que no, pero prácticamente me obligó; se agradece tener colegas así.

(Pablo, 21 años)

Se entiende que las afinidades adolescentes dependen mucho del hecho de compartir gustos, lo cual propicia conversaciones, hábitos, complicidades, etc. Pero se intuye, y así se proyecta desde los relatos de las personas más jóvenes, que en el futuro importarán más las afinidades ideológicas y de valores, que se priorizarán sobre el hecho de coincidir en gustos o aficiones. Es decir, que se

interpreta que, sin compartir gustos, una amistad puede durar, pero es más complicado que perdure sin una manera similar (compatible o complementaria, al menos) de entender la vida. Las personas jóvenes también consideran que son esas similitudes las que fomentarán las amistades adultas, por encima de las que tienen que ver con el ocio y el entretenimiento.

—Yo creo que ahora, siendo adolescentes, no tanto, pero por ejemplo siendo mayores, sí que... Por ejemplo, mi padre se ha alejado de amigos suyos por tener opiniones totalmente distintas en temas de política o en derechos que puede tener cada persona o cosas así. O sea, al final... Ahora, porque tampoco estamos tan involucrados en el tema de la política o en temas más serios; y son temas pues..., a lo mejor, temas de música, tampoco son temas de los que creo que puedan causar un conflicto serio en sí.

—[...].

—Yo creo que los amigos que tienes ahora sí que los vas a..., o sea, los vas a seguir teniendo cuando seas mayor, pero sí que es verdad que cuando seas mayor pues harás amigos ya por otros temas, no porque juega al mismo deporte que yo o porque vaya a mi clase, sino porque os conoceréis por otros medios.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Me siento muy afortunada de haber encontrado la gente con los mismos valores que yo. Gente que me hace sentir segura como para compartir con ellos a quién voto, pero que nunca me haría sentir mal si no quisiese compartirlo. También son mis amigos quienes me hacen aprender e implicarme, al igual que yo lo hago con ellos.

(Elvira, 22 años)

En cualquier caso, cabe puntualizar que, cuando las personas jóvenes hablan de compartir una forma similar de entender la vida, tienden a separar los valores de la ideología, de manera explícita en bastantes ocasiones. De tal forma que señalan que la amistad establece vínculos fundamentados en valores que están por encima de la ideología, como una manera de afrontar la vida en sociedad y las relaciones (como si la ideología no influyera en tal cuestión, se podría apostillar). Resulta fácil leer entre líneas que en algunos momentos les resulta incómodo ser conscientes de que externamente

pueden encasillar su personalidad a partir de un posicionamiento ideológico, lo cual muchas veces conduce a pasar de puntillas sobre el mismo: procurando no definirse ideológicamente, o encuadrando directamente la misma en el imaginario de la política profesional, ejercicio que rápidamente deriva en la desafección, cuando no en el rechazo directo, de la gran mayoría. Esto no ocurre cuando los y las jóvenes hablan de valores en genérico, desde ese ejercicio equilibrista de separar tan claramente los valores de la ideología.

—Moderador: *¿Es importante compartir ideología y valores?*

—Un poco.

—Más los valores que la ideología...

—Sí.

—Justo.

—Porque yo al principio iba a decir ideología, pero sí que es verdad que creo que en eso tenemos como una base de variedad dentro del grupo. Un poquito de todo, dentro de un sector más de izquierdas, la mayoría somos

ateos, y hay una que es bastante creyente. Y entonces eso me parece que puede ir más rollo vinculado a la política y no chocamos para nada en eso... Pero en valores yo creo que somos ocho personas que tenemos exactamente los mismos... Y por suerte o por haberlo buscado y encontrado, eso es lo que yo creo que hace que mantengamos muy buena relación...

—Justo.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

—Puedes tener ideas contrapuestas con otro y seguir siendo súpercolega...

—Exacto.

—Moderador: *¿Tú puedes ser amigo de alguien con diferente ideología, por ejemplo?*

—Sí.

—Sí, sí.

—Moderador: *¿O con diferente forma de pensar?*

—Sí, sí.

—Sí.

—Hombre, *depende de la persona. Si es gente que define mucho su personalidad según su ideología, pues...*

—Claro.

—Sí.

—Exacto.

—*A lo mejor es más costoso, ¿no? Pero si es una cosa más parcial de tu vida, sí.*

—*Sí, un poco la medida justa de cada uno, de ser diferente y complementarte y ser parecidos, porque... O sea, va a ser un problema de ideología para llevarte con alguien, ¿no? Pero si esa persona pues, políticamente, yo qué sé, basa su personalidad en esa ideología... y te choca con tus valores, pues no es que te vaya a caer mal como la propia persona, es que va a acabar... O sea, no vas a congeniar tanto porque va a ser conflictivo.*

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

Desde esta perspectiva, los y las jóvenes sostienen que el vínculo de la amistad se puede conservar aunque los caminos ideológicos (que antes no

estaban tan definidos) se separen y ello debilite la conexión; como algo a prueba de bombas, sustentado en el afecto, el cariño y la costumbre, así

como en la lealtad al propio valor de la amistad. Incluso desde una cierta veneración que profesan a ese vínculo (a partir de la perspectiva más idealizada del valor de la amistad), que hace que se

mantenga (o se trabaje por mantener), aunque el contenido de la amistad no responda en el presente, tras un pasado distinto, al tipo de relación ideal.

Ahora tengo una amiga de la infancia que sí que es bastante contraria a mí, o sea, chocamos bastante y sí que es verdad que no es con la persona con la que más conecto. Pero al fin y al cabo ya somos amigas, entonces es más fácil por eso la relación. Pero yo sé que, si la conociese ahora, no sería su amiga.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Sin embargo, los mismos argumentos pueden señalar que, si no se comparten valores, la amistad acaba terminando.

—Moderador: ¿Habéis dejado muchos amigos y amigas en el camino?

—Algunos.

—Yo siento que sí. Y, además, creo que casi todos son por diferencias de..., no de ideología, sino de valores. Como de darme cuenta con el tiempo de cómo soy yo como persona, y como que estoy creciendo así, y darme cuenta de que la persona que tenía cerca para nada buscaba lo mismo que yo. Entonces se me distanciaban.

—[...]

—Las amistades que he perdido no me hacían bien ni nada, porque no estaba a gusto porque no compartíamos valores. Entonces es lo que ella dice, que si lo piensas y dices: “Me llevaba con esa gente y ahora cero contacto...”. Pero siento que estoy mucho mejor. Entonces, como que creo que era necesario perderlas en ese sentido.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Como consecuencia de la amistad, pero también en la base de la misma, está el compartir alegrías, no solo en torno a la diversión, sino también en relación con lo que le ocurra a la otra persona: alegrarse de su bienestar, sus logros y triunfos, sus

momentos especiales y dichosos; y hacerlos propios también, con orgullo y satisfacción. Las personas jóvenes justifican esto desde la creencia de que las alegrías de una persona amiga son tam-

bién las propias, y de que poner en común la felicidad multiplica la propia sensación de felicidad.

En el recreo han repartido unos premios a los ganadores de unos torneos de deportes que se celebraron la semana pasada en la fiesta del colegio, y una de mis mejores amigas estaba entre las ganadoras del torneo de baloncesto, por lo que me he sentido muy feliz por ella y orgullosa de ser su amiga.

(Lorena, 16 años)

Hemos ido a la cafetería juntos a ver un partido de waterpolo, en uno de los equipos juegan dos muy buenos amigos míos, además de otros dos que han ido con ellos de afición. Han conseguido ganar, me he sentido muy feliz con ellos, me hubiese gustado haber jugado ese partido y sentir las emociones de ascender de categoría (se jugaban el ascenso). Ahora mismo estarán celebrando todos en el bus, siento algo de envidia sana y me alegro mucho por ellos.

(Pablo, 21 años)

CAPÍTULO 4

Amigos y amigas, ¿para qué?



Si bien las personas jóvenes hablan de la amistad como un valor absoluto, una aspiración común y un tesoro que se debe conservar, tras el discurso en torno al ideal queda patente que la amistad se entiende mucho más como una escala de colores que como una dualidad blanco/negro (ser amigo o amiga o no serlo). También a pesar de que los conflictos derivados de las relaciones de amistad se suelen entender y explicar en torno a esa aparente dualidad (traicionar los principios sobre los que se basa la amistad y, por ello, dejar de serlo), o que se asume que la vida puede conducir a que lo que era considerado amistad deje de tener tal consideración (que se termine una relación porque se toman caminos vitales distintos). Pero lo cierto es que los argumentos de las y los jóvenes están repletos de ejemplos que confirman que existen muchas y muy diversas relaciones de amistad, de intensidades y expectativas distintas, y que, en función de tales diferencias, se ajusta la manera de entender

cada relación, tanto para lo bueno como para lo menos bueno. Es decir, muy diferentes tipos de amistad para cosas muy distintas, todos válidos, todos indispensables.

Frente a la sublimación del propio valor de la amistad y lo que encarna, la realidad conduce a las y los jóvenes a afirmar que “no todos necesariamente son esa persona increíble”, y que cada persona que forma parte del círculo de relaciones sociales que se categorizan como amigos y amigas encuentra un espacio concreto en la vida y los hábitos del resto. Si bien la intensidad de cada relación será distinta, aunque muchas amistades no alcancen el nivel de confianza e intimidad que tendrán las más fuertes, no se puede subestimar la trascendencia del resto, pues ofrecen el equilibrio, la diversión, la integración y la tranquilidad pertinentes. Cada amistad “sirve” para una cosa, y en cada contexto los requerimientos son diversos.

—Pienso que la amistad es más un espectro que un interruptor de un sí o un no... Entonces, yo, en mi opinión, quizá tengo amigos, o sea, creo que tengo bastantes amigos a los que puedo llamar amigos, pero no todos necesariamente son esa persona increíble que ahí sí que serían dos o tres, pero en los demás tampoco siento que no confíe... Simplemente es como que son para ciertas cosas. O sea, están como localizados incluso en temas muy concretos. Yo, cuando quiero quedar para hablar de un tipo de tema, quedo con ciertas personas, cuando juego, quedo con otras... No sé, lo veo más como un espectro.

—Sí.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Tendemos mucho a generalizar, quizá, la palabra “amigos”, pero ahora nos estamos dando cuenta del hecho de que “amigos” no es “todos los amigos”, o sea, yo tengo las listas de varios amigos, de amigos diferentes, pero los tengo según el rango de importancia, por así decirlo. O sea, igual los que van... con los que vas a beber, pues no son los mejores amigos o los amigos

número uno en mi lista, número uno, porque no son con los que voy a poder hablar de tal o... o de otras cosas.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Nunca cierro puertas a lo que nadie pueda ofrecerme, pero siento que cada amigo me sirve para una cosa. Los de la uni me transmiten calma y me recuerdan que el hecho de que no me guste el TFG no implica que haya cogido la carrera errónea, me recuerdan lo mucho que he disfrutado estos años.

(Elvira, 22 años)

—Los domingos vamos a jugar al pádel, a veces nos vamos a comer, hacemos vermú, pero no destacaría como amigos a los demás. Pero sí que es cierto que, bueno, tenemos un grupo del colegio y, bueno, ahí sigue, pero... pero es eso. Y luego sí que, bueno, no es lo mismo, tengo otra amiga que es a nivel externo, que se conocen entre ellos, fiestas, cumpleaños o cosas varias, pero no son del mismo grupo. Incluso de edades distintas...

—Yo sí que tengo grupos, o sea, unos del cole, otros del pueblo, otros de la uni... Y las que considero amigas no..., o sea, son una o dos de cada grupo.

—Exacto. Es un poco eso. Si al final en un grupo no..., no sé cómo decir, no puedes congeniar tan bien con todos igual.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Puedo tener yo dos amigos que son de mi clase que los tengo para hacer trabajos, porque trabajamos bien y compaginamos bien; y después tengo amigos, yo qué sé, para salir de fiesta, por ejemplo. No sé. Puedes tener muchos tipos de amigos.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Se acepta que la amistad es cuestión de rangos, que cada rango adquiere su importancia, y que los mismos se van clarificando con el paso del tiempo, cuando las responsabilidades, prioridades y gustos se van ajustando; y con ello, las personas con las que se comparten. Sin embargo, esta manera de

plantear las relaciones de amistad en función del tipo de cosas que se hacen en común y dotan de sentido a los lazos que unen, en ocasiones se percibe de forma algo peyorativa, como una manera de hacer "listas de amigos". Más aún frente al discurso de la amistad "verdadera" (como si el resto no

fueran relaciones reales), que se explica en función de relaciones de dos personas, o de núcleos muy reducidos, y que se entiende que es la única que encuentra su espacio cuando las cosas vienen mal dadas, frente muchos otros tipos de amistades.

Ante el espejo de la amistad ideal, el resto de las relaciones no parecen ser dignas de ser así nombradas para las personas jóvenes, e incluso llegan

a hablar de una cierta manera de “aprovecharse” de las dinámicas grupales y los intereses compartidos, a partir de una concepción utilitarista de los lazos personales. Entonces se considera que algunas amistades son “de paso”, y que, aunque en un momento concreto puedan ser relevantes de alguna manera, también pueden quedar en el olvido con facilidad.

—Porque tenemos quizás listas de amigos, ¿no? Listas separadas de amigos, como si fueran listas de reproducción de música, pues amigos para algunas cosas y amigos para otras, entonces..., es que si pensamos así pues no vamos a tener los amigos de una parte o de otra. A mí por ejemplo me gusta la Historia, y tengo amigos con los que puedo hablar de Historia, o de patrimonio o tal; sin embargo, otros amigos igual van a hacerse botellón o..., y con esa gente pues igual mucha Historia no puedo contar.

—Sí, yo pienso que al final hay un amigo por diversión, o por intereses o también hay unos amigos que..., o sea, no como..., no sabes para qué son, están allí y siempre te apoyan.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Pues la amistad... la amistad de a lo mejor un compañero de clase que lo ves nada más que en clase y bueno, a lo mejor te presta los apuntes o algo, te llevas bien con él, pero ya está. Y yo creo que también hay amistades, las típicas de irte de fiesta, que nada más quieren fiesta, fiesta, viaje, no sé cuántos, no sé cuántos... Y yo creo que ya la última, la que queda, es la de verdad, que es la que sabes que va a estar para ti cuando te pase algo malo y... que va a dar la cara por ti si alguien dice algo a tus espaldas, aunque tú no estés presente, esa persona te va a defender.

—Y yo creo que hay otra también que es como mucho, por ejemplo, cuando hablas y conoces a una persona, te llevas bien y tienes confianza y empiezas a contar, pero como que...

—No sois amigos.

—Claro, no sois amigos del todo...

—Es de paso, una amistad de paso.

—Y ya termina lo que es la clase...

—Y ya está, se queda ahí, ¿sabes?

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

En cualquier caso, queda patente también la importancia de esas amistades o relaciones “de paso”, circunscritas a contextos o actividades concretas, o que encarnan solo una faceta de las muchas que componen la relación de amistad (la diversión, la evasión y la compañía serían los aspectos más explicitados en este sentido). Las voces jóvenes más elocuentes en relación con esto transmiten un sentido de protección, seguridad y equilibrio, en torno a un concepto de “tribu”, que estaría compuesta por vinculaciones de muy diverso grado

(personas de las que se “echa mano”), incluso alejadas de lo que se entiende por amistad (como valor), pero que pueden encarnar puntualmente algunos de los factores que componen y dotan de sentido a ese valor. Es decir, que se pueden establecer apegos relevantes con personas que quizá no estarán caracterizadas como relevantes desde el prisma de la amistad ideal, pero que resultan relevantes como parte del tejido relacional que sustenta a esa tribu, esencial en sí misma.

—Hay veces que hay amistades puntuales que te..., como que te sientes, eso... Te sientes a gusto con esa persona y compartes una cosa que te está pasando en la vida. Lo compartes y ya está, te desahogas, te sientes bien... Y no hace falta que sean personas específicas, que las busques, porque esa persona a lo mejor no está en ese momento receptiva para escucharte. Es decir, que también las amistades, en cierto sentido... Es como si te vas a un concepto... un concepto de clan, de tribu, ¿no? Es la gente que tienes cerca en ese momento y tú te aprovechas de eso, en cierto sentido, ¿no? Te aprovechas de esa relación. Entonces dices: “Bueno, si echo mano de esa persona, porque es la que tengo a mano, pues echo mano...”.

—Claro.

—Y si no me da el feedback luego, pues ya está. Pero en este momento de mi vida yo tengo estas relaciones más cercanas [...]. Entonces, en esta edad, yo lo que veo es eso, que hay amistades que tengo que han surgido por lo que sea, de un partido de fútbol, un colega con el que te llevas bien... Y tampoco te preguntas al final tanto. Le cuentas lo que necesitas contarle o lo que no. El día que te apetece, y el día que no, pues no.

—Sí.

—Sí, como de colegueo, de...

—Las amistades también de que nos hemos visto y vamos a volver a disfrutar de estas cosas que nos unen. Y también te sirve un poco de desahogo, ¿sabes?

—Claro.

—Sales del mundo real y vas a ese mundo que tienes con esa persona, ese tema, con lo que queda claro...

—Por supuesto.

—Al final no le estás contando nada, pero, sin embargo, desconectas de lo tuyo. Yo hay veces que quedo con gente con quien solo suelo contarme mis problemas y tal y ese rollo. Y a veces como que he entrado en esta dinámica de que contigo hablo de estas cosas y, a lo mejor estaba bien, pero como cuando quedo contigo hablamos de estas cosas, acabo con estas cosas y acabo cabreado, ¿sabes? Y es como: “Macho...”. A lo mejor, si hubiera quedado para jugar a la consola o para dar una vuelta y hablar de Pokémon, pues llegaría a mi casa, ¿sabes?, con otro... Y, sí, a lo mejor quedas con alguien que está superdesconectado de tu mundo, pero que tienes ya una seguridad con esa persona. Y estás a otro rollo y ni te preocupas de nada, simplemente juegas al fútbol o te pones a hacer cualquier cosa.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

En esta diferenciación, las y los jóvenes emplean el ejemplo recurrente de las amistades “de fiesta”, con las que se comparten los momentos de diversión de ocio y fin de semana, principalmente nocturnos. Entonces surge un evidente empeño por dejar claro que tales relaciones no tienen por qué representar a la amistad “de verdad” aunque impliquen a las personas que encarnen esencialmente la vida social y buena parte de las sensaciones de integración y autoestima. Como con tantas otras cosas, la adolescencia sirve de chivo expiatorio para justificar que la presencia de ese tipo de amistades, que evidentemente se viven como relevantes durante esos años, no solo no tienen por qué

continuar en las siguientes etapas de la vida, sino que se espera que no continúen; cuando menos, de la manera que lo hacen en ese momento vital. De nuevo frente al modelo de amistad ideal, que se proyecta como un valor tan grande que no puede tener cabida en un contexto tan acotado como el de la diversión y “la fiesta”. Claro que tampoco se resta importancia a esa diversión, más aún durante la adolescencia: las amistades “verdaderas” también estarán en el divertimento (otra cosa será cuando tengan más edad), pero si solo están en ese ámbito no podrán ser calificadas como tales.

—Yo pienso que los amigos para salir de fiesta es algo... A mí al menos me pasaba un poco con 16 o 17 años, yo en aquella etapa sí que tenía amigos para salir de fiesta. A día de hoy, no [...]. Yo no voy a ser nunca tu amiga de fiesta, porque yo no me voy a beber ni una copa de vino. Entonces, yo sí que noto que yo sí que tenía eso con la adolescencia, pero que, a día de hoy, sí que siguen existiendo en cierto modo esas relaciones interpersonales, o a lo mejor, incluso... por interés, en ese sentido; por interés de alguien que te acompañe en eso.

—Yo era así de adolescente, la verdad. Con la mayoría de gente que me juntaba era... “¿Es lícito o es viable que seamos compaginables para ir de

fiesta?”. Pues lo hacía. Y la denominaba “mi amiga”. Pero ahora no. Y para mí sí que... una amistad tiene que..., o sea, no es que haya amigos para cada cosa, sino que sí, todas las personas somos muy diferentes, tenemos diferentes facetas, pero para mí para considerarle amigo o amiga también tiene que tener... cómo se dice... compatibilidad con mis facetas. Pero, a la par, si yo no soy compatible en alguna faceta como por ejemplo la de salir de fiesta, que a mí me entienda y que eso no cambie nada de nuestra amistad.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

No es que tengas un amigo para diferentes situaciones, pero yo, por ejemplo, tengo como amigas que son no amigas para la clase, pero, por ejemplo, esas dos que he comentado antes, que voy con ellas al parque y todo, ¿eh?, con una voy a clase y es como que siempre en clase estoy con ella, pero, en cambio, en el patio, pues también. Pero, por ejemplo, para salir a la discoteca o lo que sea, no. Pero ya no sé si es por el gusto musical o por cómo nos comportamos fuera de ese entorno más..., bueno, no sé, como de instituto. Y he salido con otras amigas de fiesta y a lo mejor pues me lo paso más bien con ellas, o como que me siento... No sé cómo explicarlo. O sea, no sé, como que estoy más cómoda con ellas en ese ambiente pues de fiesta o fuera del instituto.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

—Hay muchos tipos de amigos. Que están los amigos de la fiesta, los amigos con los que quedas en la discoteca, los amigos con los que te emborrachas...

—Sí, es así.

—Y luego están los amigos, los amigos que sí, que son los que cuando tú tienes un problema son a los que tú llamas. Que no son los mismos, muchas veces, con los que tú te vas de fiesta. Y luego con los que te vas de fiesta...

—Esos son los colegas.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Por lo general, las personas jóvenes argumentan que suele haber un grupo esencial de amistad, que sirve de referencia para todo (diversión, responsabilidad, apoyo, afecto, cariño, etc.), y luego hay grupos diversos y especializados en función

de aficiones, intereses concretos, gustos, hábitos, etc.

Tienes como el grupo de apoyo principal y luego tienes otro. Pues por ejemplo el de deportes, que, en mi caso, en mi grupo de apoyo principal no nos gusta hacer deporte. Sí que podemos coger un kayak algún día, pero decir: “Vamos a andar o vamos a hacer surf este día”. Pues no, van a decir: “Qué perezote”. Pero sé que tengo otro grupo con el que sí que puedo hacer eso. Pero, aunque hay otra afinidad, no es como mi grupo de referencia de siempre. Pero creo que sí, que poco a poco voy construyendo una amistad que puede que dure y puede que no, pero como que también me aferro a ellos, ¿no?

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Pero incluso dando a entender que el grupo principal puede llegar a presionar de algún modo para no abrirse a otros (algo que se puede canalizar en forma de prejuicios), y que las personas que lo componen se aferran al mismo para no descabalgarse del privilegio de la amistad, sostienen al mismo tiempo que tener grupos distintos para cosas distintas hace que las personas crezcan,

se sientan más acompañadas y se diviertan más. Además de que se fomenta la predisposición a que surjan conexiones personales inesperadas (a partir de las cuales construir auténticas amistades), por lo que la pretensión pasa por no desperdiciar las posibles oportunidades que brindan otros grupos o personas.

—Yo, las etiquetas no las uso y, a la vez, sí. Quiero decir, sí, por ejemplo, tengo a mis amigos de toda la vida que puedo hacer cualquier tipo de planes con ellos. Es decir, ir a un rally, a jugar a algún deporte, de fiesta o tal. Después tengo otro grupo de amigos que es, por ejemplo, para videojuegos. Otro grupo de amigos que es más de deportes. Entonces tengo este tipo de etiquetas, de planes, digamos.

Y eso...

—Yo creo que eso está superguay. Un poco en relación con lo que decías tú de: “Pues vale, tengo varios grupos de amigos porque con estas personas coincido más en esto, con otras en esto...”. Y, luego, supongo que tendrás como un grupo de referencia, pero también gracias a eso es como que puedes vivir, igual, más intensamente. En plan de, pues eso, me noto que crezco más. Personalmente me noto, igual, más acompañado, porque tengo una amplitud de planes a los que puedo ir solo, o si quiero con esta gente. No sé... O sea, también es muy bonito compartir eso con diferentes personas.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Yo creo que nunca puedes saber hasta dónde puedes llegar con una persona, porque a lo mejor la persona más inesperada puede llegar a ser un amigo muy bueno. Y también, como hay un tipo de amistad que es tipo que os estáis conociendo y que tienes intención de esa persona quiero llegar a ser un muy buen amigo, o una muy buena amiga, y la estoy conociendo, ¿sabes?, y como que hago de todo por esa persona. A mí me pasa mucho eso.

—Luego también está la persona que no te cae bien y empiezas a conocerla y al final te cae superbién.

—Sí.

—Eso me ha pasado a mí.

—Eso yo creo que empieza mucho con los prejuicios...

—Ya, no, a lo mejor no solo los nuestros, sino...

—O nos cerramos... cerrar un círculo cerrado de amigos y de decir: “¿Otra persona que quiere ser mi amiga...?”.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Dentro del mosaico de amigos y amigas para según qué cosas, existe una figura recurrente en los relatos de las y los jóvenes, que son las personas que se denominan “psicólogas”, por su capacidad para escuchar, su capacidad de empatía y el apoyo emocional que les brindan. Son personas que se constituyen en desahogo en momentos de dificultad, y que incluso se tienen en consideración a partir de lo que podría ser una aparente especia-

lización, que se explica como la manera en que se establecen los términos de la conexión entre las dos personas. Es decir, gente que toca la tecla adecuada en el momento adecuado, y se relacionan en los justos términos para hacer del momento lo mejor posible: siendo más racional, más emocional, más sentimental, aportando su experiencia concreta en temas concretos, etc.

—Según qué cosa tengas que contarle a la persona quedas con una o con otra...

—Claro.

—Sí.

—Y es verdad que luego te pasa.... Por ejemplo, nosotros somos tres mejores amigos, pero a lo mejor me pasa una cosa, que quedo con equis persona porque sé que ese me va a dar un mejor consejo y me va a entender porque esa persona a lo mejor ha pasado por lo mismo, por ejemplo, o por una ruptura, o porque...

—O porque te va a escuchar mejor.

—O porque te va a escuchar... A veces a lo mejor necesitas que te escuchen. Porque es una persona más receptiva, mucho más receptiva, también.

—O eso, yo creo que a lo mejor buscas también dentro de tu grupo de amigos, lo que tú dices, alguien que te va a escuchar mejor y va a saber entenderte mejor. Y eso también hace...

—Y cada tema, porque yo a veces cuando estoy con ciertas personas... A mí, cuando me piden consejo en ciertos temas, yo sé que yo no puedo aportar. Y a veces me sabe mal, porque, por ejemplo, yo tengo una amiga que... Ya te digo, de estas personas que son como prácticamente mi familia y, sin embargo, cuando yo tengo que contar algo maravilloso, yo sé que no me va a aportar exactamente lo que necesito. Entonces lo busco en otras personas que a lo mejor no son tan cercanas a mí realmente, pero sé que son la persona en la que encaja perfectamente ese tema. Y cuando, por ejemplo, ella me cuenta a mí cosas de ciertos temas, yo sé que no le puedo dar tampoco lo que está necesitando en ese momento, porque yo no funciono en ese tema que le está molestando, o sea, o que le está preocupando. Porque no lo entiendo o porque no he tenido ni de cerca un problema parecido. Y ahí yo es como que prefiero que tenga alguien que sí encaje para eso. Es como..., ¿sabes?...

—Alguien que te puede aportar un consejo, quizá...

—Sí. Justo para ese tema en concreto.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Mientras que los y las jóvenes aceptan que se eligen o se encuentran amigos y amigas determinados para cosas determinadas, y que es esa capacidad para ayudar a lidiar con los problemas y las dificultades una de las especializaciones más esenciales y evidentes, sostienen en sus argumentaciones que, finalmente, el equilibrio entre las diversas capacidades de las personas que se consideran amigas también es importante. Porque no suele observarse con benevolencia el hecho de que una persona que se considera amiga acuda a la relación de amistad solo en los peores momentos (para contar “penas”), pero no lo haga en los momentos de diversión. Es decir, se trataría de

amistad “para lo bueno y para lo malo”, en la que se proyecta el peso de la prueba de la amistad “verdadera” en el hecho de que la persona está “cuando se la necesita” (en alusión a los momentos más difíciles), pero desde la asunción de que en los fáciles está también; de tal forma que ambas actitudes mantengan un equilibrio adecuado, pues en los momentos buenos también se necesita a esa persona. Cabría preguntar si esto, que parece que las personas jóvenes tienen meridianamente claro cuando se proyecta sobre otras personas (no les gusta que alguien llame para contar problemas pero no para salir de cañas), se aplica a sus propias actitudes, teniendo en cuenta que los relatos

están plagados de ejemplos de cómo se acude a personas determinadas solo para cuestiones muy

concretas que no están sujetas al mencionado equilibrio.

—Una persona puede... A veces puede hacer de psicólogo tuyo o psicóloga tuya. Que es de, en plan, que es una persona o dos nada más que les puedes contar casi todas tus cosas porque sabes que no se las van a contar a nadie o a desconfiar cosas.

—Pero con eso también hay que tener mucho cuidado..., con el típico amigo o amiga que solamente te usa como psicólogo, ¿sabes?

—Sí, sí, eso se ve... Sí, sí, sí.

—También hay que tener cuidado de eso de: “Claro, me llamas cuando tienes un problema, pero luego para tomarte una cerveza llamas a otro”. Cuidado...

—Sí.

—Claro, claro.

—Sí, hay que detectarlo eso, sí.

—En eso tienes que tener cuidado, porque claro, ahí está, como tú dices, lo del espectro de las amistades [...].

—Que a lo mejor tú vas de confi, ¿sabes? Que puedes estar confiado, no darte cuenta, a lo mejor, y cuando te has dado cuenta, ya estás ahí en el... Porque dices: “¡Coño! Es que a lo mejor he quedado con esta persona diecisiete veces nada más que para lo malo y no he salido a tomar una caña”.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

La manera en que se parcelan o diferencian las amistades tiene que ver a menudo con el contexto y con las características personales:

Con el contexto, porque sus expectativas de un ambiente de esparcimiento, ocio y diversión suelen ser distintas, y sorprende cuando, en un momento en el que teóricamente no toca, se habla de cosas

“interesantes” o “profundas”. Fundamentalmente cuando el contexto está definido por la interacción grupal, frente a los momentos de relaciones pareadas o de grupos muy pequeños. Por ello, no parece tan esencial para los y las jóvenes que en dichos momentos estén constantemente esas personas con las que suelen hablar de los problemas, de las emociones o de las dificultades.

He estado en clase con mis amigos como de costumbre, y en el recreo mis amigas y yo hemos hablado de cosas sorprendentemente interesantes.

(Carlota, 16 años)

Con las características individuales de cada joven, porque además de aquellas personas que se entiende que tienen evidentes cualidades para la escucha, la empatía y la conversación, o simplemente con las que existe una conexión especial, hay otras con quienes se puede experimentar la sensación de que “se terminan los temas de conversación”. Y son personas que también se pueden considerar amigas, pero respecto a las cuales se

sobrentiende que es preferible disponer de suficientes espacios propios y mantener suficiente distancia para que la relación se mantenga viva y sea satisfactoria para ambas partes. Es decir, que no todas las amistades requieren para las y los jóvenes de una presencia constante, e incluso ni para todas es beneficiosa, en pos de mantener encendida la llama de la amistad.

Él iba a venir conmigo, pero al final decidí ir más tarde. Otros días me habría causado más tristeza ir sola, pero me apetecía tiempo sola y hacía menos de veinticuatro horas que no lo veía. Sentía que se nos acababan un poco los temas de conversación. Eso con mi mejor amiga nunca me pasaría. Ni con alguna otra.

(Elvira, 22 años)

Más allá del debate prácticamente semántico en el que se oscila entre restringir el concepto de amigo o amiga a un núcleo reducidísimo de personas con las que se mantienen lazos especiales, y hablar de amigos y amigas en muchos ámbitos y de muchos grados, lo cierto es que es evidente el reconocimiento y la relevancia que se les concede a esas relaciones que trascienden “los dedos de una mano” (atendiendo al lugar común cuando se habla de la amistad “verdadera”). Porque se explica que hay personas con las que se tienen relaciones circunscritas a contextos o actividades concretas, que está bien que así sea, y que ade-

más no crea conflicto la asunción de que tales relaciones son finitas, pues el nexo que existe en el presente puede dejar de existir mañana (la actividad, el aula, el gusto compartido, etc.). Se trata de personas a las que tampoco suele costar llamar amigos o amigas, obviando las evidentes diferencias y desde la presuposición de que es un tipo de amistad distinto al que encarna el valor en su expresión ideal. Porque las personas jóvenes son conscientes de la importancia que tiene la compañía, la diversión, la socialización, el afecto, etc. Todos ellos factores que contribuyen a reforzar la confianza personal y la sensación de integración.

Este era el último partido del año, ya que en junio ya no hay liga, y este año hemos quedado terceras. Es probable que el año que viene muchas de nosotras ya no sigan en el equipo, ya que, con el estrés de segundo de Bachillerato, mucha gente deja los deportes. Yo llevo jugando con algunas de mis compañeras de equipo desde Primaria, así que, aunque no seamos muy buenas amigas fuera de los entrenamientos y los partidos, me lo he pasado genial todos estos años y me da mucha pena que esta etapa se acabe.

(Lorena, 16 años)

Donde entreno tengo algunos amigos, pero la verdad es que solo porque coincidimos allí. Nos llevamos muy bien y nos conocemos desde hace muchísimo tiempo, pero fuera de ese entorno no nos vemos, porque también hay mucha diferencia de edad, vivimos lejos y llevamos vidas muy distintas.

(Carlota, 16 años)

Al principio de curso no me tocó ningún amigo en mi clase y tenía un poco de miedo, ya que las pocas chicas que había eran todas nuevas en el colegio, pero al final me he llevado genial con todas, y aunque no seamos buenísimas amigas fuera de clase, ya que cada una tenemos nuestro grupo, en clase nos lo pasamos muy bien.

(Lorena, 16 años)

En una categoría distinta de amistad suelen encuadrarse las que muchas veces denominan como “amistades de toda la vida”, y se corresponden con relaciones, generalmente de la infancia o adolescencia, con las que se ha perdido cierto contacto, cuando menos de forma regular, pero se mantiene un lazo aparentemente inquebrantable. También asumiendo que el grado de confianza e intimidad es mucho menor de lo que fue, porque la menor presencia así lo ha provocado, o porque los diferentes caminos vitales y las distintas evoluciones personales han hecho que los intereses, gustos, formas de ser, etc., sean divergentes. Incluso aceptando que ya no existe el mismo interés ni la necesidad porque esa relación sea lo que fue, y es suficiente con encuentros esporádicos que los y las jóvenes disfrutan sin mayores expectativas.

Entonces se hace evidente que hay dos elementos que también componen la amistad y actúan como una especie de pegamento que cohesiona a las personas que así se consideran: Uno es el cariño, aspecto puramente emocional, que puede trascender y sobrevivir a las diferencias personales. Otro, que no se suele explicitar, pero parece evidente cuando se analiza el peso de los relatos, es la nostalgia. De lo que fue y del modelo ideal de amistad que siempre se tiene, pues retroalimenta la representación de un valor al que toda la juventud aspira y en el cual parece necesario depositar esperanza, toda vez que representa uno de los aspectos más satisfactorios de la vida en sociedad. Además, porque esas amistades suelen anclar a sitios, a momentos, a etapas vitales fundamentales, y suponen una burbuja de reconocimiento y de identidad que encajaría en lo que se entiende por un lugar propio.

Una amiga me tenía que dar una cosa y ya de paso nos vimos dos horas o así, esto es relevante porque esta chica había sido mi mejor amiga durante casi toda mi vida, pero cuando empezó la universidad nos distanciamos un poco, es decir, llevaba sin sentarme en un banco y hablar con ella bien, posi-

blemente, más de un año. Pero creo que nuestra relación ya trasciende el tiempo y da igual los días que pasen que nunca va a cambiar.

(Nacho, 21 años)

—A ver, yo he cambiado mucho. Me he cambiado mucho en la vida de sitio, entonces claro, eso, quieras que no, marca un poco la forma en la que entiendo las relaciones de amistad, porque no tengo como esa sensación de amigo de la infancia de hace la tira, porque con 10, 7, 3 o 15 años me he mudado. Luego ya a los 17 me estuve mudando ya todos los años. Entonces creo que tiendo un poco... de una manera, ¿sabes? Un poco en plan de, por ejemplo, bajarte a la plaza y el grupo de amigos no lo... yo no lo entiendo tan así, sino que es más como que tengo pequeñas burbujas con esas personas que están ahí, que cuando yo vuelvo a ese entorno siguen estando como cuando yo me fui y sigo formando parte de ese entorno [...].

—Hay relaciones de mi infancia, por ejemplo, que yo ya tengo menos relación, que veo puntualmente, que cuando veo... es verdad que, eso de un modo u otro, me vienen recuerdos, ¿no? Entonces, claro, sigue recordando cosas, pero esas amistades ya están más tapadas, esas amistades de la infancia o de la adolescencia.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

En esa categoría podrían entrar (aunque no necesariamente) las amistades estacionales, aquellas circunscritas a momentos concretos del año, cuando se cambia de residencia por vacaciones, por ejemplo (personas jóvenes que veranean siempre en el mismo sitio, o tienen una segunda residencia, una “casa en el pueblo”). Se trata de relaciones que pueden basar su longevidad y su disfrute precisamente en que no exista una expec-

tativa de presencia constante, ni de que los lazos tengan que ser tan estrechos como los que se establecen con personas con las que se comparte mucho más tiempo a lo largo del año. Se caracterizan por provocar diversión y emociones concentradas, y unas ganas que se mantienen, aunque no se espere que esas personas estén ahí en todo momento (con independencia de que también puedan surgir apegos especiales con ellas).

—Yo tengo amigos que solo veo en verano, y durante el año pues puede ser que tampoco hable mucho con ellos, pero cuando los veo en verano es como si no hubiera pasado un año entero, que vuelve como la misma relación que antes.

—A mí también me pasa que tengo un grupo de amigos que solo los veo en verano. Y dentro de ese grupo tengo una amiga que es incluso más amiga

que gente del cole. Y la veo así... bastantes meses que no la veo, pero hablamos...

—Sí, a mí, yo tengo un grupo que también solo los veo en verano y cada uno viven en un sitio diferente y es eso, a la que nos volvemos a reunir en verano, la confianza sigue igual.

—Moderador: ¿Cómo se hace para mantener esa amistad si no os veis durante el año?

—Pues porque creo que el poco tiempo que pasamos juntos durante el año lo pasamos muy... Nos unimos mucho.

—Moderador: ¿Ese tipo de amistad es distinta a la amistad que tienes con gente que ves todos los días?

—Sí. (Varias voces).

—Moderador: ¿En qué sentido?

—Pues no sé, yo creo que con el sentido de que tienes más ganas de ver a esa persona que, por ejemplo, de ver a un amigo del cole que le ves cada día.

—Moderador: Pero ¿el tipo de cosas que habláis es diferente a lo que habla gente con la que te ves todos los días?

—Yo creo que el tiempo que pasas con ellos lo disfrutas más porque sabes que no los verás... Por ejemplo, yo, a mi grupo de verano los veo puede ser que un mes en todo el verano. Entonces los veo un mes al año, y claro, ese mes es como que lo vivo más y estoy el máximo tiempo posible fuera con ellos, porque a la gente del colegio, pues la veo cada día.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Evidentemente, cuando de tipos de amistad se habla, punto y aparte es el de los “mejores amigos” y las “mejores amigas”. Las personas con las que se tiene mayor confianza, que mejor te entienden y conocen, y a las que se acude cuando surgen las dudas, los problemas, las tristezas; también personas que hacen la vida más divertida y agradable. Son relaciones aparentemente a prueba de bombas, precisamente porque suelen ser bastante exigentes con los requisitos que conducen a incluir a alguien en dicha categoría. Porque para ello se necesita tiempo, dedicación y lealtad, y haber demostrado todo ello sin dejar espacio a la duda.

Además, precisamente por lo especial de la relación, por la trascendencia que se le atribuye, por lo íntimo de los lazos que la sustentan y por esa proyección de grandes valores contrastados, se sobrentiende la reciprocidad (parece complicado que una persona considere que otra es su mejor amiga si tal consideración no es recíproca). Por ello, las personas jóvenes también suelen afirmar que no es necesario explicitar que una persona es tu mejor amiga, pues los términos de tales vínculos están tan claros que se dan por hechos. Incluso llegan a comentar que hablar de mejores amigos o mejores amigas es más propio de momentos

de inmadurez, y de necesidades de integración y aceptación.

—Yo sí que tengo una mejor amiga, no sé, no sé, no le pondría esa etiqueta, es verdad que me parece...

—Claro, es que depende del sentido que tú le des, depende del sentido que tú le des, porque mucha gente ve “mi mejor amiga” como ... algo superinfantil, pero ya depende de cómo... de cómo tú lo veas, ¿sabes...?

—Claro, nunca hemos hablado de que “oye, somos mejores amigas”, pero sí que es buena persona, es la que confío, más que en el resto de personas, que sé que me conoce y que cuando yo dudo de mí misma es la que me... recoloca en el buen camino, ¿no? Pero es por eso, porque me conoce muchísimo y tengo muchos amigos que me conocen, pero no...

—No todo el mundo es igual, no a todo el mundo le puedes contar lo mismo...

—Claro, no tiene nada que ver... En mi caso no tiene nada que ver con el tiempo, porque mis amigos de toda la vida pues no son estas personas que llevo conociendo cuatro años. Pero sí, yo me alegro de tener una mejor amiga, no sé. Que sea solo una, me alegro.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Tales características contribuyen a que la relación se nutra de la base de que ambas personas se sientan especiales, únicas. Ello, igualmente, presenta un riesgo derivado precisamente de tal requisito: que ese sentimiento derive en la exigencia de exclusividad, y en los celos que puede generar el comprobar que realmente no es así (si existen varias personas “mejores amigas”, la sensación de ser especial tendrá que ser compartida, y puede

ser más difícil de gestionar). En consecuencia, las personas jóvenes entienden que la categoría de “mejores amigos” puede englobar relaciones de características algo distintas, pero que representan el ideal del valor; al mismo tiempo que asumen que manejar y aceptar tales expectativas requiere de cierto grado de madurez que puede que no se haya alcanzado en todas las etapas de la vida.

—Para mí, una mejor amiga es... como una persona por la que yo voy a tener el 100 % mi interés cuando..., siempre, vamos, el 100 % mi interés siempre; que entiendo que ella tiene sus etapas, que hay veces que no nos vamos a ver, que hay veces que no vamos a hablar, pero que yo continuamente la tengo ahí. Entonces, tú tienes una persona así porque sabes que ella continuamente te tiene ahí.

—Pero yo lo veo eso como lo que he dicho. Yo por ejemplo podría decir que yo tengo dos mejores amigas, pero una es la que sería más mi top, ¿sabes?, la que más confianza de todo tiene. Pero no por eso la otra, si yo tuviera que elegir que una es mi mejor amiga, no por eso la otra es menos amiga o ella tendría que sentirse mal porque no fuera mi mejor amiga, ¿sabes? Las dos son mis mejores amigas, lo que pasa que, una, pues puedo contar con ella o siento que puedo contar con ella más, por... yo qué sé, pues por a lo mejor por lo que te he dicho de que ella está pasando una mala racha y yo siento que puedo confiar más o puedo ir a recurrir a contarle a ella las cosas.

—Yo creo que no tiene por qué ser mutuo lo de mejor amigo. Y tú puedes tener mucha confianza en alguien y esa persona también la misma confianza, pero igual pues conoce a alguien que... que a lo mejor está más cerca o a lo mejor se ven más, pero eso no significa que no tenga esa confianza contigo también, ¿sabes?

—Yo es que creo que el concepto de tener tu mejor amiga no es solo por la confianza. Yo creo que hay una conexión diferente... de todas las amistades.

—[...].

—Es que yo creo... es difícil explicarlo. Pero también es verdad que el concepto de mejor amiga también puede hacer daño en el sentido de que imagínate que tú para ti es una mejor amiga, ¿no?, pero ahora ella dice... le dice a otra persona: "Tú eres mi mejor amiga". Pues tú te quedas así y dices...

—Chunga...

—Desde cuándo, desde cuándo...

—Y quieras que no, te da... te pones mal, te pones mal porque dices: "¿Cómo que yo no soy tu mejor amiga?". Entonces, yo creo que el concepto, concepto yo creo que hace daño en ese sentido, porque también tenemos los sentimientos a flor de piel y alborotados, y nos cuesta saber que otra persona no nos prefiere a nosotras.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—A mí una vez me echaron de un grupo porque ese grupo estaba lleno de mejores amigas, ¿no? Dos que eran mejores amigas, otras dos eran mejores amigas, otras dos eran mejores amigas... Y aquí estaba yo, que era la única que nunca había tenido una mejor amiga, porque una de decir "esta es mi mejor amiga" es como que la posees, ¿sabes? Es como que no puedes tener más, por decirlo así. Y pues yo me empecé a juntar más con ... con una de ellas, bueno, ya conspiraban contra mí: "Me vas a quitar a mi mejor amiga,

no sé cuántos”. Me junté con otra pa no quitársela, ¿eh? “me vas a quitar a mi mejor amiga”, Diciendo que si le había comido el cerebro o lavado el cerebro a su mejor amiga porque ya no se juntaba más conmigo que con ella. Y yo: “¿Pero tú estás viendo la persona tan tóxica que estás siendo, que no le dejas juntarse con nadie más? Es que parece tu novia”.

—El miedo de quedarse solo, de perder a una persona a la que contarle todo y tener tanta confianza...

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Al hilo de estas reflexiones sobre la exclusividad de las amistades, y los problemas de celos que pueden generar, las y los jóvenes reconocen que durante la infancia y la adolescencia se puede llegar a vivir con cierta presión la necesidad de encontrar esa figura de una mejor amiga o un mejor amigo. También hablan de la seguridad que ofrece una mayor madurez, y del hecho de que la vida te vaya enseñando cosas, lo que propicia que

se caiga en la cuenta de la necesidad de no establecer excesivas dependencias, y de las ventajas que reporta el hecho de diversificar las amistades (quizá porque ya comienzan a asumir que la amistad también puede fallar). En definitiva, empieza a calibrarse la dificultad de encontrar el adecuado equilibrio entre la necesidad de reciprocidad y de sentirse especial, y el hecho de diversificar relaciones para no perder oportunidades sociales.

—Yo lo que hago es establecer mejor como adjetivo el de “calidad”. No de: “¡Uh!, mis mejores amigas son estas dos...”, no, no. Amigas de calidad son estas dos.

—Sí.

—Claro, es que pienso que es mejor tener varios amigos, aunque sean pocos, tres, cuatro amigos, a tener un mejor amigo o una mejor amiga, porque eso también crea mucha dependencia.

—Totalmente.

—No te das cuenta, pero...

—A lo mejor cuando, por ejemplo, más joven, yo... o sea, más joven, pero vamos, hace cuatro o cinco años o por ahí, tenía pues una mejor amiga, estaba con ella todo el tiempo, en el instituto, todo el tiempo. Y pues... tuvo novio y lo primero que pensé fue que estaría con el novio todo el tiempo. Entonces me costó mucho darme cuenta de que yo, sin querer, había desarrollado como una especie de dependencia o algo así. Y por eso yo prefiero tener varios amigos que sean firmes, porque es mucho más fácil para mí poder tener libertad y poder ser más estable...

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—También está bien que no esté en todos los ámbitos, porque así te permite conocer a otras personas.

—Que te puedas abrir. Porque si solo estás con una amiga en todos los ámbitos de tu vida, es como que no te vas a abrir a todas las demás personas.

—O no de la misma manera. Siempre tienes como...

—Claro. Te vas a cerrar y no... Cuando sales de tu zona de confort de tu mejor amiga y tienes que ir a una fiesta a lo mejor con otra gente que no conoces tanto, pues a lo mejor conoces a gente y dices: “Mira, pues qué interesante”, y ya te das cuenta de que tus amigas no tienen que estar en todos los ámbitos de tu vida.

—Y luego tienes la seguridad de que puedes ir y contárselo y tú decirle sí ...

—Claro.

—Exactamente. Es algo bonito de la amistad.

—Claro.

—Yo creo que al final cerrarte en alguien para todo es malo.

—Es malísimo.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Creer y diversificar relaciones, entre otras cosas porque las trayectorias vitales conducen a ello, provoca que se busquen en cada contexto a las personas que hacen que se sientan mejor en ese contexto. Entonces, las amistades más antiguas, entre las que suelen estar los mejores amigos y las mejores amigas, se enfrentan a la posibilidad de que surjan los mencionados celos, porque la dedicación no puede ser la misma, y además se comparte con nuevas personas que ofrecen cosas distintas y alicientes diferentes. Frente a esta cir-

cunstancia, los argumentos teóricos apuntan a que confían en la solidez y los valores inquebrantables que componen la amistad auténtica, pues entienden que una persona que es amiga “de verdad” asume que no tiene por qué estar presente en todas las facetas de la vida de otra, y cuenta con la seguridad que le otorga la relación contrastada, recíproca y equilibrada, además de con la confianza para hablar del asunto si en algún momento resulta incómodo o problemático para alguna de las partes.

Hay muy pocos amigos con los que pueda hacer todo y estar en clase trabajando, o irte de fiesta o ir a cenar o a dormir a su casa o lo que sea, sino que, hay más... Yo, al menos, tengo muchos más amigos con los que hago una cierta cosa o no hago algo con ellos por el hecho de que me lo paso mejor con otra gente en diferentes sitios. Entonces, creo que una amistad... Por ejemplo, a mí tampoco me importaría si me dicen: “No, es que en clase prefiero

ir con otra persona”. Me da igual porque, pues no sé, es su gusto. Tampoco hace falta que si tienes un amigo tenga que estar en todos los lados contigo, sino que puedes tener diferentes para diferentes cosas.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

—A lo mejor te dice: “Ven conmigo a esta fiesta, no sé cuántos, y no te apetece ir, pues tú no te apetece ir, no te apetece ir. Y a lo mejor esta persona, si no te considera de verdad su amiga, te puede decir: “Ah, ¿que no vas a venir?, no sé cuántos, pues entonces no eres mi amiga de verdad”. Yo creo que una amiga de verdad entiende si no quieres.

—No, la confianza de poder decírselo sin ningún miedo a que...

—Claro.

—Hombre, al final, sí, también..., o sea, compartes muchas cosas, yo creo, con esa amiga, pero no tiene por qué ser todo.

—Claro [...].

—A mi mejor amiga, por ejemplo, le gusta mucho salir de fiesta, y yo soy una persona que no le gusta nada la fiesta. Ella se pone muy contenta algún día que le digo que sí, pero por lo general siempre lo rechazo.

—A mí también me pasa.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Es cierto, como apuntamos anteriormente, que cuando se habla de que una persona amiga debe estar “en lo bueno y en lo malo” se entiende que es preciso alcanzar cierto equilibrio entre los momentos de diversión, los de responsabilidad y los de apoyo emocional (el ejemplo más claro lo ofrecen cuando alguien solo reclama atención a la hora de afrontar problemas personales o asuntos de clase). Pero también es cierto que, cuando se adopta una perspectiva algo más grupal, en no pocas ocasiones se transmite la sensación de que existe una suerte de “convenio” implícito, propi-

ciado muchas veces por los roles personales (los perfiles más responsables, más festivos, más divertidos, más emocionales, más racionales, más inquietos, etc.). Tales roles, que no tienen por qué ser estancos (las y los jóvenes huyen de asumir etiquetas y estereotipos, aunque los manejen en sus discursos), en muchas ocasiones hacen que ese grupo de amistad y relaciones funcione, y que cada persona que lo compone ajuste sus expectativas, se sienta en equilibrio e integrada, y no se considere de ninguna manera perjudicada.

—Son tipos de amistad. No creo que sea malo especialmente.
—No es malo, pero tienes que tener...
—Los límites.
—A ver, la persona que se aprovecha de ti, yo creo que no es justo.
—Claro, eso sí.
—A no ser que tú también te aproveches de esa persona, pero...
—Entonces ya tienes unos límites establecidos de aprovecharte y te das cuenta.
—Es como un convenio que no se habla.
—Claro.
—Entre los dos... ninguno de los dos sale perjudicado...
—Exactamente.
—Es un convenio establecido.
—A lo mejor, los dos, pues justo solo salís de fiesta...
—Moderador: ¿Qué significa para vosotros “salir perjudicado”?
—Pues, a lo mejor, tú piensas que...
—Esa persona está para todo...
—Claro, pero en realidad esa persona solo te quiere por una cosa.
—Y en el momento que tú necesitas algo y tú confías en esa persona y esa persona te da de lado, pues como que sales perjudicado.
—Te decepcionas y te pones mal por eso.
—Yo creo que es lo que ha dicho ella, que más o menos están como establecidos los límites sin haberlo hablado. Que todos sabemos: “Vale, tú y yo nos vemos pa tomar cerveza y pa salir...”
—Y ya está.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—Bueno, si es el típico amigo con el que..., que solo te quiere para..., o sea, que os lleváis bien, pero como que siempre que te busca más a la hora de hacer trabajos porque sabe que eres más responsable o que te concentras más, yo eso lo veo un poco mal. O sea, a mí me sentaría mal; no me ha pasado, pero me sentaría mal. O hacerlo yo con alguien.

—Yo tengo una amiga que, en plan, siempre..., casi siempre suelo hacer los trabajos con ella, pero no solo hago trabajos con ella, o sea, hago más cosas, pero porque es mi amiga. Pero con ella es con la que más tengo una relación de trabajo.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

En cualquier caso, se entiende que todas las personas que se considera que forman parte del círculo de amistad, más o menos profunda, aportan algo para que ese entramado social adquiera su trascendencia y su adecuada dimensión. En este sentido, las voces jóvenes más reflexivas mani-

fiestan que es el mosaico de amistades diferentes, cada cual con su peso y sus características, el que completa no solo el dibujo de la sociedad, sino la propia perspectiva vital, y, en definitiva lo que cada joven es como persona.

Escribiendo ahora sobre esto, me encantaría hablarlo mañana con mis amigos. Quiero saber si ellos también ven así a las personas, como aportaciones continuas de cachitos que todos necesitamos.

(Elvira, 22 años)

CAPÍTULO 5

El grupo como referente



Hasta ahora se ha hablado de las relaciones de amistad desde el punto de vista del valor en sí mismo, y fundamentalmente encuadradas en lazos pareados o núcleos muy reducidos. Ya en el capítulo anterior quedó constancia de que la diferenciación entre vinculaciones de amistad diversas para hacer cosas diferentes suele dar lugar a la conformación de grupos relacionales distintos, que pueden compartir miembros, aunque no necesariamente, o pueden relacionarse entre ellos, pero tampoco tiene por qué ser así. En este capítulo abordaremos directamente las relaciones de amistad desde el punto de vista grupal, precisamente para profundizar en estas cuestiones.

Tomaremos como punto de partida, se puede acudir a las explicaciones que ofrecen Revilla y Puyod (2023: 7-11) sobre las diferencias, fundamentalmente durante la adolescencia, entre el “grupo base” y el “grupo secundario”:

“El **grupo base**, el grupo de iguales, se constituye inicialmente en los espacios cercanos: instituto, barrio o pueblo, aunque a veces se entremezclan. Es homogéneo en género (masculino o femenino), pequeño o mediano (raramente más de 5 personas) y con un alto nivel de confianza. Suele ser el más antiguo, creado incluso en primaria. (...)”

Los **grupos secundarios mixtos** presentan un nivel de confianza menor, un tamaño mayor y se suelen formar después del grupo base. En él se suelen dar las primeras relaciones heterosexuales. Estos grupos se construyen sobre todo para la realización de actividades festivas, como el botellón o la fiesta en discotecas. Las relaciones entre el grupo base y el mixto pueden ser muy distintas: desde el mantenimiento del grupo base que se relacionaría ahora en un espacio amplio mixto (por adición de un grupo base del otro género,

por ejemplo), hasta la separación o incluso el choque entre ambos, cuando el o la joven entra en un grupo independiente de su grupo base. En un momento dado, ambos grupos pueden incluso perder sus delimitaciones.

También se establecen relaciones secundarias con otros grupos o jóvenes del mismo género y pueden establecerse **grupos secundarios no mixtos**, con las mismas características que el anterior, pero homogéneos. Eso sí, estos grupos secundarios no mixtos casi han desaparecido de las entrevistas de 2017, lo que sería otro indicador de la transformación en las relaciones entre géneros.

Por otro lado, es frecuente tener **relaciones por afinidad**, exteriores al instituto y al barrio, más comunes en las clases medias con un capital cultural familiar alto. Los grupos por afinidad se generan en actividades ajenas a los espacios escolares, aunque parte de estas relaciones por afinidad pueden darse dentro del centro escolar. En algunos casos, estos grupos coexisten con los académicos, pero existe la posibilidad de que se conviertan en el principal espacio de relación. Son normalmente mixtos y se construyen a partir de un gusto, actividad o característica compartida de sus miembros: grupos scout, aficiones, actividades deportivas, grupos religiosos, etc. Pueden no ser mixtos cuando la propia actividad genera esta separación, por ejemplo, un grupo deportivo o feminista. (...)”

Finalmente, sobre todo en los años 90, encontramos los grupos **estacionales**, constituidos en la época de verano o en los fines de semana, alrededor del pueblo de la familia o una segunda residencia. (...)”

Al llegar a la universidad, suele haber una reconfiguración de las relaciones anteriores. Algunos y

algunas jóvenes pierden el contacto con los grupos anteriores debido a que el grado de afinidad con las personas de la universidad es mucho mayor. La universidad es considerada un espacio de “apertura mental” frente a las relaciones anteriores. En estos casos, el grupo mixto del instituto se convierte en un grupo debilitado, y el grupo base del instituto, si existe, se mantiene como un grupo de confianza”

Si bien muchas de las cuestiones que plantean Revilla y Puyod se ven refrendadas por las narrativas de los jóvenes que se exponen en el presente informe, no son objeto de esta investigación la operativa y la movilidad de esos grupos, pues el análisis cualitativo centra su mirada en otro tipo de cuestiones. Sin embargo, sí lo es desentrañar cómo, a partir de la asunción de su existencia por parte de los y las jóvenes, las agrupaciones anteriores ponen en juego las percepciones y expectativas que manejan en sus discursos y representaciones sobre el valor de la amistad en sus distintas vertientes.

Como veíamos cuando se abordaban las formas en las que se producen las primeras conexiones entre jóvenes y se consolidan las primeras amistades, la manera en que se conforman los primeros grupos de amistad tiene que ver con una combinación entre las trayectorias y vaivenes de cada familia, los itinerarios y los ciclos educativos y la competencia de las personas para relacionarse en tales contextos. Así, existirán notables diferencias entre quienes transiten toda su etapa formativa con el mismo núcleo esencial de compañeros y compañeras, y quienes cambien de territorio, barrio, centro educativo, etc. La estabilidad social resulta esencial para la continuidad de los grupos de referencia, pero cuando los y las jóvenes hablan de amistad ponen el acento en la aptitud de cada individuo para generar, asentar y mantener los contactos. También en la capacidad de adaptación, que se entiende esencial como prueba de poseer unas adecuadas habilidades de relación y socialización, en un contexto educativo y social que asumen que tiende a la temprana dispersión de los grupos que se van configurando en el camino formativo.

—Yo de pequeña, ya te digo, iba a un colegio superpequeñito. Entonces eras amiga de las tres niñas que había en tu clase, no tenías otra opción. Además, eran con las que llevabas desde Infantil. Yo tenía, pues eso, las cinco amigas de toda la vida, porque eran las niñas que estaban en mi colegio. Y ya está, eran mis amigas. Luego me cambié a este colegio. Claro, éramos muy pequeñas, no teníamos esa capacidad de mantener el contacto como podría tener ahora con el móvil. Claro, teníamos diez años, tampoco... Entonces he perdido totalmente el contacto con las del otro colegio. Llegué aquí y me hice un nuevo grupo de amigas de las que ahora solo hablo con ella...

—Sí, ¡je, je, je!

—Porque, lo mismo, vine aquí, tenía un grupo de amigas que eran las de mi clase. Éramos pequeñas, tampoco salíamos, tampoco teníamos esa capacidad de conectarnos con otras personas.

—Sí, solo quedábamos ahí. Esta desapareció de clase...

—Claro. Entonces, en cuanto llegamos a la escuela y nos cambiaron de clases perdí todo el contacto con ellas. Quizá me sigo quedando con ella y otra niña más, y ya está. Y ya he ido cambiando, pero ahora ya con el grupo que llevo ahora... Ya llevo unos cuantos años, porque claro, ellas..., estas sí que son las que tienen más intereses parecidos a los míos. Y ya, aunque ya no estemos en la misma clase, sí que mantenemos totalmente la conexión, la relación.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

—Ahora estamos todo el rato cambiando de clase. Quizá en mi clase tengo... La mitad de mi clase no la veo en todo el día, porque, aunque estén en mi clase y tengamos juntos, yo qué sé, Religión, en verdad luego yo tengo Física y él tiene Economía. Entonces me uno a otra clase que tiene Física...

—Sí, se va variando mucho.

—Ahora hay clases, pero ya es..., ya estamos venga a cambiarnos. Ya no es tan... tan...

—Sí. Ya no es tan en mi clase.

—No es tan estable como antes.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

A partir de las circunstancias familiares y vitales de cada joven a la hora de encontrar un grupo de amistad de referencia, y sentir y expresar que están integrados o integradas en el mismo, la juventud elabora argumentos similares a los mencionados al hablar de la conexión individual entre las personas. En este caso, la conexión con el grupo se expresa a través del término “encajar”, que describiría la situación por la que la persona se siente integrada

en el grupo, y equilibrada en lo que respecta a sus expectativas. Cuando se “encaja”, incluso el mero acompañamiento basta para completar las posibilidades proyectadas sobre el grupo. Es cuando no se siente que se encaja cuando se genera la sensación de que “no hay nada que hablar” con el resto de las personas, o que se encaja mejor con otras personas de otros grupos, cuando los procesos de socialización son aún incipientes.

—Hay, a lo mejor, grupos con los que tú ves que no encajas. Que son tus amigos, pero siempre dices: “No sé por qué no termino de...”.

—No te sientes cómodo.

—No me siento cómodo. Como que estás forzado a intentar mantener ciertas conversaciones para intentar estar cómodo. No sé si me explico...

—Sí. (Varias voces casi al unísono).

—Y a mí me pasa, a lo mejor, que quedamos con... Y, en cambio, llega alguien nuevo y encaja con ellos perfectamente. Y te quedas como diciendo: “¿Cómo me veo yo que encaje aquí en este grupo?”.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Se entiende que el individuo necesita relacionarse y encontrar un espacio de socialización, reconocimiento y apoyo. De tal modo que no hacerlo es observado como prueba de que fallan algunas habilidades sociales o capacidades individuales: la persona que no tenga amistades ni grupo de referencia será tildada de “rara”. Esta circunstancia alcanza su máxima expresión (se podría decir “crudeza”, atendiendo al tono de los propios argumentos juveniles) en los años de adolescencia, donde la necesidad de integración se constituye en objetivo prioritario, precisamente para escapar de ese estigma de rareza que puede vivirse de forma dramática. Entonces se reconoce (así lo expresan en sus relatos) que los grupos de amistad que se conforman en esos años pueden estar constituidos por personas que en realidad no son tan amigas (en función de la concepción ideal del valor de la amistad), y que incluso se llega a mantener un contacto de aparente amistad con

personas que pueden “no caer bien”, por el mero hecho de que desempeñan su papel y hacen que la persona encuentre el suyo dentro del grupo al que pertenecen.

Además, la necesidad de demostrar que se tiene la capacidad de ser sociable, que en su máxima expresión se transforma en la pretensión de ser “popular” (en el grupo, en clase, en el centro educativo, en el barrio, etc.), puede provocar que se prime más la cantidad de amigos y amigas que la consistencia de los lazos que sustentan las relaciones con cada persona (en definitiva, más cantidad que calidad). Todo ello, como tantas veces, es contado por jóvenes que proyectan tal circunstancia sobre un pasado adolescente que ya consideran superado; y del que entienden que han sacado importantes enseñanzas sobre lo que es la amistad.

—Al fin y al cabo, pues con algunos te puede mantener un poco más el... el amor al pasado y lo que te ha unido más en un pasado que... que el presente. O sea, que a lo mejor hay gente dentro del grupo... Tampoco mucho, pero algunos que, si yo a día de hoy los conozco, no me llevaría con ellos. O sea, no... no que me caigan mal ni nada. De, vamos, yo creo que nos pasará a todos un poco lo mismo, ¿sabes? Pero de que quizá no, ¿sabes?

—Moderador: Entonces, ¿puedes estar en un grupo de amistad con gente que realmente no es tan amiga tuya?

—Claro, en un grupo, sí.

—Sí.

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

—Es que antes hacíamos siempre grupos con un montón de gente, la verdad, siempre era muy importante ver qué grupo tenía más personas, era como...

—Importaba eso, la cantidad.

—Porque, cuando quedabas para ir a algún sitio, decías...

—Iban montones de gente.

—“Yo quiero mi grupo de quinientas personas, porque somos más y es mejor”. Pues no, a lo mejor estás con tres personas y te lo pasas mejor que si estás con...

—Sí.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Yo por ejemplo en el grupo de mi pueblo sí somos muchos, pero amigos, amigos de que siempre vamos y tal, pues menos. Y siempre ha habido una persona, pero de hace mucho tiempo, que como que ha metido mucha mierda, siempre ha hecho todo un poco mal, y nunca hemos tenido la cosa de decir pues “vete del grupo” o... ya es como: “Pues nada, quédate, porque llevas aquí toda la vida”.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Al tiempo que se entiende la tendencia o aspiración a generar grupos lo más grandes posible como algo propio de la primera juventud, no se tarda en glosar todos los inconvenientes y las particularidades que hacen que tales grupos numerosos se constituyan en fuente de conflictos: como los lazos entre las personas que los componen son variados y no suelen estar equilibrados, se generan más desencuentros, y suele ser común que se desencadenen luchas internas más o menos implícitas (“puñaladas” dentro del grupo, que unas personas hablen mal de otras, etc.). Además, incluso sin malas intenciones, se entiende que el hecho de

que el grupo sea grande puede provocar que se produzca mayor confusión en la transmisión de los mensajes, lo que puede derivar en malentendidos. Por todo ello, y desde el pedestal de las lecciones aprendidas, los y las jóvenes se cuidan de señalar que son preferibles los grupos pequeños².

² No es baladí recordar que estos argumentos los ofrecen en el contexto de una dinámica en la que se les requiere para hablar de la amistad (que en la concepción de “verdadera” suele entenderse y explicarse desde las relaciones diádicas), algo que probablemente condiciona la perspectiva de las personas jóvenes cuando hablan del grupo.

Yo por ejemplo con mis mejores amigos... también hablo con uno de mis mejores amigos y le digo: “Qué cabrón este, no veas, que no viene...”; pero cuando yo lo veo le digo: “Qué hijo puta eres que no vienes”. ¿Sabes? No tengo miedo en decirle lo que he hablado. Pero por ejemplo en un grupo grande yo pienso que esas cosas pasan de esa manera porque tú no estableces ese tipo de contacto y esa relación tan fuerte, tan intensa.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—Somos todos muy amigos de todos, pero luego ves algo que está hablando uno de otro, otro que está hablando del otro..., y luego, después de ver eso, estás en un grupo y ves cómo todo el mundo son superamigos. Pero tú ayer me estabas hablando mal de esta persona.

—Sí, eso es muy real, ¿eh?

—[...].

—Es que, claro, como que se establece una amistad ahí que realmente no es amistad, pero claro, como tú estás teniendo una relación de amistad con una persona y sabiendo cómo está hablando con otra persona que no es tu amiga y está hablando... mierda, claro, al final te hace sentir mal pensando: “¡Hostia!, cómo voy a confiar yo en esa persona si mira lo que está haciendo, es que...”.

—[...].

—En un grupo grande muchas veces das la opinión y la opinión acaba en una crítica total.

—Claro.

—Y se tergiversa...

—Y de persona a persona parece que has visto... un mundo.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

El grupo de amistad tiene entidad y funcionamiento por sí mismo, y marca el paso de sus individuos, pero son las relaciones diádicas dentro del mismo las que encarnan lo que entienden por amistad. En palabras de Revilla y Puyod (2023, págs. 8, 12):

El grupo base puede incluir algunas diádas, como relaciones de amistad de gran intimidad y confianza, aunque estas también pueden darse fuera del mismo. La diáda es una figuración de gran importancia subjetiva como fuente insustituible de intimidad que es distinta de la que se tiene

con los miembros del grupo base [...]. Los espacios de confianza que se crean en el grupo base son importantes para la generación de solidaridades grupales, pero no sustituyen a los espacios de afectividad e intimidad de las díadas.

Estos planteamientos coinciden con muchas de las afirmaciones de las personas jóvenes recogidas en el presente informe, pues se tiende a enfatizar que los grupos, y más si son grandes, prácticamente imposibilitan hablar de cosas “serias”, pues las dinámicas suelen girar en torno a la diversión y la desconexión. Así, llegan a afirmar que “el grupo

es más ocio que amistad”, poniendo de nuevo el foco del valor de la amistad en una reciprocidad y un equilibrio que solo se pueden dar, o contrastar, en relaciones diádicas; y asumiendo de alguna manera que en la necesidad de que exista un balance adecuado entre “estar en lo bueno y en lo malo”, el grupo encarna en mayor medida “lo bueno” (pues se articula en torno a la diversión), mientras que el abordaje de “lo malo” pasa necesariamente por acercamientos de tú a tú. Por supuesto, sin menospreciar la relevancia de lo que aporta el grupo (“sigue siendo amistad”), pues para alcanzar el equilibrio es imprescindible que exista ese contraste.

—Al final, si quedamos todos... Bueno, si quedamos un número mayor de cinco, verdaderamente, pues ya no se habla de nada...

—Sí.

—Claro.

—Pero de nada.

—¡Ja, ja, ja, ja!

—[...].

—O sea, a ver... No es que no se hable de nada, ¿no? Pero se toma...

—Todo... todo... Todo recae en...

—En bromas, jajajás, en plan, que... En plan, te cuentas, pues yo qué sé, lo que te tengas que contar, no sé qué... Pues si alguien, imagínate, que estás bajando... Pues, yo qué sé, rallado por algo de tú, pues si le quiero comentar esto y bajas y están los diez ahí a cervezas en un bar y tal, no sé qué... Pues no te va a salir igual que si quedo con él o con él a fumarme un piti en un banco, ¿sabes? A lo mejor es más de tú a tú, más... ¿sabes?

Claro, sí. Si nos pusiésemos un poco hippies, podríamos decir que quedar los diez es más ocio que amistad. Y cuando es amistad yo creo que es cuando quedas más..., de una forma más separada, individual, o con tres personas, o con personas divididas de cada, ¿no? A lo mejor...

—Sí, sí.

—Aunque, claro... Entiéndeme, cuando digo ocio, sigue siendo amistad y tal.

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

Frente al grupo (o en su seno), y desde la perspectiva de que las cosas serias se hablan de dos en dos, resulta interesante observar cómo, en ocasiones, parece más relevante el hecho de que se genere esa intimidad diádica para abordar determinadas conversaciones (sobre emociones, problemas, etc.), que el que exista una confianza total entre las personas que establecen ese lazo más o menos puntual. Por supuesto, la situación es ideal cuando las dos personas sienten una conexión y

una confianza óptima o especial, y resulta más sencillo y probable que la experiencia sea satisfactoria y aporte todo lo necesario. Pero incluso si las personas no son las mejores amigas, o no tienen tanta confianza como con otras, el simple hecho de encontrar ese espacio de intimidad, lejos de los posibles juicios de valor del grupo, y de la posible incompreensión por la descontextualización de un asunto que no encaja con la dinámica de esparcimiento, el acto encuentra sentido y es destacado.

—En mi grupo de amigas, entre todas no lo solemos hablar, pero sí que es verdad que a veces estoy yo con una amiga en solitario (que no tiene por qué ser mi mejor amiga, puede ser mi amiga) y sí que es verdad que me dice: “Pues mira, me pasa esto”, temas más en plan emocional. Pero entre todas, que somos un grupo bastante grande, no lo solemos hablar. Pero cuando somos como tres o menos, sí que sale más el tema.

—Moderador: ¿Por qué es eso de que en un grupo grande no pasa?

—Porque, quizá, por ejemplo, si a mi amiga le pasa algo y a mí también, como que es un apoyo emocional mutuo, pero si lo sueltas en el grupo y hay alguien que no le pasa, quizá tampoco te escuchan o no te pueden aconsejar mucho, porque si al fin y al cabo no les pasa... No sé.

—O porque a veces en los grupos grandes tampoco todos son tan amigos con todos.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Más allá de los lazos de amistad que se fraguan entre las personas jóvenes, se suelen agrupar en torno a afinidades, intereses y actividades compartidas, que son los elementos que dotan de sentido al grupo (diferentes grupos para hacer cosas diferentes). Esto hace que sean posibles dos tipos de situaciones que, sin embargo, en las relaciones

diádicas no tienen cabida. Por un lado, como se ha apuntado, que en el grupo haya personas con las que no exista una relación de amistad profunda, o incluso que no caigan excesivamente bien, pero que encajen en la actividad o el contexto que dota de sentido al propio grupo. Por otro lado, que la propia persona asuma que, en conjunto, no tiene

mucho que ver con el resto de los miembros que componen el grupo; pero que, aun así, se encuentre satisfactoriamente integrada en el mismo, y sienta relaciones de afecto y cercanía. Porque el grupo encaja con una parte de su personalidad

o sus intereses que puede ser que no sea viable desarrollar en otras circunstancias ni con otras personas, y ello dota de sentido a la agrupación y es fuente de satisfacción.

En mi grupo, por ejemplo, han entrado ahora dos personas, así como nuevas, por así decirlo, que es... Con una sí que nos llevábamos algo más, pero con otra, nada. O sea, es que se quedó sola y se vino con nosotras.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Desde esa perspectiva de que distintos grupos pueden tener que ver con partes diferentes de la personalidad y los intereses individuales, y que se encuentren en las relaciones con los miembros de cada uno nexos de unión y cercanía que no se podrían producir en el seno de otros grupos, no extraña que en ocasiones se manifieste lo complicado, carente de sentido o incluso directamente inapropiado de intentar mezclar los grupos. Cada

uno ocupa su espacio, en cada uno se desempeña un rol y se puede desarrollar una parte de la personalidad, y cada cual está compuesto por tipos de personas diversas, de tal modo que se generen expectativas diversas (de las actividades, pero también de la clase de lazos de apego que se establecen), que pueden frustrarse o resultar incomprensibles si se intentan mezclar los grupos,

—Moderador: ¿Vuestros grupos van cada uno por su lado? ¿Entre ellos no se relacionan?

—¿Humm? No.

—No, no.

—No, yo con el suyo y mi grupo con el suyo, prácticamente nunca.

—Moderador: Lo dices así como que no tienes ningún interés, ¡je, je, je!

—¡Je, je, je, je! Es que...

—Claro, es que son personalidades totalmente diferentes. Y entonces es como...

—No, y es que de pequeña a mí no... No me llevé muy bien con ellos. Yo tuve problemas y no...

—Moderador: Dices que son personalidades diferentes, pero al mismo tiempo encajarán un poco con la tuya. ¿Es así?

—Con la mía, sí. Pero, quiero decir, mi grupo con el suyo tampoco tienen...

—No, porque yo con mis amigas tampoco comparto demasiado. O sea, sí comparto cosas y tal y me río mucho con ellas. Pero es verdad que en muchas cosas son bastante diferentes a mí.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Esta circunstancia, el tener varios grupos de referencia con niveles de amistad diversos, puede provocar que algunas personas no tengan un grupo “fijo”, que es lo que habitualmente suele darse por hecho, como núcleo duro de amistad que representa los lazos de confianza e intimidad más sólidos y estables, aunque no se realicen todas las actividades con esas personas. Esto puede suce-

der con las personas más inquietas, sociables o con intereses más diversificados; que manifiestan esos rasgos con la integración en grupos muy diversos. Pero quizá también con personalidades a las que les cuesta más entablar esas vinculaciones más cercanas y de mayor exposición personal, frente a la unión más utilitaria y puntual que puede suponer compartir una actividad concreta.

Hay mucha gente que no tiene un grupo fijo, sino que se va moviendo por que tiene diferentes tipos de amigos que entre ellos pues no se llevan, y se va moviendo y va con el grupo que le apetece cuando quiere.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Los y las jóvenes asumen que los lazos de amistad en las relaciones diádicas son más fuertes que en las relaciones grupales, y por ello también suelen ser más exigentes con esos lazos que con los vínculos que se fraguan en el seno del grupo con

personas que no se consideran tan amigas. En esa clave, se afirma que una persona que es considerada amiga no debe cambiar la manera en que se relaciona contigo, ya esté en el seno del grupo o a solas.

Si un amigo cambia la manera en la que habla contigo cuando hay gente delante o cuando no hay gente delante, ahí se le ve un poco el plumero, ¿no?, de decir: “¡Coño! Me estaba diciendo una cosa antes, y ahora, porque está esta gente que no conocemos delante, me tratas así”. Yo creo que en eso también es un poquito significativo decir: “¡Coño! A lo mejor no estás bien con él!”.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Sin embargo, sí se entiende que existen dinámicas grupales que provocan que pueda ser distinta la manera en la que se entablan las conversacio-

nes, o las expectativas a la hora de relacionarse, a como serían fuera del grupo. Un ejemplo evidente son el tipo de temas que se pueden abordar y el

grado de exposición personal. En este sentido, se asume que las relaciones diádicas muy fuertes se adaptan al contexto grupal, abriendo su relación de exclusividad, precisamente porque tal exclusividad adquiere sentido solo en la diada, y no es operativa en dinámicas grupales y para actividades en las que el grupo es el protagonista, en las que es

imprescindible un equilibrio entre todas las personas que lo componen. Como en otras ocasiones, se tiende a manejar la analogía de las relaciones de amistad diádicas con la pareja, en este caso en torno a la necesidad de que la pareja se abra a relacionarse en contextos grupales y no se cierre excesivamente en sí misma.

—Moderador: La relación o el trato con un amigo o con una amiga ¿es diferente si estáis a solas o si estáis dentro de un grupo?

—Yo creo que sí y que no, que depende, porque muchas veces yo creo que no es tu trato con esa persona, sino las personas que hay alrededor.

—Claro.

—Yo, por mí, no.

—Por mí, sí, un poco, pero porque no quiero como que parezca que estamos todo el rato, ¿sabes? Y que los demás se sientan un poco...

—Claro.

—Es por respeto.

—Es eso, ¿no?, porque cuando estás con una pareja todo el día ahí... más o menos igual...

—Yo creo que es eso, que hay que intentar, por el resto, que no sea tan..., que no hagan sentir a la gente incómoda, tío, que sigues allí, y hay muchas veces que con las miradas dicen...

—Exacto.

—Eso son cosas de saber controlarse un poco.

—Claro, total.

—Yo creo que la pareja pues no es lo mismo lo que hace en privado que lo que hace en público. O sea, igual te puedes dar un abrazo con una amiga, pero no estás todo el rato... Es cuestión de controlarse, pero no por nadie, sino por...

—Claro, porque la otra persona no se sienta mal.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Estos argumentos encajan en la lógica de intentar “disfrutar del grupo” al máximo, algo que en ocasiones requiere de ese ejercicio de dejar las rela-

ciones pareadas a un lado, o incluso implica que existan pequeños subgrupos dentro de un grupo grande. Porque el grupo adquiere una identidad

y una personalidad propia, que es sobre la que se construye la diversión. Y se entiende que dentro de una agrupación grande existirán mayores y menores afinidades personales, pero se trabaja

por un movimiento grupal al unísono y de integración que refuerce la base sobre la que se generan las sensaciones de seguridad y de pertenencia.

Aquí en Córdoba sí que siento que tengo un grupo... Además, es un grupo y son los que son. Hay entradas y salidas puntuales, pero es un grupo muy establecido y siento que el grupo funciona como grupo. Quizá individualmente las dinámicas son distintas.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Si estás con esa persona igual te puedes sentir más cómodo. Y, si estás en grupo, pues intentas más disfrutar del grupo, ¿sabes? No individualizarlo tanto con esa persona. Habrá momentos, claro, pero...

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

En cualquier caso, con independencia de que el grupo adquiera identidad y entidad propia, que funcione supone también aceptar que los lazos de las personas que lo componen son diversos, y que con unas personas se sentirá más cercanía y complicidad. Que se buscarán conexiones personales para dinámicas distintas a las grupales, que individualmente se echará de menos a personas con las que se tiene mayor conexión cuando estas no participen de alguna actividad grupal, y que incluso en ocasiones se puede renunciar a participar de las iniciativas del grupo si las personas más cercanas

no van a estar. Aceptar y reconocer los diversos niveles de confianza es parte del buen funcionamiento grupal, de igual manera que entender que el grupo sigue funcionando aunque alguien eche en falta a alguna persona en concreto. En ocasiones, esa necesidad de sentir un equilibrio marcado por el grupo provoca que se intente evitar dar la sensación de que percibir diversos grados de confianza suponga que se establezca algún tipo de jerarquía en la amistad entre las distintas personas del grupo.

Si en un grupo de personas que no conozco tengo a dos amigos que sí, que ya tengo feeling con ellos, los busco más. O sea, es como más zona de confort, y al final te va ayudando muchísimo para luego llevarte bien con el resto del grupo.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Cuando quedáis y pues hay unas determinadas personas, pero falta alguien y no es lo mismo. Ya... ya no..., algo falla. No tienes tantas ganas de... de quedar o no sé. A mí me ocurre por la ausencia de esa persona.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Algunas personas a lo mejor hablan más con otras, pero un secreto... O sea, no un secreto, una cosa que te preocupa se lo podrías decir a cualquiera...

—Decir a cualquiera, eso es.

—Sí, yo creo que a lo mejor sí que más... Eso, no afinidad, pero como que a lo mejor te apetece más contárselo y tal, pero no es porque no se lo quieras contar al resto.

—No, es como por costumbre de con quien has hablado más...

—Ya, justo.

—Sí, pero que luego se lo cuentas al resto perfectamente. En plan...

—Sin problema, eso es.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Con mi grupo de amigas, si no quedan un par, yo por ejemplo ya no iría, ¿sabes? O sea, si no están dos de mis amigas que son las más cercanas, por ejemplo, con las que han entrado así nuevas yo no me llevo tanto. Con una sí, pero con otra, para nada. Entonces, si no van estas dos con las que sí me junto más, yo probablemente ni iría a los planes, porque es que no... no sé.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Precisamente, el hecho de que las expectativas individuales en el seno del grupo estén equilibradas propicia que puedan existir incursiones puntuales de personas ajenas al mismo, o incluso la confluencia de grupos distintos como consecuencia de que alguno de sus miembros interactúa de forma paralela. Porque los núcleos fuertes de amistad (los que se conforman con los mejores amigos y las mejores amigas) sí se entiende que son cerrados y están blindados frente a las posi-

bles injerencias (cuando menos, al mismo nivel de confianza); pero fuera de ellos lo habitual es estar abierto a interacciones puntuales con otras personas. Partiendo de la máxima de que “los amigos de mis amigos son mis amigos”, encuentran sentido las relaciones entre grupos distintos, lejos de los lazos de amistad, como fuente de diversión y nuevas experiencias. También como prueba de que se confía en el buen juicio de las personas que se consideran amigas, y que son quienes sirven de

puente hacia otras personas y, consiguientemente, otros grupos. Y también como una forma distinta de disfrutar a la persona amiga, en un contexto en

el que esa persona está integrada y se encuentra a gusto.

Me gusta conocer a la gente con la que convive ella. Me trae el mismo confort que cuando le presento a ella a mis amigos. Igual que compartimos comida compartimos amistades, pero no en el sentido de que mis amigos sean los suyos. Me encanta tener horas de compartir la compañía de sus amigos aun sabiendo que estos no serán mis amigos.

(Elvira, 22 años)

Una cosa que disfruto mucho también es que somos un grupo muy cerrado, pero muchas veces yo traigo a amigas de mi instituto a la quedada. Traen a parejas, traen todo y no tenemos como ningún problema.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

No llegas a unir los grupos, sino que a lo mejor puedes tener... coincidir en un sitio. Entonces, tú estás a gusto pues con los dos grupos, pero, a lo mejor, pues los chavales pues no interactúan tanto con los del otro grupo...

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

—Yo con sus amigas no me llevo con casi nadie. Con alguna, pero contada.

—Sí.

—En general con tus amigas yo no me llevo, y tú igual. Tú con algunas más sí, pero...

—Bueno... No, pero en general con tus amigas yo estoy muy bien.

—Sí, pero digo que no... no son amigas amigas...

—No, no.

—Son compañeras de clase con las que te llevas bien, pero no... Realmente no vas a quedar con él, no vas a ir... Y con los suyos, tampoco. Lo mismo, igual.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Desde la perspectiva de quien entra a formar parte de un grupo que todavía no siente como “propio” (porque un amigo o una amiga la ha “metido” en él), se reconoce que la relación con la persona que ha servido de puente hacia el grupo puede ser, en las dinámicas de interacción grupal, distinta. Probablemente más discreta de lo que sería si estuvie-

ran a solas (por ejemplo), ante el desconocimiento de cómo puede recibir el resto del grupo un grado de apego y confianza que no se tiene con ellas y ellos, y que, al menos en ese momento, es ajeno a los cimientos sobre los que se ha constituido ese grupo en particular.

—En mi caso, la amiga esta con la que he tenido mucha conexión y tal, ella tiene otro grupo de amigas. Y yo tengo mi grupo de amigas. Entonces, si yo, por alguna razón, me voy con su grupo de amigas y estoy con ella no tengo la misma relación que tengo yo con ella en su grupo de amigas. Porque yo no tengo el mismo nivel de confianza que tengo yo con ellas, porque no me he interesado tampoco en conocerlas, supongo.

—O también porque con una persona puedes tener más conexión que con otra gente que también esté ahí en el grupo. Entonces, solas, pues sí que hablaríais de más cosas de confianza, o problemas tuyos o suyos, o ni problemas, cosas, pues bromas que solo entendéis vosotras o lo que sea. Entonces en el grupo tampoco lo comentarás porque nadie lo entendería, o quedaría mal hablar de un tema que solo entendéis dos de cinco o diez personas.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

El equilibrio de expectativas entre las distintas personas que componen el grupo, en el sentido de que la clase de relación que tienen sea recíproca (el grado de amistad, el tipo de conexiones que les unen) resulta esencial para que el grupo funcione y adquiera identidad propia. En este sentido, también parece lógico pensar que el reparto de roles en el seno del grupo sea operativo, y se constituya en un elemento connatural al funcionamiento de las dinámicas grupales. Sin embargo, lo cierto es que los y las jóvenes tienden, por lo general, a huir de asumir tal responsabilidad.

En primer lugar, el reparto o la propia existencia de los roles en el grupo no se menciona ni surge de manera espontánea en los discursos, y solo se

aborda en respuesta la solicitud del moderador de las entrevistas. Cuando se habla de ello, resulta evidente que les cuesta asimilar el concepto de rol en el seno de un grupo de amistad, y se hace lo posible por escapar de ello, por miedo al encasillamiento y al estereotipo, y por temor a lo que intuyen que puede ser una diferenciación de las personas que componen el grupo basada en planteamientos que perciben que pueden tender a la jerarquización. Sobre todo en lo que concierne a los distintos tipos de personalidades, situando a un lado a personas más proactivas que toman decisiones, y a otro a aquellas más pasivas y que tienen predisposición a acatar dichas decisiones. Esto es algo que elaboran, fundamentalmente, en torno al concepto del rol del liderazgo, que es el

primero que les viene a la cabeza cuando se introduce este tema, y que aparentemente no encajaría

con el clima de igualdad y el equilibrio que procura la amistad en el seno del grupo.

—Imagínate, estás con tus amigos en la calle, pues quizá sí que va a haber una persona que va a ser la que toma la iniciativa. ¿Por qué? Porque conoce la zona, porque sale más y es más sociable. Suele salir más, entonces conoce más... conoce más los planes y conoce más el plan que tenéis pensado hacer ese día. O en general casi siempre conoce más todo, es más sociable, se relaciona más y tiene mucha más iniciativa para salir. Entonces quizá es el que lidera, pero no por ello es el líder del grupo.

—No... No es más importante por eso.

—Claro, quizá lideran actividades, pero es como el “jefe”...

—Sí. Sí, no es que las... no que las otras personas tengan menos relevancia que esa.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

De esta manera, y con el valor del liderazgo en la cabeza, se tiende a pensar que los roles denotan estatus y poder, y por ello no les gusta asumir que los hay: en el grupo de amistad propio, todo el mundo es importante, todo el mundo tiene el mismo peso, todo el mundo es valorado y respetado (perspectiva que tiende a atribuir connotaciones negativas al liderazgo). Incluso hablando de “funciones” en lugar de roles, en un ejercicio que denota esa incomodidad y la evidente necesidad

de escapar de cualquier atisbo de señalar que hay personas que pueden situarse por encima de otras en un grupo de amistad en relación con determinados aspectos³. Entonces se pueden asumir los roles como la encarnación de diversas funciones que hacen que el grupo sea más operativo, pero se escapa de asimilar esas funciones con rasgos de la personalidad (la persona es susceptible de recibir un juicio de valor, lo funcional, no tanto).

—No me parecía que hubiese como alguien que pueda tirar más de líder o ese tipo de cosas, ¿sabes? No, yo creo que no. O sea, a lo mejor no lo percibo así y sí que lo hay, pero muy sutilmente, ¿sabes? No sé...

—Sí, sí, yo opino igual.

³ En lo que a los grupos triangulares se refiere (una de las citas que ilustra la idea del párrafo corresponde a un grupo de este tipo), no podemos olvidar que están compuestos por personas a las que une un lazo de amistad y pertenecen al mismo grupo. En este sentido no parece raro que cuiden la manera de hablar de esta clase de roles pues, con independencia de la confianza que les une, quizá no es sencillo comentar liderazgos, carismas y papeles concretos en presencia de los propios protagonistas.

—Yo... A ver, yo creo que un poco sí. Que sí, que cada uno tiene pues un rol, pero no es estrictamente... No define su personalidad, ¿no?, el tener ese rol de ser, pues... Pero... sí que yo lo veo a veces un poco así. Así de que: “Pues tal es un... Siempre pues hace tal...”. No, lo que estaba pensando es que igual yo sí te diría que, a lo mejor, pues cada uno tiene, a lo mejor... O sea, no estrictamente, pero más una función que un rol, ¿sabes?

—Moderador: ¿Qué diferencia hay?, ¿cuál es el matiz?

—Como que, a lo mejor... ¡Puf! O sea, pues..., yo qué sé, no hay ningún tipo de rol porque no está nada establecido, no es nada jerárquico, ni cada uno tiene esas características propias dentro del grupo. Entonces sí que es verdad que, a lo mejor, pues hay ciertos hechos que van relacionados. Es decir, tú... Te digo yo equis y dices: “Este”, ¿sabes?

—O sea, más que... más que el rol es en plan como...

—A ver... Sí, o sea, sí que hay roles, porque lo que has definido es un rol de una cosa achacada a alguien. El problema es que no... Yo, por lo menos, habiéndome fijado en otros grupos, no creo que en el nuestro esté tan definido como puede ser en otros, así...

—Sí, eso... eso es verdad.

—Que tú puedes ver otros y me dices: “Te tengo calado a ti, a ti, a ti y a ti”.

—Sí. Sí, eso sí.

—“Y a ti, que vas a por eso”. Pero en el nuestro no creo que sea una cosa tan obvia, ¿sabes? No sé...

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

Aunque existen muchos tipos de roles, no todos tienen las connotaciones negativas que genera a su alrededor el liderazgo, y que se aceptan gracias a su funcionalidad o utilidad para el grupo, y a la necesidad de que algunas personalidades se complementen para alcanzar un equilibrio grupal: no todo el mundo tiene la misma capacidad para imaginar planes, para hacer reír, para resolver dudas, para proponer soluciones, para escuchar, para expresar ideas, para conectar con un lado más emocional, etc. Así, aunque en torno al modelo ideal de amistad se elabora un discurso que trascendería roles y estereotipos, también se

reconoce que estos pueden ser útiles para determinar “lo que pintas en el grupo”, y para hacer que el grupo funcione; incluso alternando los roles para ello si fuera necesario. Prueba de ello puede ser escuchar como algunas personas señalan que desempeñan roles distintos en según qué compañías y grupos, precisamente para sortear ese equilibrio sobre el cual basa su buen funcionamiento el propio grupo. Pero siempre dejando claro que aceptar determinados roles no quiere decir que unas personalidades hayan de ser más respetadas que otras, ni que existan jerarquías a la hora de establecer los lazos de amistad entre las personas.

- La personalidad define mucho a las personas y lo que van a hacer...
- Y lo que pintas en el grupo.
- Claro, es decir, siempre va a haber una persona que va a tener más iniciativa porque es su personalidad. Y siempre va a ser una persona que...
- Que diga: “¡Buah! Pues me apetece quedarme en casa”.
- Sí, siempre pues habrá gente que pues prefiere unos planes, hay gente que prefiere otros...
- Hay eso, gente que tiene más iniciativa para unas cosas que para otras, ¿eh? Siempre ha habido una clase de roles, pero yo creo que... O sea, no... no nos definen dentro de la amistad. O sea, es que no sé explicarlo...
- No es como nadie es más importante que otra persona porque proponga planes, por ejemplo.
- Claro, es verdad. Es verdad que cada uno tenemos un rol, pero nadie está por encima de nadie. No hay un líder, no hay un...
- Claro.
- Justo, sí.
- Estamos iguales, aunque cada uno sí que tenga su parte.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Yo, fuera de tener un perfil bastante definido, creo que también, yo depende de la persona con la que yo esté a mi lado, soy más... voluble [...]. Por ejemplo, temas viajes, yo con mi pareja y con mi mejor amigo pues les encanta buscar cosas y tal y cual, y yo me dejo llevar. O sea, yo me dejo llevar y yo digo: “Bueno, pues me parece fabuloso que os encante, tú tira...”. Pero si es una persona a lo mejor más..., pues yo sí que apporto más por mi parte. Pero esto como algo muy completo... muy concreto. Yo sí que tengo como cosas fijas, pero también depende, o sea, que tú tengas a tu lado.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

A ese grupo, a esa minicomunidad tenemos que añadirle las cosas que necesita ese grupo. Hay partes de mí que a lo mejor no hacen falta porque ya las está cumpliendo otra persona. A lo mejor yo tengo que ser el extravertido y el echado para delante, pero si no hubiéramos estado así, a lo mejor no, a lo mejor ya nos estaríamos pasando de vueltas. Tiene que haber otro que sea el que regule. Sin embargo, si estoy entre dos personas, a lo mejor una

que normalmente regulaba un poco hacia un poco más de freno, pues ahora que estamos solos los dos, ahora sí que podemos hacerlo. O a lo mejor si me junto con uno que es más calmadito yo digo: "Vale, pues yo ahora... ahora no me toca ser el que es más echado para delante, sino que a él le apetece". Seguramente ahora, que estoy solo con esa persona, le apetece ser el que tira un poco del carro y yo soy un poco el que se deja tirar, ¿sabes?

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

También nos complementamos con las personas que tenemos a nuestro alrededor. Porque, si no, habría muchos choques o personas que a las dos siempre les parece bien. Yo por ejemplo soy muy complaciente. Muchas veces, con tal de estar bien, me da igual irnos a la playa o la montaña, ¿sabes? Si las personas que me rodean fuesen tan complacientes como yo, pues lo más seguro es que estuviésemos todavía pensando a dónde ir.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

De igual forma que se asume esa perspectiva operativa y práctica de los roles, se reconoce que la manera en que tiene lugar la comunicación en el

seno del grupo puede conducir a que las personas adopten roles diversos según encaren relaciones diádicas o grupales.

Las dinámicas en grupo son unas, pero si estoy con cada uno de ellos por separado es totalmente distinto. Y si, por ejemplo, hacemos grupitos de tres porque queremos tres y ya está, las dinámicas también son muy diferentes. No tiene nada que ver cuando son grupos, el grupo entero, que cuando son secciones de todo el grupo o individualmente. Y no sé por qué, porque son las mismas personas, pero es que realmente cambian la forma en la que nos comportamos los unos con los otros. Es sutil, pero yo creo que se nota. De hecho, alguna vez lo hemos hablado [...]. Alguna vez lo hemos hablado en plan de: "¡Coño! Que cambio un montón cuando estamos estos tres, estos dos...". Y a veces te apetece quedar con estos dos y otra vez te apetece quedar solo con uno, porque sabes que el rollo va a ser distinto.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Una puntualización interesante que hacen algunas personas jóvenes en relación con los roles, cuando sienten que, efectivamente, el grupo les atribuye

uno (incluso si están a gusto con esa atribución) es la dificultad de salirse del estereotipo cuando lo consideran pertinente. Por ejemplo, personas a las

que el grupo considera graciosas y alegres pueden sentir que no se las toma en serio cuando hablan de problemas o de cosas serias; o personas proactivas y que suelen liderar las propuestas de planes pueden percibir que no se las entiende cuando adoptan un perfil bajo, por el motivo que sea. Entonces se vuelve al tipo ideal de amistad, que

es la que sabe identificar y respetar los momentos, e incluso saben ver antes que otras personas cuándo llegan esos momentos en los que resulta imprescindible dejar a un lado determinados estereotipos y dinámicas grupales para centrarse en necesidades personales.

—A mí me dicen que soy responsable y, si yo a veces no tengo fuerzas para tirar del carro o algo, yo... A mí también me gusta que los demás puedan poner horarios, mirar para hacer cosas para ir a tal sitio o qué compramos. O la lista de la compra cuando vamos a comer. Y no quiero siempre cargarlo yo. Pero si se lo digo a los demás es como... Por mucho que lo digas siempre lo vas a hacer tú, porque no lo puedes evitar. Pues no, esta vez no. Pero claro que te encasillan, es el problema de los roles.

—Yo creo que hay veces que, como tú sabes y eres consciente de que estás encasillado en el rol, a veces, si no te apetece estar en ese mood como que te sientes mal. En plan, yo, por ejemplo, pues tengo un rol de graciosa y aventurera y otro un poco más serio, como de madre. Y claro, pues como que estoy riendo, haciendo coñas y tal. Si algún día estoy plof por lo que sea y no me apetece, es como que yo me siento rara por no expresarme de esa manera como hago habitualmente.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Es muy importante que un amigo sepa ver en qué punto estás. Si tú eres el gracioso y tú insistes una y otra vez en que, bueno, es que ahora no estoy de coña, pues que te sepan decir: “Vale, es el gracioso, pero ahora nos lo vamos a tomar en serio porque creo que está mal o lo que sea”. Entonces yo creo que eso sí que puede llevar un poco a estar incómodo con tu rol, pero en general...

—[...] Al final, el que siempre va de gracioso tiendes ya a no escucharlo. Y a veces hay que saber dónde está el límite y decir: “A ver, espera, escucha, porque está diciendo algo importante”.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Desde la perspectiva de la funcionalidad de los roles, y de la necesidad de equilibrio, cabe des-

taçar la analogía que establece una joven en su testimonio, que ofrece un planteamiento claro y

bastante significativo: se refiere al grupo de amistad como una colmena, en la que cada miembro ocupa su lugar, y trabaja en equilibrio con el resto en favor de la comunidad, que adquiere una identidad propia por encima de la de las personas que la integran. Se trata de una estructura en la que la función de cada persona es igual de importante que la del resto (aunque sean distintas y puedan variar), y en la que todas cuidan de todas, porque

el buen funcionamiento del grupo es la base del bienestar de las personas que lo integran. Circunstancia, en cualquier caso, que se asume que no es sencilla, pues se debe encontrar el equilibrio entre la manera en que se establecen los lazos diádicos y las dinámicas grupales, y debe también luchar con los egos, las inseguridades y las demandas personales y puntuales.

—Hay mucha flexibilidad en lo de los roles. Hace que no se... O sea, solemos funcionar como muy en colmena...

—Total.

—¡Je, je, je, je!

—Lo siento yo, ¿sabes? Es como muy de todos a una, y entonces nadie tiene un rol definido, sino que te vuelves casi... Y es algo que disfruto mucho en el grupo de la uni.

—Sí.

—Porque siempre que quedamos todos o después de un examen que tenemos todos tres mil problemas, que tienes un día de bajón y no sientes que te estén escuchando ocho personas, sino que te está escuchando un grupo.

—Sí.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Esta visión del grupo como una colmena encaja perfectamente con el sentido de pertenencia que traslucen los discursos dominantes. Y es que lo común en los relatos de adolescentes y jóvenes es hacer hincapié en la convicción de pertenecer a un grupo de amistad⁴. Desde esa percepción de pertenencia e integración se genera en algunos momentos la sensación de que “todo es posible”, tanto en los momentos de esparcimiento como en

los más serios. Esta expectativa de excepcionalidad tiene en la diversión que ofrece el grupo una válvula de escape, que potencia las risas y la alegría cuando todo va bien, y ofrece mayores dosis de optimismo y seguridad (sobre la base de sentir el apoyo y la presencia del grupo) cuando vienen mal dadas.

⁴ En las conversaciones espontáneas se transmite la importancia que otorgan al grupo, pues se maneja constantemente como referente en las explicaciones y argumentos, y a la hora de hablar del valor de la amistad. Sin embargo, solo es tras la pregunta explícita del moderador cuando las y los jóvenes reconocen que realmente sienten que pertenecen a un grupo.

—Yo creo que al sentirte que perteneces a un grupo es como que entras en un estado como de... No sé explicarme, ¿eh? Como de que todo es posible, no sé... Que igual sé que si estás solo no lo piensas. No sé cómo explicarlo... Como un estado de embriaguez en el que ahora todo es posible y tal, solo por estar con esas personas. Porque con otras personas igual no te pasa.

—Optimismo, sí...

—Sí...

—A mí también me suele pasar que, a lo mejor, pues eso... Si estás solo estás más pesimista y si estás con amigos sí que te dan ese enfoque más optimista que te ayuda bastante.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Por otro lado, incluso cuando se reconoce que las dinámicas con el grupo o con algunas personas del grupo pueden perder algo de chispa (las personas cambian, la conexión se resiente, las conversacio-

nes se agotan, etc.), esa sensación de pertenencia puede seguir aportando la seguridad o tranquilidad de estar “en el sitio”, en casa, en el lugar en el que se reconocen como personas.

—Es verdad que hay veces que eso lo sientes. Sientes esa sensación de: “¿Y ahora qué más cuento?”. O sea, ya es que no tengo nada más que contar, ¿no? Y sí, te sientes un poquito como: “¿Y qué hago yo aquí?”. Yo esa sensación también la he experimentado con amigos.

—Pero a veces te da como ese confort de estar simplemente en el sitio...

—También es verdad.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Cuando estas sensaciones se experimentan intensamente, el sentido de pertenencia deriva en una sensación de orgullo por la manera en que el grupo

(la colmena) se comporta y cuida de sus miembros: ningún grupo de amigos y amigas puede ser mejor para estar que el grupo en el que están.

—Yo siento que es un buen grupo de amigos, que no todos lo son...

—Sí, sí.

—O sea, me refiero, sí que luego pues en otros grupos a lo mejor hay mal rollo entre las personas...

—Sí.

—O que hay más grupitos y que, o sea, no creo que tampoco sea lo más especial. Yo creo que puedes encontrar buenos grupos de amigos, pero sí que es algo mejor que la media, digamos.

—Yo también lo creo. Y, además, muchas de mis amigas de grupos me dicen: “Tienes mucha suerte con tus amigos”.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Pero también se asume que esa sensación de pertenencia grupal se va diluyendo, que los grupos cambian, se amplían, se reducen, entra y sale gente, se estrechan lazos ajenos al grupo, etc. Crecer implica además aumentar responsabilidades y ámbitos de socialización; se diversifican actividades y se pasa menos tiempo con el grupo que en una etapa sirvió de referencia. Entonces se produce una tensión entre demostrar la personalidad,

madurez y autonomía que se presupone al paso de los años (frente al grupo), y la preocupación que puede conllevar el vértigo de perder la malla de seguridad que proporciona el grupo. Esto, se reconoce, puede llegar a preocupar. Incluso cuando se diluyen los lazos de forma temporal, ante el temor de no volver a recuperarlos (porque el grupo continúe su propio camino sin uno/a).

—Yo por ejemplo es que he estado en Madrid estudiando un tiempo, yo tenía un grupito que éramos cuatro amigas. Y cuando yo volví pues el grupito había crecido; de repente nos juntamos con más gente, gente a la que yo ya conocía de antes, pero no tenía la relación que tengo ahora... Y yo como que no tengo tanta relación con ellos, pero al final nos juntamos muchos. Yo también podría coger y decir: “Pues no voy cuando tal, cuando quedéis... Pues si no quiero, no voy”. Pero sí quiero.

—Claro, pero lo que pasa es que ahí hay un límite.

—No es que yo diga..., o sea, yo no me siento supercómoda en ese grupo porque no tengo la misma confianza que tienen ellas y tal...

—Pero yo creo que una cosa es eso, que vayas, que quedes... Entonces no perteneces a ese grupo... es algo momentáneo.

—Sinceramente, no sé si pertenezco, ¿eh?

—Claro.

—No lo sé.

—Moderador: ¿Y eso te preocupa?

—Sí, sí.

—Moderador: ¿Qué es exactamente lo que te preocupa?

—No sé, pues yo qué sé, como no tener la misma relación a lo mejor que tienen mis amigas con ellos y tal, pues... a veces le doy vueltas.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—Moderador: ¿Sentís que realmente pertenecéis a un grupo?

—Sí. Yo sí.

—¡Uf!

—Sí es verdad que, con el paso de los años, sobre todo al salir del instituto, muy paulatinamente, pero fui viendo, poco a poco... O sea, yo antes tenía un sentimiento como de pertenencia bastante alto con ellos. Pero noto cómo, a día de hoy, es menor. No quiere decir que no exista, pero noto que justo esa línea de salir del instituto es...

—Moderador: ¿Y eso por qué es?

—Pues por... Yo creo que, pues por lo que te digo, ¿no? O sea, somos diez y cada uno fue buscando un poco sus gustos, sus caminos, sus tipos de planes, su rollo, ¿no?, al final.

—Sí.

—Sí, bueno, el tiempo, ¿no?

—Sí.

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

En el capítulo 1 del presente informe hemos constatado que la analogía que se establece entre el valor de la amistad y la pareja (como ocurría también con la familia) es el reflejo de la trascendencia que las personas jóvenes conceden a las amistades. En el presente capítulo también se ha mencionado dicha analogía al explicar cómo, en ocasiones, se diluyen o incluso se disimulan determinados lazos (los que se corresponden con la amistad “verdadera”, como lo sería la pareja) en pos de facilitar las dinámicas grupales y preservar el equilibrio del grupo de amistad. Pero, a pesar de la analogía recurrente, o quizá precisamente como consecuencia de la misma, resulta curioso

observar la manera en que se analizan las situaciones en las que una pareja entra a formar parte de un grupo (es decir, alguien de un grupo de amistad “introduce” a su pareja en el mismo de forma más o menos habitual). Entonces sus relatos no son demasiado amables, y hacen hincapié en los aspectos que entran en colisión entre dos tipos de relaciones (amistad y pareja), que se consideran cercanas cuando son propias, pero no tanto cuando hacen referencia a otras personas. Relatos que, además, suelen surgir de forma espontánea en las dinámicas grupales, desde la apariencia de que todo el mundo conoce ejemplos cercanos, cuando no en primera persona.

Suelen ser frecuentes los ejemplos de situaciones en las que la presencia de parejas en el grupo de amistad resulta o ha resultado problemática. Se entiende que la amistad, aun en las dinámicas grupales, requiere de espacios de intimidad, que pueden ser perturbados por la presencia de personas que no manejan las claves de comunicación de los amigos o las amigas (los temas, gustos, intimidaciones, sentido del humor, tiempos, recorridos, etc.). Se trata de personas a las que, además, puede costar poner determinados límites en relación con lo que el grupo entiende como injerencias, por la naturaleza del lazo que las une con un miembro del grupo, y acaba resultando incómodo tanto

para el grupo, como para la persona que introduce a su pareja en el grupo.

Esta circunstancia, que se interpreta como contraproducente a medio plazo, requiere, entienden, del establecimiento de esos límites, generalmente más por parte de la pareja que del grupo. Es decir, se sobrentiende que quien forma parte de un grupo de amistad consolidado debe asumir esos espacios de intimidad grupal, y actuar en consecuencia en relación con su pareja, para no proyectar sobre el grupo el ingrato papel de tener que imponer tales límites.

—Con el grupillo pues a veces quedamos, ¿no?, y hacemos comidas y sí que es cierto que, bueno, pues antes cuando eras más joven sí que tirabas más de, no sé, de comidas más low cost, ¿no? Pero ahora por hache o por be nos lo podemos permitir y vamos a otros sitios. Pero claro, a la que llegó una pareja, yo qué sé, queríamos ir a un sitio de esos, “es que no me gusta, nose-qué, tal, tal...”. Bueno, pues ya tenemos que cambiar de sitio para que venga ella, ¿sabes? Y luego: “Ah, es que este... me parece muy caro”; o yo qué sé, cualquier cosa, ¿sabes? Al final es ella quien va a acabar eligiendo antes que nosotros. Y es como... o sea, que la situación...

—Sí, pasa.

—Yo creo que ahí es tu amigo o tu amiga quien en todo caso debería ser el que ponga el límite o se lo exprese o lo comunique a la pareja.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Si tienes un grupo de amigos y un amigo viene con su pareja, ya creo que ya no puedes hablar de los mismos temas cuando estaba... cuando estaba sin pareja, ¿sabes? O sea, es... un poco de corte... un poco de corte.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Sí que es cierto que algunas veces, y sobre todo siendo más pequeña, que ha habido planes y yo a lo mejor he intentado ser la voz cantante en esos

planes que eran de amigos de mi pareja, ha sido mi pareja quien me ha puesto límites o me ha explicado: “Oye, ¿entiendes?, tal...”, y ahí pues yo también he sabido, ¿eh?, ¿cómo se dice...?

—Entenderlo...

—Sí, y decir: “Vale, te estás pasando...”.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

En estas circunstancias hacer compatible el tiempo que se pasa con la pareja y el tiempo que se pasa con el grupo puede llegar a convertirse en un quebradero de cabeza. Las personas jóvenes reconocen que encontrar pareja (como encontrar nuevos amigos y amigas) puede llegar a distanciarse del grupo de amistad, aunque se suele tratar con un tono benevolente y comprensivo, desde la percepción de que alguien a quien se quiere se encuentra

bien, y poniéndose en los mismos zapatos (que el grupo no me rechace si soy yo quien encuentra pareja). Esa comprensión, eso sí, camina por el endeble equilibrio que procuran las situaciones de orgullo herido, como resultado de una reciprocidad truncada y de lo que se interpreta como dejar de cuidar la amistad: si te apartas voluntariamente del grupo y sin hacer esfuerzos para que ello no ocurra, luego no quieras volver.

—Yo tengo una amiga que a la pareja no le gusta salir de fiesta y cuando está la pareja ella no sale de fiesta. Pero no porque él se lo prohíba, sino porque ella como que se amolda a él en ese momento y claro.... [...]. Esa persona se acabó alejando. Y, entonces, ella dejó de relacionarse durante un tiempo. En vez de quedar todos los fines de semana, pues quedábamos una vez al mes.

—Claro, pero eso pasa también si te echas nuevos amigos, pues tienes que repartir el tiempo.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—En mi grupo tampoco le damos mucha importancia. O sea, si una amiga prefiere quedar con su pareja, no pasa nada. O sea, es entendible.

—No pasa nada cuando puedes compaginar las dos cosas. Pero si de repente deja de ir con todas sus amistades para ir solo con su pareja y hacer cosas con él o ella, al final... Tú aún la consideras tu amiga, pero tampoco ya tienes el mismo nivel de confianza que antes, entonces, si por algún motivo rompen, cuando vuelva tampoco sería como antes. Porque ahora has visto que, cuando entra una persona más importante en su vida, se va y después ya, si pasa algo, vuelve.

—[...].

—Yo creo que no, porque es entendible que si tienes una pareja pues también pases tiempo con él. Tampoco sería normal que tengas una pareja pero nunca estés con tu pareja, o no sé... Yo creo que si sabes compaginar las dos cosas no se tiene por qué resentir el grupo.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

En primera persona, son reconocibles en los testimonios en primera persona en los que las y los jóvenes reconocen las dos sensaciones contrapuestas en lo que respecta a la manera en que se relaciona la pareja con el grupo de amistad, cuando tal es la pretensión (otra cosa es que la persona no tenga ninguna intención de juntar

grupo y pareja, y que sea capaz de cuadrar las expectativas en ambos casos): sufrir o preocuparse porque la pareja no encaja en el grupo de amistad, o porque no se logra compatibilizar tiempos, horarios, agendas; o disfrutar de que la pareja se integre completamente en el grupo como un amigo o una amiga más.

—Yo, en mi caso, ahora con mis amigas que tienen pareja simplemente pues es una persona más que está en el grupo. Es como si fuera un amigo más. No noto diferencia de que porque sean pareja estén como aislados, sino que es uno más del grupo.

—Claro, o sea, yo creo que cuando empiezan a tener pareja es como que se añade al grupo y empezamos a ser un binomio de una misma persona. Y los planes a los que se le invita a uno también pues va como acoplada la otra parte, ¿sabes?

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

A mí me pasó, ¿eh? Cuando me eché novia, que llevo con ella casi un año. Al principio sí que es verdad que le echas más tiempo a ella. ¿No?, lo típico, para hacer planes. Incluso mis amigos me llegaron a decir: "Joé, no sales nada con nosotros, nosequé...". Me veía ahí en una situación un poco compleja entre compaginar el grupo de colegas de toda la vida, de deportes, la familia... Ahora aún peor, aunque ya está todo más estabilizado, pero estando en Coruña, en cuanto a que ahora solo estoy los fines, imagínate, solo dos días para todos: familia, novia, amigos...

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Frente al escenario idílico en el que la pareja y el grupo de amistad se integran, las voces más beligerantes al respecto defienden no solo que no es necesario que se produzca tal integración, sino que, además, no es recomendable: porque son tipos de relaciones que aportan cosas distintas, que no tienen por qué ser compatibles; porque

procuran espacios distintos para desarrollar distintos aspectos de la personalidad; y porque las dinámicas de pareja y grupales son tan diferentes que si se juntan pueden resultar contraproducentes. En este caso, incluso se llega a afirmar que un grupo de amistad con varias parejas en su seno está abocado a la desaparición.

Es que en mi grupo están ahora... uno está con una, otro está con otra, en fin... Y eso yo creo que en realidad es un problema, porque al final el grupo se acabará rompiendo.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

En el lado contrario del argumento, desde la persona que tiene pareja, el hecho de no juntar a la pareja con el grupo de amistad se considera una prueba de madurez y autonomía (no dependencia del grupo), y como reconocimiento de la importancia de los espacios diferenciales que tienen ambos tipos de relaciones, que se entienden igual de relevantes. Desde ese reconocimiento no

genera conflicto el hecho de alejarse del grupo en los momentos en los que se está con la pareja, siempre que se siga respetando el espacio grupal como propio, reconocible e intransferible. Entonces se plantean situaciones cotidianas en las que existe el acuerdo implícito de no llevar parejas a muchas actividades en las que el grupo es el protagonista (“no es que estén vetadas, pero...”).

También pienso que está la posición de decir: “A lo mejor mi pareja no se lleva muy bien con algunos amigos míos”. Yo no tengo por qué juntarlos, si es que me da igual. Si es que os quiero a los dos, os quiero porque sois las dos personas importantes y no necesito juntaros. Creo que llega un momento en el cual, cuando te haces mayor... Yo sé que con 16 o 17 años me hacía un montón de ilusión que mi novia estuviese dentro del grupo de amigas, porque es que era fabuloso para mí, y hacíamos yo qué sé, hacíamos fiestas de pijamas y mil mierdas con mis amigas y mi novia. Pero ha llegado un punto que, a mí, a día de hoy, es más, incluso me gusta más separar. Mi personalidad es que puede ser completamente diferente a la del resto de las personas, ¿eh? Pero yo me alegro mucho de los espacios individuales, de mis amistades y de mi pareja.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—En mi grupo de amigas todas tenemos pareja y nunca vienen las parejas, rara vez. Pues lo que dices tú, en algún plan que sí, y no hay problema. O sea, no es que estén vetadas, pero ¿eh?

—¡Je, je, je!

—¡Ja, ja, ja!

—Tenemos nuestro momento para nosotras, para hablar de nuestras cosas, y sabemos cuál es. Obviamente, si algún día de ese momento vienen, sin problema. O si hacemos algún plan, alguna ruta, alguna cosa o lo que sea, vienen sin problema. Pero es verdad que tenemos nuestro momento y tampoco ha hecho falta. Sí que es verdad que así, de parejas, amistad y tal... Cuando teníamos 17 años y así, más en la adolescencia, cuando empiezas la fase de enamoramiento, sí que ha habido situaciones de alejarse las amigas por empezar con una pareja. Eso sí que se ha dado. Pero a día de hoy, no. En el momento en el que han empezado con otra pareja en mi grupo, hará un año o así, no. No ha habido ningún problema.

—A mí es que a nivel personal me gusta como separar. En plan, sí que no me importa llevar a mi pareja a estar con mis amigas, pero es como que quiero tener mi círculo de amigas y mi pareja y sus amigos por otro lado. Que eso, en ocasiones, pues eso, cumples: “Vamos al cine y vamos de fiesta, tal...”. Sí, pero como que quiero tener eso separado: momentos para mis amigas y momentos para mi pareja.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Cabe reseñar un apunte escuchado en una de las dinámicas grupales realizadas, y que pone en la pista de cómo el contexto cultural y las nuevas percepciones y sensaciones respecto a la sexualidad y el género dibujan un escenario distinto, también para este tema. Y es que se considera que el hecho de que los modelos de pareja hayan cambiado (con una aceptación mucho mayor de las relaciones sentimentales abiertas, fluidas, menos dependientes, y una percepción menos

encasillada de los roles) provoca que no se vean tan afectadas las dinámicas grupales en relación con las cuestiones propuestas. Precisamente porque no se entiende la pareja desde la exclusividad y la incompatibilidad, la confrontación planteada carece de sentido. Estos modelos y percepciones aún distan mucho de ser mayoritarios, pero sacan a la luz discursos emergentes con cierto peso y que, sin duda, representan una visión novedosa respecto de años atrás.

—Yo lo vivo también así, en plan que no me afectan mucho las relaciones que tengan mis amigas y tal, porque creo que han cambiado mucho las

dinámicas y los roles. Ya no hay tanto el rol este de “pareja pack” que, o sea, lo hay, pero yo creo que está cambiando mucho. Pero que es eso, que cuando alguien empieza a tener una relación creo que no afecta tanto a nivel grupal de amigos o amigas de relaciones de amistad, porque ya no..., o sea, las cosas se llevan como de una manera un poco más relajada... No hay tanto compromiso o formalidad, en el sentido de creernos que vamos a irnos a vivir juntos y tal y cual, sino como que se lleva todo, las relaciones, de otra manera... No las relaciones así más de noviazgo, ¿no se llaman así...?

—Sí.

—Sí, es que ahora estoy pensándolo y creo que no, no tenemos problemas así al menos recientes en este sentido de que alguien tenga novio o novia y deje de juntarse contigo...

—Ahí has tenido suerte, ¿eh?

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Hemos comenzado el presente capítulo señalando, a partir del trabajo de Revilla y Puyod (2023), cómo actualmente parece menos frecuente encontrar grupos de amistad que no sean mixtos, en una circunstancia que representaría un aspecto diferencial respecto de años atrás. Pues bien, resulta reseñable, llegados a este punto, poner en evidencia que uno de los grupos triangulares conformados para la presente investigación contradice esta afirmación, pues muestra la realidad de una agrupación de jóvenes universitarios compuesta exclusivamente por chicos (en lo que respecta a su núcleo básico, que no era pequeño). Desde este acercamiento cualitativo, este hecho no constata nada más que la existencia de algunas dinámicas grupales y algunas maneras de vincu-

larse que determinan ciertas expectativas en relación con la manera en que chicos y chicas afrontan las relaciones de amistad, y viceversa (como se abordará en el capítulo 7). Lo cierto es que el caso se constituye en un contrapunto en el conjunto de los relatos, que en general apuestan por esa transformación en las relaciones de amistad entre hombres y mujeres. Pero resulta de utilidad en nuestro análisis como prueba de la pervivencia de circunstancias aún ancladas en esos tiempos que se consideran pasados. De hecho, se constató la evidente la incomodidad de los propios chicos cuando eran preguntados por el moderador si existía algún motivo por el cual solo había hombres en su grupo de amistad.

—Solo chicos.

—Moderador: ¿Sólo tíos?

—Sí.

—Moderador: ¿Y eso por qué?, O sea qué...

—(Silencio).

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! (Ríen todos a carcajadas).

—A ver... Yo, o sea... Lo sabéis mejor vosotros que lleváis más tiempo, pero... Pero yo creo que también porque, o sea, el género femenino de vuestro año es que era...

—A ver, no hemos tenido...

—Era... ¡Puf!

—O sea, nunca ha habido tías metidas en nuestro grupo, así. Pero sí que hemos tenido grupos de tías con cierta afinidad, ¿sabes? A lo mejor en diferentes épocas, ¿no?

—Sí, sí.

—Eso sí. Pero nunca ha sido un grupo de...

—No, no.

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

Más allá de que individualmente no hayan encontrado afinidad en las personas de otro género con las que han compartido aula o rutinas, estos testimonios proyectan algunas dudas sobre el funcionamiento de un grupo de amistad compuesto por chicos y chicas. Fundamentalmente, por lo que intuyen que pueden ser problemas por no compartir los mismos gustos (pero ¿todos los chicos tienen los mismos gustos?), por manejar diferentes claves de comunicación y por la supuesta

incomodidad que puede generar el hecho de compartir espacios de intimidad. Es decir, se trata de argumentos que recrean de forma clara los tradicionales estereotipos de género; y que parecen tener tan interiorizados que, incluso cuando observan grupos grandes mixtos, interpretan que en las dinámicas cotidianas tales agrupaciones funcionan con una división interna (los chicos por un lado y las chicas por otro).

—Pero yo, que también estoy en un grupo en el que somos chicos y chicas, haces también una subdivisión separando entre chicos y chicas...

—Claro.

—Casi siempre, creo yo, vamos, en los grupos que hay.

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

—A la hora de realizar los viajes... Pues que, a estas edades, pues organizas lo que puedan todos y que a todos les gusten todas las actividades que se van a hacer. Es mucho más complicado si vais chicos y chicas que si vais solo chicos, desde mi perspectiva...

—Sí.

—A la hora de las chicas, pues a lo mejor no les gusta esto a los chicos, el plan este que quieren hacer no les gusta. Entonces me parece mucho más fácil hacerlo siendo solo chicos que siendo mixto.

—Bueno...

—No sé... Yo no sé si estoy de acuerdo.

—No, no, yo lo digo desde mí que soy tío.

—No, claro, claro.

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

—Si tú ahora mismo tienes un grupo de WhatsApp pues, por ejemplo, en tu caso tendrás el chat de tíos, y luego el de tíos y tías, ¿sabes...? Porque si quieres comentar algo de yo qué sé... Por poner un ejemplo, ¿sabes? Pues si quieres comentar algo de la Fórmula 1, no les va a interesar en nada a ellas. Entonces, pues como que ya lo vas a hacer en el de los tíos. O sea, a lo mejor te apetece, yo qué sé, ¿eh? No sé, creo que es un poco generacional y va ligado a los gustos por sexos, ¿sabes? Igual pues no vas a preguntar a una amiga nuestra por el grupo que, yo qué sé, que estoy poniendo ejemplos superestereotipados, ¿sabes? Pero viendo la pregunta de: "¿Quién me acompaña a comprar a Fuencarral?". Nadie va a ir, ¿sabes? ¡Je, je, je!

—¡Ja, ja, ja, ja!

—O sea... ¡Je, je, je!

—Pero... Pero ¿qué estás diciendo, bro? ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja, ja!

—Pero, bro... ¡Joder! ¡Ja, ja, ja...!

—Yo qué sé, ¿sabes? ¡Ja, ja, ja! Es superestereotipado, pero para que me entiendas...

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

CAPÍTULO 6

La mediación tecnológica



Sin ser esta una investigación en la que se aborde específicamente la presencia de las tecnologías en las relaciones juveniles⁵, analizaremos sucintamente la manera en la que las redes sociales caracterizan los escenarios en los que tienen lugar las relaciones de amistad, y su posible influencia en la forma en que se constituyen y recrean las expectativas al respecto.

En primer lugar, adolescentes y jóvenes definen las ventajas que les reporta la tecnología en dos sen-

tidos fundamentales: para conseguir que las amistades a distancia sigan siéndolo, posibilitando una presencialidad que de otro modo sería imposible; y a la hora de romper el hielo, ayudando tanto a personas tímidas o retraídas (que encuentran una mediación que contribuye a romper algunas barreras comunicativas) como a gente que cambia de entorno, ciudad o centro de estudios (y encuentra en las redes sociales un primer impulso para hablar con personas o grupos nuevos).

En situaciones donde tú estás solo, pues el buscar gente que busque lo mismo que tú. Un grupo de nueva gente pues que da pie a que, a lo mejor, tú en persona ves a un grupo y no irías... no irías a hablarles directamente. Pues una red social sí que te puede ayudar en eso, en... integrarte en situaciones que a lo mejor no harías en persona.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Nos conocimos porque un día le dio por escribirme...

—Porque hablé por el grupo de clase y se aburría y le dio por escribirme. Y entonces pues nos empezamos a llamar.

—Moderador: ¿Escribir por móvil?

—Sí.

—Por WhatsApp, sí. Por WhatsApp.

—Porque era una nueva clase y yo no conocía a nadie, aparte de un par de amigos, y por extender mi círculo de amistad pues con una persona más.

—Moderador: ¿Y cómo es el primer impulso de escribir a alguien que no conoces?

—Pues porque, como no la conocía de nada, digo: “Al resto, pues algo...”. Así tipo... Sí, algún así tipo de su personalidad, de si me cae bien, me atrae. Pues en cambio a ella pues no la conocía de absolutamente nada. Y dije...

—[...].

⁵ Para profundizar en todos estos aspectos se puede acudir a Ballesteros y Picazo (2018); Ballesteros y Megías (2015); Lasén y Megías (2021); Megías y Rodríguez (2018).

—Fue superraro. Yo salía de entrenar y me encontré un mensaje de un número que yo no tenía agregado ni nada y dije: “¿Y esto?”.

—Ya, la verdad es que fue un poco extraño, pero...

—¡Ja, ja, ja!

—Bueno, ha salido bien.

—Nos empezamos a llevar muchísimo y pues... aquí estamos.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Tras esos primeros momentos en los que la tecnología puede servir de ayuda para conocer gente, una vez que se ha producido la conexión personal y las relaciones están establecidas, adolescentes y jóvenes destacan el papel fundamental que desempeñan las TIC para consolidar esos lazos, y llevarlos a otro nivel de amistad. Y no es que las relaciones se lleven a otro nivel simplemente por la comunicación mediada por la tecnología, pero el contexto tecnológico representa un escenario natural e imprescindible en unas relaciones personales que tienen lugar en el marco de la complementariedad entre los entornos online y offline. A partir de esta premisa, las tecnologías ayudan a

mantener y reforzar los lazos personales cuando estos ya son más o menos fuertes, y contribuyen a apuntalar sensaciones, expectativas y emociones. Muchas veces continuando conversaciones tenidas cara a cara, otras veces generando nuevos referentes, ejercicios que se entiende que ayudan a mantener la tensión de la amistad. Estas cuestiones no son pasadas por alto por las personas jóvenes, que son conscientes de su importancia, e incluso llegan a manifestar que, en ocasiones, han reflexionado sobre ello (“me he acordado de que, el otro día, varios de nosotros afirmamos que las redes sociales favorecían nuestra amistad”).

En principio pienso que no he visto a mis amigos y que voy a tener poco que contar, pero en realidad no es así. El día ha empezado para mí viendo un tuit de una persona con la que estuve el año pasado, que ahora tiene otra pareja. Era un mensaje en el que hacían referencia a llevar ellos dos gustándose desde hace un año, cuando él todavía quedaba conmigo, así que me ha hecho levantarme con mal pie. Otras veces me habría guardado esta “información que comentar” para las comidas en la facultad con el grupo de la uni, pero muy a mi pesar tuvimos la última de ellas hace ya tiempo... Así que me he acordado de que, el otro día, varios de nosotros afirmamos que las redes sociales favorecían nuestra amistad y les he mandado el tuit contándoles cómo me había sentado. No ha sido una conversación nada profunda, ni mi intención era que lo fuese. Ha sido mandarlo por compartir y por comentar. Enseguida todos me han hecho sentir bien con sus respuestas.

(Elvira, 22 años)

Lo que es nuestro grupo, cuando consolidamos ocho, que hicimos en cuarentena... Estábamos ya aislados, y estábamos hablando... Y ahí probablemente hablaríamos más... Y a raíz de algo que dijimos: "Mira, estamos aquí hablando muchísimo y estamos molestando a la otra chica, que no contesta casi". Y dijimos: "Pues nos vamos nosotros". Y eso probablemente no se habría consolidado tanto, ¿sabes?, de manera tan oficial, si no hubiese sido en redes sociales.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Cualquiera de ellos, si leyese esto, fliparía por la importancia que le estoy dando a lo que han sido cuatro mensajes, pero bueno, así es como más me he acordado de ellos hoy.

(Elvira, 22 años)

A partir de lo evidente de la presencia tecnológica en la creación, consolidación y mantenimiento de las relaciones de los y las jóvenes (y no tan jóvenes), algunos acercamientos cuantitativos ofrecen pistas sobre el tipo de interacciones que se producen mediadas por las TIC, y su aparente trascendencia. Fernández, Sádaba, García-Manglano y Vanden Abeele (2023)⁶, realizaron un estudio en el que analizaron más de doce mil interacciones sociales de 257 jóvenes españoles entre los 18 y los 25 años, durante cuatro semanas. En dicho estudio se constata que cuatro de cada cinco interacciones son con amigos o con familiares, y que "más de dos tercios del total de las interacciones fueron cara a cara", lo cual deja un amplio margen para las interacciones online. Algunos datos dibujan el escenario en el que se encuadran este tipo de interacciones:

Entre las interacciones mediadas, el medio más frecuente (el 19% del total) han sido las aplicaciones de mensajería (WhatsApp, iMessage, etc.), que sumaron 2 418 interacciones. Un 11% de las interacciones tuvo lugar por llamada o videollamada, siendo muy similar el número de interacciones por medio de ambos canales (733 por llamada y 612 por videollamada). Las interacciones menos frecuentes son las que se realizaron por medio de las redes sociales: representan solo un 3% del total. Aunque las redes sociales son el canal menos usado para interactuar por los adultos jóvenes encuestados, esto no significa que no sean un "lugar social". En efecto, las redes sociales permiten hacer presentes las relaciones de diversas maneras, lo que ayuda a mantenerlas y es un resultado natural de la necesidad básica de pertenencia. Además, puede que el uso de las redes sociales no sea interpretado como una interacción directa por su asincronía y, por supuesto, es bas-

⁶ Disponible en https://elobservatoriosocial.fundacionlacaixa.org/es/-/las-interacciones-sociales-de-los-jovenes-cara-a-cara-entre-amigos-y-familiares-y-poca-presencia-del-movil?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_content=EN&utm_term=Ciencias-sociales&crm_i=CIENSOC_2_GEN&utm_campaign=10185_OBS_Email.

tante posible que su uso conduzca a otras interacciones por otros medios.

Cuando los investigadores consideran las interacciones juveniles en su conjunto, señalan varios tipos, que pueden servir para contextualizar los relatos en torno a las relaciones de amistad:

Las interacciones sociales que buscan mantener las relaciones interpersonales (cara a cara o mediadas por la tecnología) son las más frecuentes (54% del total). Entre ellas destacan pasar el rato y ponerse al día (ambas suman un 37%); las otras dos interacciones con este fin son cotillear y bromear. Las conversaciones para conseguir un fin práctico son el segundo grupo más frecuente (34%): interacciones por motivo de trabajo o estudio, hacer planes, conversaciones de pasillo y pedir información. Las interacciones para fortalecer las relaciones (mostrar cariño y conversaciones significativas) conforman el tercer grupo (9%), considerablemente menos frecuente, pero con un rol clave en las relaciones interpersonales. Finalmente, conflicto y queja o desahogo son las dos interacciones con las que se gestionan las dificultades

en una relación; son las menos frecuentes (3%) y marcan especialmente las relaciones de las personas, en este caso con un carácter más negativo.

Lo señalado en relación con los usos tecnológicos como medio para apuntalar o mantener las relaciones encajaría con los datos recabados sobre las interacciones juveniles más frecuentes. Más aún cuando en los grupos de jóvenes se sostiene que la comunicación con los amigos y las amigas a través de las redes sociales o internet está protagonizada por cuestiones que encajarían en las mencionadas categorías de “pasar el rato y ponerse al día”, y “cotillear y bromear”. Suele ser común la consideración de que los asuntos que se califican como “importantes” no se hablan por redes sociales ni aplicaciones de mensajería instantánea. Pero cabe puntualizar que, siguiendo el hilo de lo expuesto, todos esos aspectos que no encajarían en la categoría de importantes” (problemas, cuestiones sentimentales y emocionales, etc.) también resultan fundamentales para apuntalar los lazos de amistad, de tal forma que, sin ellos, no se considera una amistad como tal.

Con mis amigas que están aquí es que solo hablamos para pasarnos noticias, chorradas, stickers y ya está. O sea, luego para cosas importantes no, porque no. Prefiero hablar, prefiero un café.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—Hombre, es que hablamos mucho de clase...

—Claro.

—Pues este ejercicio, este tal, este cual... Luego a la hora de contar cosas sí que es verdad que preferimos decirlo en persona, en plan, os lo cuento el lunes o tal... Pues así, pues hablamos... A lo mejor no demasiado, o no mucho, pero algo hablamos.

—Son más triviales... En plan; “Mira qué risa esto que he visto...”.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Si bien el discurso dominante sigue basándose en la idea de que las cosas trascendentes se hablan cara a cara, resulta interesante que aporten ejemplos de situaciones en los que parece evidente que se diluyen las fronteras, y los espacios online se llenan también de contenidos de la esfera de lo personal o de las responsabilidades. Así, expli-

can cómo jugando online con otras personas, por ejemplo, se puede terminar hablando de cosas “de la vida”, o cómo muchas conversaciones de WhatsApp se establecen en torno a cuestiones que les preocupan en relación con los estudios o con el trabajo.

Sobre las 11:15 un amigo me ha preguntado que si jugaba a algún videojuego para entretenernos; yo como tenía tiempo libre accedí y estuvimos un rato jugando y charlando de la vida, en concreto de la parte académica, con deberes, futuros exámenes, etc.

(Carlos, 16 años)

En la complementariedad entre los entornos *online* y *offline*, la comunicación online se basa en claves diferentes, y en un proceso de ajustar expectativas y tonos que requiere de una educación personal en torno al tipo de comunicación que se entabla con las personas con las que se establecen vínculos. En este sentido, la amistad también requiere que la persona que así se considera “te comprenda tecnológicamente”: cómo te expresas online, qué tipo de humor manejas, qué actitudes te molestan, de qué tipo de temas no te gusta hablar online... Y una cuestión que apun-

tan como importante: cuándo no se contesta a los mensajes. En una comunicación caracterizada por la inmediatez y la velocidad, saber conservar los espacios de silencio e intimidad (por saturación, por responsabilidades, por salud mental o por simple pereza), y que las personas con quienes se comunican respeten y entiendan esos espacios se señala como un factor clave a la hora de asentar las relaciones de amistad. Porque conocer a una persona también significa entender y asimilar sus patrones de comportamiento online.

—Por eso, la nueva virtud que creo que buscamos en la amistad es que nos comprendan tecnológicamente.

—Exacto.

—[...].

—Por ejemplo, yo no suelo responder y tengo un grupo de amigas de la universidad y cuando hablan, dicen: “No está”. Y todo el mundo sabe que no

voy a volver, pero no pasa nada, o sea, es algo que se tiene asumido y que no me presionan porque...

—Sabén que al final eso también es conocerse.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

De igual forma, en la complementariedad entre los entornos *online* y *offline*, la comunicación online requiere de una dedicación que resulta independiente (e insustituible) de la presencial. Por un lado, cuando la relación está asentada o en proceso de asentarse, si se descuida uno de los dos espacios, es probable que la fuerza del lazo que une a las personas se resienta (o simplemente no vaya a más). Por otro lado, en relaciones que por algún motivo se ven obligadas a restringir su

contacto cara a cara (cambios de entorno o de residencia, cursos en el extranjero, viajes, etc.), se subraya la importancia de la dedicación online, sin la cual se entiende que lo más normal es que se diluya la amistad (frente al modelo ideal de amistad que puede con todo). Esto se hace aún más evidente cuando el origen de la relación ha sido online (circunstancia que aparece con frecuencia en los relatos).

Yo conocí a un amigo que lo consideraba de mis mejores amigos, y nunca lo vi en persona, pero lo conocí, ya ves tú, en una aplicación de estas que escribes y que hablas tonterías, y después por Instagram empezamos a hablar; y luego ya eran videollamadas todos los días, siempre me ayudaba a hacer trabajos o siempre estaba ahí cuando estaba triste... Siempre me apoyaba. Pero llegó un momento en el que yo empecé a tener que estudiar más, nosecuantos..., y dejé de tener tiempo. Y él me decía: “Es que ya no me llamas, nosequé...”. Y yo: “Es que no tengo tiempo...”. Y al final, él me dijo: “Pues prefiero que no seamos más amigos, porque ya no... no es lo mismo que antes”. Y se cortó ahí [...]. La verdad es que lo llegué a considerar como mi mejor amigo porque, aunque no estuviera físicamente, él cada vez que me dedicaba su tiempo yo creo que eso era el mayor valor que me podía dar alguien, que me dedicase su tiempo. Pero claro, luego ya me enredé más a estudiar y no... A mí me dolió. Me dolió como si fuese una amistad de persona física, como si estuviese aquí, en Córdoba. Pero, claro, pensé: “Pues ya es su decisión, no voy a hacer que siga aquí...”.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—Cuando estábamos hablando de lo que nos gusta de nuestras amistades o de que nos tengan en cuenta, una cosa que me hace muy feliz es cuando eh... quedamos hace unos días y hablamos sobre temas y me llega un WhatsApp

de un amigo diciéndome: “Mira lo que he visto.” Y es sobre... referente a algo que hemos hablado el otro día. Es como que me hace sentir como que me ha tenido en cuenta, me ha escuchado y se ha acordado de mí en ese momento y me ha gustado. Yo creo que las redes sociales son cosa buena [...].

—Sí, porque lo que dices tú de mandarte chistes o situaciones o lo que sea, eso sí que es una parte que puede potenciar también la relación de humor, o de lo que sea, con una amistad. Porque, a ver, a mí me pasa, que me manden cosas graciosas o mandarlas yo y tal. Y luego en persona te acuerdas: “No, tal, me mandaste esto...”. Y yo creo que eso, sí, también potencia en ese aspecto la... la amistad.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

En relación con esa necesidad de dedicación online, y a pesar de que las personas jóvenes señalan que una de las mayores ventajas de las tecnologías es la posibilidad de mantener contacto con personas que no están cerca, o de facilitar el asentamiento de todas las relaciones en general, también se menciona que, incluso con la ayuda de las TIC, cuesta mantener amistades a distancia. Esto se explica precisamente por las diferen-

tes claves comunicativas que se manejan, que en muchas ocasiones pueden provocar que se reduzca el factor emocional que sustenta las conexiones personales, o que se generen conversaciones menos fluidas que van minando la chispa y las ganas. O simplemente porque hay personas que ni se desenvuelven bien con la comunicación *online* ni tienen intención de hacerlo.

—A mí lo de tener relaciones amistosas a distancia, personalmente, por mi forma de ser, me cuesta. Mucho.

—Cuesta, pero... si has tenido ya algo físico previo, o sea...

—Sí, a mí... Yo siempre noto que a mí esas relaciones se me rompen. Yo no... yo no era... mi personalidad a lo mejor yo me cuesta mucho estar pendiente del móvil, incluso pendiente del móvil estoy hablando de... de un mes a otro. Y yo por ejemplo yo no la sé sostener. Pero es..., o sea, son cosas mías, es que no es porque la amistad no valga la pena ni porque otras personas no sepan. Yo no sé sostenerlo. Yo tengo amigas, bueno, he tenido amigas de toda la vida de que ... de Lleida justamente, y... y yo con el paso de los años incluso yo me sentía mal, porque me escribían y decía bueno, les respondo luego, les respondo luego...”. Y nunca llegaba, y es un problema mío, que yo lo intentaba trasladar muchas, veces de: lo siento, pero no sé sostenerlo y no sé cómo hacerlo. Yo soy del lado como opuesto, de... aparte de que se me da mal el móvil, muchas veces... me cuesta.

—O sea, yo soy igual. Yo creo que no se puede construir una amistad con las redes sociales, pero sí que facilitan la comunicación.

—Sí.

—Sí, eso sí.

—[...].

—Yo personalmente no sé llegar a eso. Es decir, yo puedo tener una relación, pero si se aleja mucho, me cuesta. No sé.

—Total.

—Es que yo soy muy... emocional.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Además de los posibles problemas de entendimiento en base a las diferentes claves de comunicación del medio online, o precisamente por ello, es común escuchar que existe cierta brecha entre el contacto con las amistades vía TIC, y la posibilidad de hablar de temas más o menos serios. Y no solo porque “las cosas importantes hay que hablarlas cara a cara”. También porque se reconoce que, aunque se quiera, cuesta expresarse, saber qué decir y cómo, en el entorno de las redes sociales o las aplicaciones de mensajería instantánea, cuando se trata de cuestiones trascendentes o complicadas. Se interpreta que el componente

emocional es de difícil manejo en el contexto virtual (porque ya lo suele ser en el cara a cara), y que a ello hay que sumarle la posibilidad de que existan malentendidos y fallos de comunicación porque hay personas que se expresan peor, o diferente, de forma online. En función de esta percepción de la comunicación vía redes sociales o internet, resaltan la importancia de la misma como refuerzo de la presencialidad y la dedicación propia de la amistad, imprescindible en momentos de dificultad, y como paso previo o puente para encuentros de tú a tú, en los que sí se desarrollan y se profundiza en las cuestiones abordadas *online*.

Me hubiese gustado ver a los de la uni, especialmente hoy que Adolfo lo ha dejado con su novio. Ya se veía venir, creo, porque se estaban dando un tiempo. Me cuesta mucho saber qué decir por mensaje, pero aun así le dimos ánimos todos. El viernes nos veremos varios, espero que ahí nos cuente un poco más y se desahogue.

(Elvira, 22 años)

El bombazo de este finde llegó el domingo por la noche, cuando les conté a mis amigos de la uni que lo he dejado con mi novio (con el que en general todos se llevan muy bien). Hace un par de semanas les conté que nos estábamos dando un tiempo, así que tampoco les ha pillado tan de sorpresa.

Todos me dieron su apoyo y me preguntaron cómo estaba. Les dije que bien y les di las gracias por sus palabras. Realmente no soy muy expresivo por redes o por WhatsApp, así que esperaré al viernes que hemos quedado para hablarlo mejor.

(Adolfo, 22 años)

La importancia de la presencia online de las amistades queda patente cuando, en ocasiones, se reconoce que no es irrelevante poder contrastar que las personas que te importan están ahí (en las redes sociales), mirando y valorando lo que dices, o los contenidos que subes, como prueba de que

la comunicación no es unidireccional. Entonces se explica que hace sentir bien el hecho de que respondan a las intervenciones en redes sociales, precisamente porque ello demuestra que esas personas están pendientes de uno/a.

Por la tarde tuve que ir al médico por unos sarpullidos que tengo, y subí una historia a “Mejores amigos” de Instagram, donde solamente hay sesenta personas (que son la gente a la que considero amigos, más algún conocido muy gracioso o simpático), preguntando: “¿Qué creéis que tengo?”. Y algunos de mis amigos respondieron cosas como: “una tenia”, “lepra”, “cuentitis”, etc. Cuando mis amigos interactúan conmigo por redes sociales me hace sentir bien. Esto puede ser en parte porque dicen cosas graciosas, pero también porque demuestra que ven las cosas que subo y se toman un momento para ver la tontería que me ha dado por contarles ese día.

(Adolfo, 22 años)

He subido a una storie de “Mejores amigos”. Dos personas le han dado un me gusta y eso me hace sentir bien.

(Adolfo, 22 años)

Partiendo de esta dinámica de comunicación, también se pone en evidencia el riesgo que puede suponer volcar en exceso el peso de la relación en el contexto *online*, pues ello puede provocar que se sobrestime el tipo de conexión personal simplemente atendiendo a la frecuencia de contacto *online* (es decir, pensar que eres muy amigo o amiga de alguien porque tienes mucho contacto

a través de las redes sociales, sin que ese contacto tenga reflejo fuera del espacio virtual). Este hecho encajaría perfectamente en el imaginario tecnológico en torno a la constante sobrestimulación, que alcanza también a las relaciones personales. Por ello, adolescentes y jóvenes son conscientes de jugar en un terreno en el que tienen enormes posibilidades para relacionarse y reforzar víncu-

los, pero en el que también pueden ser objeto de espejismos, desencuentros y decepciones.

Es que yo creo que ahora, desde las redes sociales, como que estamos súper sobre estimulados. Y vale, pues puedes tener amigos... como amigos, yo qué sé, gente en común por Twitter e Instagram. Igual hay más comunidad en Twitter. Y, pues te puedes sentir super-feeling con esa persona o con esos tuits que pone. Como: “¡Guau!”. En plan: “Sería amiga de esta persona”.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Es muy cierto que la comunicación online es observada mayoritariamente como algo positivo y que ofrece muchas ventajas para afianzar las relaciones de amistad (en cualquier caso, las personas jóvenes la asumen como un hecho ya irrenunciable y naturalmente aceptado como parte indisoluble de la comunicación). Sin embargo, cuando se pone sobre la mesa el lado menos positivo (en la mayoría de las ocasiones, a petición del moderador), se mencionan algunas cuestiones relevantes. Dejando a un lado los posibles malentendidos ocasionados por las diferentes claves comunicativas mencionados anteriormente, algunas características de la comunicación *online* pueden afectar a las relaciones de amistad, en varios sentidos.

Por un lado, se menciona que el hecho de que las tecnologías ofrezcan tantas facilidades para la comunicación y para la conexión constante y permanente deriva en una tendencia al acomodamiento, y a no valorar cuestiones que se dan por sentadas. Ello puede provocar, entienden los y las jóvenes, que se descuide la atención de personas importantes que aparentemente forman parte de sus vidas, pero que quizá solo están presentes en puntuales actualizaciones de las redes sociales; o que se concentre en exceso la comunicación en un entorno virtual en el que cuesta más desarrollar una parte de la amistad. Esta tendencia a no esforzarse por cuidar la amistad, entendida desde su concepción ideal (confianza, sinceridad, presencia, reciprocidad), hace que esta se resienta⁷.

—Parece que sí, pero a veces juega en contra. Mi padre me dice mucho que a veces, en la década pasada (o sea, década no, en el siglo pasado), que no existían tantos móviles y tantas cosas, la gente estaba más unida por esa

⁷ En Lasén y Megías (2021) se explica cómo, tras la dura experiencia del confinamiento por la crisis sociosanitaria de la covid-19, muchos y muchas jóvenes relataban la renovada importancia que concedían al valor de la amistad y a la necesidad de que se desarrolle con plenitud en el terreno físico y emocional, tras haber estado durante un largo período manteniendo un contacto exclusivamente online. En tal circunstancia se agradecían enormemente las posibilidades que ofrecen las tecnologías, y se daba gracias por ello (no se podían ni imaginar haber estado durante el confinamiento sin redes sociales), al mismo tiempo que señalaban la convicción, mayor que nunca, de que relacionarse así es completamente insuficiente para vivir plenamente la amistad, y sentirse bien en general.

misma cosa de que, si no voy a tu casa, no puedo recogerte, ¿sabes? Además...

—Claro, porque ahí como que te esforzabas más.

—Claro.

—Claro, ahora todo es como más fácil.

—Ahora hay que ir a tu casa para ayudarte a no sé qué, nada. Hay que llamar al teléfono.

—Sí.

—Y cuanto más facilidad hay, más nos acomodamos.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Se apunta también una paradoja, que forma parte de las dualidades que, a la hora de comunicarse, caracterizan la relación de los y las jóvenes con la tecnología (Megías y Rodríguez, 2014). Y es que, pese a que siempre se señala la capacidad de las TIC para conectar a gente que está lejos y mantener la relación entre personas que emprenden caminos vitales diversos, en la práctica se tiende a reconocer que se habla más online con la gente que se ve con más frecuencia, y no tanto con las

personas con las que se tiene menos contacto. La comunicación online, por tanto, sirve para reafirmar rutinas y afianzar lazos a través de la demostración y la presencia constante, aprovechando las ventajas que ofrece cada contexto (*offline* y *online*), desde una complementariedad entendida como indisoluble (si solo se puede mantener un contacto *online*, u *offline*, esa complementariedad pierde sentido e interés).

Yo tengo amigos que yo les cuento mi día a día, todo. Y luego tengo amigos, son mis amigos de toda la vida, y fíjate que, por el WhatsApp, que no he hablado absolutamente con ellos por el WhatsApp. Es que me puedo pasar a lo mejor semanas que no hablo con ellos. Y a lo mejor los llamo, ellos me llaman: “Oye, ¿cómo estás?”. Y cuando quedamos a lo mejor me dicen: “Qui-llo, pues que yo que me he metido en la carrera de no sé qué...”.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Uno de los lados menos amables de la comunicación mediada por las tecnologías es el de la saturación, que en relación con los amigos y las amigas se manifiesta en dos sentidos fundamentales. Por un lado, la sensación de que ya no queda “nada de qué hablar”, provocada por la presencia constante

(presencial y *online*), y la sobreexposición personal. Esta exposición personal permanente debe lidiar con el cuidado de las necesarias parcelas de intimidad. También con la posible presión de generar contenidos que doten de sentido al acompa-

ñamiento permanente y que eviten los “silencios incómodos”.

Bien es cierto que una perspectiva de la amistad que asume el hecho de que dos personas puedan estar en silencio y ello no solo no suponga incomodidad, sino que refuerce un tipo de conexión personal, es buena muestra de un apego de amistad. Pero también lo es que, en relación con el contexto online, esos silencios pierden sentido o resultan más complicados de gestionar, pues tienen que ver con un ejercicio de “desconexión” voluntaria que ya es interpretada de otro modo y puede tener otras implicaciones (quedar al mar-

gen, perder oportunidades, no encajar con la normalidad, etc.).

A partir de esta última idea se manifiesta otra forma de saturación, que es la que genera la percepción de tener que estar siempre disponible, y de tener que contestar prácticamente en tiempo real (para evitar esos “silencios incómodos”, en este caso, online). Esta sensación suele generar conflicto (por intentar no quedar fuera de las dinámicas normalizadas de comunicación) y ansiedad (por la impresión de no gestionar el propio tiempo, ni la propia intimidad)⁸.

Yo muchas veces veo... veo los WhatsApp que tengo abiertos. Me pasa lo que has dicho tú de que me escribe un amigo, ¿no? Y hablo yo qué sé... Mantengo una conversación de “x” tiempo, ¿no? Y hay un momento en el que digo: “Hostia, qué pereza.”, ¿no? Y ya dejo el móvil de: “Se me quitan las ganas de hablar.”, ¿no? Y me pasa, y se me acumulan los WhatsApp y me empiezo a agobiar, y digo: “¡Puf!”.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Yo tuve una pelea con una amiga hace un mes, porque es que se me olvidó contestarla, qué quieres que te diga. Se me olvidó contestarla porque tengo otras cosas que hacer y tantos... tantos grupos de la universidad, de no sé cuántos, no sé cuántos, se me van las conversaciones, y se enfada y me dice que no le presto atención, que siempre tiene que estar ella detrás de mí. Y siempre tengo que estar todo el rato detrás, y le dije: “No va a volver a pasar, yo lo intento”.

Pero es verdad que por ejemplo me pasa hoy, que digo: “Madre mía, que no le contesto desde ayer, verás tú la que me va a liar...”.

—Por Dios...

—Eso es ansiedad, esa ansiedad te la genera ella.

⁸ Alguna persona joven señaló que está saturación ha sido mayor tras lo vivido durante la pandemia de la covid-19, como un efecto rebote tras la evidente dependencia del móvil para poder relacionarse en ese tiempo, que habría conducido a una búsqueda mayor de la presencia física, o más bien a un mayor control de la presencia *online*.

—Claro, claro.

—Ya en verdad es tóxico porque te está creando... una dependencia a tope.

—Y un miedo.

—Claro, a mí me genera ansiedad de decir: “Es que me ha escrito, la quiero responder, pero ahora no puedo, ¡uf!, pero es que llevo días sin responderla...”; y te creas como una pequeña ansiedad.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Ese conflicto también se genera porque existe un sentido de la “responsabilidad” asociado a las mediaciones tecnológicas, derivado de que todo el mundo acepta conocer las reglas del juego de la comunicación online, que caminan paralelas a las propias posibilidades que ofrece (inmediatez, velocidad, comodidad, etc.). Así, se crea la obligación (pues de tal modo proyectan ese sentido de la responsabilidad) de tener que estar y de tener que responder, para evitar la frustración de la otra parte, de igual forma que se espera que la otra parte evite la tuya. Porque, de la misma manera que se manifiesta que puede existir ansiedad por

tener que estar siempre disponible, es común reconocer que no gusta cuando se escribe a alguien un mensaje y no contesta más o menos pronto, o en un tiempo prudencial. Y, en cualquier caso, si no se actúa en ese sentido, se entiende el porqué de las posibles suspicacias. Como apuntamos anteriormente, la amistad también será entender y respetar la manera que tiene la otra persona de comunicarse y comportarse online, buscando el equilibrio en las expectativas y observando el cuadro completo de la complementariedad entre los entornos *online* y *offline*.

—Tienen su parte mala, como es la obligación de tener que estar pendiente de que tienes que estar contestando...

—Te sientes mal si no respondes. Yo siempre me siento mal.

—Sí, completamente.

—[...].

—Pero eso de que... de que te sientas obligado a responder, o triste, o mal si no te responde la otra persona, eso ya va en cada uno...

—Eso... O si pasan muchas horas y no te responden. Hablas por la mañana, pero no te responden hasta por la noche...

—Sí, parece que te están faltando al respeto.

—Claro. Si tú sientes que estás en la obligación de responder es porque esa obligación te la creas tú mismo.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Yo tengo alguna amiga que no mira el móvil, a veces que le pregunto algo, de exámenes o de lo que sea, y no responde. Y yo qué sé, da rabia.

—Es que a lo mejor estás en un bajón y necesitas a alguien y le escribes y no te contesta, y tú: “Pues vale...”. Y luego te escribe y ya se te ha pasado. Entonces...

—Claro, o sea, tampoco ser exigente, en plan, que conteste ya, pero que tampoco te conteste en cinco días.

—O sea, que a lo mejor a ti mismo pues sí que te sienta mal en el momento. Sí. Que sí que te sienta mal en el momento, porque dices: “Jolín, pues necesito a esta persona y ahora mismo no está”. Pues a lo mejor esa persona está ocupada haciendo otra cosa. Y no hace falta que esté todo el día conectada, pendiente...

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Mi personalidad siempre ha sido como... si yo veía una notificación en el móvil, ya me ponía como nerviosa y me sentía con la obligación de contestar. De hecho, llegó al punto de quitarme el visto, porque cualquier persona que viese que yo me había conectado o lo había leído y no le había contestado, pensaba: “Vaya, va a pensar que... que me da igual o lo que sea...”.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Yo soy de Córdoba, pero si estoy en otro sitio a mí me da la sensación de que al final es una responsabilidad tener que responder [...].

—Depende mucho de si una persona te está contando algo de diario. A veces es como que obligamos a que te respondan, ¿no? Pero también es que depende, porque a lo mejor si tu mejor amigo se ha ido a Galicia y te ha pasado algo.... No sé, que tus padres se han separado y no tienes a nadie más a quien contarle...

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

De igual forma que se conoce cómo se comporta un amigo o una amiga en la comunicación (online) diádica, cuando un grupo de amistad se comunica a través de las redes sociales o mediante aplicaciones de mensajería instantánea, sus integrantes

saben qué papel, por lo general, desempeña cada cual en esa comunicación: quién participa más y a quién no le gusta, quién responde y quién no, qué tono emplea cada cual, qué sentido del humor tiene, etc. Cuestiones que pueden tener que ver

con las claves y los roles que desempeña cada persona de manera presencial, pero que también pueden ser distintos (sin que ello suponga extrañeza). En este sentido, cada integrante del grupo sabe qué comportamientos pueden incomodar más al grupo o hacer que este se sienta más cercano o más lejano. En cualquier caso, hay circunstancias que son comunes a la hora de valorar las actitudes

que pueden molestar o incomodar al grupo, que pasan por ignorar los contenidos y las apelaciones directas en las conversaciones, o prestar atención a los de algunas personas pero no a los de otras. Igual que sucede en la comunicación pareada, se plantea cierto sentido de la responsabilidad con el grupo, que puede generar sensaciones de culpa o presión.

—A mí lo que sí me pasa en los grupos..., o sea, yo a veces sí que siento y también yo creo que estoy en un momento de mi vida ahora como muy insegura, entonces empiezo a comparar ya. Entonces a lo mejor sí que siento que hablo a veces y no me responden, porque a veces ves que lo han leído, ¿no?, en los grupos, y no te responde nadie.

—Eso siempre pasa.

—Pero luego veo que a uno sí que le responden más, entonces, yo ahí empiezo ya...

—Eso siempre pasa.

—Ese es mi problema, pero...

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Mis amigas de la uni estuvieron hablando ayer de coger los vuelos para el viaje de fin de carrera, yo ignoré un poco el grupo, espero que no se enfaden conmigo.

(Adolfo, 22 años)

Casi desde la convicción de que no se puede no estar en la comunicación online (“estamos acostumbrados a estar”), no resulta fácil mostrar un perfil bajo en la misma, pues puede generar conflicto con el grupo, o al menos generar cierta desafección por parte del resto de los miembros. Pero es cierto que existen personalidades más desprendidas o que muestran un mayor desapego con respecto al móvil y a la comunicación mediada por las TIC, que son aceptadas por el grupo cuando los

lazos de amistad son fuertes y la presencia y dedicación está contrastada en otros contextos, y son percibidas casi como una *rara avis* (“es así”). Desde el otro lado, el de esas personas que se comunican menos *online*, o de forma más asincrónica, casi se asume la necesidad de tener que demostrar, o haber tenido que demostrar, que su comportamiento responde a un rasgo de su personalidad, pero que ello no implica que los apegos de amistad con las personas del grupo sean menores.

—Yo no tengo nada esa presión, pero creo que porque yo siempre he demostrado mucho cómo soy de desapegada con el móvil, y es más, mi alrededor no suele contactarme mucho por el móvil porque sabe que no voy a responder de inmediato o casi nunca.

—Yo igual.

—Y yo no tengo mucho esa presión, y es más, muchas veces respondo inmediatamente porque es algo como... yo qué sé, algo que dices un amigo tuyo ha tenido su primera cita y te dice: "Acabo de salir". "¡Hostia! ¿Qué ha pasado?". Pero no... no tanto por esta necesidad de inmediatez.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Es cierto que ahora de forma general sí que... yo personalmente no, pero porque me he limitado bastante en eso con mis relaciones interpersonales.

—Es que estamos acostumbrados a estar, entonces..., cuando no, hay un problema.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Además de las dinámicas propias de la comunicación *online* directa, las tecnologías propician otras cuestiones, derivadas del papel de cada persona como observador u observadora de contenidos conversacionales en internet (es decir, leer cómo personas que conoces, en mayor o menor medida, se relacionan en redes sociales). Entonces se reconoce que se pone atención en el tipo de interacciones que tienen lugar entre las personas que forman parte del círculo de amistad: de qué cosas hablan, si hacen planes por su cuenta, a qué sitios van, si se lo pasan bien sin la presencia de quien

observa, etc. Pero también están pendientes de lo que hacen otros grupos (si se lo pasan mejor, si se tratan de manera diferente, hacen otras cosas y van a otros sitios, tienen gustos diversos, etc.), de tal forma que se amplifica el reflejo o el espejo de cómo son las relaciones de amistad (de la misma manera que ocurre con los modelos de belleza y de comportamiento). Esta circunstancia en ocasiones genera ilusiones de falsa realidad, y sensaciones de frustración o envidia; todo lo cual, en palabras de los y las jóvenes, puede llegar a ser "difícil de gestionar".

—Yo leí un artículo o leí un tuit de una persona que decía: "¡Buah! Es que mi amigo hace nosequé, hace nosecuantos...". Y te comparas, aunque sea de forma inconsciente, esa amistad que tienes como algo que viste en internet. Y... sí que yo creo que influye en que no sean igual tan auténticas. No sé... Que esto sí que lo tenemos hablado [...].

—Yo creo que lo de la comparación es... O sea, yo lo que hago... Bueno, ahora que estoy lejos de casa, sí que me gusta entrar en Instagram para ver lo que están haciendo mis amigos en las historias. Saber si han quedado, dónde han ido y tal. Pero también lo que me pasa es que, si un día yo no salgo o si un día estoy con mis amigos, y veo a otros grupos de amigos quedando, pues es como que digo: "Ay, pues a lo mejor nosotros no somos tan divertidos como ellos...". Es eso, así es como puedes verlo todo. Entonces es como que sí, te comparas más. O sea, sí que estoy de acuerdo en que complejizas las relaciones. Que una cosa sea compleja no tiene por qué ser mejor o peor, pero sí que es más difícil de gestionar.

—Claro, yo, sobre todo, creo que no es tan bueno por lo que dice todo el mundo, de que solo se muestra lo bueno. Entonces, claro, eso al final te puede generar un complejo de: "¡Joé! Es que yo no soy tan divertido. Yo es que no hago tantas cosas".

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

CAPÍTULO 7

*Algunas diferencias en relación
con el género*



En este capítulo indagaremos acerca de si existen diferencias entre hombres y mujeres⁹ jóvenes a la hora de entender y afrontar las relaciones de amistad. Este terreno está plagado de estereotipos de género que no resultan en absoluto novedosos, pero que aparentemente siguen resultando operativos. Y es interesante observar que buena parte de estos estereotipos tienen que ver con cómo se entiende que son las relaciones de amistad de las chicas entre ellas, y de los chicos entre ellos, obviando en primera instancia las relaciones mixtas. En función de esta peculiaridad, el retrato de los estereotipos no dista mucho de lo ya analizado hace veinte años en Rodríguez y Megías (2002, págs. 94, 96-97), donde se afirmaba lo siguiente:

Si hablamos de las mujeres, existe un acuerdo prácticamente unánime respecto a la idea de que estas afrontan la amistad de una forma más posesiva y celosa, comportándose, con sus amigas, de forma “maliciosa, envidiosa, traicionera y falsa”. La explicación a este planteamiento se establece en el sentido de que su forma de relacionarse resulta mucho más sentimental, implicada y emotiva, mucho más rápida en sus “concesiones”, pero también mucho más rápida y expeditiva en sus rechazos, que tienden a ser radicales, tajantes y sin vuelta atrás. Es decir, las mujeres se “vuelcan” más en sus relaciones y otorgan un mayor grado de confianza, exigiendo una respuesta en el mismo sentido y una fidelidad inquebrantable; pero se muestran desconfiadas respecto a su propio género y reconocen lo excesivamente posesivo de su forma de afrontar esas relaciones. Como su forma de sentir o vivir las relaciones de amistad es máxima (gran implicación, mucha dedicación, mucha entrega), pero su desconfianza respecto

al propio género también es máxima (envidiosas, celosas, “malas”), asumen lo efímero, volátil y superficial de gran parte de sus relaciones [...].

La forma en la que los chicos afrontan sus relaciones con otros hombres es analizada en función de planteamientos que resultan totalmente contrarios a los enunciados para las chicas. Así, estos tendrán más amigos y se mostrarán más unidos, dispondrán de una mayor capacidad para perdonar y olvidar, pero todo ello sustentado en una actitud “pasota” o indiferente respecto a muchos de los teóricos aspectos que componen la amistad. Es decir, los chicos no parecen otorgar tanta importancia a la “entrega” total en una relación de amistad, lo que limita, en gran medida, la amplitud de valores como la sinceridad o la confianza, así como la necesidad de “demostración” de todas esas capacidades. Además, la tradicional idea de que los hombres ocultan sus sentimientos y debilidades (especialmente entre ellos) tiende a ser asumida por los propios protagonistas, que lo aceptan como algo natural por su condición y educación.

Más cercanos en el tiempo son los datos que ofrece el *Barómetro Juventud y Género 2019. Identidades y representaciones en una realidad social compleja* (Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad, 2019, págs. 34-36). Aunque son ideas con respecto a las que existe un acuerdo minoritario (no llegan al 3 en una escala del 0 al 10, en la que 0 significa “Nada de acuerdo”, y 10, “Totalmente de acuerdo”), son reseñables las diferencias por género en dos cuestiones fundamentales:

1. Las chicas están más de acuerdo con que “las amistades con chicos son más sinceras y leales”

⁹ Recordamos que la muestra cualitativa realizada para desarrollar la investigación, y en la que se basa el presente informe, no permite abordar los discursos de personas jóvenes que no se sienten ni hombre ni mujer.

(el 28 % de las chicas frente al 23,1 % de los de chicos).

2. Los chicos señalan más que “las amistades con chicas son más tiernas y afectivas” (el 18,8 % de las chicas frente al 30,3 % de los chicos).

Estos datos encajan con lo que plantean Revilla y Puyod (2023, pág. 4) cuando afirman que “la investigación sobre sociabilidad juvenil también ha mostrado diferencias de género. Las relaciones masculinas se organizan más en torno a la lealtad, mientras que en las femeninas prepondera la intimidad, lo que da lugar a grupos de mayor tamaño en los chicos y mayor número de díadas en las chicas”.

—Yo empecé a notar que yo, cuando estaba en un grupo de chicas, ¿eh?, era como que criticaban mucho a las espaldas, pero muchísimo. O sea, tú estabas en el grupito de tres, que ya hemos hablado antes, y en el grupito de tres te ponían a parir siete veces. Y hablaban de cosas y siempre estaban hablando mal. Y entonces yo ya me junté con un chico y los chicos pasan de todo.... Pues ahí que te defienden, te apoyan, te cuidan, cuando vas con ellos a algún sitio te sientes segura... no sé. Es diferente, es diferente.

—Sí.

—Yo también.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Lo que ese escucha en las dinámicas grupales realizadas tiene mucho que ver con los estereotipos citados. Entonces destacan algunas diferencias que tienen que ver con la manera en la que se juzgan tales estereotipos, incluso cuando se fija la atención en sus aspectos más positivos. Y es que cuando se habla de hombres simples y pasotas se hace para inmediatamente reseñar cómo ello forma parte de su gran capacidad de lealtad con quienes son sus amigos, y con el grupo de refe-

No redundaremos en la conceptualización sobre los estereotipos de género tantas veces tratados; sin embargo, valga la breve introducción para contextualizar los discursos al respecto. Siendo las representaciones sociales prácticamente idénticas a las mencionadas (en su reducción más simplificadora: hombres como personas “planas” y leales, mujeres como personas complejas y emocionales), haremos hincapié en la forma en que tales perspectivas encajan o no con el tipo ideal de amistad entre la gente joven, y en las implicaciones personales y grupales que tienen los estereotipos con tanta fuerza.

rencia en general, precisamente porque no se enredan con los aspectos que hacen más difícil la consecución de esa lealtad. Aspectos que, precisamente, son los que definirían el punto teóricamente diferencial de las mujeres: ser más emocionales y sensibles.

Estos aspectos atribuidos a las mujeres, que a priori ofrecerían todo un mundo de buenas posibilidades (capacidad para dar apoyo sentimental

y emocional, para escuchar, para ser empáticas, para dar cariño, etc.), sin embargo, suelen ser presentados de la mano de sus contrapartidas negativas: la complejidad, la inestabilidad, la tendencia a la posesión, los celos, etc. Es decir, que el estereotipo presenta características masculinas aparentemente negativas, pero revestidas de positivas, y características femeninas aparentemente positivas, pero revestidas de negativas. Además, cuando en el modelo ideal de amistad, y en el imaginario sobre los componentes de la amistad, la lealtad es un aspecto imprescindible y unánime e inmediatamente aludido tanto por ellas como por ellos; mientras que el mundo de las emociones no se aborda de forma tan directa ni tan clara (no es algo palpable o demostrable, y, además, tiene un reverso que no sería tan positivo).

En los discursos juveniles preponderantes, en general, parece existir una clara asunción de estos

estereotipos. Desde las chicas, asumiendo la losa de una educación diferencial, y la realidad de una conformación cultural de lo que es masculino y lo que es femenino que, respecto a la amistad, sitúa ambos universos en posiciones bien distintas, especialmente en lo que se refiere a capacidad de comunicación (que básicamente parece circunscribirse al universo femenino).

Por parte de los chicos, además de lo anterior, adoptando una poco disimulada dificultad para manejar algunas cuestiones de los propios estereotipos. Desde la incomodidad que provoca hablar de las emociones y de cómo se desenvuelven con ellas (sobre todo durante la adolescencia), se acepta que el rol masculino en ese sentido será más “introvertido”, y no extrañará que, incluso entre amigos, la actitud sea de no abrirse, no contar, estar a la espera.

¿Eh? ¡Uf! No sé, creo que el comportamiento femenino y masculino tiene bases biológicas... No, no es el mismo. A lo mejor te diría que, por lo general, por regla general, las chicas tienden a ser bastante más emocionales, a ser..., yo qué sé... O sea, no creo que, por ejemplo, cuides igual una relación de amistad con un tío que con una amiga, ¿sabes? Creo que no... No sé, no tiene la misma... No sé cómo explicarlo. No sé si me estáis siguiendo o no...

(Grupo triangular de chicos, 21 años)

Las chicas tenemos más tendencia, hemos cuidado como más las relaciones interpersonales y el hablar y el comunicarnos, tenemos más facilidad y habilidad de comunicarnos y de ser sinceras, y los chicos no tanto porque habéis estado toda la infancia jugando a la pelota...

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Yo pienso, sobre todo, también que los tíos somos muy introvertidos. Yo tengo un problema y, para que yo se lo cuente a mi mejor amigo o a mi

pareja... ya tiene que ser algo que yo me haya reconcomido mucho la cabeza. En cambio, mi mejor amiga a la mínima que le pasa ya me está contando: "Oye, que me ha pasado esto y lo otro".

—Sí, sí.

—Yo pienso que los tíos somos... Que tenemos problemas y no somos tanto de ir... A lo mejor me equivoco, también depende de la persona. Pero que depende... El hombre y la mujer son distintos en la amistad por eso, porque a lo mejor el hombre es más introvertido y tarda más en abrirse o le cuesta más abrirse.

—Porque se lo educa en eso, ¿no? Porque se nos educa en la represión de abrirnos a nivel emocional.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Esta actitud defensiva masculina actuaría en dos niveles. Por un lado, en relación con la conformación de los lazos de amistad, como un ejercicio de contención de la exposición personal permaneciendo un poco a la defensiva hasta saber "de qué rollo van" el resto de las personas. Incluso adoptando actitudes desafiantes o chulescas como forma de protección (lo que no deja de ser una

manera de reconocer una vulnerabilidad). Protegerse y evitar cualquier elemento que perturbe la tranquilidad o produzca desequilibrio (hasta saber "de qué rollo va" esto de las emociones, podría decirse con cierta ironía). Esta actitud no suele esperarse de las chicas, que se expondrían mucho más, o más rápido.

—Yo, cuando estoy con otros chicos, sobre todo si no sé de qué rollo van, aunque... aunque no me guste hacerlo, pero yo inconscientemente sí que voy un poco más con chulería, un poco más de otro rollo. ¿Sabes? O sea, es como una especie de escudo que me tengo que poner en plan de: "No vaya a ser que estos sean unos burracos y ahora se líen a collejas conmigo". Y tienes que llegar un poquito en plan de: "Oye, ¿qué pasa?". Y luego ya dices: "Venga, son buena gente, bajamos niveles", ¿sabes?

—Sí, sí.

—¡Je, je, je!

—Sí, que llegas con la guardia alta, por decirlo de alguna manera.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Por otro lado, en relación con la manera en que se encaran los posibles problemas relacionados con las emociones y los sentimientos que rodean a la amistad (en ocasiones, incluso se percibe que las propias emociones son afrontadas como problemas, por su poder desestabilizador). Entonces, la actitud masculina juvenil prototípica equipararía esa tendencia al silencio y al ocultamiento, como una manera de “aguantar” y resistir, hasta lograr la estabilidad y el equilibrio emocional. Pero se trata de un ejercicio de aguante que no es entendido como una apuesta por la resiliencia (que generalmente es una capacidad atribuida a las mujeres), sino como la capacidad de estar por encima de las adversidades y vencerlas (echarle valor o “echarle cojones”, expresión que indudablemente pertenece al universo masculino). Es decir, sin capacidad de adaptación o de aprendizaje, simplemente, se vence por derribo.

—El hombre es fuerte y tiene que aguantar todo eso.

—Claro, son los roles, los roles...

—Y si tiene un problema tiene que aguantar e ir para delante, ¿no?

—Echarle cojones a la vida, efectivamente.

—Sí.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Estas atribuciones por género marcarían claras diferencias a la hora de poner en juego tanto las relaciones diádicas como los grupos de amistad. Frente a una actividad femenina cargada de energía emocional, que deriva en un tipo de apoyo muy apreciado ante las dificultades o problemas sentimentales, por ejemplo, a los chicos se les atribuye una energía más centrada en las acciones (es decir, que de la amiga se espera empatía y apoyo emocional, y del amigo se espera que te ofrezca planes para distraerte y olvidar). Esto también

derivaría en una manera algo distinta de entender o interpretar la fidelidad (al menos, a nivel de las expectativas): mientras que ellos la demostrarían con actos y comportamientos concretos, prácticamente físicos (salir en defensa ante terceras personas, entrar al conflicto directo, incluso pelear), la demostración de las chicas sería más compleja, pues actuaría en el campo de las emociones (estar ahí para hablar, compartir los problemas). En este sentido resultaría más sencillo “contrastar” la lealtad masculina.

—Mi mejor amigo es una muchacha. Bueno, mi mejor amigo... Y yo pienso que no sé si por el hecho de ser amigo o qué, cuando me ha pasado algo grave, este te da... Los dos te ayudan, pero de una manera muy distinta. A lo mejor, la muchacha es de una manera más efectiva, más dándote cariño, más comprensiva...

—Más cercana.
 —Más... más sensible, más sensible.
 —Más cercana.
 —Sí, más cercana, y cada vez más intentando...
 —Más sensible.
 —Sí.
 —"Venga, vamos a hacer otra cosa...".
 —Energía, tienden a transmitirte energía, a transmitirte fuerza: "Venga que estás bien, nosequé... No te preocupes".
 —No, sí, sí. Creo que no sé si eso es por el hecho de ser hombre o mujer, porque... Pero, por ejemplo, mi amiga pues era más: "Venga, hasta yo te entiendo, tú intenta... Tú piensa que nosequé, tú piensa que nosecuantos...". Era más cariño, más afecto. Y a lo mejor mi amigo pues era: "Venga, vamos a tomarnos algo e intenta despejarte. O: "Quillo, vente conmigo, que me voy a tal lado y así no estás en tu casa encerrado".
 —Sí, eso, eso.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Cuando era pequeña solo me juntaba con chicos y jugaba al fútbol, eso era lo que hacía. Es verdad, y no me juntaba con niñas. Bueno, por prejuicios, ¿no?, de cuando eres pequeño y todo eso... Y en quinto de Primaria creo que fue cuando empecé a juntarme por primera vez con niñas, vi una diferencia abismal en cuanto se refiere a que, con los niños, con que no hubiese peleas físicas y simplemente fueses amable era suficiente, eran superfieles a ti y tal. Y luego con las niñas era como más emocional, pero podías hablar más de todo.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

De los amigos (chicos) se espera esa tendencia a la acción, pero no al contacto físico; algo que sí se espera de las amigas (que se toquen, se abracen, se besen). Ellos reconocen una manera de relacionarse basada en el juego, la broma y el vacile, en la que resulta importante la forma en la que se establecen los límites, el respeto y la reciprocidad, para que las expectativas entre los chicos estén equili-

bradas y ninguna parte sufra; algo que se entiende que puede pasar durante la adolescencia, principalmente (cuando determinadas personas pueden ser objeto recurrente de esos vaciles). Igualmente, se apunta que es común que los chicos se relacionen en torno a actividades físicas (deporte, aficiones comunes), algo que no ocurriría tanto entre las chicas.

De esta manera de entender la forma de relacionarse deriva también el hecho de que no extrañe que los chicos tiendan a tener grupos grandes (con los que se comparten esas actividades deportivas, por ejemplo), y las chicas tengan grupos más pequeños (conformados en torno a cuestiones más personales); precisamente porque encajan

en esos modelos estereotipados de comunicación. No obstante, esos modelos van variando (existe una mayor presencia de las chicas en actividades deportivas colectivas, por ejemplo), pero que siguen teniendo una gran influencia en el plano de las representaciones sociales.

—Las chicas, a nivel afectivo, sí tienen más contacto físico entre ellas...

—Claro.

—Nosotros tenemos mucho menos contacto físico.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Lo de las puyas no es malo si es un entorno cómodo, un entorno seguro, un entorno de amigos, que es lo que has dicho tú. Yo lo veo normal. O sea...

—Si hay un poco de reciprocidad, en plan, el típico cachondeillo...

—Claro.

—Claro. Es que eso es la amistad también.

—Sabes dónde están los límites. Eso es la reciprocidad.

—Claro.

—Yo pienso que eso es la amistad. También es no putearse, hablando mal y pronto, pero, ¡coño!, un poquito de picardía, un poquito de cachondeo...

—¡Claro, c

—Le voy a picar un poquito, voy a jugar con él. Eso...

—Otra cosa es que sea ya focalizado... sin que reciba una respuesta de esa persona, ¿no?

—Claro.

—Que sea todo el mundo hacia una persona.

—Y que también hay mucha gente que lo que le pasa es que, como soy su amigo, pues ahí le hago algo que le molesta, pero el problema es que no habla con ellos y les dice: "Mira, me está molestando esto". Sino que el amigo hace algo que le molesta y no dice nada y sigue, sigue, sigue, sigue y llega un momento que es cuando ya está harto del todo, porque hay que hablar las cosas en ese aspecto y decir: "Oye, me está molestando esto...". Yo creo que eso es muy importante...

—Claro, la capacidad para poner límites.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Las chicas a lo mejor hablábamos, interaccionábamos más hablando y ellos era mediante el juego, mediante el jugar al fútbol, que era como una herramienta que ellos utilizaban más para socializar. Yo tengo un hermano pequeño, que también, él no suele quedar como yo para tomar algo, como... a su edad, sino que él suele quedar para jugar al fútbol.

—A ver, lo social es el fútbol.

—Sí, como que... y que interactúa a lo mejor más en grupos más grandes, pero justamente porque son muchos jugando.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Al mismo tiempo que se interpreta que la forma de relacionarse de las chicas (siempre tomando como base los estereotipos mencionados) implica la complejidad del mundo de las emociones, se asume que la de los chicos, precisamente por ser aparentemente más simples, se corresponde con estados más inmaduros (por ejemplo, por seguir empleando estrategias relacionales más propias de la infancia, como el juego o la broma). Estos son argumentos que encajan con discursos juveniles que apuestan por la reducción de la distancia entre chicos y chicas, y por el cuestionamiento de tales estereotipos; y que curiosamente hablan de la necesidad de los chicos de “deconstruirse” (en lo que respecta a los modelos tradicionales de la masculinidad), cuando esa deconstrucción lo que realmente implica es una apertura y una formación en relación con el manejo de las emociones, y a su puesta en evidencia en lo que respecta a las relaciones de amistad.

Es interesante comprobar cómo en 2002 (Rodríguez y Megías) era más común que las chicas plantearan la pretensión de acercarse a la manera que tienen los chicos de relacionarse (para no sufrir tanto, para no ser juzgadas de forma tan severa, etc.), mientras que actualmente parece más habitual plantear la necesidad de que los chicos se acerquen a modelos de relación tradicionalmente atribuidos a las mujeres (para escapar de los corsés de la masculinidad más nociva). Ambos extremos son dos caras de una misma moneda, que continúan constatando la fuerte presencia de los estereotipos de género (sigue sorprendiendo que dos chicos se comporten exteriorizando sus emociones entre ellos, como se ilustra en alguno de los testimonios que aparecen a continuación), pero que también apuntan a un cambio en el foco de atención, sin duda alentado por la mayor presencia social de los planteamientos y discursos feministas y su lucha por la igualdad de género.

—Yo me sorprendí y me dio como rabia sorprenderme, pero... Y a la par estaba como superorgullosa de él, pues yo tengo un hermano pequeño de 17 años, y no hace mucho (él vive en Tarragona) fui a verlo y tal y me trajo un amigo suyo a casa de mi madre, y vi cómo lo abrazaba y le daba un beso en la mejilla pero en plan: “¡Buah! Eres el mejor, nosequé...”.

—Me emocionas.

—Hice así, y dije: “¡Hostias... hostias!”, ¿sabes? Además, que yo que soy como superarisca, soy superseca y super poco cariñosa, claro, es que yo eso no lo hago. Y me sorprendió y me dije: “¿Por qué me estoy sorprendiendo?”.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Igual tus amigos de joven eran muy poco sensibles o comunicativos, pero los hombres que conoces ahora sí que son más comunicativos, más sensibles, más abiertos...

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Mis amigos de Córdoba, mi grupo de Córdoba están bastante deconstruidos, digamos. O sea, en plan muy dentro del entorno LGTB, tal y cual. Entonces creo que se han desdibujado más las fronteras que hay entre una cosa y la otra. Sin embargo, por ejemplo, cuando estoy en el campo, con mis amigos del campo es distinto. Ahí sí que noto una diferencia. Entonces, quizá es más... Depende de en qué círculo, y depende de con quién...

—Cosas de la sociedad, por decirlo así [...].

—Sí, son formas distintas de ver la vida. Y entre ellos no se han abierto tanto y a lo mejor he hablado yo con alguno y se ha desmoronado fuerte. Quizá es porque yo la forma que tengo de conectar con él es de cosas que aprendió en otros sitios. Y conmigo ha podido.... A lo mejor él solo era con su amiga de tal, y con sus amigos, él mismo decía que no. Y cuando se ha puesto a hablar conmigo era que sí. Y es como: “Vale, entonces esto debe ser simplemente porque yo estoy utilizando unas herramientas que a lo mejor normalmente sí utilizan las chicas”. Yo lo he aprendido porque mis círculos de aquí son casi todos de chicas. Y cuando lo pongo en contexto con ellos da igual que yo sea una tía, simplemente es que estoy utilizando una forma de comunicarme que no está en la de los chicos de allí, sino que es más un popurrí de gente random por ahí.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Los relatos de los chicos jóvenes denotan la persistencia de los estereotipos mencionados, cuando apuntan a diferencias de naturaleza (lo que implica “ser hombre” o “ser mujer”), llegando a afirmar que los chicos no tienen la “necesidad” de hablar de cuestiones relacionadas con las emociones o los

sentimientos. O cuando se vuelve a la analogía con la familia, al explicar que de sentimientos solo se habla con personas selectas, que son consideradas más “hermanos” que amigos (¿quizá porque da vergüenza hablar de ese tipo de temas con amigos?).

—*¿Vosotros no habéis llorado con vuestros amigos en plan fuerte?*

—*¿Humm?, sí.*

—*Sí.*

—*Llorar con vuestro amigo. En plan de esto que dices: “Mira, me rompo aquí, me da igual y...”.*

—*Sí.*

—*Claro, yo creo que ahí también hay un punto importante. O sea, yo cuando he llegado a ese punto con alguien es cuando digo: “Ahora sí”. Y más cuando veo que alguien llega a ese punto conmigo...*

—*Eso no es un amigo, eso es un hermano... Eso es un hermano. Con el que te hables de verdad, y te sale la lágrima. Dices tú: “Con ese tengo que morir con él yo, y el muere conmigo”.*

—*Sí, sí.*

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—*Yo creo que muchas veces, como que la sociedad... O sea, que no porque yo lo piense, pero como que ha clasificado que los chicos normalmente no hablan tanto de sentimientos entre ellos, o sea, que no digo que no, ¿eh? Pero que normalmente es como lo que pensamos, que no hablan, a lo mejor hablan solo de fútbol y cosas así por culpa de la sociedad. Y no se piensa tanto: “Pues estos sí que hablan de sentimientos”. De lo que sienten hacia esa persona o de problemas familiares que tienen y temas así, pero en cambio, a lo mejor, las chicas sí. ¿Sabes? O sea, no digo que sea...*

—*Moderador: ¿Qué opináis los chicos de esto?*

—*(Risas)*

—*En mi opinión, pues que... Pues que no. Tenemos nuestros momentos, al menos yo con mi grupo.*

—*Sí.*

—*En plan, hay momentos para todo.*

—Moderador: *Pero eso que dice ella de que no habláis de vuestros sentimientos, ¿eso es verdad?*

—No, no, no. *Pero no porque lo piense.*

—*A ver, hay veces, pero, en plan, pocas veces. Bastantes pocas veces. O sea, al menos en mi grupo. Muy pocas veces hablamos de sentimientos. O sea... No, no es una cosa que le demos...*

—*O sea, sí le damos importancia, pero no tenemos ningún tipo de necesidad de comentárselo a nadie ni nada. Al menos yo.*

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Desde la aparente dificultad entre hombres para hablar de sentimientos, es bastante común que muchos chicos reconozcan que para hablar de cosas personales en ocasiones optan por acudir a las amigas antes que a los amigos, porque ellas “maduran antes” y están más abiertas a ese tipo de conversaciones. En tales casos explican que en ellas perciben una mejor capacidad de escucha, de conversación y empatía, lo que procura que “se abran” más. Tienen la sensación de no ser juzgados, algo que no resulta tan fácil cuando las estrategias de comunicación están basadas en la diversión, la broma y el vacile.

En este punto no faltan ejemplos de chicos que manifiestan que les resulta más fácil llorar delante de amigas que de amigos (el símbolo por excelencia de la capacidad para expresar emociones), incluso acudiendo a analogías con la figura materna que cuida de sus descendientes de forma incondicional y los apoya sin juzgarlos. Son testimonios que parece que pretenden reducir la distancia comunicativa entre chicos y chicas, pero que refuerzan la presencia de los roles que se construyen a partir de los estereotipos de género más tradicionales.

—*Para mí llorar es más sencillo con el género femenino que con el género masculino. Yo con amigos no he llorado, la verdad...*

—Sí.

—Claro.

—Moderador: *Y eso, ¿por qué crees que es?*

—*Yo creo que es por un límite que tengo yo y es una percepción mía... No creo que sea algo sano para mí, pero sí creo que es una conducta que tengo aprendida y que..., bueno, la puedo trabajar. Puedo ver que hay ahí.*

—*Por eso también, porque por una parte vemos a las mujeres como algo, como de más cariño, de más afecto. Y a lo mejor a un amigo no lo vemos así muchas veces. No sé...*

—*De chico te caías ¿y a quién ibas a llorarle?*

—*A mamá, a mamá.*

—¡Je, je, je!

—Pues ya está... *Es que es de... Es instintivo.*

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Sí, o sea, a mí, personalmente, me cuesta menos tener una relación de amistad de tú a tú con una chica que con un chico [...]. Me parece más... más satisfactoria, ¿sabes?, la relación que puedo llegar a conseguir con esa persona.

—Moderador: *¿Y eso por qué?*

—No lo sé. O sea, a ver, sí lo sé, pero... Sí que es verdad que puedo haber llegado..., puedo llegar con un chico a nivel individual a conseguir el mismo punto, pero me parece más costoso, ¿sabes? No sé cómo... Siento que a veces me... Yo, personalmente, me entiendo mejor con una chica a nivel de tú a tú y de amistad únicamente, ¿sabes?

—[...].

—Yo lo que he notado a nivel general es que una chica tiende a escuchar más que un chico. Escuchar, no que te cueste más abrirte o no, sino que tiende a escuchar. Entonces, a poco que hagas tú mentalmente vas abriendo la puerta a ser más abierto con esa persona. Por lo menos yo es lo que... lo que he llegado a reflexionar sobre ello.

(Grupo triangular, de chicos, 21 años)

—A ver, es un poco también que durante muchísimo más tiempo se ha dicho la frase de “los hombres nunca lloran” y no la de “los hombres también lloran”. Entonces, qué pasa si como hombre dices: “Los hombres no lloran”. ¿Quiénes lloran entonces? Las mujeres. Entonces, ¿a quién te acercas para llorar? A una mujer, porque entiendes que a lo mejor te va a comprender más...

—Claro.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—En mi caso, por ejemplo, me ha pasado que he tenido un gran amigo, de hecho lo sigo teniendo. He tenido una gran amiga también. Y simplemente se trata de que, con ella, por el hecho de que las mujeres son más emocio-

nales, conectas emocionalmente mucho más con ellas que con un hombre, mayormente, ¿no?

—En la mayoría de los casos.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Entonces, cuando se fraguan fuertes lazos de amistad entre géneros, se destaca lo “profundo” de esos apegos, profundidad que no se exige para muchas relaciones de amistad entre chicos, pero que se tiende a presuponer en las de las chicas.

Tengo dos amigas y un amigo. Sí que es cierto que con el amigo hablo más de cosas más banales, quien habla más de cosas emocionales soy yo, pero él tiene una escucha activa increíble, y con las dos amigas es como más profundo, hablas de temas quizá más... menos... menos de la vida cotidiana y tal.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Yo me relaciono con chicos, soy igual que con una chica, o sea, si son los dos muy amigos, soy igual de sincera y lo digo todo, y él y ella, igual. Pero yo creo que, entre chico y chico, aquí hay... barreras [...].

—Moderador: ¿Quieres decir que hay amigos tuyos chicos que te cuentan cosas que no cuentan a otros amigos suyos?

—Sí.

—O lo cuentan diferente.

—Más fríos.

—Sí, poniendo esa barrera emocional para no...

—Y no acaban de contar todo porque se sienten juzgados o no se acostumbran a hablar entre ellos.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Con los chicos estoy un poquillo más de cachondeo, pero con las chicas, ya..., también, pero me hablo más con las chicas que con los chicos.

—Moderador: ¿Hablas más con las chicas?

—Sí. Bueno, me abro más.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

No resulta fácil que ellos asuman que entre hombres existe ese grado de “profundidad”, cuando se plantea muchas veces que la manera de abordar los sentimientos y los problemas tiende a ser desde la diversión, la ironía y la risa. La estrategia

se entiende como la mejor para procurar olvidar cuanto antes los problemas y las preocupaciones, y para evitar el poso dramático de las vivencias (que es algo que se suele atribuir a las mujeres).

—Yo, pues a ver... Sinceramente, soy más... más cerrado con las chicas. Soy mucho más abierto con los chicos, más que nada porque, como estamos de cachondeo, de broma, pues no sé... como que me suelto más. Pero... eso.

—(Risas).

—Bueno, la adolescencia.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

No obstante, existen cuestiones que ni se pueden olvidar ni hay posibilidad de obviar, pues las emociones existen, aunque estén soterradas. Entonces se habla de la forma de generar espacios de bienestar, incluso físicos (“nuestro parque de confianza”), donde sentirse seguro con la compañía y donde poder salirse de los códigos habituales de diversión para contar las cosas sin ser juzgados. Se trata de espacios representados por las relaciones

diádicas, y ante los que se reconoce que, a pesar de todo, cuesta menos “abrirse” si se tiene la certeza de que la otra persona también está pasando, o ha pasado, por dificultades, problemas o situaciones similares. Esta circunstancia parece intentar asegurar una empatía que las personas jóvenes no parecen dar por supuesta (a pesar de que suele citarla como factor que forma parte del valor de la amistad).

Nos hemos bajado a nuestro parque de confianza con una cerveza y unos pitis a comentar un poco aspectos generales de nuestro año, tanto de cosas que hemos mejorado académicamente o de personalidad como de cosas que queremos mejorar. También hemos tenido una conversación bastante profunda sobre temas sentimentales derivando un poco en qué consiste el amor verdadero desde nuestra pobre e inmadura perspectiva. ¡Y poco más! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

(Manuel, 21 años)

Yo sí recuerdo algunos puntos de inflexión en cómo interpreto la amistad. Voy a hablar en este caso de la amistad con los chicos, porque me refiero a ese tropo que me pongo yo a mí mismo de decir: “No, con los chicos no

voy a llorar, nosequé...”, que puedo haber tenido en ciertos momentos. Y un punto de inflexión bastante grande fue porque yo, que hace una tira de años empecé a trabajar en un proyecto con estas dos personas que yo digo, con mi pareja y mi colega este. Y, claro, en el proceso nos pasaron muchas cosas malas y tal. Entonces, los dos sabíamos que los dos estábamos muy en la mierda. Y yo creo que eso nos permitía explayarnos más, aunque fuéramos entre dos chicos o lo que sea. Porque, como era evidente que los dos estábamos así de mal, pues era evidente que los dos podíamos abrirnos mucho.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Las chicas también manifiestan la existencia de algunas brechas en este sentido, pero más habitualmente en lo que respecta a las relaciones de amistad con los chicos. Así, remarcan que la dificultad que puede suponer abrirse emocionalmente con ellos deriva de las representaciones sociales en torno a los géneros; además de toda una paleta de cuestiones respecto a las que consideran que es muy complicado que la empatía de un hombre se equipare a la de una mujer, por tratarse de vivencias o experiencias que las afectan y sufren ellas directamente y de forma exclusiva (el período y sus implicaciones, cambios emocionales, sensaciones de peligros o acoso, etc.).

El discurso general, fundamentalmente el de las chicas, apunta a la necesidad de combatir la “normatividad” existente, marcada por el machismo y

el patriarcado. Pero, al mismo tiempo, los argumentos siguen denotando el peso de los estereotipos, sobre todo en dos aspectos:

- Cuando se hace especial hincapié en que son la inmadurez y la simpleza de los hombres las que originan las diferencias (cuestiones que se pueden emplear como excusas para justificar algunas disparidades que deriven en desigualdades).
- Cuando se explicita el hipotético deseo de tener una naturaleza más cercana al universo masculino (lo simple frente a lo complejo del femenino), en función de lo que perciben que son valores deseables (nobleza, lealtad, etc.), que parecieran incompatibles con lo que supone ser mujer (excesivamente enredada con las emociones).

La relación con los niños... a nivel de no se establece a lo mejor como una mejor amiga porque la mejor amiga, la persona que más conoces pues una niña muchas veces en general te va a entender mejor que un niño, porque hay cosas y sentimientos o maneras de ver las cosas que no puede comprender. Pero a nivel de establecer relaciones, es que los niños pueden llegar a ser tan básicos, tan que no tienen maldad...

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—Con amigos, con chicos, había cosas que me costaba, pero con chicas podía hablar mucho, y hablar y expresar un montón y me entendían superbién. Pero ahora sí que lo he podido llegar a expresar un poco más..., entonces ahora ya sí que es como más igual.

— Antes, amistades teníamos muchas, y con ellos pues... Pero ahora que tenemos las dos podemos hablar con ellos dos, con esos dos que hemos elegido que llevan más tiempo y ya tenemos más confianza, más relación y todo, podemos hablar de todo, porque sí... [...]. No sé cómo decirlo, pero va a haber la suficiente confianza, la suficiente relación como para poder mantener esa conversación con esa persona, a menos obviamente que la persona sea muy normativa, muy...

—Claro.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Atendiendo a cuestiones que plantean algunas jóvenes, también se percibe la influencia de los estereotipos de género cuando se plantea que los amigos (chicos) ayudan a tomar decisiones y dan consejos más prácticos porque han sido educados en un pensamiento más racional (chicos para la

“acción” y chicas para la “emoción”). O cuando se especifica que gusta especialmente que los amigos demuestren que están pendientes y se preocupan, precisamente porque a los hombres se les presupone una mayor despreocupación, como estrategia para la protección y el equilibrio.

Él me da los consejos de forma muy racional, me ayuda en la parte de tomar decisiones. En eso siento que me recuerda a mis otros amigos chicos, o incluso a mi padre. Siempre he creído que es porque a ellos se les ha apoyado y fomentado siempre esa parte racional, y no la sentimental, para bien y para mal.

(Elvira, 22 años)

Me preguntó si me pasaba algo, que estaba poco habladora. Tenía razón, pero aún ahora sigo sin saber si me pasaba algo o no. Me reconforta que entre nosotros notemos estas cosas, incluso aunque no me pasase nada. Sobre todo, me gusta que lo noten mis amigos chicos también.

(Elvira, 22 años)

Todas estas cuestiones constatan algunas diferencias a la hora de entender la amistad como valor,

pero también la manera en que se desarrolla la

amistad entre chicos y chicas. A este respecto, Revilla y Puyod (2023, pág. 12) señalan lo siguiente:

Es de destacar, en este sentido, el aumento de las díadas mixtas, como relaciones de intimidad no sexual entre personas de distinto sexo. Podemos relacionar este cambio con el proceso de emancipación femenina y las transformaciones de los roles de género en general, así como con la educación en igualdad de género, que da lugar a una percepción de menores diferencias entre hombres y mujeres.

Tal conclusión responde a un análisis cualitativo en el contexto de un acercamiento del que no podemos dejar de extrapolar tendencias cuantificables. Sí que existe algún dato en el *Barómetro Juventud y Género 2019. Identidades y representaciones en una realidad social compleja* (Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad, 2019, págs. 34-36)¹⁰, que aborda alguna de estas cuestiones. La idea representada por el ítem de que “es difícil que un chico y una chica lleguen a ser amigos porque son muy diferentes” alcanza un acuerdo de 4,07 puntos, mientras que la de que “lo natural es hacer amistad con las personas de tu mismo género” consigue un 4,08 (en ambos casos, en una escala del 0 al 10, en la que 0 significa “Nada de acuerdo”, y 10, “Totalmente de acuerdo”). Es decir, que hay más personas jóvenes en desacuerdo que de acuerdo, aunque no se puede afirmar que el grado de acuerdo sea despreciable, pues no está lejos del punto medio de la escala. Además, respecto a la segunda de las ideas, resulta muy destacable que solo el 8 % de las chicas se muestran de acuerdo (alcanzando posiciones del 7 al 10 en

la mencionada escala), frente al 18,7 % de los chicos. Por tanto, una proporción significativamente mayor de hombres que de mujeres creen que lo natural es que la amistad se desarrolle con personas del mismo sexo.

Ciertamente, en las dinámicas grupales realizadas queda patente que a la hora de encarar una relación de amistad entre chicos y chicas están muy presentes las expectativas generales en torno a cómo son las relaciones entre géneros, y a qué papel puede llegar a desempeñar la atracción (sexual) en ellas. Se interpreta que “socialmente” es común la desconfianza o incompreensión inicial sobre los motivos reales del acercamiento entre chicos y chicas, poniendo el foco en una atracción que, quizá, luego puede derivar en amistad. Esa idea, que sobrevuela el imaginario colectivo, puede resultar muy limitante y molesta si realmente se quiere entablar un lazo de amistad con alguien de distinto sexo, y se entiende que resta naturalidad a las relaciones. Se trata de un juicio externo que se reconoce que llega a incomodar; sobre todo en la época adolescente, plena de inseguridades, y donde confluyen las vivencias individuales en relación con el despertar sexual con las presuposiciones del contexto sobre la manera en la que puede encajar esa sexualidad incipiente en el marco de las relaciones. Son presuposiciones que tienen lugar en el grupo de pares, pero también en la sociedad en su conjunto, dentro de un planteamiento que adopta un carácter intergeneracional y que alimenta las representaciones sociales.

¹⁰ Quizá al mismo tiempo que se publique esta investigación existan datos similares del *Barómetro Juventud y Género 2023*.

—La relación de chico y chica ya se da por supuesto que son novios y cuando se lo presentas a alguien y tal.

—Sí, o de que haya pasado algo. Que es como: “Pues no”. Igual ni siquiera llegamos a sentir atracción nunca, simplemente noto conexión con esa persona y ya está.

—Que es lo que le pasaba a ella con él. O sea, amistad pura y dura, no hay más. Y ya su familia cuando se lo presentaron: “¿Qué, sois novios, nosequé...?”.

—Sí, a mí, abuelas y abuelos de amigas mías me preguntan: “¿Estás con él, nosequé...?”. Pues no, no me pasa. Pero sí que como que las relaciones heterosexuales dificultan más que la gente entienda que puedes tener una amistad entre chico y chica.

—Y hasta te llega a incomodar, incluso. O sea, si desde que somos pequeños estamos acostumbrados, pues eso, a estar chicos con chicos y chicas con chicas. Y llega la adolescencia y es como: “Pues cuadro mucho con esta chica o este chico”. Es como que a mí me pasaba que me sentía incómoda si iba a dar un paseo, o a tomar un helado con un chico. Porque decía: “Es que mis padres lo van a ver y se van a pensar que es mi novio. Y luego tengo que dar en casa explicaciones y me van a rallar la cabeza. Entonces, también creo que te limita un poco, porque... por la incomodidad de qué sientes. Ahora no, obviamente, pero con adolescentes, sobre todo.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

En Lengua ha pasado algo que me ha dado mucha rabia. Yo me he sentado con un chico que es de mi grupo cercano de amigos, con el que suelo salir, y estábamos hablando de una cosa que pasó el otro día, así que yo estaba bastante absorta en la conversación, cuando la profesora me ha preguntado algo y yo pues no estaba muy enterada de qué estaba hablando. Todos los de mi clase no han perdido un momento para decir que claro, que, si estaba ligando, normal que no prestase atención, lo que me da mucha rabia, ya que cualquier chico que se lleve con una chica va a ser acusado de estar ligando. Esto llevan haciéndolo todo el curso con este chico y yo, y normalmente lo ignoramos, pero hay veces que realmente molesta este estereotipo de que un chico y una chica no pueden ser amigos sin más.

(Lorena, 16 años)

En relación con este asunto cabe señalar dos aspectos importantes. Por un lado, que los testimonios de jóvenes que incluyen estas representaciones sociales son más abundantes en torno al “problema con los chicos” (que nombran chicas que abordan la posible confusión entre amistad y deseo); de igual forma que es más habitual que sean ellos quienes señalen que “siempre está el

tema de la atracción” cuando se habla de la amistad entre chicos y chicas. Por otro lado, este discurso es marcadamente heterosexual, y tiende a diluirse cuando se habla de relaciones de amistad entre chicas o entre chicos, como si el deseo que puede conducir a la teórica confusión, o directamente la propia confusión, constituyera una pulsión exclusivamente heterosexual.

—Yo he tenido relaciones con muchas amigas y hoy día solamente me queda una. Y sobre todo yo pienso que es muy complicado también, porque siempre está el tema de la atracción. El que si tienes algo o si no tienes algo. Y eso sé que ha pasado, porque yo he tenido amistades con personas que, por lo que sea, ha pasado algo, has tenido algo con esa persona y luego ya no ha vuelto a ser lo que era antes. Eso es verdad que con un tío no te va a pasar. O sea, que no...

—Y hay casos, también, al contrario. Y hay casos también, al contrario. Que nada más que por haber tenido algo con esa persona no rompes la amistad, porque se hace un lazo mayor...

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—A lo mejor, la otra persona se equivoca y quiere algo más contigo.

—Claro, ese es el problema.

—Es que ese es el problema con los chicos.

—Y eso de decir: “¡Ostras!, tío, yo lo quiero mucho como mejor amigo”, y lo hablas con él...

—Claro.

—Ese es el problema con los chicos.

—Y te pone en una situación muy incómoda, porque ya, ¿qué haces?

—Claro.

—Claro, efectivamente, hay que poner los límites, pero a veces son incómodos.

—A ver, pero yo creo que eso también puede pasar con las niñas, lo que pasa es que no lo tenemos tan normalizado..., porque no tenemos tantas personas a lo mejor a nuestro alrededor pues que sean bisexuales o que sean gays, ¿sabes? No sé, yo creo que eso simplemente es que estamos más acostum-

bradas a que los niños pues se interesen por las niñas. Pero que, realmente, nos puede pasar exactamente lo mismo.

—Sí, sí, sí.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

De nuevo se puede percibir esa tendencia a asimilar las relaciones de amistad con relaciones de pareja en las que se excluye el deseo de la ecuación. Si llevamos esta asimilación al extremo, la amistad (entre personas que comparten la misma tendencia sexual) sería la situación derivada de un deseo truncado, no completado o no correspondido. Evidentemente, esta perspectiva representa solo una parte muy concreta y parcial de abordar la amistad, de lo que son conscientes las propias

personas jóvenes que manifiestan estas ideas. Pero no se puede negar que los discursos están plagados de relatos de personas que han llegado a desarrollar una buena amistad tras relaciones de carácter más sentimental, o que han iniciado el acercamiento a la otra persona con expectativas más centradas en el deseo, pero que finalmente han sentido que la conexión individual las conducía por el camino de la amistad.

—A mi mejor amigo lo conocí en una aplicación de citas, literalmente, y ahora es mi mejor amigo, o sea...

—Ya ves.

—Está muy bien.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Tanto la posible confusión en torno a la naturaleza de la conexión entre dos amigos o dos amigas como la importancia que se concede a lo que otras personas puedan pensar de esas relaciones (en el sentido de que crean que la conexión es de carácter sentimental o sexual, y no de amistad) es un hecho que suele ubicarse en épocas de adolescencia o primera juventud. Podría parecer que tal argumento es una manera de sacarse la presión de encima, pues se suele emitir con inde-

pendencia de la edad, y tampoco queda claro si lo que ocurre es que desaparece la sospecha sobre la naturaleza de la conexión, o se refuerza una nueva forma de abordar la amistad. En cualquier caso, lo que queda claro es que a medida que van cumpliendo años, se van atribuyendo una mejor capacidad para relacionarse con personas distintas al propio género, y para poner sus emociones y sus sentimientos en el lugar que les corresponde.

—Yo creo que es con la edad, cada vez empiezas a llevarte más con chicos. Yo desde pequeña no iba con ningún chico y ahora, cada vez, sí que es verdad que me abro más.

—Pues mira que yo, al contrario. Yo en primero y segundo de ESO me llevaba con mucho chico y tal, y ahora me he quedado solo con mis cuatro amigas y ya está. Bueno, y está él, pero que no va con mi grupo. No, realmente no lo sé. Supongo que es porque cuando hay planes de quedarse a dormir y todo eso no suelen ser mixtos ni nada de eso...

—Claro, es más complicado. Es menos...

—Sí, es más complicado muchas veces compaginar.

—Si yo pienso eso. En la adolescencia es como que hay mucho estigma, ¿no? De estar el chico o la chica. O sea, si son amigos, si son más que amigos o tal...

(Grupo triangular mixto, , 16 años)

Frente a esas posibles confusiones, algunas voces apuntan a que, precisamente, alcanzar un espacio de total confianza entre géneros implica necesariamente que esté neutralizada o que no exista atracción entre esas personas, pues el deseo sería mala compañía para lograr tal estado de confianza. Pero incluso cuando dos personas son conscientes

de la naturaleza de su conexión y de su confianza, la presión del entrono (que puede observar desde fuera la relación basándose en otras presuposiciones o prejuicios) puede conducir a forzar cierta distancia, que solo desaparece con la seguridad inquebrantable en el vínculo.

—Sí, yo, por ejemplo, estoy igual con él que con mis amigas, a mí me da igual. Pero al principio sí es verdad que era como más espacio y tal.

—Sí.

—Sí, eso es verdad. Al principio ibas menos con él...

—Sí, pero luego, una vez que llegas a un punto de confianza es como que da igual...

—Ya, da igual.

(Grupo triangular mixto, 16 años)

Desde los estereotipos y roles de género tradicionales y dominantes hay dos cuestiones más que inciden en algunas disparidades a la hora de encarar la amistad, que, sobre todo, ponen el acento en la manera en que se desarrollan las masculinidades:

En la esfera del trato individual (entre dos personas), a partir del paradigma de masculinidad hegemónica se asumen diferencias a la hora de relacionarse con las amistades, por una pretensión de huir de un teórico juicio social (por no encajar o no cumplir con ese modelo de masculinidad tradicional). Ello, por ejemplo (y como ya pusimos en evi-

dencia anteriormente), provocaría que los chicos se mantuvieran en un perfil comunicativo bajo. Claro que, también desde esos estereotipos de género, se considera que ellos, por el mero hecho de ser hombres, son menos comunicativos; y no solo en lo que respecta a las emociones, sino también funcionalmente. Es decir, se asume que los chicos hablan menos que las chicas, en general, y

eso es algo que se da por hecho en una relación de amistad que implique a un chico. Entonces, se da por sentado que en una relación entre un chico y una chica suele ser ella quien lleve el peso de las conversaciones, mientras que en una relación de amistad entre chicos no sorprende que las conversaciones sean escasas.

—Digamos que, pues si piensas como una masculinidad más hegemónica, más tal, sí que puedes, a lo mejor, pensar que hay una diferencia y tal.

—Moderador: ¿Y pensando en esa masculinidad hegemónica, ¿cuál sería la diferencia?

—No sé, que a los hombres en general les cuesta más abrirse y contar sus cosas.

—Eso. Para mí el problema es la comunicación.

—Sí.

—Moderador: ¿Comunicación de qué tipo?, ¿emocional?

—Sí, emotiva, sí. Más...

—Sí.

—Incluso a todos... O sea, yo, los amigos que tengo del instituto los considero amigos, pero aquí muchas veces los tengo como que empujar a que me cuenten cosas, y no solo emotivas, sino de su día a día y de sus costumbres. Entonces, las veces que he hablado con ellos de amistad casi que no se habían, incluso, ni parado a pensar un poco qué te aporta una amistad, ¿no? O a quién quieres contar y no cuentas. No contar me parece que te priva de muchas cosas de la amistad.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Desde la esfera colectiva, y como mencionamos cuando se hablaba de los grupos de amistad, se suele considerar que las chicas construyen lazos más individuales, más basados en díadas, mientras que entre los chicos predomina la influencia del grupo, que adquiere una identidad propia. Esta perspectiva provoca que no extrañe que, cuando existe una relación de amistad entre un hombre

y una mujer, muchos chicos asuman que la relación con su amiga se experimenta en el ámbito de la díada (sin necesidad de compartir su grupo de amistad, que no se percibe de la misma manera que el propio), mientras que muchas chicas acepten que la amistad con el chico acarrea también entrar en su grupo de amistades.

—Los tres podemos llegar a tener amistades con alguna chica que superen, a lo mejor, a la de alguno de los del grupo con el que, a día de hoy, ya no llevamos tanto. Yo por lo menos, ¿sabes?

—Conmigo muchísimo también, bueno...

—Claro, claro, totalmente. Entonces te digo, la cosa es que yo creo que esas figuras de tías creo que no son a nivel grupal, son más a nivel individual. Es decir, yo, a lo mejor, una muy amiga mía, a lo mejor no la conoce. Y a lo mejor me pasa a mí con sus amigas,, ¿sabes? Yo qué sé... Pero, o sea, que no se ha dado la casualidad, el momento de que en el mismo ambiente tengamos un grupo de amigas de nuestro rollo, nos llevemos bien y que quedemos en grupo. Es más rollo pues de que cada uno tiene sus amistades en el sentido femenino de... cada uno en un lado, ¿sabes?

(Grupo triangular, chicos, 21 años)

Finalmente, es valioso hacer de nuevo alusión a la existencia de discursos emergentes entre las y los jóvenes en torno a la necesidad de diluir los roles de género tradicionales o, al menos, abrirse a nuevas sensibilidades. Como consecuencia de este hecho, desde la superación de lo que tradi-

cionalmente se entiende por “masculino” y “femenino”, muchas de las diferencias apuntadas dejan de tener sentido. Si bien resulta innegable que las percepciones sociales dominantes y los juicios de valor asociados siguen teniendo un peso muy importante, y más aún en personas tan jóvenes.

Creo que, en general, somos gente que tenemos muy poco definido el rol masculino y femenino dentro de lo que hay. O sea, que obviamente siempre va a estar definido. Pero, no sé, no noto esa diferencia ni esa energía super-separada masculina o femenina que sí que noto en otros grupos que veo como más diferenciados de chicos o de chicas.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

CAPÍTULO 8

El discurso de las lecciones aprendidas



Una parte fundamental de las consideraciones de las personas jóvenes sobre la amistad inciden, de forma recurrente, en la dualidad que supone que constituya un valor que compendia buena parte de los valores deseables e imprescindibles, y la dificultad de alcanzarlo y (sobre todo) de mantenerlo. A este respecto, en González-Anleo, Ballesteros, Megías, Pérez y Rodríguez (2020, pág. 146) se concluía lo siguiente:

Resulta evidente el hecho de que la amistad siempre ha sido un valor respecto al cual se adopta una actitud muy crítica y vigilante; y de la cual, precisamente, tiende a derivarse su valía (“los amigos verdaderos se cuentan con los dedos de una mano”). Si observamos los datos en relación con la discreta posición que ocupan los amigos y conocidos en la escala de valoración de las cosas más importantes (se pregunta por la importancia de los amigos y conocidos, no de la amistad), junto con la escasa consideración en relación con la autopercepción de la juventud como “leal con la amistad”, podemos entender parte de esa actitud crítica: es el elemento “humano” el que falla a la amistad como valor absoluto. Es decir, que son las personas las que traicionan el valor de la amistad, que en su pureza (la amistad “verdadera”) sigue siendo considerado esencial, aunque se entienda que “escaso”, precisamente por las debilidades y defectos del ser humano: los amigos cambian, fallan, traicionan, se pierden y se ganan. Esa actitud crítica seguramente propicia, en buena medida, que algunas personas puedan poner en duda que entre los amigos se digan las cosas importantes para la vida; o, al menos, que se prioricen

otras opciones, como los centros educativos, la familia o incluso los libros.

Esta actitud vigilante con respecto a la amistad se percibe de nuevo con fuerza en el presente estudio, formando parte de la propia manera de entender el valor, entre otras cosas desde la necesidad de demostración y de presencialidad que se espera de una persona a la que se considere amiga.

Funcionando tal expectativa respecto a la amistad como valor, también se alude a la importancia que tiene el contexto social para que las percepciones y representaciones del mismo sean las que son. Claro que esto tampoco es nuevo, y las consideraciones sobre una sociedad caracterizada por la “pérdida de valores” (como la preponderancia de los valores “negativos” sobre los “positivos”) forman parte de un discurso ya clásico, analizado en investigaciones diversas en los últimos años (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002; Megías, Elzo, Rodríguez, Megías y Navarro, 2006; Megías, 2014; Megías, 2019; González-Anleo, Ballesteros, Megías, Pérez y Rodríguez, 2021). En este discurso, además, se suele poner el acento en la idea de que la evolución es siempre a peor, y que el contexto social presente, desde el que se emiten los argumentos, representa un retroceso respecto a la sociedad y las generaciones anteriores, por mucho que las diferencias en años sean mínimas, o las circunstancias sean similares.

En lo que respecta al valor de la amistad en concreto, las referencias a que ahora resulta más difícil confiar en el mismo y conservarlo están en la línea de que el entorno social prima un individualismo que dificulta la confianza y la empatía, y que la exigencia de inmediatez, la rápida obsolescencia de expectativas y el consumo desaforado provocan que la amistad sea un objeto de consumo más

(de usar y tirar). Un ahora que resuena conocido (a tenor de las referencias bibliográficas mencionadas, y de otras muchas), y que incluso tras una circunstancia tan excepcional como la pandemia de la covid-19 y el obligado confinamiento, no ha variado excesivamente las líneas maestras del discurso; quizá incidiendo aún más en las contradic-

ciones y dualidades que supone atender a lo necesario y deseable de los valores que componen la amistad “verdadera”, al tiempo que se dibuja un panorama en el que esos mismos valores no tienen cabida, o encuentran grandes dificultades para ser desarrollados.

—Vivimos en una época en la que hay mucha menos gente en la que poder confiar.

—Moderador: ¿Pero eso por qué es?

—Pues no sabría decirte por qué es, pero...

—Yo creo que porque todo lo que tenemos en esta sociedad ahora mismo es de usar y tirar. Entonces, yo estoy contigo el tiempo que me hace falta, pero no pongo mi esfuerzo en ello, simplemente te necesito o te utilizo el tiempo que yo necesite, y ya cuando me empieza a costar algo, que es porque las relaciones son paciencia y son mucho esfuerzo, y es de echarle tiempo... Sí, el fluir está genial, pero si yo luego...

—Mientras no te dé problemas...

—Claro, no mantengo todo lo demás, se van a..., entonces a la gente pues ahora le cuesta implicarse.

—Yo creo que se cansan. Yo creo que dicen ¡ah!, que he tenido un problema, bueno, pues da igual, si yo voy a tener...

—Otro amigo.

—Total.

—Claro.

—No lo valoran.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Yo diría que, por ejemplo, la covid-19 ha sido un punto de inflexión, porque la gente es más individualista que nunca. Y a raíz de eso, básicamente, pues lo que seguimos es separándonos y separándonos y separándonos.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Siendo tal el tono discursivo general, resulta interesante centrar la observación en la manera en la que adolescentes y jóvenes interiorizan el mismo como parte de un proceso de aprendizaje y cambio personal, de forma que tal observación ayuda al análisis de las percepciones reales en torno a la amistad. Este proceso se resumiría en la idea de que las personas crecen con una proyección ideal de la amistad, pero la vida y las experiencias acumuladas van modulando a la baja sus expectativas, o al menos provocan que se asuma que todo es susceptible de terminar, incluso lo que se creía que era eterno.

En primer lugar, sin necesidad de que medie ningún tipo de decepción, porque cada época vital implica demandas distintas y expectativas diversas, y en cada etapa se pueden emprender

caminos que necesariamente determinan que se abandonen otros. Se cambia de gustos, de estilo, de prioridades, como se puede cambiar de centro escolar, de ciudad, de lugar de vacaciones, etc. Todo lo cual provoca que se conozca a gente nueva y que se vea menos a otras personas. En cada momento vital se necesitan o se buscan unas cosas, al tiempo que esas expectativas hacen que se conecte con una gente con la que quizá en otro momento no se conectaría. Las personas jóvenes, desde la conexión que encuentran por el simple hecho de compartir espacios y hábitos durante la infancia y la adolescencia (y en el contexto de los primeros ejercicios de socialización), entienden que crecer implica ir calibrando el foco de eso que hace que las personas conecten, y adaptándolo a las circunstancias que les sobrevienen.

—Ya es muy difícil que nos juntemos todos, porque ya uno está estudiando fuera, el otro está trabajando..

—Claro, pero es que ahí entonces ya lo que es el tema de la amistad es como que va cambiando según el momento en el que está cada uno.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Depende de la etapa de la vida, ¿no?, porque es como que cuando somos niños no nos preocupan tanto las mismas cosas, entonces ya cuando crecemos como que cambiamos de gustos y todo eso. Entonces como que las amistades cambian mucho también, el círculo de personas, y ya los cambios de estilo y todo eso también influyen mucho.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—Igual la amistad también se basa en los momentos y en el momento de punto en el que estés tú.

—Pero en lo que se necesita... En lo que vas necesitando, vamos.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

Yo antes sentía que tenía como un montón de amigos cercanos y con el tiempo te das cuenta de que no, o sea, dos o tres, o menos; y sobre todo que cada vez tenemos menos tiempo para dedicarle a la gente porque tenemos que trabajar... Yo qué sé, en plan, muchas cosas que hay que hacer cuando te haces adulto y... como que cuesta más mantener las relaciones, en general.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Desde una perspectiva grupal, en el capítulo 5 de este informe, titulado “El grupo como referente” ya constatamos cómo los y las jóvenes asumían que el sentido de pertenencia se va diluyendo con los años; y los grupos de pares, inicialmente grandes, se van cribando en torno a relaciones diádicas, que a su vez pueden hacer que conecten con otras personas. Se entiende también que el proceso por el cual se van tomando las riendas de la

propia vida (“vida individual”) supone dejar atrás las presiones grupales o sociales, que muchas veces sirven para cohesionar los grupos. En este sentido, los argumentos más duros reconocen que “todos los grupos se rompen”, haciendo añicos la base sobre la que se construyen las primeras relaciones y se apuntalan la seguridad y el equilibrio que se precisan durante la adolescencia y la primera juventud.

—Todos los grupos se rompen.

—Todos.

—Sí.

—Asúmelo y ya está. (Risas).

—Lo importante, en mi opinión..., es confiar en que pues a lo mejor una o dos personas de ese grupo vas a poder seguir hablando con ellas.

—Claro.

—No, si miedo no tengo ya... ya lo he perdido todo.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

La perspectiva tiende a ser amable cuando se habla de relaciones diádicas, que van y vienen, en algo que se entiende como un proceso lógico de la vida. De igual forma que en determinados momentos existe una mayor necesidad de encajar e integrarse que acerca a personas, habrá amistades que cumplan una “función” que, con el tiempo, deja de tener sentido o contenido. Las prioridades y búsquedas cambian, y unas amistades dan paso

a otras que llenan y ocupan más tiempo, o tiempo de más calidad. Entender esto implica asumir que perder una amistad no tiene por qué ser algo malo ni traumático, sino el resultado de un proceso de desarrollo personal y vital. Incluso como parte de un proceso del cual no se es plenamente consciente en el momento en el que está sucediendo, y que solo se visualiza con el paso del tiempo. Puede llegar a ser triste, pero se acepta.

Al final yo creo que hay personas que llegan a tu vida y que son tus amigas durante un tiempo. Porque en ese tiempo necesitas a esas personas o rodearte de esas personas y ya está. O sea, luego se acaba la relación por lo que hablábamos antes, porque nos distanciamos, porque tomamos caminos diferentes. Y si realmente no siguió la amistad... Quiero decir, da pena, pero tampoco es algo... En su momento hizo para mí una función en mi vida y me ayudó, igual me dio otro punto de vista. Y en el momento en el que se acabó la relación pues se acabó y sus motivos tendría.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Tengo amigas que sigo conservando desde muy pequeña, pero hay otros que ya no, y entonces, no sé... Supongo que por diferentes temas, pues al final no todos los amigos son para... para toda la vida.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

También se acepta que una relación de amistad no es siempre igual, y puede cambiar al vaivén de los caminos vitales de las dos personas que dan vida a esa amistad. En consecuencia, se acepta que las relaciones tienen altibajos, y que, de la misma forma que los lazos se pueden debilitar, pueden

resurgir de nuevo. En ese proceso es importante asumir la posibilidad de conflicto, entender que el desencuentro es una dinámica más de las relaciones personales, y aprender a pedir perdón, algo que se interpreta que es complicado.

Un amigo de clase que me dio el otro día un balonazo en la cara mientras jugaban a pasársela en clase me ha perdido perdón y me ha traído unos filipinos, porque se sentía fatal, ya que les habíamos dicho que tuviesen cuidado con el balón, que le iban a dar a alguien. Él en el momento me pidió disculpas, pero yo ya estaba teniendo un muy mal día, por estrés de exámenes y puro agotamiento, y eso fue la gota que colmó el vaso, así que actué bastante seca con él, cuando normalmente nos llevamos increíble, y siempre me estoy riendo cuando hablamos. En verdad no me enfadó lo que hizo, simplemente que me vino en un muy mal momento, y él creyó que estaba realmente enfadada con él, cuando en verdad cuando vino a darme los filipinos tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba hablando. Yo creo que esto pasa muy a menudo, que hay malentendidos, donde una persona ve una realidad superdiferente de otros y puede llegar a ser conflictivo, pero me alegro de que se haya solucionado bien.

(Lorena, 16 años)

Desde estos argumentos se entiende que el valor de la amistad está por encima de las crisis personales, y ello ayuda a entender las relaciones como un proceso en el que se van ajustando y equilibrando expectativas. Entonces se activa de nuevo el universo simbólico en torno a la amistad “verda-

dera”: si es verdadera, la amistad resiste, perdura. Y se activa también una perspectiva nostálgica que pone el foco en recordar lo bueno y tiende a dejar en suspenso alguno de los teóricos aprendizajes del camino transitado por las relaciones amistosas.

—Al final eres mayor y como que ya no encajas con esa gente. Y es bastante triste, pero es así.

—Y ya no solo por la personalidad. Yo creo que cuando vas creciendo y vas cerrando ciclos educativos o laborales te vas apartando de los grupos de amigos que tenías normalmente y empiezas tu camino en la vida individual.

—Sí, a mí eso, por ejemplo, desde hace ya un par de años sí que... El cambio del colegio a la universidad ahí es cuando pues, a lo mejor, la gente empieza a estudiar en otros lados y empiezas a tener menos relación. Y a mí por lo menos se me hizo un poco duro, un poquito triste, porque claro, luego ya cuando te veías, al no estar siempre en el mismo ámbito ni en las mismas cosas, ya no tienes los mismos temas de conversación y se pierde un poco la gracia y un poco la amistad. Y a mí, la verdad, me resulta un poco... un poco triste.

—Sí, a mí me resultó triste, pero como que no me di cuenta. Me resultó triste en el momento de volverme a encontrar con esa gente. Igual, pues vas por la calle y te encuentras a gente que está estudiando fuera, o tú mismo estás estudiando fuera. Y ahí fue cuando realmente volví a ver a esas personas y dije: “Jo, qué pena, con lo amigos que éramos”. Pero realmente en el proceso no me di cuenta, porque al final yo también encontré a otra gente por el camino. Y realmente a la gente con la que ya no tengo contacto fue pues por lo que decís: al final tú cambias y las relaciones pues se alejan. Y tomas distancia y te da pena. Pero yo lo recuerdo como algo bonito, y ya está.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Aprender sobre la amistad básicamente tiende a concretarse en una serie de asunciones, que desde la perspectiva del ideal del valor supondría una resignación (aceptar que la amistad no es tan perfecta e inquebrantable como se imaginaba), pero desde el discurso del aprendizaje equivaldría

a manejar las expectativas como requiere la vida madura.

En ese proceso, las y los jóvenes sí que reconocen que determinadas experiencias y determinadas pérdidas pueden resultar algo traumáticas,

sobre todo en las ocasiones en las que se cae en la cuenta de que la amistad (incluso la que en algún momento se consideró “verdadera”) también falla, también decepciona. Entonces, cuando la pérdida de la amistad no tiene que ver con circunstancias o “situaciones de la vida”, sino con desencuentros reales basados en valores o incompatibilidades (incluso sin necesidad de que medie discusión,

simplemente porque el tiempo pone a cada cual en su sitio), los aprendizajes pueden resultar complicados. Fundamentalmente cuando tienen que enfrentarse por primera vez a ello, pues luego entienden que la experiencia les aporta una coraza de autodefensa a partir de la revisión de las expectativas a la baja.

Yo pensaba: “Mira, esa va a ser mi amiga hasta aquí y muchos años...”. Pero por situaciones de la vida pues al final han pasado dos meses y ya no. Y a lo mejor es algo que no me iba a imaginar. Pero no sé, tampoco creo que sea algo que se pueda predecir. Y a lo mejor de aquí a una semana ya no eres amiga de una persona que sí que creías.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

El concepto de amistad que teníamos antes yo creo que cuando éramos pequeñas era como bueno, los amigos en general, ¿no?, de clase. Pero en sí no es eso; en esencia es una persona que sepas que va a estar ahí en las buenas y en las malas. Y ahora es complicado, porque la lealtad en esta sociedad no... no tiene ningún valor y parece que los amigos de verdad pues... cuesta encontrarlos.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Una de las últimas fronteras del aprendizaje sobre la amistad se proyecta en el hecho de caer en la cuenta de que la persona que se consideraba amiga es en realidad una mala influencia o genera una dinámica de “relación tóxica” (expresión que, no cabe duda, ha calado con fuerza en el discurso colectivo). Dicho proceso debe luchar contra los hábitos adquiridos, las posibles dependencias, la

integración y el reconocimiento del espacio propio, además de contra la mencionada nostalgia e idealización de determinados modelos de amistad. Se entiende entonces que el trabajo personal necesario para distanciarse de esas personas es una gran prueba de madurez, y, a la postre, una manera de honrar a la amistad que merece ser así considerada.

También me pasó de tener amistades tóxicas, más en la ESO, quizá, y de tener que decidir yo distanciarme de esas personas. Cuando estás como en una etapa de crecimiento supervulnerable... Que ahora no tanto, pero yo creo que igual en esas edades te parece como mejor cantidad que calidad.

A ellos como instituto pues mejor si eres más sociable y si tienes un grupo de amigos más grande. Y, no sé si os pasó a alguno, pero me parece muy duro tener que tomar distancia y decir: “Pues igual estas personas me están haciendo daño y yo estoy con ellas para no quedarme solo. Y es que no me están aportando nada” [...]. Es dura esa parte mala de la amistad, o negativa.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—A ver, yo pienso que los amigos son buenos, pero también si tienes buenos amigos, porque si tienes unas malas influencias pues igual no te llevan por buen camino y... no acaban siendo amigos sino malas personas y tal.

—Sí, para mí es..., la verdad es que es lo mismo. Los amigos son... es mejor tener amigos buenos que tener amigos malos, porque puedes tener de todo tipo.

—[...].

—Puedes no verlo al principio. Te lo pueden decir, pero como que lo consideras como amigo, pues no lo ves hasta que, al final, pues llega un punto que te das cuenta, pero puede ser muy tarde.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

A pesar del aprendizaje, se interpreta que las circunstancias por las que se pierden amistades no son sencillas, y que puede existir un sentimiento de culpabilidad ligado a la pérdida que hace que se pase mal (por el hecho de no ser capaces de mantener una amistad que se suponía que era para siempre). Bien es cierto que este hecho se suele atribuir a épocas adolescentes en las que

aún no se cuenta con la experiencia y perspectiva vital suficiente, y en las que, además, se viven las relaciones con mucha intensidad e incluso con dramatismo (“no encontraré a más gente”, “me quedaré solo”, etc.). Es decir, que los años parecen restar peso a la pérdida, o al menos eso es lo que plantea en teoría el discurso dominante de las y los jóvenes, como prueba del aprendizaje debido.

—En el momento en el que pierdes amigas y crees que va a ser para siempre y que te fallan y dices: “¡Hostia!. Pues....

—Y a partir de ahí, ya viene rodado. Ya va de...

—Sí, a partir de ahí...

—Yo creo que es el momento en el que te das cuenta de que la persona que no te iba a fallar te falla, pues claro, ya te das cuenta y dices: “¡Hostia!”.

—Claro.

—También yo creo cuando me pasa: “Ha sido mi culpa...”.

—El problema es mío.

—Y el problema es mío..., y no, yo creo que el problema pues puede ser que, o bien esa persona te ha fallado porque es así, o bien porque también vas conociendo otros puntos de vista. Y tienes que ir... claro, las conexiones van y vienen.

—Claro.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

—Yo no sé si cuando seamos mayores tendremos amigos o no. (Risas).

—A mí lo que me pasaba es que yo, como no tenía amigos, yo pensaba: “Cuando tenga un amigo pues ya está, para toda la vida, nosequé...”, me emocionaba. Y cada vez que lo perdía me daba miedo porque decía: “Ya no voy a tener amigos otra vez, voy a estar otra vez sola no sé cuántos años. Pero conforme he ido conociendo gente, se ha vuelto a ir y he vuelto a conocer más gente... Me doy cuenta de que es muy grande la vida, y va a venir un montón de gente.

—Claro.

—La gente viene y va.

—Es que la gente... exacto, la gente viene y va.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Esta necesidad de aprender que “la gente viene y va” se interpreta como una apuesta consciente por el tránsito de la “cantidad” de relaciones a la “calidad” de las mismas. Es decir, que frente al argumento culposo de no ser capaces de mantener unos apegos que parecían eternos, se ofrece lo que se interpreta como una apuesta por la

amistad “verdadera” o real, y por amistades con mayor carga de “profundidad”, frente a las relaciones más “básicas” de la infancia y la adolescencia. Claro que, en cada momento, se puede sentir que esa amistad es verdadera, pero sin renunciar a la posibilidad de que esos sentimientos varíen, igual que las necesidades y las búsquedas.

—Antes como que eran un montón de amigos porque simplemente te dedicabas a tener relaciones muy básicas.

—Claro.

—Y ahora es como si todas las relaciones necesitaran más profundidad para que sean amigos.

—Ahora en cambio parece que te estás quedando solo, porque empiezas a decir: “Antes tenía un montón de amigos, y ahora no tengo..., tengo a dos o tres”. Pero en verdad es que la calidad es muchísimo mejor que tener un montón de personas, porque, si no, puedes tener a mucha gente pero que no van a hacer nada por ti. Están ahí y punto. Para rellenar.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Las personas jóvenes suelen atribuir en mayor medida la apuesta inicial por la cantidad de relaciones (que multiplica las posibilidades de aceptación, integración, diversión, reconocimiento, popularidad, etc.) a las épocas adolescentes o de primera juventud¹¹. Y generalmente se adopta una perspectiva benévola con esta circunstancia, desde el reconocimiento de que la posibilidad de estar en soledad puede llegar a provocar miedo, que la necesidad de integración en el entorno se constituye en prioridad, y que ello puede derivar en que se fuerce el hecho de estar con mucha gente, y que se empleen las denominaciones de

“amigo” o “amiga” con demasiada facilidad. Así, los y las jóvenes llegan a manifestar que, en esos años, se pueden tener amistades por pura necesidad o interés, o por mera posibilidad (prestar atención a quien te la presta a ti), motivaciones que no encajan con los auténticos valores que, desde el modelo ideal, se considera que conforman la amistad. Estos argumentos siempre se esgrimen desde el final de lo que se supone que es un proceso de aprendizaje y madurez (eso ocurrió, pero ya no ocurre), y que se enmarcan en lo que se entiende que es el instinto social de las personas.

—Estar solo da miedo.

—Sí.

—Y yo creo que también ver, a lo mejor, por ejemplo, en Instagram o algo así todas las fiestas, a lo mejor ves a alguien..., o bueno, cuando éramos pequeños, “ay, qué sé yo, su cumpleaños...”, y decías: “Pues yo también quiero”, pero porque te sale solo. Porque dices, piensas, cuanta más gente...

—Yo creo que eso, en lo de ser popular o no, yo creo que eso también hace daño. Es que hace daño.

¹¹ Algunos de los datos disponibles apuntan a la necesidad de poder cuantificar esas relaciones de amistad. Así, en Jóvenes, valores y drogas (Megías *et al.*, 2006) al hecho de “tener muchos amigos y conocidos” se le concedía una importancia de 8,36 puntos en una escala del 0 al 10 (donde 0 significa “Nada importante” y 10 “Totalmente importante”). Algunos años después, en Jóvenes y valores I (Elzo *et al.*, 2014), la valoración caía a 7,92 puntos, pero seguía siendo alta. Si bien se percibe ese descenso, y es cierto que en el saco de “personas amigas y conocidas” pueden haber muchos tipos de relaciones, el hecho de que las personas jóvenes concedan tanta relevancia a “tener muchas” parece significativo. En tal contexto, los discursos analizados ofrecen un contrapunto y unos matices interesantes y oportunos.

—Yo creo que es algo normal.

—Un instinto del ser humano normal.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Es verdad que, si ves a alguien que tiene muchos amigos, pues ves que es muy sociable, que se relaciona con mucha gente... Pero en cambio si hay alguien que siempre está con las mismas dos personas o una o sola, pues aunque puede ser que esa persona sea la única que tenga amigos de verdad, ¿eh?, igualmente puede sentirse como que no tiene amigos y estar solo todo el día.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Yo con 18 obviamente para mí un amigo o una amiga no es lo de ahora, que es lo que hemos hablado todos y todas ahora, sino a mí con que yo qué sé, pudiéramos bajar al parque o irme de botellón o de fiesta o simplemente estar en un bar tomando un café, ya me era suficiente. Pero cuando me he desarrollado, yo lo que tú has dicho de introspección y todo eso, pues no voy a estar todo el rato ahí reflexionando porque la energía psicológica varía, pero sí hablar un poco de temas no tan banales, por... no sé. A día de hoy a como soy, obviamente. Pero cuando era más pequeña pues... realmente cualquier persona que me diese un poco la atención... también te digo, ya le consideraba amigo o amiga.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

También se vislumbra un reverso tenebroso en relación con dicha apuesta por la cantidad de amistades: la exclusividad y la dependencia. Por un lado, porque se tiende a exigir de las personas amigas una presencia constante y una atención y demostración continua, de tal modo que no resulta sencillo gestionar el espacio personal

o la parcela de autonomía respecto al grupo de pares. Por otro lado, y también como derivada de lo anterior, porque los vínculos que así se establecen pueden generar una excesiva dependencia, tanto por la necesidad de refuerzo e integración que procuran como por la escasa capacidad para visualizar salidas o aprendizajes alternativos.

—Cuando tú a lo mejor no quedas con esa persona porque tienes que trabajar o algo. Y llevas tres semanas sin verla y te dice... y te empieza a agobiar diciéndote: “No quedamos, no quedamos, no quedamos, nose cuantos...”, pues también tengo yo mi vida. Y una amistad de verdad, aunque no te

veas en tres meses o cuatro meses, porque yo tengo una amiga en Mallorca que no la veo desde hace un año; y es que cuando la veo, es como si fuese... como si la hubiese visto ayer. No pierdo la relación, porque de eso se trata la amistad. No de algo que sea todos los días, venga, tú, tú... No. También cada persona tiene su libertad [...].

—Yo creo también que hay dos tipos de amistades, yo creo que es que llegan a un nivel de dependencia total..., en el que necesitan tener contacto contigo diariamente o... y, a la mínima, es como que ya no les importa o no te importa o no te quiere o no le quieres o... No sé.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

En relación con la dependencia respecto a las amistades, desde los aprendizajes asumidos se destaca que la pretensión de encajar puede provocar que se supediten otras cuestiones personales esenciales; y se renuncie a parcelas, intereses y principios, algo que no parece sostenible en el tiempo. Sin embargo, puede existir cierto acomodamiento que provoca que no se enfrenten tales circunstancias, aunque se vislumbren, también acrecentado por

el temor a quedar fuera de las dinámicas y los círculos sociales. Se reconoce entonces que cuesta darse cuenta de algunas cosas como las apuntables, que es difícil renunciar a determinados lazos establecidos (confidencias, diversión, confianza, etc.), y que no es sencillo desprenderse del compromiso y la dependencia, en momentos en los que se necesitan asideros, o no se tienen las fuerzas ni las ganas para enfrentar tales tareas.

Sí que creo que son necesarios [los amigos], pero creo que a veces pecamos igual de necesitar apoyos de más, externos, en lugar de, igual, como reforzarnos a nosotros mismos a nivel interior. Y que obviamente vamos a necesitar relacionarnos y socializar con gente, pero sí que creo que a veces eso, tenemos un poco mucha necesidad de encajar, de estar rodeados de gente cuando a veces no... no es lo más importante o lo que va a solucionar todo lo que... nuestros problemas personales.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Y yo creo que también cuesta deshacerte de una amistad cuando por ejemplo te falla o te hace algo mal y te dices: “Es que si dejo de juntarme con ella me dejo de juntar con otra gente y me voy a quedar sola. Y ya no voy a salir por ahí, no voy a salir, me voy a quedar sola en casa, nosecuantos...”. Pero al final si vas a quedar con esa persona y vas a estar mal, te va a entrar, yo qué sé, un ataque de ansiedad, lo que sea, cada vez que ves a esa persona, y para eso es que es mejor deshacerte de ella. Pero claro, es que eso cuesta mucho.

—[...].

—Es que es como un medio compromiso de todas las cosas que habéis vivido, de las historias...

—Claro.

—Las cosas que le has contado, los secretos, todo. Y ya al final te da como miedo y compromiso de... cómo se va a quedar eso ahí.

—[...].

—A mí es que me está pasando ahora, ¿eh?, justo eso de que hay una amiga que tengo hace mucho tiempo y cada día nos vemos menos y hemos cambiado mucho. Entonces como que no tenemos nada en común, yo ya no estoy cómoda y no sé cómo... cómo decírselo. Porque al fin y al cabo me da mucha pena, porque la quiero mucho [...]. Es como que ya hablamos y no es lo mismo, no estamos cómodas, yo hay cosas que siento que no puedo decir porque no estoy cómoda, y ella tampoco, ya no nos contamos nuestras cosas... Entonces, yo siento que estamos alargando una situación porque ella no es capaz de dar el paso y yo tampoco. Entonces, claro, estoy esperando a que lo haga ella, pero me da mucha pena. Me da mucha pena.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Entre quienes señalan en mayor medida los peligros de la dependencia respecto a las personas que encarnan la amistad, se emiten incluso argumentos que pretenden desligarse de conceptos tan empleados como el de “mejores amigos/as”, o de lugares comunes como que las amistades se cuentan “con los dedos de una mano”. Precisamente por tratarse de componentes esenciales que encarnarían la exclusividad y la necesidad de validación y reciprocidad, algo que vislumbran en la frontera con la mencionada dependencia. Es decir, que, cuantas menos amistades se tengan y más relevancia se otorgue a las mismas frente al resto de las personas que conforman los círculos sociales, más probable es que se desarrolle un estado

de dependencia respecto a las mismas, además de que resultarán mucho más problemáticas y trascendentes las rupturas y los desencuentros. Estos argumentos plantean que hay diferentes tipos de amistad (cada cual con su relevancia), que no es bueno cerrarse en exclusividades, y que los apoyos personales y las aportaciones que procuran bienestar pueden venir de muy diversos contextos y personas, dentro de las redes sociales que se tejen con el tiempo. Y, también, que la seguridad de tener amistades que se cree que son a prueba de bombas puede provocar un acomodamiento que impida conocer a otras personas que quizá pueden aportar más cosas. En definitiva, que es mejor diversificar las amistades.

—Las cosas siempre se las sueles contar a tu mejor amiga. O sea, la típica persona a la que se lo cuentas todo. Y ahora pues cada vez intentamos

contarlo a más gente, como tener más gente de apoyo, porque es como que necesitamos más, y nos damos cuenta de que la gente no está para eso. Que hay diferentes tipos de amigos.

—Luego hay gente que es muy tóxica y te acabas engancho a esa amistad pensando que va a ser la amistad de tu vida, y te la juega. Y sufres. Y no te das cuenta.

—Nos ha pasado a todas.

—Sí, sí.

—O la típica amistad que a lo mejor solamente te quiere para una cosa...

—O para salir de fiesta.

—O que se aprovecha de ti, también.

—Sí, sí, sí.

—Claro, es que yo creo que nos ha pasado...

—A todos.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

No sé si es porque me incomodo o qué, pero no me gusta como poner la etiqueta de “esta persona es mi mejor amigo”. Igual, de pequeña, sí, de: “Pues eres mi mejor amiga y tú mi segunda mejor amiga”. Pero ahora eso es que me da igual. O sea, tengo un grupo cerrado de gente y luego un grupo más amplio que es como menos cercano. Y al final yo creo que sé que con esta gente congenio más y es como una amistad más fuerte. Y pues grupos más grandes pues puede que sí o puede que no. Pero, es más, yo creo, que cómo yo me siento y cómo esa persona me hace sentir más que igual la etiqueta que yo le pueda poner. En mi caso, no sé... No me... no me gusta ponerle eso.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Tampoco se puede negar que, en ocasiones, estas palabras se enmarcan en circunstancias personales en las que se intuyen episodios de decepciones o desencuentros con gente muy cercana, que precisamente encarnaba ese tipo de amistad más dependiente. Entonces se percibe cierto poso de amargura y la pretensión de que tales cosas no se repitan, desde la proyección del aprendizaje personal y la superación de estadios que las y los jóvenes consideran propios de épocas en las que se manejaban menos las claves “adultas” de las relaciones personales.

La otra cara de la moneda, también desde el discurso del aprendizaje, es que precisamente las pérdidas y las decepciones ayudan a valorar más la amistad, y que es cuando no se tiene cuando más se pone en valor (mientras tanto, se da por hecha). Por ello no les preocupa tener pocas amistades (“con los dedos de una mano...”), pues se valoran mucho más las que se tienen y permanecen, y se entiende que quien está a tu lado está “de verdad”, desde un vínculo personal (no simplemente por compartir espacio, gustos o aficiones).

Cuando entré en la ESO yo me cambié, entonces claro, con la clase en la que estaba yo no... con nadie me conseguía coincidir. Entonces pues repetí de curso y ahí conseguí un grupo de amigas, entonces claro, durante todo este año y medio que estuve que no conseguía como tener amistad, me hizo valorar mucho la amistad, pero muchísimo. Entonces me pasaba eso. Hice mi grupo de amigas y decía: “Bueno, ya es para toda la vida...”. Mentira. Una. Me ha quedado una. Y... y la gente, es verdad que las amistades yo siempre tengo poquitas porque siempre las que he tenido son verdaderas amistades. ¿Entonces qué pasa? Que yo las valoro mucho porque no tengo gente de paso, de fiesta...

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

Aprendí que, quien quiere estar, pues está de verdad. Porque en el instituto es como que los ves por obligación, porque vas al mismo instituto, pues hablas con ellos; pero, en cambio, cuando estábamos confinados, es que, quien te quería escribir, pues te escribía: “¿Cómo estás? Mira...”. No sé... O sea, o te llamaban. De verdad sabías las personas que tenían interés en saber cómo estabas, o tu situación y no solo por cosas externas.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Los apegos excesivamente dependientes provocan unas expectativas muchas veces determinadas por las exigencias y la constante necesidad de demostración. Frente a ello, algunas voces jóvenes plantean que es necesario entender y asimilar como parte de las relaciones que “la gente te va a querer como puede”, y que precisamente encontrar una conexión personal y trabajar para que perdure supone aceptar que las circunstancias

y características de cada persona condicionarán la manera en que ofrece y gestiona su amistad. Comprender que las expectativas en relación con la reciprocidad tienen que estar reguladas por las características de cada persona, y no por la pretensión de que la otra parte actúe de idéntica forma a como lo haría uno mismo o una misma. Es decir, asumir que la necesidad de que las personas que se consideran amigas te quieran y te

acepten “como eres” (además, como prueba de amistad), tiene su contrapartida: aceptar cómo son las personas a quienes se considera amigas, aunque sean distintas y se comporten de manera distinta, o tengan prioridades o gustos diferentes (dentro de unos mínimos comunes en cuanto a los valores básicos). Los mismos argumentos recono-

cen la dificultad de alcanzar ese punto en las relaciones, pues requiere de un ejercicio de madurez y deconstrucción de algunas cuestiones que calan en las primeras etapas de la socialización; pero apuestan por su importancia a la hora de definirla, tan reseñada amistad “verdadera”.

—En nuestras relaciones funcionan unas expectativas que tenemos sobre equis roles, ¿no?, como si nuestra pareja, nuestros amigos, tuvieran que cumplir estas cosas y ser así y darnos esto o lo otro. Y si no nos dan esto nos frustra y nos enfadamos y exigimos; y creo que al final eso, o sea, un poco la base de la amistad es también entender que la gente te va a querer como puede, y no como tú quieres que te quieran, ¿sabes? Entonces es como, no sé, es un poco...

—Eso es difícil, ¿eh?

—Sí, es muy difícil, porque entran en juego tus sentimientos y a veces nos podemos sentir tristes porque pensamos que alguien nos ha fallado como amigo, nos ha fallado, pero creo que también una parte de ser un amigo es saber que la otra persona tendrá sus motivos o lo que sea, y que quien pone límites somos nosotros mismos y no tenemos que esperar que la gente haga cosas en función de lo que nosotros necesitamos.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Algo que es común escuchar entre los y las jóvenes, pese a su juventud, es que el paso de los años, y la experiencia, provocan que cada vez cueste más emplear los términos “amigo” o “amiga”. Desde todos los planteamientos mencionados en relación con las diferentes necesidades y búsquedas adolescentes, condicionadas por el imperativo de la integración y por la personalidad en construcción, y también desde la consabida asunción de la temporalidad y la posibilidad de que las relaciones tengan su fin, se considera que la palabra queda desvirtuada por el (excesivo) uso que precisamente se realiza durante esos primeros años. Entonces, a partir del aprendizaje y las lecciones

aprendidas, sostienen que el concepto de amistad se usa muy superficialmente, y en exceso, para denominar a personas que en realidad no lo son, o lo fueron fugazmente (y la amistad no entiende de fugacidad). Por ello, algunas personas jóvenes explicitan la necesidad de “restringir” o ser más selectivas con el uso de la denominación de “amigo” o “amiga”, como forma de honrar el valor de la amistad (de nuevo, desde su ideal, que por icónico tiende a ser más deseable que posible).

Prefiero poder contar de manera precisa a mis amigos, y para eso necesariamente tengo que restringir el uso de la palabra [...]. Me voy cuatro días a Dinamarca, a ver a María, la persona a la que llamaría “mejor amiga” si el concepto no me recordase a esas amistades superficiales que todos hemos tenido, y que muchos siguen teniendo.

(Elvira, 22 años)

—Llegas a un punto que, después de todo lo que vive cada uno, ya... Antes veías a un chico o una chica y le decías: “¿Quieres ser mi amigo?”. Y así ya era como amigo de toda la vida. Y ahora es que, por mucho que conozcas a una persona, no te sale decirle “amigo”... Una persona nueva.

—Sí, y también que las amistades muchas veces son un poquito temporales, es decir, que más allá de las amistades que tienes más fijas hay veces que conoces a una persona que tienes una amistad durante un tiempo, luego pierdes un poco el contacto, lo recuperas...

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

En esa línea, se entiende que las nuevas relaciones, las amistades recientes, se someten a una especie de “período de prueba”, y solo el tiempo determina la naturaleza real del vínculo. Porque de las relaciones y la manera en la que se desarrollan se va aprendiendo, y el paso del tiempo asienta la reciprocidad y el equilibrio (y ambos factores rea-

justan las expectativas). Por eso interpretan que cuando son muy jóvenes pueden llegar a confundirse, pues no ha pasado suficiente tiempo para que la amistad quede contrastada; o quizá ni se plantea la posibilidad de que esa amistad deba ser probada o refutada, desde la ilusión o proyección de relaciones ideales.

—Sí, pero yo creo que le das como más chances a amistades de más tiempo, o con las que hayas vivido más tiempo, que a alguien que estés conociendo desde hace poco...

—Puede ser un período de prueba, jje, je, je!

—Pues puede ser...

—[...].

—Yo creo que de las relaciones se va aprendiendo, por eso es importante que haya relaciones que duren tiempo, para poder ir como formando esa relación y como aprendiendo juntos de cómo es convivir. Y que eso de la reciprocidad, eso no tiene que ser al instante, tiene que ser una relación de cuidados, de ir cuidándose constantemente. No son unas pruebas que

tienes que ir haciendo, una checklist, siempre así en plan: “Esto lo ha hecho, esto no esta semana...”, sino que al final te sale solo. No te exigen porque te va saliendo. Si ves que tu compañero está mal, lo ayudas y después él te ayudará a ti.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

En este proceso por el cual se redefinen o redimensionan las amistades con el tiempo entra en juego la manera en la que se compatibilizan con otros espacios o parcelas personales como la familia, la pareja o las responsabilidades formativas o laborales. Entonces se pasa de los momentos iniciales en los que las amistades se generaban y sostenían a base de compartir espacios, tiempos o aficiones a

otros (propios de fases más adultas) en los que la presencia es mucho más variable. Se asume implícitamente que, cuando la amistad está asentada, probablemente no sea necesario “cuidarla” tanto, en el sentido de compartir todas las esferas de la vida. El vínculo se sobrentiende, y la expectativa de presencialidad es menor, salvo en momentos de dificultades o problemas.

Esas amistades ya tan longevas que ya pues prácticamente no las cuidas, pero tampoco..., a veces tampoco es necesario cuidarlas del todo porque ya os retroalimentáis. Y sois amigos, hay confianza, entonces no hace falta cuidarlas tanto.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

—*Para mí se me ha redefinido un poco el concepto de amistad.*

—*Sí.*

—*Moderador: ¿En qué sentido?*

—*En..., o sea, que como cuando era más pequeña, era más tiempo que pasaba con otra persona, tipo en horas, ni siquiera como en tiempo de calidad. Y cuando soy más mayor pues veo que como que cada persona me es capaz de dar una parte distinta a mí [...]. Y ha pasado a ser más comunicativo y de reciprocidad que de tiempo, de: “Pues es que somos amigas porque vamos al cine juntas”.*

—*Sí. Sí, sí.*

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Desde esa perspectiva se entiende que, si no hay mucha presencia, o la presencia es menor que

antes, y el apego y la confianza siguen fluyendo, la amistad está plenamente contrastada y resiste

a una de las mayores pruebas a las que puede ser sometida, la de la ausencia. Incluso se llega a afirmar que las amistades que duran mucho tiempo, o para siempre, pueden serlo precisamente porque no se comparten muchos contextos, o rutinas, o grupos de amistad (justo al contrario de lo

que pasaba al principio). Algo que provocaría que no hubiera posibilidad de tantos desencuentros, agotamientos, saturaciones; o de que los vínculos personales se corrompan o degraden por la presencia de terceras personas, pues no habría más nexo que el de la propia amistad.

—Se debería de condicionar más el hecho de la amistad, ¿eh? A ver cómo digo esto..., no tanto quizá a la presencia ni a que siempre se esté uno encima del otro ni nada, sino al hecho de que cuando os encontréis o habléis pues que siga todo fluyendo.

—Sí.

—O sea, no el hecho de grandes... “hostia, hace 40 días o hace tres meses que no hablamos, ya no somos amigos”. Yo creo que si sigue fluyendo la amistad, sigue habiendo el contacto pese a no hablar, pues ... pues reafirma el... reafirma la amistad.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Tengo una amistad de esas contadas que son la amistad desde que teníamos 3 años... y no hablamos todos los días. Pero, cuando nos vemos, nada cambió. Tal vez no compartimos grupo de amistad. Porque creo que al principio también decías tú que a veces esas relaciones como que se apagan porque al final no compartís pues las mismas experiencias, o el mismo círculo. Y yo creo que esas amistades de pequeñas o, en mi caso, esas amistades de la infancia, a mí, en mi caso, duraron porque nunca en ningún momento compartimos el mismo grupo de amigos ni nada. Simplemente éramos dos personas que éramos amigas y seguimos siendo amigas a día de hoy, porque no hay nada que nos una. Y al final cuando nos juntamos es hablar de mis cosas, de sus cosas y siempre... Y sé perfectamente que me pasa algo y mañana está aquí.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

En esta línea hay argumentos que señalan la necesidad de no “forzar” las relaciones de amistad, de no empeñarse en que las personas estén constantemente, ni de la misma forma en todos los

momentos de la vida, pues las amistades que se precian siempre vuelven.

Yo soy partidaria de que a cada uno le salga..., que sea sincero con uno mismo, y que se vaya construyendo el camino. Y si esa persona tiene que desaparecer, pues desaparece, y si tiene que volver, que vuelva, y si yo quiero volvérmela a encontrar, nos encontramos.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Uno de los aspectos quizás más interesantes de los que se mencionan en relación a los aprendizajes en torno a la amistad (también al hilo de la manera en que se perciben los patrones relacionales y la dependencia), es la necesidad de cuidar el espacio personal y de autonomía, como forma de valorar y sostener la amistad. Frente a la presión social por vincularse continuamente, la velocidad y la presencia constantes que marcan el contexto tecnológico, y el temor a la soledad, la apuesta de las personas jóvenes por la pausa y la dedicación a ellas mismas. Desde el planteamiento de que, sin gestionar adecuadamente la soledad y el tiempo propio, es improbable poder hacerlo con el tiempo que se pasa con el resto de las personas; y también desde la convicción de que para apreciar adecuadamente la amistad y las relaciones resulta imprescindible saber tomar distancia respecto a ellas, y reconocer su espacio, así como el propio. Idea que se resumiría en lo que popularmente se denomina “saber estar en soledad”, o “aprender a estar en soledad”.

Resulta evidente que haber pasado por una experiencia tan extraordinaria y complicada como el confinamiento obligado por la crisis de la pandemia de la covid-19 situó a los y las jóvenes (como a la población en general) en circunstancias en las que, de otra manera, no habrían estado. Entonces, enfrentarse a la gestión del tiempo en soledad fue algo imperativo. Aunque, indudablemente,

las posibilidades tecnológicas y las redes sociales mitigaron esa soledad y contribuyeron a que no se perdiera el contacto con las personas, fueron reseñables los aprendizajes en relación con el peso de la presencia física en las amistades, y a los beneficios y el crecimiento personal que aporta tener una relación sana y adecuada con la propia soledad; para alcanzar un estado satisfactorio de equilibrio y salud mental, pero también para saber relacionarse mejor con el resto de las personas¹².

Sin duda el recuerdo de esas circunstancias sigue vivo, y aunque socialmente parece que se haya vuelto a los hábitos y los patrones de comportamiento y de relaciones anteriores a la pandemia, que este tipo de aprendizajes salgan a la palestra en el contexto de conversaciones sobre la amistad y las relaciones resulta muy reseñable. Sobre todo cuando se entiende (y se explicita) que es precisamente cuando se vuelve a estar en un contexto social “normal” (sin pandemia, sin confinamiento), al encontrarnos de nuevo rodeados constantemente de personas y de posibilidades para relacionarnos, cuando es inexcusable cuidar esos espacios de soledad, pues es el momento en el que verdaderamente se gestionan de manera consciente y a voluntad (sin la necesidad obligada de un confinamiento, por ejemplo).

¹² Véase Lasén y Megías (2021).

—Empecé a tener más tiempo conmigo y fue como... pues me vino bien. O sea, fue una mierda, las cosas como son, pero no sé.... Me hizo pues ser más introspectiva, darme cuenta de cosas que realmente me hacían falta y las que no. Y de que, jobá, que hace estar bien tener tiempo para ti y es necesario. Y no estar todo el rato relacionado con la gente.

—[...].

—Yo con la pandemia me di cuenta más bien de la primera opinión, del hecho de valorar... Y en el Erasmus me di cuenta de que a veces hay que estar solo. Porque el Erasmus es una constante de gente, de estar rodeado de gente las veinticuatro horas. Y a veces era como: “Lo necesito...”. Y está bien al final compartirlo con otra gente, porque todos tenemos el mismo sentimiento de: “Me voy a ir un rato a mi habitación a estar yo conmigo misma pensando en mis cosas”. Y ahí es cuando me di cuenta de que no fue tanto en la pandemia, que pasé tanto tiempo sola, pues no. Me di cuenta cuando estaba más rodeada y tenía más posibilidades de estar con gente: que a veces necesito un ratito para mí.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Aprendí a estar como más conmigo misma y no estar pendiente todo el día de con quién estoy y de: “Mira, he quedado con esta persona”. Porque al final, prácticamente cada día estoy con alguien, ya sea con mi familia, con mis amigos o lo que sea. Siempre estoy con alguien. Y al final, pues estar sola en mi habitación durante horas creo que era bastante de... pues de poder reflexionar conmigo misma o de hacer cosas, yo, sin tener la necesidad de hacerlas con otra persona.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Yo pienso que hemos cambiado porque nos hemos dado cuenta de que podemos estar solos y que no necesitamos tanto el estar... Que puedes disfrutar haciendo otras cosas tú solo, porque al estar obligado a estar en tu casa solo... Bueno, pues a lo mejor antes estabas todo el día con tus amigos, pero a lo mejor dices: “Pues mira, voy a... Yo qué sé, a pintar. O voy a buscar... voy a hacer...”. No sé... No sé, yo por lo menos he visto ese cambio.

(Grupo de chicos, 25-29 años, Córdoba)

—Es verdad que te tienes que cuidar a ti mismo, porque como tú no estés bien y estés saturado, no eres capaz de... nadie.

—Y muchas veces ese es el problema, que le damos tiempo a todo menos a nosotros. Y luego ya llega un momento en el que te das cuenta.

(Grupo de chicas, 19-23 años, Córdoba)

En cualquier caso, por lo general, el hecho de saber apreciar y gestionar la soledad no es algo que se considere sencillo, y se entiende que se consigue con el paso de los años y la llegada de la madurez. Durante la infancia y la adolescencia, explican las y los jóvenes, se “fuerza” estar con mucha gente porque aún no están asentadas las bases de la personalidad y priman las búsquedas y las necesidades de aceptación. Pero se reconoce que el miedo a estar en soledad sigue presente

también en años posteriores, algo que se ejemplifica en dos circunstancias concretas. Por un lado, en el temor a enfrentarse a actividades o hábitos que no se comparten con personas cercanas (por el juicio que puede generar el hacer algo en soledad, o por la inexistencia de un refuerzo externo a la propia voluntad), que puede provocar que se dejen de realizar actividades que gustan si no existe la posibilidad de compartirlas; como si no se pudieran disfrutar si no se comparten.

—Yo creo que nos da mucho respeto estar nosotros solos. En plan de: “Aviso a mis amigos, quiero ir a un concierto. Pues esta semana... esta semana no me cunde...”. Y pienso: “¿Y si voy yo sola?”. Pero digo: “¿Y cómo voy a ir yo sola? No conozco a nadie”. Y al final, o sea, igual te lanzas y es la mejor experiencia de tu vida porque conociste a gente o simplemente te soltaste tú solo. Pero creo que también, muchas veces, lo que decías tú de hacer romper un poco barreras y tal, cuando eres tú solo. Pero sobre todo llegar tú solo a ese sitio y desenvolverte sí que se hace fastidiado. Pero, cuando empiezas a hacer este tipo de cosas, no sé..., te sientes mejor contigo mismo, más conectado y más sociable también.

—Sí. Bueno, sí, pero sí que el hacer las cosas solo sí que da bastante miedo. Pero también en parte se pasa mejor con grupos, con amigos también se disfruta más. Pero sí que yo, por ejemplo, en mi caso personal sí que debería hacer más cosas solo que, y lo mejor, no me apetece hacerlas solo... A algún amigo no le apetece o no le parece buen plan o no puede, y yo dejo apartada esa actividad que me gustaba por el hecho de ir solo. Así que frena bastante.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

Por otro lado, en la dificultad que supone relacionarse en un contexto nuevo, sin vínculos previos,

por el bloqueo que puede suponer enfrentarse a lo desconocido, a la observación y el escrutinio

de redes de amistades ya asentadas; y, al mismo tiempo, con la presión y la necesidad de establecer nuevos contactos, para evitar el aislamiento y la soledad.

En los dos casos se intuye en las personas jóvenes el anhelo por contar con la madurez y la seguridad necesarias para enfrentar dichos temores. También es reseñable que ambos ejemplos tienen que ver con cómo se observa la soledad desde fuera, y no tanto con la manera en que se pone en práctica individualmente. Es decir, con el juicio social, que retroalimenta la representación: no está bien visto estar en soledad.

Cuando hablan de la gestión de la intimidad, un enfoque parte de la necesidad de tener momentos para estar en soledad para reflexionar desde la tranquilidad, escucharse y poder llegar a conocerse. Pero cuando se aborda el tema en relación con la amistad, los relatos con mayor presencia tienen que ver con la manera en que se gestiona o se intenta gestionar esa intimidad con respecto al grupo. Desde la asunción de que tal cosa es complicada, pues no encaja precisamente con uno de los factores que definen el modelo ideal de la amistad, como es la presencia (un amigo o una amiga tiene que estar); además de enfrentarse al juicio de valor que siempre observa con suspicacia a las personas que hacen cosas en soledad, al margen del grupo.

Cuando pasé sobre los 16, 18 años, me pasó eso... mi espacio personal... y no seguí quizás el ritmo que siguió la mayoría de grupos de mis amigos y amigas, ya empezaron a desplazarme en plan no cabes en este molde, tienes que... Bueno, de hecho, las palabras fueron... como que ya no había confianza porque no bajaba cada día a la calle con ellos, y entonces no sabía lo que pasaba en su vida, y que si bajaba un día a la semana no podía enterarme de todo.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

A pesar de ello, se habla de la necesidad de generar y conservar los espacios personales y de intimidad frente a las amistades y al grupo. Esos espacios de independencia y autonomía parece más fácil conseguirlos en el contexto online (aunque tampoco lo sea), en base a las posibilidades de gestión que ofrecen las tecnologías. Sin embargo, algunas personas señalan que es necesario delimitar esos espacios personales incluso en los contextos caracterizados por la presencia constante de personas, mientras se comparten rutinas y responsabilidades. Por ejemplo, en el entorno

escolar, donde encontrar momentos puntuales de soledad puede ayudar a manejar de mejor forma la relación con el entorno, o simplemente procurar el descanso y la pausa que requiere un momento determinado.

Estaba muerto, no quería salir de la cama, sinceramente, pero lo hice y fui a clase. Allí, la verdad es que no me relacioné con mis compañeros y amigos porque no quería ni respirar de lo cansado que estaba.

(Carlos, 16 años)

Desde el reconocimiento de los beneficios de aprender a estar en soledad, se apunta la necesidad de poner límites en las relaciones sociales, también con las personas que se consideran amigas. Y esto se logra luchando no solo contra el imaginario de la presencia debida, sino también con-

tra el propio sentimiento de culpa que se puede desarrollar si se tiene la sensación de no cumplir con lo que se espera de una persona amiga, y el temor a ser objeto de recriminación o de rechazo.

A veces sí que es necesario intentar poner límites. Si tienes amigos que son como muy dependientes, de hacer todo con alguien. A mí también, por ejemplo, me gusta mucho, en plan, me gusta ir a los parques, socializar un montón y estar con gente, pero tener tiempo para mí. Y sí que tengo amigos que son más dependientes y es como: “Y hacemos nosequé y hacemos nose cuantos...”. Igual a mí no me apetece y tengo dicho que sí pues porque esa persona dijo: “Joé, no quiero ir sola, tal”. Y en verdad pues no me apetece una mierda y quiero estar en mi casa tirada en el sofá. Entonces creo que a veces, ¿eh?, por ese compromiso de amistad, nos sentimos mal y decimos que sí, simplemente porque igual tenemos miedo de que le parezca mal, de cómo pueda reaccionar... E igual reacciona muy bien y dice: “Pues oye, te entiendo”. O igual: “Bah, pues es que siempre me acompañas a este sitio”. Entonces, el tema de los límites con amistades y tal... Pero no a malas, simplemente por salud mental también de decir: “Pues oye, no voy, no pasa nada”.

(Grupo mixto, 19-23 años, A Coruña)

La otra cara de la moneda la representan las personas que reconocen que no saben gestionar esa soledad, desde una necesidad constante de socializar, de estar con gente, de recibir estímulos y refuerzos externos. Entonces, cuando hay momentos de dificultad, de retraimiento e introspección, cuando se está mal y no hay tantas fuerzas para relacionarse, la gestión de una soledad a la que no están acostumbradas resulta complicada. También

entonces, precisamente en esas circunstancias de difícil asimilación, pueden revelarse amistades “verdaderas”, que serán aquellas con las que se está a gusto cuando no se está con nadie más (ni en soledad).

—Yo tengo una amiga que lo ha dejado con su pareja (estamos hablando de una amiga que yo vivo en Sabadell, ella en Barcelona, y nos vemos relativamente poco), y siempre me está llamando a mí porque ella misma me dice que ella sí que es una persona que siempre está rodeada de gente, además ella necesita mucho todo lo contrario de lo que estás hablando; necesita mucho siempre el quedar, el irse a tomar algo..., siempre está con gente. “Yo soy superactiva, soy supersociable”. Pero se rodea de personas que a lo mejor la hacen sobrellevar bien un día. Después, ahora mismo, que está en una etapa en la cual lo está llevando fatal, ella me dice que ya no sabe dónde encajar. Que ella es superalegre, supereufórica, todo siempre le parece bien, siempre está que quiere salir de fiesta... Y ahora que está triste no sabe dónde encontrarse, no sabe dónde encajar...

—[...].

—No sé tu amiga, pero si suele rodearse de mucha gente en plan euforia..., de salir de fiesta y todo eso, pero a la par dices que tú eres la persona que no ve tanto, pero a quien llama, quizá que esas personas no son sus amigas, sino que son como más colegas o conocidas. Y que para sentirse desinhibida contigo a la hora de poder explicarse y pedirte opinión, quizá eres tú la amiga.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

En cualquier caso, el ejercicio de alcanzar un teórico equilibrio entre el cuidado de una amistad y el propio autocuidado (reservando espacios de intimidad y soledad) no es tal desde lo que se entiende que es una concepción de amistad madura y respetuosa, que integra ambas cosas, no las contraponen. Partiendo de esta visión, las personas que se precian de ser amigas respetarán esos

espacios, y sabrán de las necesidades, momentos, tiempos y procesos de las personas que conocen y a las que aprecian. Incluso si una ausencia no responde a un patrón habitual, una amistad habrá de disponer del temple para entender que esa circunstancia puede tener un motivo, sin precipitar juicios; o estando abierta al perdón de actitudes no demasiado afortunadas.

—Yo, una de las cosas que me gustan de mis amigos es que igual, o sea, no soy una persona que me guste estar todo el rato rodeada de gente, entonces, igual que entiendan eso y que me den la libertad de... que no dependan de mí y que me den la libertad...

—Yo también valoro mucho lo de que me den esa libertad, que no dependan. Es más, yo creo que si una persona depende mucho de mí... siento rechazo.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Al final, si las personas de verdad te conocen y saben el tiempo que tú necesitas y te conocen de verdad, pues creo que sí que son capaces de entenderlo.

(Grupo mixto, 15-17 años, Barcelona)

Ahora lo estoy gestionando mucho más, pero cuando era más pequeña y en plena adolescencia no gestionaba nada, era nefasto. Por el simple hecho de que quizá lleve dos semanas sin vernos, me pasa a lo mejor con mi mejor amiga: “Y ya se ha enfadado, ¿qué ha pasado?, nosequé...”. Y tengo que reconocer que, a ver, es una persona adulta funcional, tiene sus cosas en la vida, y no solo estás tú. Entonces ya me relajo. Pero tengo que hacer ese trabajo, porque a priori pienso: “Ya, es que he hecho algo mal...”. Porque también tiendo a la culpa y, bueno, esas cosas, ¿no? Entonces sí, cuesta muchísimo. Y sobre todo en la adolescencia, que creo que es la etapa más difícil para todo.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Se apunta la necesidad también de entender que las amistades, como el resto de las relaciones, tienen sus tiempos y sus momentos. Especialmente se mencionan dos, que compondrían el imaginario colectivo. Uno inicial, en el que la evidencia de la conexión y la novedad procuran unos lazos personales absorbentes, que propiciarían que la relación diádica que se ha formado deje de lado otras relaciones o cosas. De nuevo resulta recurrente para el discurso general realizar una analogía con las relaciones de pareja, y además resulta significativo porque precisamente el objeto de dicha analogía representaría el segundo de los momentos

que componen el imaginario común: cuando una amistad se aleja (se entiende que temporalmente) precisamente porque comienza una relación de pareja.

Ambos momentos llevan aparejada la posibilidad de que aparezcan celos (en el resto de las amistades, en la persona amiga que se siente desplazada), o la sensación de sentimiento herido. Frente a ello, se plantea el ejercicio de “regar” la relación de amistad con constancia, para que estos altibajos (que aparecerán) no terminen con ella.

Una de mis amigas hasta ahora no había tenido pareja y tiene 29 años, y está absorbida, y donde va ella va él. Yo no tengo ningún problema, porque vamos a dejar a la chica pues disfrutar, ¿eh? Y no tengo problema, y sé que en algún momento esa intensidad se va a rebajar, o van a cortar y tal, y yo no tengo problema en acogerla de nuevo. Porque no pasa nada, porque la quiero y sé que ella se siente mejor si está la pareja al lado.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

—Los primeros meses en una relación es donde se construye esa relación y como tú sabes se invierte muchísimo tiempo. Entonces está ese punto de empatía de decir: “Bueno, entiendo que tú estás construyendo algo con alguien, necesitas intimidad y tiempo, pero que no voy a estar dos años siendo tu amiga, pero siendo un fantasma para ti...”.

—Claro. Y sobre todo el hecho ... yo he tenido amigos y amigas que, no solo es que en esa relación yo no existía, sino que me llamaban solo cuando estaban mal. O sea, no. Lo que no va a pasar es que siempre que cortes con tu pareja tú me llames y ya quieras quedar y que si no estoy soy la mala. No, eso no. Para mí es superimportante que, aunque sea una vez al mes, o aunque sea hablar, no hace falta ver, ¿eh... regar la planta [...]. Aunque sea..., yo qué sé, que me hable y me diga: “Oye, que me acuerdo de ti, pero es que no tengo tiempo, en cuanto pueda quedamos”. Y ya digo, ostras, pues ha tenido incluso la iniciativa. Como si pasan dos meses más. Pero que no tengas ni la..., cómo se dice, consideración de hacerme ver que sí que me tienes presente, a mí me duele; o sea, no es que me enfade, es que me duele.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Esta necesidad de “regar” y cuidar la amistad sale también a colación cuando mencionan uno de los aprendizajes vividos tras la pandemia, y es el de la importancia de los amigos y las amigas como fuente de estabilidad emocional y personal. Y no es que dudaran de ello, pero experimentar la ausencia (en este caso, con toda la carga puesta en el espacio físico, *offline*), y tras haber sufrido la incertidumbre de un desenlace incierto (cuándo

terminará el confinamiento y la pandemia, si estará bien todo el mundo, etc.), lo esencial de estos lazos personales y sociales se ha revelado de forma más clara que nunca. En el contexto de unas dinámicas grupales convocadas para hablar de estos temas, los y las jóvenes también reflexionaron en torno a la necesidad de esforzarse para mantener relaciones de este tipo.

Concienciarme más en la importancia de estas personas en mi vida, y entonces hacer que yo también me trabaje más desde mi parte el hecho de mantener estas amistades. Cosa que quizá antes vivía tanto en automático o pensaba más en mí que hacía que no lo tuviese en cuenta, y son cosas que merman la relación.

(Grupo mixto, 25-29 años, Barcelona)

Sinceramente, toda esta actividad me ha hecho darme cuenta de los amigos de verdad que tengo y de cómo me comporto con ellos.

(Carlos, 16 años)

Al hilo de estas reflexiones sobre la importancia de la amistad se percibe también cierta nostalgia por las relaciones de amistad pasadas, que se diluyeron con el tiempo por circunstancias diversas, pero que se rememoran desde el recuerdo de las sensaciones y emociones vividas, fundamentales en su momento, y que resultan claves para dar forma y sentido a la manera presente de entender la amistad. En muchos casos se entiende que tales relaciones hayan pasado

(decepciones, desencuentros, cambios de prioridades, etc.), en otros no preocupa y se atribuye a los rumbos vitales que se van tomando; pero en otros se activa esa añoranza que, en algunos momentos, plantea el interrogante de qué hubiera sido de esa relación si se hubiese “regado” más. De nuevo, desde ese ideal de amistad eterna que tanto influye en las expectativas que componen el imaginario colectivo: no puede ser que una amistad verdadera termine.

A mí ahora me causa nostalgia si lo pienso muchas veces, pero no sufro, porque siento que estoy muy bien rodeada ahora y estoy muy contenta con la gente que tengo a mi lado. Pero sí que es verdad que a veces me preocupa un poco pensar en amistades que he perdido.

(Grupo triangular mixto, 22 años)

Por último, sin haber visto a mis amigos, he pensado mucho en ellos en la graduación de Luis. Hoy, cuatro años después que yo, termina segundo de Bachillerato. A mí esto me crea una nostalgia enorme por dos grupos de personas: los que eran mis amigos aquel día de mayo de 2019 y lo siguen siendo hoy, y los que creía que lo eran pero que no he vuelto a ver. Respecto a los primeros, creo que una de las cosas que más valoro en ellos es poder compartir esta nostalgia. Sentir que, pasen los años que pasen, siempre alguno mandará un mensaje recordando dónde estábamos hace equis años. Respecto a los segundos, viéndolo ahora pasado el tiempo, creo que son gente que yo no considero amigos, eran más bien compañeros de clase.

(Elvira, 22 años)

CAPÍTULO 9

Conclusiones

1	<i>Un pilar esencial</i>	213
2	<i>Eso de la conexión</i>	215
3	<i>Confianza, lealtad y todo lo demás</i>	218
4	<i>Amistad “verdadera”, familia, pareja</i>	220
5	<i>El mosaico, la tribu y el espíritu de la colmena</i>	223
6	<i>Mediaciones tecnológicas</i>	226
7	<i>Discursos de género</i>	228
8	<i>La perspectiva de los aprendizajes</i>	231
9	<i>La pérdida: duelo, nostalgia y educación sentimental</i>	233



1 *Un pilar esencial*

La amistad sigue siendo uno de los pilares básicos en la jerarquía de valores juveniles y entre las cosas que consideran más importantes. Su presencia discursiva es potente e innegable, y cualquier conversación que gire en torno a la amistad tiende a ser animada y productiva. Eso sí, no siempre resulta amable: de la amistad se aprenden cosas valiosas para la vida, pero no tienen por qué ser todas buenas.

En cualquier caso, el punto de partida y el tono general es eminentemente positivo. En lo inmediato se reconoce la trascendencia que tienen los amigos y las amigas como **referente esencial fuera de la familia**, que hasta la adolescencia constituye prácticamente el universo completo de su vida. En torno a las amistades se constituyen los procesos de adquisición de autonomía frente a la familia, al tiempo que se va asentando la propia personalidad. Las personas que encarnan la amistad serán relevantes en una época de búsquedas y descubrimientos, y acompañan y comparten un proceso caracterizado por las incertidumbres y las inseguridades, pero también por las ilusiones. Los amigos y las amigas llegan donde no llega la familia, precisamente porque en ese proceso de autoafirmación se experimenta cierta distancia con la misma como parte de esas búsquedas. Entonces, cuestiones tan claves y necesarias como la empatía, la confianza y los aprendizajes pasan a conformar la esfera de los amigos y las amigas. Se comparte el proceso de descubrimientos y autoafirmación, igual que se comparten gustos y diferencias, todo lo cual construye la percepción de un “nosotros y nosotras” en el que se reconocen.

En épocas en las que pueden primar las inseguridades, las amistades proporcionan a las personas jóvenes la sensación de **ser valoradas**, de que alguien que las puede entender las escucha y las respeta. En definitiva, sienten que “importan” (que incluso se expresa como “sentirse importante”). Siendo esto clave durante la adolescencia, se traslada también al resto de los años de la primera juventud, en los que se transmite una percepción que se convierte en esencial para el desarrollo personal y la madurez: cuando se consigue esa malla de seguridad que otorgan los amigos y las amigas, y esas sensaciones de integración, empatía y respeto, se vive la certeza de **ser protagonista de la propia vida**, frente a la percepción de asistir a la misma como espectadoras.

A partir de esa sensación de estar en el mundo y ser protagonistas del mismo, la trascendencia de la amistad resulta evidente (pues así lo explicitan) en los procesos de autoconocimiento personal y de autoaceptación. Desde su actitud empática y su respeto por la propia singularidad, las amistades ayudan a ser conscientes y **entender cómo eres**, desde la sensación de **libertad para ser**, que en otros contextos o con otras personas no se consigue (por ejemplo, en entornos determinados por las relaciones jerárquicas y no de pares, o cuando la diferencia de edad es considerable). “Ser uno mismo o una misma” se logra tras entender que quien escucha no juzga (al menos, no sin un buen motivo y desde el respeto) y entiende las diferencias. En épocas de inseguridades, este aspecto resulta tan determinante que se llega a señalar que a una persona amiga se la reconoce porque “no se burla de ti” cuando hablas, paso que entien-

den como básico para comenzar a asentarse como personas.

Las amistades acompañan en esos descubrimientos personales, y parte de esos descubrimientos tienen que ver con la manera en que devuelven tu propio reflejo como persona. Es decir, que **los amigos y las amigas son el reflejo de lo que somos como personas**, y te recuerdan lo que eres, algo que ayuda especialmente en los malos momentos. Precisamente por ello, porque la naturaleza y el porqué de la amistad tienen que ver con el mostrar cómo se es realmente, se interpreta que a una amistad no se la puede engañar, porque sabe (incluso mejor que la propia persona en cuestión, se llega a decir) cómo eres y cómo te comportas. En consecuencia, tiende a descartarse la mentira del universo ideal de a la amistad, que empieza a coger forma.

Y no solo se entiende que las amistades te muestran cómo eres, sino que también **te enseñan cosas que te mejoran como persona**. Esta perspectiva tiene más que ver con relaciones de amistad asentadas en el tiempo, desde la percepción de que esos amigos y esas amigas te descifran, y hacen aflorar aspectos de ti que otras personas no consiguen. Es decir, contribuyen a crear un clima por el que la persona siente que es ella misma, y se reconoce en ese reflejo, pero también descubre cosas nuevas de ella misma.

Todas estas ventajas facilitan un **equilibrio personal** que se entiende que es esencial durante la juventud (y más allá de ella). Pero dicho equilibrio no atañe solo con la identidad personal, pues se menciona también en relación con cuestiones que tienen que ver con la acción y la operativa de las rutinas, los hábitos y la manera en que se encaran las actividades y la vida en general. Es decir, se

trata de rodearse de gente que procura un equilibrio entre la diversión y la responsabilidad, la emoción y la acción, la seriedad y la broma, el bullicio y el silencio, etc. Personas que complementan pero que, al mismo tiempo, hacen que sientas plenitud como individuo. Con la edad, la vivencia de esa complementariedad (y su necesidad), tan intensa durante la adolescencia y la primera juventud, se tiende a ir matizando y rebajando.

2 *Eso de la conexión*

A la hora de explicar por qué surgen las relaciones de amistad y qué es lo que hace que perduren, lo primero que se reconoce es el **componente de casualidad** que supone algo como compartir un mismo espacio durante una determinada etapa (o incluso cosas tan aleatorias como sentarse junto a alguien, o tener apellidos alfabéticamente cercanos a la hora de organizar grupos en clase, por ejemplo). Claro que también es cierto que muchos condicionantes socioestructurales hacen que no estén contempladas todas las variables posibles en ese factor de casualidad, y provocan cierta tendencia social a **juntarse con los iguales** (estratos sociales similares, pertenencia a centros educativos, barrios, lugares de vacaciones, actividades de ocio, etc.). Estos condicionantes no tienen excesiva presencia en los discursos de la juventud, seguramente porque se dan por hechos, no inquietan y, además, cuando se mencionan se suele hacer para destacar lo bueno y enriquecedor que puede resultar juntarse y hacer amistad con personas de ambientes distintos, procedencias diversas y circunstancias personales diferentes, desde esa perspectiva de la amistad como valor de aprendizaje personal (pero ¿sucede realmente?).

Sea como fuere, es interesante percibir la importancia clave que se otorga al factor casualidad como origen de algo que, a la postre, consideran tan importante. Entonces añaden dos elementos que redondean la ecuación: la intención y las afinidades. La **intención de conocer gente** se presupone, como necesidad del ser humano que vive en sociedad, y más aún en periodos de crecimiento, y necesidad de integración y reafirmación. Lo contrario es interpretado como un signo de rareza y de

posicionamiento fuera de la “normalidad”, o como prueba de una carencia de habilidades sociales.

Por su parte, las **afinidades** serán el elemento mediador que vehicula esa intención de conocer a gente, y enciende la llama de la comunicación que la puede hacer posible. Afinidades que se intuyen y se proyectan, en base a la estética, los gustos compartidos, los puntos de vista sobre determinadas cuestiones, etc. Entonces, a partir de esas proyecciones y de la búsqueda de posibles nexos de unión, se puede elegir u optar a conocer a una persona. Eso sí, elegir conocer a una persona no implica elegir a las personas que serán tus amigas, pues en ese punto entra el juego un factor aparentemente incontrolable: la conexión.

La presencia discursiva de la **conexión** entre dos personas, que genera y sustenta una relación de amistad, gira casi en torno a un **halo mágico** e inexplicable, que precisamente por ser difícilmente explicable confiere un carácter tan único a las relaciones de amistad (sobre todo durante la adolescencia y la primera juventud). Desde un ideal de amistad que raya ese universo de lo mágico, la relación será considerada invariablemente como única y especial; frente al resto de las personas, que podrán tener otro tipo de relaciones únicas, pero no como la propia, que es intransferible, inabordable y blindada a injerencias, pues lo que es especial y mágico no se puede perturbar.

El discurso así abordado tiene una evidente carga emocional, que resulta relevante por cuanto que modula las expectativas frente a las relaciones. Sin olvidar que también existe la capacidad de bajar a tierra la magia (en muchas ocasiones, a petición

del moderador), poniendo nombre a las circunstancias que facilitan esa conexión. En primer lugar, se habla de la necesidad de **compartir**, en tres niveles:

- Por un lado, compartir **gustos**, que será el germen de los acercamientos que posibilitan otros muchos acercamientos, y el propio descubrimiento de la persona que se tiene enfrente.
- Por otro lado, compartir **rutinas**, que afianza la sensación de acompañamiento y refuerza la comunicación (es decir, frente al verso que supone la explicación mágica de la conexión, la prosa que supone el simple hecho de que dos personas pasen tiempo juntas).
- Y también, en un nivel más emocional, compartir **alegrías y penas**, y hacerlas propias; algo que requiere de un nivel mucho más elevado de confianza, pero que también refuerza mucho más el mismo.

Otro de los aspectos que se comparten, pero que suele señalarse como un elemento con entidad propia, es el **sentido del humor**. Algo a lo que se concede una gran importancia, pues se interpreta como un reflejo de cómo es la persona, y porque genera confianza; pero al mismo tiempo también es reflejo de la propia confianza, de tal forma que retroalimenta el proceso y lo consolida. Además, porque está en la base de la diversión, actividad que no puede ser denostada (frente al imaginario de “lo importante”), pues es evidente su relevancia en las estrategias de socialización, sobre todo durante la adolescencia y la primera juventud.

En relación con el hecho de “compartir”, y superando esa necesidad inicial de encontrar afinidades sobre las que edificar la relación, se plantea

una evolución temporal en este sentido, que tiene que ver con el tipo de cosas que se comparten, o el tipo de vivencias que se necesitan compartir para que el vínculo de la amistad prospere. Porque se habla de que al principio lo que se comparten son gustos, pero después es necesario compartir cuestiones que definen una visión del mundo y de la vida, como los **principios**, los **valores** o la **ideología**. Y lo cierto es que estos argumentos se emiten como proyecciones de futuro, en previsión de que serán cuestiones que entienden que les preocuparán en mayor medida cuando sean adultos, y que determinarán más que en el presente el tipo de relaciones de amistad que tengan (es común poner el ejemplo de las relaciones de amistad que observan en sus progenitores). En este sentido, existe un discurso que tiende a escapar de cualquier encasillamiento que procure manifestar afinidades que vayan más allá de los gustos. Incluso las voces que sí reseñan la relevancia, en el presente, de compartir determinados puntos de vista sobre la vida para poder asentar relaciones de amistad, suelen hacerlo en torno a los valores, y no a la ideología, que entienden que son los que sitúan y encasillan de forma mucho más clara a las personas.

Un aspecto interesante de esa percepción casi mágica de la conexión es que, en cierta medida, desactiva el imperativo de que exista tiempo y presencia para que se constituya una relación de amistad. Es decir, que para que se afiance una relación de amistad son imprescindibles tiempo y dedicación, pero solo con **tiempo y dedicación** no se sustenta una amistad (que requerirá de todos esos componentes que constituyen la conexión, más o menos tangibles). Porque, desde esa percepción de la conexión, la amistad puede surgir de un fogonazo, de un encuentro o de una casualidad, y en poco tiempo puede alcanzar grandes

niveles de confianza. Entonces lo complicado será mantener esa chispa que generó el fogonazo. Esto se puede intentar a partir del trabajo y la demostración permanente; y también desde un sentido de la **responsabilidad** que conduce a que, en ocasiones, se reconozca que se puede forzar esa demostración para no defraudar las expectativas de los amigos o las amigas. De nuevo, poniendo prosa a los versos: tras la magia, hay que trabajar, aunque a veces no apetezca.

También se reconoce que hay épocas (se suelen circunscribir a la primera adolescencia) en las que se puede **sobreactuar la conexión** para integrarse en un entorno concreto. Es decir, sobrestimular esa sensación de magia y exclusividad ante la necesidad, en épocas de inseguridades y búsquedas. También se habla de que la “intensidad” con la que se afrontan las relaciones durante la adolescencia tiende a ser una montaña rusa de emociones y sensaciones (incluso en torno al drama). Todo lo cual daría paso, desde el planteamiento teórico e ideal de la madurez, a poner el foco en otras cuestiones, que determinarían la “calidad” de las relaciones frente a la cantidad.

Hablar de **emociones** siempre resulta complicado, tanto por la capacidad para identificarlas como para gestionarlas. Pero hay circunstancias que saben que juegan en ese universo de lo intangible y que están en la base de las relaciones de amistad. Más allá de las condiciones que se pueden contrastar, y a las que resulta sencillo acudir para calibrar una amistad (“que le pueda contar las cosas”, “que me cuente las suyas”, “que no me falle”, “que me lo pase bien con él o ella”, etc.), existen sensaciones de más complicada explicación, pero que contribuyen a generar ese halo especial que forma parte del modelo ideal de amistad. Es todo aquello que **“te hace sentir bien”** y que tiene que ver con la

mencionada capacidad y libertad de las personas jóvenes para ser ellas mismas.

Desde la conexión inicial entre dos personas se perciben fogonazos de estas sensaciones, pero lograr que llegue a asentarse requerirá de tiempo y conocimiento mutuo. En ese proceso se mencionan capacidades como “saber escuchar”, “mostrar interés” o “estar ahí”; cuestiones que, además de traducirse en hechos concretos, transmiten una energía y unas sensaciones que alimentan los lazos de amistad. Entonces, con el tiempo, la conexión pasa por complementarse para balancear y conseguir el equilibrio: en la relación, pero también en un plano más personal. Porque, de igual manera que **las amistades fluyen, las conexiones también** (van y vienen, y pueden surgir con alguien con quien al principio no existían). Y parte importante de estos vaivenes se explican en función de transformaciones y evoluciones personales (cambios de prioridades, de valores, de intereses, etc.), de tal modo que la conexión tendría que ver con las características de las personas que conforman la relación, y no con la magia. También en torno a habilidades relacionales susceptibles de ser trabajadas (aprender a cuidar una amistad), de nuevo desde una perspectiva más prosaica de las relaciones, tras la poesía que inunda los inicios.

3 *Confianza, lealtad y todo lo demás*

Tras la conexión, se asume que son dos los componentes que resultan de una relación de amistad, y sin los cuales no se entiende ni tiene sentido: la confianza y la lealtad. Se trata de valores que sirven como aglutinantes de otros muchos, y que siguen dominando los discursos respecto a la amistad (en líneas generales, como ya se analizaba en Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002).

La **confianza** tiende a explicarse como un estado de libertad para ser como realmente se es, sin temor al juicio, y equilibrado por ambas partes. Lo cierto es que resulta común que se explique en torno a lo negativo (siempre parece que se demuestra en mayor medida cuando se está “en las malas”, porque en las buenas es más sencillo estar); es decir, confianza para hablar de los problemas, los desencuentros, las penas, las dudas, etc. Pero estar “en las buenas” también exige confianza, y no hace falta recordar la importancia de la diversión y el sentido del humor.

Con la **lealtad**, la confianza forma lo que se interpreta que, en relación con la amistad, es un binomio inquebrantable (o así debería ser). Tanto, que la manera en que se perciben y se definen llega a ser confusa, o se diluye el límite entre un valor y otro. La principal constatación de este hecho es que la confianza se enfoca, muchas veces, no desde la libertad para ser y la tranquilidad que otorga sentirse una persona escuchada, valorada y respetada, sino desde la convicción de que la persona amiga no revelará la intimidad compartida. Es decir, confianza en que será fiel.

La perspectiva se puede entender observando que la confianza suele interpretarse **hacia dentro**

(como el espacio propio e infranqueable que delimitan las dos personas en torno a su intimidad), mientras que con la lealtad suele hacerse **hacia fuera** (demostración frente a terceras personas de que se respeta ese espacio establecido como amistad). El aspecto clave de la posible confusión, o del desdibujamiento de los límites entre ambos valores, está en que la carga de la prueba de la amistad suele ponerse *hacia fuera*, a través de la constatación de que la otra persona respeta el espacio propio de la relación diádica. Confianza en algo que ha de ser constatable frente a terceras personas, no como sensación en sí misma de la existencia de un clima concreto de comunicación y entendimiento. Y el hecho es que la lealtad contrastada otorga más tranquilidad que la confianza percibida; y que ello hace que también exista una perspectiva de la lealtad *hacia dentro*, que será la que tiene que ver con apoyos incondicionales y acrílicos ante cuestiones que incumben a la relación diádica, que incluso pueden tener lugar en relaciones en las que no existe una gran confianza. Evidentemente, esta circunstancia no representa el ideal de amistad para el discurso mayoritario, pero encarna un tipo de relaciones que mucha gente puede identificar en momentos de su vida, desde una visión más utilitarista de la amistad.

A partir de ese binomio entre confianza y lealtad se tienden a explicar el resto de los valores que compondrían la amistad. Siguiendo por la **sinceridad**, que se entiende como la lealtad a los valores compartidos, y como el reflejo de la confianza adquirida. Y no se esconde que ser sincero/a con una persona amiga puede llegar a ser difícil, y requiere de un ejercicio de madurez por ambas partes: desde quien encaja aquello que no

gusta escuchar, para entender precisamente que la responsabilidad de la amistad también radica en mostrar las perspectivas menos amables que se considera que pueden ayudar a las personas o las relaciones; desde quien emite opiniones sinceras y complicadas, para asumir esa responsabilidad, neutralizando al mismo tiempo el temor al rechazo.

Al hilo de la sinceridad se habla también de **empatía**, entre otras cosas como capacidad que calibra la intensidad de la sinceridad y la manera de encauzarla adecuadamente para que no haga daño. La empatía sirve para entender a la otra persona, pero también para comprender los desencuentros que pueden surgir a causa de la sinceridad. En este sentido, se entiende la necesidad de centrar el foco y las prioridades en las sensaciones y emociones de quien tiene el problema (porque todos estos valores suelen ejemplificarse en torno a circunstancias problemáticas o conflictivas, no alrededor de vivencias positivas o divertidas), y no tanto en otros aspectos que pueden generar desencuentros en la relación de amistad. Desde esta asunción se habla de que uno de los lazos de amistad más fuertes se genera cuando las personas jóvenes se sienten escuchadas, entendidas y valoradas, muy especialmente en las situaciones de desencuentro. De nuevo, centrándose en el discurso de la amistad ideal y madura.

Otro de los componentes que se consideran esenciales en una relación de amistad es el **equilibrio**, que se interpreta como la muestra de que la vinculación es **recíproca y contrastada** por ambas partes; de tal manera que no se concibe una amistad en la que las expectativas no estén ajustadas y equilibradas o, cuando menos, no se cree que la misma pueda durar. Pero incluso cuando las expectativas están equilibradas y la relación de

amistad está asentada, se plantea la dificultad de encontrar el equilibrio entre la necesaria **presencia y atención** y la preservación de la **intimidad** y el **espacio personal**. Sobre ese punto exacto de la balanza (que será diferente para cada relación) se proyecta parte del éxito y la estabilidad de una amistad. En este sentido, es evidente que el escenario tecnológico y las posibilidades que ofrecen las TIC contribuyen a gestionar de forma más personalizada y flexible la configuración y puesta en práctica de ese equilibrio, desde la ya indisoluble complementariedad de los entornos *online* y *offline*.

Al hablar de la amistad resulta significativa la escasa presencia discursiva que tiene un factor como el **cariño**, sobre todo si se pone en relación con el plano de las emociones. Los argumentos sobre la necesidad de presencia (un amigo o una amiga tiene que “estar”) tienden a circunscribir la misma a lo físico (estar físicamente), de tal manera que resulta común observar y proyectar el cariño (cuando se hace) desde ese plano meramente físico. Es decir, el cariño representado en abrazos, besos, caricias, contacto, etc., y aparentemente no tanto en el apoyo emocional que los trasciende. No cabe duda de que este planteamiento, unido a los roles y estereotipos de género, da lugar a posturas encasilladas en los discursos de determinados tipos de masculinidades tradicionales y heterosexuales, que se sienten ajenas a esa visión del cariño, y la proyectan sobre el universo femenino (asumiendo que las amigas se ofrecen cariño físico, pero entre los amigos eso no ocurre).

4 Amistad “verdadera”, familia, pareja

Todos los elementos y valores mencionados compondrían lo que se proyecta como el **modelo ideal** de la amistad, que adquiere tal fuerza discursiva que dota de sentido a la representación de la amistad como valor, y sirve como baremo de las expectativas ante las relaciones. Desde la percepción de que es algo fundamental, necesario y trascendente, y también desde ese halo mágico de las cosas aparentemente inexplicables (como la “conexión”), el relato general parte de que explicar algo tan profundo no puede ser simple. Y, además, eso mismo debe encontrar acomodo con la realidad de que hay muchos tipos de relaciones, con la asunción de que existen **amistades muy diversas** para muy diversas circunstancias y con el hecho de que, en ocasiones, lo que se necesita es compañía y entretenimiento, sin mayor trascendencia. Entonces, las conversaciones encallan en un debate prácticamente semántico sobre la manera y el momento adecuados para emplear las palabras “amigo” y “amiga”, dado que la importancia concedida a ese otro tipo de relaciones que no encajan con el modelo ideal de amistad es obvia, y ante la evidencia de que, en su día a día y en sus apegos personales y grupales, usan la misma denominación para designar relaciones de muy diversos tipos. En consecuencia, con el espejo de la representación social sobre lo que debe ser la amistad ideal, se acepta que amistad son muchas cosas distintas.

Precisamente, el molde sobre ese tipo ideal, que se entiende que marca los límites de la **“amistad verdadera”** (única, frente al resto de las amistades), contribuye a dotar de contenido a la expresión tan común de **“mejores amigos y amigas”**, que recoge el carácter de exclusividad de la pro-

yección ideal, pero también acepta la existencia de amistades de otro tipo. Sin embargo, desde el argumento de la madurez, y ante la percepción de que tras expresiones como esas se esconde la necesidad de construir una identidad basada en la relación diádica, es común que surja un discurso que rechaza la misma, como forma inmadura de desvirtuar un valor que no sería necesario explicitar ni refutar ante terceras personas, gracias a la evidencia de las conexiones que lo sustentan, y a lo intransferible e irrefutable del estado que propicia (algo que, al mismo tiempo, retroalimenta la proyección de exclusividad: somos tan amigos o tan amigas que no hace falta ni explicarlo).

En cualquier caso, en la base que componen la confianza, la lealtad y la reciprocidad se asume el hecho de **sentirse especiales** en torno a una relación diádica de amistad. Porque otras amistades pueden ser igual de buenas y profundas, o aportar otro tipo de cosas, pero la amistad que componen dos personas será única, diferente y sitúa a esas personas frente a otras. Igual que ocurre con el grupo de amistades, que genera un espacio de reconocimiento frente a otros grupos. En definitiva, que se asume lo exclusivo de las relaciones de amistad, pero también que pueden existir muchas relaciones exclusivas. Es más, se plantea el riesgo de que la percepción de exclusividad derive en una exigencia y dependencia excesiva, que parece más complicada si se diversifican las amistades.

El discurso general sobre lo que es y lo que significa la amistad (la “verdadera”), está vertebrado por dos analogías fundamentales que aparecen de

forma recurrente en las conversaciones sobre el tema.

La primera es la de la **familia**, como máxima representación de lo que “no falla” ni abandona, de la óptima e incondicional lealtad. La equiparación de los amigos y las amigas como la familia que se escoge y se hace acreedora de ello es inmediata. Familia que siempre estará ahí, incluso cuando cueste relacionarse con ella o no se sepa bien cómo hacerlo (hay amistades con las que cuesta más hablar que con otras), o cuando no existan excesivos lazos de confianza (amistades con las que se realizan actividades concretas, pero con quienes no existe excesiva intimidad). Desde la concepción de la lealtad acrílica y categórica, también las amistades de diversos grados encajan en el modelo de familia.

Desde esa analogía, a un amigo se lo llama “**hermano**” (“bro”, de *brother*), en un ejercicio que además sirve para que los planteamientos más cercanos a determinados tipos de masculinidad tradicional y estereotipada rompan una aparente barrera a la hora de hablar de sentimientos. Porque un “hermano”, que será quien más te conoce y te entiende, es aquella persona con la que hablas (incluso) de emociones, y en cuya presencia no tienes temor a llorar o mostrar tus debilidades. La otra cara de la moneda de esta perspectiva es clara: frente a un simple amigo no se hacen todas esas cosas (por lo menos, los chicos, desde el mencionado modelo de masculinidad, no suelen hacerlo).

Igualmente, la analogía funciona para contrarrestar otra de las aparentes dualidades del modelo ideal de amistad, y es que es un valor eterno que encarna casi todo lo bueno, pero que está comprobado que también falla. El argumento, que sirve para preservar la debida esperanza en un valor tan

trascendente, es que, realmente, lo que fallan son las personas, pero no la amistad. Y alguien que en un momento dado recibe el calificativo de “amigo” puede fallar y deshonorar ese calificativo, pero un “hermano” no falla, siempre estará ahí, manteniendo la amistad en el lugar que debe.

Otra de las derivadas de esta analogía de nuevo tiene que ver con una manera de entender los estereotipos de género, y una vez más es abandonada por los chicos (que suelen encarnar el discurso que maneja la analogía entre la amistad y la familia). Se plantea cuando hablan de las relaciones de amistad con chicas, con las que consiguen un nivel de confianza e intimidad que no logran con muchos amigos, con quienes abordar en mayor medida el universo de las emociones, y frente a quienes no tienen tanto temor a mostrarse en circunstancias de debilidad. Entonces se llega a asimilar a esas amigas con una figura materna, como aquella que apoya sin juzgar, y frente a quien no te puedes esconder, porque te descifra. A las amigas se acude a contar las penas, porque “a llorar, a **mamá**”.

La segunda analogía recurrente es la de la **pareja**, desde el planteamiento de que es aquella persona con la que se tiene la máxima confianza, de la que se espera total fidelidad, y con quien existe una conexión exclusiva e intransferible. Así, se habla de que una amiga o un amigo es como una pareja a la que se despoja del componente del deseo y la atracción sexual, que además suele ser un factor disruptivo, volátil y difícilmente manejable, por lo que se entiende que la relación de amistad es más estable y fiable.

En lo que respecta a esta analogía, cabe mencionar una diferencia evidente entre mujeres y hombres. Por un lado, que suelen ser las chicas que

nes la emplean en mayor medida, pues no tienen tanto pudor en reconocer los lazos emocionales y sentimentales que las unen con sus amigas y sus amigos, ni en proyectarlos con desenfado, nombrando a una amiga como “mi novia”, por ejemplo. Por otro lado, que cuando los chicos (heterosexuales) la usan suele ser para hacerlo en un sentido más literal: amigas que han empezado a ser consideradas como tales, tras haber mantenido con ellas una relación de pareja que no ha prosperado.

Igual que ocurre en la interacción entre las relaciones de pareja y los grupos, se concibe que los lazos de amistad que se viven tan exclusivos pueden adaptarse en el seno del grupo si resulta operativo, de tal manera que se hace necesario alcanzar un equilibrio entre las partes y los roles grupales, y ceder el protagonismo a la identidad grupal y al funcionamiento del grupo. Paradójicamente, es bastante habitual escuchar relatos del problema que supone que entre una pareja a formar parte de las dinámicas de un grupo de amistad. Esto es porque las relaciones de amistad requieren de una parcela de intimidad infranqueable, incluso frente a las relaciones de pareja. Es decir, que se produce un choque de exclusividades irrenunciables, que pueden derivar en conflicto cuando se comparten espacios y hábitos.

En este sentido, cabe apuntar que los discursos emergentes en torno a una nueva percepción de los roles y las identidades de género (menos estereotipados y más fluidas) y las relaciones personales (más abiertas) constituyen una ruptura con este tipo de percepciones: la frontera de la exclusividad de las relaciones se diluye (sobre todo en lo que tiene que ver con las relaciones de pareja), por lo que el posible conflicto con el grupo y con las amistades queda aparentemente neutralizado.

5 *El mosaico, la tribu y el espíritu de la colmena*

No todas las personas son “esa persona increíble” que encarna el modelo ideal de amistad, por lo que se asume que existe toda una paleta de colores en lo que a amistades respecta. Frente a la tendencia a infravalorar los tipos de amistad que no encajan con el discurso de la amistad “verdadera”, por la connotación más negativa de relaciones que se entienden de tipo utilitarista (amistades concretas para hacer cosas concretas, y solo para eso), la práctica sitúa adecuadamente su relevancia, tejiendo redes de socialización esenciales para el desarrollo personal. En cualquier caso, es evidente que existen muchos **tipos de amistad**, todos los cuales componen un **mosaico**, en el que cada pieza tiene su función, ocupa su lugar y es necesaria para componer la imagen general.

Entonces, desde esa visión de conjunto, cada tipo de relación y de amistad determinará **expectativas diversas**. Por un lado, en función del **contexto**, fundamentalmente en lo que hace referencia a la diferenciación entre los momentos de diversión y el resto. Así, durante la diversión y la “fiesta” se establecen unas dinámicas relacionales en las que no parece tan importante que no estén las personas que encarnan la amistad “verdadera” (aunque se reconoce que gusta que estén); de igual forma que sorprende que en esos mismos momentos tengan lugar conversaciones “serias”, que parecen reservadas para otro tipo de momentos, y otro tipo de relaciones (diádicas, basadas en el modelo ideal de amistad). Y resulta innegable el papel de las personas que están presentes en las situaciones de diversión y de ocio, o con las que simplemente se comparten aficiones; pero el discurso general tiende a contraponer a los amigos y las amigas “de fiesta” con los “verdaderos”, como

si el peso y la seriedad de una relación que se considera tan trascendente desbordara contextos tan delimitados o marcados como los de la diversión o el esparcimiento. Además, cada grupo genera expectativas distintas, lo que lleva a pensar a algunas personas que puede que no sea aconsejable “mezclar” grupos.

Por otro lado, se establecen expectativas en función de la **persona**, pues no todo el mundo supera la prueba de la presencia constante, ni gusta que todas las amistades estén en todos los momentos. Es más, se entiende que la clave de que determinadas amistades duren en el tiempo tiene que ver con que se circunscriban a contextos muy concretos. Además de que queda claro que el punto diferencial con respecto a las relaciones es la expectativa de futuro, y no de presente: las amistades ajustadas a cosas o actividades concretas se terminan con esa cosa o actividad; y está bien que así sea, aunque genere nostalgia en muchos casos.

El grupo de amistad se asimila también con una **tribu** en la que cada miembro cumple su función, y ocupa un lugar determinado por los lazos entre sus miembros, que serán de diversos grados y estarán basados en diversos niveles de implicación. En cualquier caso, cada persona integrante de la tribu será igual de necesaria e importante para la concepción global de la misma, pues la fuerza y el reconocimiento residirán en el conjunto y trascenderán a sus individuos.

El grupo está dotado de entidad por sí mismo, y ello hace que los comportamientos personales o las relaciones entre sus miembros puedan amoldarse para un mejor **funcionamiento grupal**. Y

la fuerza de la tribu se asume tan poderosa que en ocasiones se reconoce que en algún momento de la vida se puede forzar el hecho de **encajar** en un grupo (que será el equivalente de la conexión, pero a nivel grupal). Incluso procurando que se diluya de algún modo la sinceridad, para no contravenir la unidad y la fuerza del colectivo, y para posibilitar una sensación de pertenencia que es relevante cuando en el imaginario colectivo se considera que la persona que no tiene un grupo de amistad es “rara”. También se percibe como una prueba de saber relacionarse, por lo que supone como capacidad de integración y de adaptación, valores fundamentales desde la perspectiva de la socialización.

Aunque la fuerza esté en la tribu, se entiende que la amistad se contrasta en las relaciones diádicas, por lo que las relaciones grupales se constituyen en un ejercicio de **equilibrar expectativas**. En este sentido, se sostiene que, incluso sin existir confianza suficiente en algunas relaciones diádicas, es necesario encontrar espacios de intimidad para esas diádas fuera del juicio del grupo. Porque se llega a sostener que “el grupo es más ocio”, siguiendo esa recurrente oposición entre las cosas serias (encarnada en las relaciones individuales) y la diversión (encarnada en el grupo). Pero el sentido de pertenencia e integración no es baladí, como no lo son los beneficios que aporta el colectivo a cada individuo.

Una creencia que ha quedado patente en el desarrollo de las conversaciones es que los y las jóvenes procuran pasar por alto o negar la asunción de **roles** en el seno de los grupos, como manera de escapar de cualquier tipo de encasillamiento. Y suele ocurrir casi siempre desde un lugar muy similar, que es la asunción casi inmediata de que cuando se plantea el tema de los posibles roles,

lo que se está poniendo sobre la mesa es si hay alguna persona en el grupo que lidere, frente a personalidades más adaptativas. Porque se interpreta que el icono o el imaginario en torno al liderazgo va en contra de la expectativa de equilibrio e igualdad que procura la amistad en el seno del grupo, y que está en la base de la sensación de integración, que es una de las fortalezas que otorga su entidad a la tribu. Entonces, los relatos se esfuerzan por huir de transmitir cualquier imagen que denote jerarquía (se llega a afirmar que en un grupo de amistad hay una persona que “lidera, pero no por ello es el líder del grupo”); y esto se hace desde la naturalización de que, dentro del grupo, existirán muy diversos niveles de confianza y afinidad, pero que todos contribuyen de manera igualmente importante a generar la identidad grupal.

En cualquier caso, se asume que hay personalidades distintas, y se habla de **funciones** (que es un término con el que las personas jóvenes se sienten más cómodas que con el de “roles”). Las funciones estarán constituidas por las actitudes y predisposiciones de las personas que contribuyen a la consecución del equilibrio, y hacen que el grupo funcione y sea operativo (y divertido). Por tanto, rol como función, no como rasgo de personalidad, desde la percepción de que existe menos riesgo de ser objeto de un juicio de valor, o afecta menos, cuando la atribución se realiza basándose en un aspecto funcional o un hecho concreto, más que en un rasgo del carácter de las personas. A pesar de ello, se reconoce que puede ser complicado salirse de la función atribuida, y que será tarea de los buenos amigos y las buenas amigas identificar los momentos en los que tales atribuciones deben quedar en suspenso, por el bien de la persona (por ejemplo, alguien que suela encargarse de organizar planes pero un día esté muy cansado

o sin tiempo, o alguien que suela ser el “alma de la fiesta” pero tenga un mal día).

El hecho de que cada persona integrante del grupo de amistad ocupe su lugar y trabaje coordinado con el resto en pos del buen funcionamiento del colectivo nos brinda una nueva imagen simbólica y muy ajustada: la de la **colmena**. Se trata de una comunidad con identidad propia en la que lo difícil es encontrar el equilibrio entre la manera en que se establecen relaciones diádicas, y la forma en que se ponen en juego las dinámicas grupales (por eso se pueden adoptar papeles distintos en ambas circunstancias). Asumir que existen diferentes grados de cercanía entre las relaciones diádicas, y regular las expectativas consecuentemente, resulta ser un ejercicio de **equilibrio** entre todos los miembros del grupo, que en este caso reman al mismo son, como buenas abejas trabajadoras de la colmena. Desde este discurso se activa el sentido de **per-****tenencia** grupal, e incluso de orgullo (“mi grupo de amigos y amigas es el mejor”, “ningún grupo es como el nuestro”, etc.). De igual manera, puede producir cierto vértigo el hecho de perder la malla de apoyo que supone esa colmena, aunque se intuya que irá desapareciendo con el tiempo.

6 Mediaciones tecnológicas

Las posibilidades de comunicación que ofrecen las TIC refuerzan la **presencia** y el acompañamiento que requiere una relación de amistad, y apuntalan recuerdos y emociones. Pero es cierto que las personas jóvenes reconocen que se habla más *online* con la gente con la que se ya se comparten rutinas, y por lo general no tanto con las personas que están lejos. Por lo que las ventajas de las mediaciones tecnológicas se observan más desde la presencia que desde la posibilidad de acercarse a personas que están lejos, o procurar el acercamiento con personas que no se conocen tanto.

Desde la complementariedad inseparable de la presencia *online* y *offline*, la **dedicación online** que requiere una amistad resulta independiente de la presencial, y es insustituible por ella. Es decir, que la ausencia en una no se compensa por la mayor presencia en la otra. Además, solo observando el marco completo de la complementariedad se entenderán adecuadamente las claves y los patrones de la comunicación que se establece en una relación de amistad. Partiendo de la base de que hay personas a las que les cuesta comunicarse a través de las TIC o las redes sociales (tienen conversaciones menos fluidas, no manejan adecuadamente el factor emocional en el contexto *online*, o directamente les da pereza o les genera rechazo usar algún tipo de tecnología), en torno a la comunicación entre dos personas que son amigas es necesario hacer un esfuerzo de adaptación de expectativas y percepciones, de tal forma que se puedan comprender y respetar las **claves de comunicación online** de cada cual, y se encuentre un equilibrio adecuado.

Se reconoce que alrededor de la comunicación *online* con personas amigas se genera un tipo de **responsabilidad** ligada a la obligación de estar, de responder, de atender y de evitar la frustración de la otra persona (esperando, además, que ese sentido de la responsabilidad sea recíproco). Por eso se señala que es común sentirse mal si no se responde, o se está ausente mucho tiempo del entorno *online*. Y esta circunstancia provoca también que las personas más desapegadas del móvil se vean en la obligación de demostrar la fuerza de sus lazos de amistad continuamente.

En torno a la manera en la que las tecnologías se insertan en las relaciones de amistad, se perciben tres riesgos que es necesario manejar concienzudamente. El primer lugar, la sensación de **saturación y sobrexposición** (incluso de ansiedad), que surge de la necesidad de cuidar las parcelas de intimidad, que ha de lidiar con la presión por crear contenidos constantemente, y la percepción de tener que estar siempre disponible. Porque estar en internet y en redes sociales pero no interactuar (más aún con amigos y amigas) es algo que se observa desde la incompreensión, además porque se necesita comprobar que la comunicación no es unidireccional (y ello implica responder activamente, algo que con la presencia física no es tan evidente). En este sentido es necesario observar que el silencio en el contexto *online* es la **desconexión**, circunstancia con implicaciones de difícil encaje, por lo que tiene de actitud ante la norma, y lo que supone como ejercicio voluntario de quedarse al margen y perder oportunidades. En segundo lugar, se habla del riesgo de **sobrestimar la relación** en función de la presencia *online*, si la misma no tiene traducción *offline*, o no sufi-

ciente. Esta perspectiva supone ser consciente de la sobreestimulación que tiende a producirse en el entorno *online*, y pone el foco de atención en la necesidad de encontrar una adecuada **complementariedad** entre la presencia y la comunicación *online* y *offline*. La perspectiva tiende a incidir en que, si se vuelca la comunicación más sobre el contexto online, la amistad se resentirá (y esta perspectiva se suele conceptualizar como uno de los aprendizajes resultantes del confinamiento obligado por la pandemia de la covid-19). También desde la percepción de que ese desequilibrio conduce al acomodamiento y a descuidar cosas importantes de la amistad. En tercer lugar, se constata que situarse en el papel de observadores y observadoras en redes sociales, donde se reflejan y proyectan **modelos de amistad y tipos de relaciones**, puede propiciar a veces que sea difícil de gestionar la expectativa de lo que debe ser, generando inseguridades, frustraciones, envidias, complejos, etc. Y esto puede ocurrir tanto con respecto al propio grupo de amistad (observando qué cosas hacen cuando uno o una no está, si se lo pasan mejor o van a sitios distintos, etc.) como con respecto a otros grupos (si otras personas hacen cosas distintas, tienen mejor imagen, conocen a gente más interesante o divertida, etc.).

7 Discursos de género

Lo primero que se percibe cuando se habla de la manera en la que las chicas y los chicos viven la amistad y se relacionan con las personas que consideran amigas es que tienden a hacerlo basándose en amistades entre chicas o entre chicos, y no tanto imaginando una relación mixta. Y todo ello sustentado por los tradicionales **estereotipos de género**, que en sus trazos más gruesos podrían resumirse así:

- Los hombres como personas más “simples”, que no se enredan con las emociones, lo que les hace más fácil ser leales.
- Las mujeres como personas más “emocionales”, más capacitadas para la comunicación y para la empatía, pero más propensas, precisamente por ello, a enmarañarse con esas emociones, lo que las haría más inestables respecto a sus relaciones de amistad.

Unos estereotipos tan marcados (que es evidente que siguen funcionando) determinan de manera esencial las expectativas diádicas y grupales en torno a la amistad. En este sentido, de las chicas se espera **apoyo**, mientras que de los chicos se espera **acción**. El caso es que la acción se aprecia de forma más inmediata, y ofrece material sencillo y directo a la hora de contrastar la lealtad, que, como se ha visto, es uno de los valores claves para definir y considerar la amistad. El apoyo atribuido a las chicas (en la conversación, el consejo, la empatía, la gestión de las emociones, etc.) parece más difícil de contrastar, por resultar intangible y probablemente por no tener efectos inmediatos.

Estas atribuciones también tendrían una teórica traducción en la manera en que se relacionarían: ellos más en torno a actividades físicas o actividades grupales (pero sin mucho contacto físico personal), y en función de una comunicación generalmente mediada por un lenguaje revestido de broma y humor (el vacile), el cual permite conservar la posición y transmitir poder (vacila quien puede), pero gestionando adecuadamente los límites para no interferir en la buena dinámica grupal; ellas desde un contacto mucho más físico (se abrazan, se besan, etc.) y más personal (confidencias, emociones, etc.), asentado sobre relaciones más diádicas que grupales (o en grupos pequeños), y exponiéndose mucho más que ellos.

Se trata de estereotipos sin duda simplistas, pero que siguen manejando los y las jóvenes, sobre todo cuando hacen referencia a los años adolescentes y de primera juventud.

Las propias conversaciones sobre estos temas revelan la fuerza de los estereotipos, con los que muchas de las personas jóvenes no terminan de sentirse cómodas, pues los consideran propios de épocas que habría que superar, entre otras cosas porque sitúan la relación entre hombres y mujeres en un lugar en el que no quieren, y que muchas veces no reconocen como propio. Entonces es muy recurrente hablar de la necesidad de abordar dos retos principales:

- Proceder a la **deconstrucción** del estereotipo masculino tradicional, que en líneas generales se entiende como la apuesta por poner las emociones sobre la mesa. Y sí que es apreciable en este sentido el cambio de foco en relación con

años atrás, cuando para el acercamiento entre géneros se ponía el acento en el hecho de que las mujeres adoptaran en mayor medida la actitud despreocupada, simplificadora y grupal de los hombres, mientras que ahora se demanda más que los hombres se abran a la gestión de las emociones y a la mayor comunicación, que es algo que los estereotipos de género claramente atribuyen a las mujeres.

- Combatir la **normatividad** (que sustentaría las desigualdades entre hombres y mujeres), pero también empleando estereotipos de género, como la necesidad de superar la “simpleza” de los hombres, pero la aspiración de lograr su nobleza y su lealtad (como si fueran atributos de los que carecieran las mujeres).

En lo que respecta a ese proceso de teórica “deconstrucción” masculina, es común escuchar a los chicos exponer que tienen amigas con las que se abren en relación con sus sentimientos y emociones, y no tanto amigos. El caso es que, al tiempo que se percibe tal cosa como un avance, refuerza parte de los estereotipos que intenta combatir, pues se sigue constatando que con un amigo, entre chicos, no se da ese tipo de comunicación, no se abren, no lloran... porque aún existe cierto temor a ser juzgados y no entendidos. Ellos mismos apuntan a que la empatía masculina solo se presupone si es evidente que la otra persona ha pasado exactamente por lo mismo, y no tanto como una actitud y predisposición ante la comunicación y la gestión de los sentimientos, tanto los propios como los ajenos. Igualmente, se tiende a dar la impresión de que, ante las inseguridades y las dudas, el hombre vence, pero no tanto por sus capacidades de adaptación y de resiliencia (que es algo que se suele atribuir a las mujeres), sino por puro aguante y derribo.

Otra manera en la que se perciben las atribuciones de género tiene que ver con la forma en la que se encarar las relaciones de **amistad entre hombres y mujeres**. Y es que se interpreta que aún existe una representación social sobre los motivos que subyacen tras el acercamiento de personas de distinto sexo, que sin duda llega a incomodar en época de inseguridades y de despertar sexual: si acercarse a una persona implica que se despierten las suposiciones o los rumores en relación con que lo que se busca es un acercamiento sexual o sentimental, no es tan extraño descartar ese acercamiento, o mostrar cautela y posicionarse un tanto a la defensiva. Y este es un prejuicio que se percibe en el conjunto de la sociedad, como característica intergeneracional, pues son comunes los relatos sobre los comentarios de adultos y familiares en relación con la amistad entre un chico y una chica.

En este sentido, cabe mencionar dos matizaciones más que se perciben en la práctica y en las conversaciones de las y los jóvenes sobre estos temas. Por un lado, que entre la propia población joven (aunque se perciba que los prejuicios son intergeneracionales) se cargan las tintas sobre ellos, de una manera que alimenta el propio estereotipo. Así, las chicas hablan del “problema con los chicos”, haciendo referencia a las posibles confusiones cuando un chico y una chica se acercan para conocerse, y a la necesidad de marcar adecuadamente los límites para que ellos no piensen lo que no es. Al mismo tiempo, son frecuentes los testimonios de los chicos en lo que respecta al origen de parte importante de sus relaciones de amistad con chicas como vinculaciones reconducidas desde parejas truncadas o acercamientos sentimentales que no cuajaron. Por otro lado, y en relación con el hecho de que se considera que el chico prima el grupo mientras que la chica prima

la relación diádica, en líneas generales se entiende que una amiga/novia se acerque y se integre en el grupo de pertenencia de él, pero no tanto que un amigo/novio lo haga respecto al grupo de ella.

Evidentemente, todas estas cuestiones tienen que ver con un discurso y una **perspectiva marcadamente heterosexual**, que es la que sigue alimentando los estereotipos de género. Frente a ello, es importante destacar la creciente presencia de discursos que centran su perspectiva en la disolución de los roles de género, y en una concepción de las relaciones mucho más abierta, algo que neutraliza muchos de estos estereotipos, o parte de ellos, que en cualquier caso siguen teniendo mucho peso.

8 La perspectiva de los aprendizajes

A lo largo del presente informe ha quedado patente que existe un tipo ideal de amistad que determina buena parte de las percepciones y expectativas de la juventud, fundamentalmente en torno a las afinidades, la conexión, la confianza, la lealtad, la sinceridad, etc. También que respecto a la amistad se adopta una **actitud vigilante**, que exige de presencia y demostración, y que la proyección ideal se va moldeando o matizando con el paso de los años.

En primer lugar, se va calibrando el foco de la conexión, se consideran otros intereses y prioridades, y se comienza a asumir que hay gente (amistades) que estará de paso por tu vida pero no permanecerá en ella, y que no ocurre nada por ello, precisamente porque tal cosa forma parte de crecer y madurar. Porque si conocer personas abre la mente y la propia perspectiva vital, se entiende que es normal **diversificar y cambiar de relaciones**, o ampliar círculos sociales.

Ese aprendizaje o aceptación choca con la perspectiva sobre la amistad atribuida a los años adolescentes, cargados de inseguridades y “dramas”. Como tantas otras veces, la **adolescencia** sirve como chivo expiatorio, en este caso atribuyendo a esos años el hecho de malinterpretar los lazos, sobreactuar las conexiones y poner el foco de las relaciones en el lugar equivocado, con el único objetivo de encontrar asideros y ante la necesidad de integración¹. Porque se entiende que exista la **necesidad de relacionarse** por miedo a la soledad, pero también por el juicio social que genera

la soledad, o las personas con pocas amistades. En este sentido, ninguna persona joven quiere ser señalada, y se interpreta como un comportamiento natural el que, en algún momento, se haya forzado alguna conexión o se haya equivocado el tiro al elegir a las amistades. Todo lo cual se explica desde la perspectiva de una fase que se ha superado.

Uno de los primeros aprendizajes en ese proceso se interpreta que tiene que ver con la manera de **relacionarse con el grupo y dentro del grupo**. Porque no es fácil hacer las cosas al margen del grupo, o conservar algunas **parcelas de intimidad**: porque genera un juicio y una presión grupal; y porque supone también una lucha contra un sentimiento de culpa propio, por no responder a lo que se espera de un amigo o una amiga, o de lo que teóricamente *debe ser* un amigo una amiga.

En este sentido, se habla de un proceso casi inevitable de progresivo **desapego** grupal, que daría paso a priorizar más las relaciones diádicas, o los grupos más reducidos (¿las mujeres no estarían ya ahí, según el estereotipo que se maneja?). El punto que consideran de mayor importancia es reducir la **dependencia** respecto al grupo: frente a la exclusividad (origen de celos, etc.), la apuesta por la autonomía y por **diversificar expectativas**, minimizando además con ello los riesgos de desencuentros personales.

Entonces se destaca lo esencial de cuidar el espacio personal, que se entiende que es algo a lo

¹ En Megías, Ballesteros y Rodríguez (2021) se desarrollan ampliamente las percepciones sociales en torno a la adolescencia, que afecta, entre otras muchas cosas, a la manera en que se relacionan.

que, en algún momento, se ha podido renunciar como consecuencia de la necesidad de encajar y del miedo a la soledad. Lo que entienden como **“saber estar en soledad”**, y saber reconocer tanto el espacio propio como el ajeno. Gestión de la intimidad que requiere de las prescriptivas dosis de dedicación a uno mismo o una misma, y de la capacidad para poner cierta pausa en un contexto que conduce a la velocidad y a una compleja asimilación del ahora. Sin duda, este tipo de discursos beben del poso que han dejado una pandemia y un confinamiento aún recientes, pero parece reseñable que todavía generen este tipo de reflexiones², cuando la situación ya no obliga a ello.

Otra perspectiva de los aprendizajes tiene que ver con las relaciones de amistad que sí duran en el tiempo. De nuevo frente al modelo ideal de amistad, se alude a la necesidad de asumir que las relaciones tienen **altibajos**, la intensidad de las conexiones y los lazos varían, existen desencuentros y rencuentros, que hay que saber pedir perdón y saber perdonar, etc. Es decir, que la dedicación y el trabajo que requiere la amistad es de largo plazo, pues la perspectiva temporal pone las cosas (y las relaciones) en su sitio.

Ante la convicción de que la presencia será menor (hay otras esferas de la vida que atender), se habla de la necesidad de **confiar más en el vínculo**. Porque que alguien te acepte como eres (como una de las máximas expresiones de amistad) supone aceptar cómo son las personas que se consideran amigas, y este planteamiento implica un esfuerzo para entender que, como dicen, la gente “te quiere como puede” (y no como pretendes). De nuevo, se recopilan los ingredientes imprescindibles para

manejar bien estas cosas: madurez, temple, perspectiva.

De igual forma que ocurre con respecto a la necesidad de “saber estar en soledad”, parece claro que, en algunos casos, la experiencia determinada por la pandemia y el confinamiento ha agudizado algunas reflexiones sobre la trascendencia de los amigos y las amigas para la estabilidad emocional y personal. Ello, precisamente, conduce a algunas personas jóvenes a redoblar la atención en los aprendizajes mencionados, para así poder **“regar”** la amistad más allá de los posibles altibajos.

² Estas reflexiones son analizadas en profundidad en Lasén y Megías (2021).

9 *La pérdida: duelo, nostalgia y educación sentimental*

Aceptar que la amistad, incluso la que se creía eterna e inquebrantable, puede terminar, sin duda genera un **poso amargo**. A lo largo de las conversaciones sobre ello resulta evidente que para muchas personas genera experiencias traumáticas. Desde un discurso general, se percibe una tendencia a transformar la **resignación** (la amistad se termina) en **aprendizaje**, por la vía de blindarse rebajando las expectativas. Pero es evidente que por el camino de la resignación y la reducción de expectativas (¿y de ilusiones?) no se neutralizan o manejan adecuadamente algunas **emociones y sentimientos**, como la posible sensación de culpabilidad por no haber sabido conservar algo que teóricamente era ideal, y que es uno de los escasos bastiones que existen sobre lo que siempre “está ahí” (y la familia siempre está porque no hay otra, por lo que la mencionada analogía hace más trágica la pérdida de la amistad). Además, los argumentos en relación con lo finito de la amistad transmiten un tono de descreimiento que quizá no encaja con la juventud de muchas de las personas que lo emiten (y que, por ello, se intuye como una estrategia más defensiva que otra cosa).

Pero hay otro aspecto que tal vez es más relevante, y es que los testimonios que oscilan entre la resignación y la amargura no ocultan algo que parece evidente: socialmente **no se educa para la pérdida de la amistad**, ni para afrontar el **duelo** correspondiente. Porque, por ejemplo, de la pérdida de una relación de pareja, y de todas las emociones asociadas a ese proceso, se habla públicamente, se abordan (entre los amigos y las amigas), se ofrecen estrategias de aceptación y superación, etc. Algo que no parece ocurrir respecto a la amistad, circunstancia que revela la

urgencia de mejorar la educación sentimental asociada a las relaciones de amistad. ¿No se teme perder a una amistad, o no se plantea? ¿Se obvian las emociones implicadas en ese proceso como autodefensa?

En el camino discursivo por el que van desgranando los aprendizajes respecto a la amistad mencionados, resulta evidente que la **nostalgia** va cogiendo las riendas y el testigo de esa proyección ideal sobre la amistad. Nostalgia de lo que fue y de lo que representaba creer en ese modelo ideal, que bascula entre la amargura por la pérdida (sin necesidad de que esta haya sido traumática) y el imperativo de aprender a valorar lo extraordinario de cada vínculo. Entonces encuentra toda su fuerza la perspectiva de amistades que anclan a sitios, a momentos, a recuerdos, etc., todo lo cual se observa como un lugar propio, donde cada cual se reconoce (volviendo así a uno de los valores que más se aprecian en un amigo o una amiga: que te ayuda a “ser tú”). Además, la nostalgia va de la mano del **cariño**, elemento puramente emocional que no suele mostrarse de forma muy explícita de otro modo, cuando de amistad se habla. La otra cara visualiza la dualidad que casi siempre existe en las relaciones humanas: frente a la resignación y el descreimiento, la nostalgia retroalimenta de algún modo el tipo ideal sobre la amistad, porque se alinea en la urgencia de tener esperanza en un valor que, desde esa perspectiva ideal, representa todo lo bueno. Aunque, a veces, se termine.

CAPÍTULO 10

Anexos y bibliografía

Anexo 1. <i>Guía para los grupos de discusión</i>	237
Anexo 2. <i>Guía para los grupos triangulares</i>	239
Anexo 3. <i>Presentación para los diarios personales</i>	240
<i>Bibliografía</i>	241



Anexo 1. Guía para los grupos de discusión

La importancia de relacionarse

- ¿Sienten/viven la necesidad de tener amigos/as? ¿Muchos/as?
- ¿Han sufrido en alguna ocasión el hecho de quedarse fuera de los círculos de amistad?

La amistad como valor

- ¿Qué es lo más importante en una relación de amistad?
- La amistad “verdadera”: ¿qué es?
- ¿Qué esperas de tus amigos? ¿Qué esperan de ti?
- ¿Aprendes de tus amigos? ¿qué? ¿dónde?
- ¿Te importa lo que digan tus amigos? ¿todo? ¿todos? ¿en todas las situaciones?
- Relación del término amistad con otros términos: confianza, respeto, cariño/afecto, diversión, lealtad, intimidad, celos...
- Importancia del tiempo que se pasa juntos/as. ¿Debe ser mucho?
- ¿Qué cosas hacen que termine la amistad?

Tipos de amistad

- ¿Diferentes características para diferentes tipos de relaciones? Amigos/as ¿para qué? (diferentes amigos/as para diferentes cosas). A quién acu-

dir cuando tienes problemas, quieres divertirte, necesitas consejo, necesitas un favor, quieres hablar, necesitas relajarte, necesitas marcha...

- Qué se espera de cada tipo de relación.
- ¿Se seleccionan/eligen los amigos/as? ¿Cómo? ¿Cambiaste de amigos/as?

Relaciones y grupo de pares

- ¿Sientes que perteneces a un grupo?
- ¿Grupos “fijos”? ¿“cerrados”?
- Roles: papeles que desempeña cada cual en el seno de los grupos (de los diferentes grupos a los que se puede “pertenecer”). ¿se espera algo de ti? ¿y del resto? ¿en todas las situaciones/ contextos/territorios? ¿por qué? ¿sois todos iguales en el seno del grupo?
- Diferencias en las relaciones uno/a a uno/a: aisladas o en el seno de un grupo
- ¿Qué pasa cuando alguien del grupo tiene pareja? ¿Modifica las dinámicas de amistad?

Amistad en su contexto

- ¿Diferentes contextos, diferentes grupos de amistad? diversión/ocio, estudio/trabajo, vacaciones...
- Diferencias en las formas en que se establecen y desarrollan las relaciones: entre semana/ fin de semana. ¿son diferentes las relaciones

durante los fines de semana/ocio? ¿todas? ¿por qué?

- ¿Cambia el trato con la misma persona en diferentes contextos?
- ¿Cómo se genera la amistad en la distancia? Irse a vivir fuera, nuevos grupos de amistad por estudios/trabajo...

Contexto tecnológico

- Manera en que se complementan los espacios online/offline en las relaciones de amistad.
- ¿Hay amigos/as en el espacio online que no están offline? ¿Y al revés? ¿Necesitas que están en ambos contextos? ¿En qué se diferencian?
- Manera en que se desarrolla la amistad en el espacio online. ¿Diferente?
- ¿Genera ansiedad la sensación de estar siempre disponible? Amigo/as que se enfadas si no contesta, etc.

Perspectiva de género

- ¿Existe una manera distinta de afrontar la amistad?
- ¿Es distinta la amistad con alguien de otro género? ¿En qué se diferencian? ¿Te aportan cosas distintas?
- ¿Existen diferencias entre chicos y chicas en el seno de los grupos? ¿de todos los grupos? ¿en todas las situaciones? ¿cuáles?

Aprendizajes

- ¿Cambia la percepción/concepción de la amistad con el paso del tiempo? ¿Se es más crítico/a ahora con el valor amistad? ¿Por qué?
- ¿Cambios tras pandemia/confinamiento? Tras aquello de “levantar mirada de pantallas”... ¿quedó algo?

Anexo 2. Guía para los grupos triangulares

Puesta en contexto: sus lazos de amistad

- Breve descripción de su grupo/lazos de amistad
- ¿Grupo cerrado/abierto?
- ¿Mixto?
- Interacción con otros grupos de amistad
- Amistad con personas ajenas a sus propios lazos: ¿se conocen? ¿son amigas también?

Evolución de la amistad

- Cómo se conocieron
- Cómo surgió la conexión, en qué se basa esa conexión
- Por qué etapas ha pasado la relación
- ¿Algún punto de inflexión que afanzara la relación, o que la cambiara?
- ¿Ha habido algún conflicto?

El grupo

- ¿Sentís que pertenecéis a un grupo de amistad?
- ¿Existen roles claros en el seno del grupo?
- Diferencias en las relaciones uno/a a uno/a: aisladas o en el seno de un grupo

- ¿Existe una manera distinta de afrontar la amistad entre chicos y chicas?
- ¿Qué pasa cuando alguien del grupo tiene pareja? ¿Modifica las dinámicas de amistad?

Amistad en su contexto

- ¿Diferentes contextos, diferentes grupos de amistad? diversión/ocio, estudio/trabajo, vacaciones...
- Diferencias en las formas en que se establecen y desarrollan las relaciones: entre semana/fin de semana. ¿son diferentes las relaciones durante los fines de semana/ocio? ¿todas? ¿por qué?
- ¿Cambia el trato con la misma persona en diferentes contextos?
- Manera en que se desarrolla la amistad en el espacio online. ¿Diferente?
 - Explicación de los diarios

Anexo 3. *Presentación para los diarios personales*

Hola!

Me pongo en contacto contigo en este primer mail por el tema de los diarios personales. El primero lo puedes escribir contestando a este mismo mail, y los siguientes a esta misma dirección. Te voy a pedir que los hagas durante cinco días (viernes – sábado – domingo – lunes – martes). Lo ideal sería que los escribieras al final de cada día, pero si no es posible puedes escribirlos al día siguiente, refiriéndote a lo que sucedió el día anterior. Te pido que indiques en el asunto de cada correo el día al que corresponde el diario.

Poco más. Si tuviera algún comentario o sugerencia te lo haría contestando a tus mails. No dudes en preguntarme cualquier duda que tengas.

Te dejo un texto introductorio donde se explica lo que se te pide. Disfruta!

Querido diario...

Como si fuera un diario personal, te pedimos que nos cuentes, si puede ser cronológicamente, qué has hecho a lo largo del día, sobre todo con tus amig@s y conocid@s. Si es un día entre semana, durante las horas que estuviste en el centro escolar, cuando no estabas en clase (en los descansos, en el patio, en cualquier tiempo libre...), y, después de clases, hasta que te fuiste a dormir. Si es un día del fin de semana, diferenciando entre lo que hiciste por la mañana (hasta la hora de comer), por la tarde (hasta la hora de cenar), y por la noche (hasta que te fuiste a dormir).

Nos interesa saber, hasta donde quieras contar, qué cosas hiciste, dónde y con quién, de qué cosas hablaste con tus amig@s, si hay alguna anécdota o suceso que recuerdes (cosas interesantes, graciosas, curiosas, desagradables...). Pero sobre todo nos gustaría saber cómo te sentiste en todos esos momentos, o las reflexiones que hayas hecho sobre ello estando sol@: si hay sensaciones o emociones que puedas destacar en relación a todas esas cosas y al trato con la gente que has tenido a lo largo del día, o cualquier cosa que te parezca importante, que hayas aprendido, que te haya molestado, que te haya emocionado, algo que quieras tener en cuenta para el futuro, o que te gustaría que pasara, etc. Lo que es un diario, vaya. Todo, en relación a lo que vives con tus amig@s.

Dos cosas más. Por un lado, remarcar que nos interesa que nos cuentes tanto las cosas que te han pasado cara a cara como online (en redes sociales, hablando por teléfono o por Whatsapp, etc.). Por otro lado, recordarte que todo lo que escribas es totalmente anónimo, que cualquier nombre que puedas dar (incluido el tuyo, por supuesto), será cambiado, y que nadie sabrá quién ha dicho qué. Siéntete libre para contar todo lo que quieras, hasta donde quieras.

Muchas gracias!!

BIBLIOGRAFÍA

- Ballesteros, J. C. y Megías, I. (2015).** *Jóvenes en la red: un selfie*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.
- Ballesteros, J. C. y Picazo, L. (2018).** *La influencia de las TIC en la socialización de adolescentes*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.
- Ballesteros, J. C., Rubio, A., Sanmartín, A. y Tudela, P. (2019).** *Barómetro Juventud y Género 2019. Identidades y representaciones en una realidad social compleja*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.
- Elzo, J., Megías, E., Ballesteros, J. C., Rodríguez, M. Á. y Sanmartín, A. (2014).** *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.
- Fernández, A., Sádaba, Ch., García-Manglano, J. y Vanden Abeele, M. (2023).** *Las interacciones sociales de los jóvenes: cara a cara, entre amigos y familiares, y poca presencia del móvil. Proyecto seleccionado en la convocatoria Flash sobre Tecnología y Sociedad (FS21-1B)*, Fundación La Caixa. Disponible en https://elobservatoriosocial.fundacionlacaixa.org/es/-/las-interacciones-sociales-de-los-jovenes-cara-a-cara-entre-amigos-y-familiares-y-poca-presencia-del-movil?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_content=EN&utm_term=Ciencias-sociales&crm_i=CIEN-SOC_2_GEN&utm_campaign=10185_OBS_Email.
- González-Anleo, J. M., Ballesteros, J. C., Megías, I., Pérez, A. y Rodríguez, E. (2021).** *Jóvenes españoles 2021. Ser joven en tiempos de pandemia*. Madrid: Fundación SM / Observatorio de la Juventud en Iberoamérica.
- Kuric, S., Megías, I., Sanmartín, A. y Gómez, A. (2022).** *Masculinidades juveniles en la Comunidad Valenciana. Procesos de construcción identitaria y percepciones sobre la masculinidad*. Madrid: Fad.
- Lasén, A. y Megías, I. (2021).** *Tecnologías, incertidumbres y oportunidades en la integración online/offline. Una aproximación cualitativa a los y las jóvenes durante la pandemia*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.
- Megías, I. (2014).** *Jóvenes y valores II (los discursos)*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.
- Megías, I. (2019).** *Protagonistas y espectadores. Los discursos de los jóvenes españoles*. Madrid: Fundación SM.
- Megías, I., Ballesteros, J. C. y Rodríguez, E. (2021).** *Entre la añoranza y la incompreensión. La adolescencia del siglo XXI desde las percepciones del mundo adulto*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.
- Megías, E., Elzo, J., Rodríguez, E., Megías, I. y Navarro, J. (2006).** *Jóvenes, valores, drogas*. Madrid: Fad.
- Megías, I. y Rodríguez, E. (2014).** *Jóvenes y comunicación. La impronta de lo virtual*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.

Megías, I. y Rodríguez, E. (2018). *Jóvenes en el mundo virtual: usos, prácticas y riesgos*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.

Moreno, A. y Rodríguez, E. (2013). *Informe Juventud en España 2012*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad / Injuve.

Revilla, J. C. y Puyod, A. G. (2023). "La complejidad y diversidad de las figuraciones grupales juveniles. Más allá del grupo de iguales". *Revista Internacional de Sociología*, 81 (1): e221. Disponible en <https://doi.org/10.3989/ris.2023.81.1.21.148>.

Rodríguez, E. y Ballesteros, J. C. (2014). *Jóvenes y diversidad ante un futuro condicionado por la crisis*. *Metamorfosis*, núm. 0, marzo de 2014. *Revista del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad* págs. 56-63.

Rodríguez, E. y Ballesteros, J. C. (2019). *Informe Jóvenes y Género. La (in)consciencia de equidad de la población joven en España*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.

Rodríguez, E., Calderón, D., Kuric, S. y Sanmartín, A. (2021). *Barómetro Juventud y Género 2021. Identidades, representaciones y experiencias en una realidad social compleja*. Madrid. Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.

Rodríguez, E. y Megías, I. (2015). *¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.

Rodríguez, E., Megías, I. y Sánchez, E. (2002). *Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio*. Madrid: Fad / Injuve.

Sanmartín, A., Ballesteros, J. C., Calderón, D. y Kuric, S. (2020). *De puertas adentro y de pantallas afuera. Jóvenes en confinamiento*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fad.

JÓVENES Y AMISTAD

Acercarse a los y las jóvenes es, en buena medida, hacerlo a la manera en la que se relacionan.

Por ello es fundamental analizar la forma en la que entienden, ponen en práctica y proyectan la amistad, que siempre está entre los valores que las personas jóvenes en España consideran como más importantes.

Esta investigación del Centro Reina Sofía de FAD Juventud y la Fundación SM busca dar respuesta a preguntas del estilo: ¿Cómo entienden los jóvenes la amistad? ¿Cuáles son los valores unidos a ella? ¿Se establecen jerarquías en las relaciones de amistad?

Todas estas cuestiones componen el marco de análisis sobre la amistad que se desarrolla a lo largo de los diez capítulos de los que se compone el presente estudio.

2 2 2 2 5 5

ISBN 978-84-1182-709-6



9 788411 827096



Observatorio de la
Juventud en Iberoamérica

Centro
Reina Sofía

fad
Juventud